



[Blank white label]

43

7

TESORI
LABRATOR
AGRA
XVII

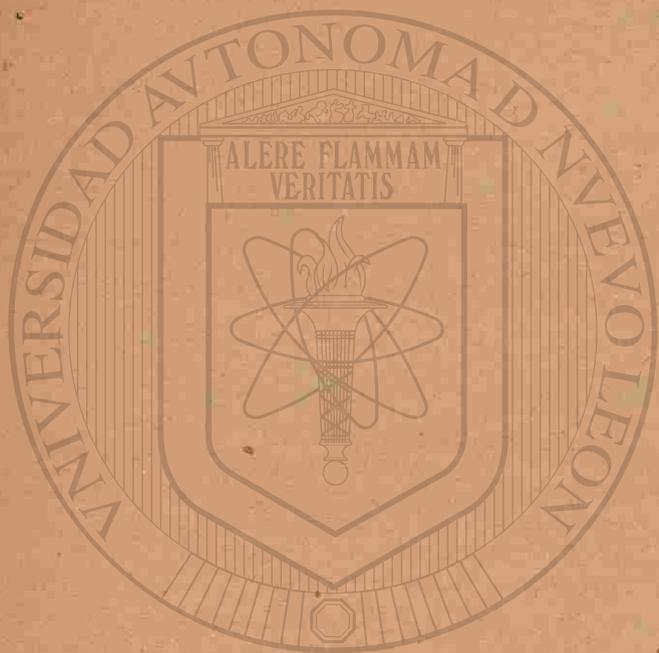
TESORO
PIANO
TODI
DEI

BV4217
T4
v. 17
1871-93

008541



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TESORO MARIANO.

De esta obra se han publicado los tomos siguientes:

Tomo I: 31 discursos;

EL JARDIN MARIANO,

Ó SEA:

LA SANTÍSIMA VIRGEN SIMBOLIZADA POR LAS FLORES.

Consta de 286 páginas, en 8.º mayor: su precio 9 reales vn. en rústica y 14 en pasta.

Tomo II: 31 discursos;

LA VIRGEN DE NAZARETH,

contemplada en los principales pasos de su vida, durante el mes de Mayo.

Consta de 272 páginas: su precio 9 rs. vn. en rústica, y 14 en pasta.

Tomo III: 31 discursos:

LA VERDADERA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VIRGEN,

Ó SEA:

Discursos morales, en los cuales, con el ejemplo de la Madre de Dios, se nos enseña lo que hemos de practicar para poder llamarnos verdaderos devotos de Maria: discursos propios para el mes de Mayo, pueden tambien servir para Adviento, Cuaresma, Novenarios, etc.

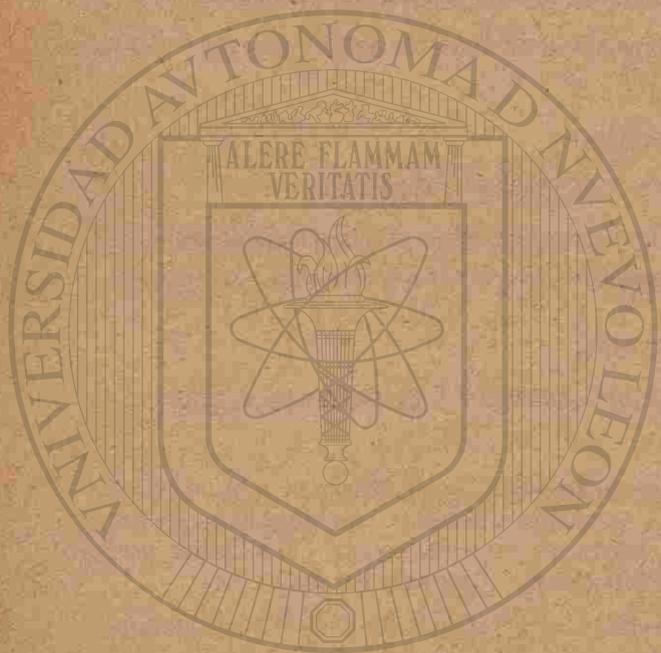
Consta de 446 páginas: su precio 13 rs. vn. en rústica y 18 en pasta.

Tomo IV:

NOVENARIOS PARA LAS PRINCIPALES FESTIVIDADES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, Y SEPTENARIOS DE LOS DOLORES.

Discursos que pueden además servir para el Mes de Mayo y Panegíricos.
Consta de 508 páginas: su precio 14 rs. vn. en rústica y 19 rs. vn. en pasta.

Estos tomos del TESORO MARIANO (2.ª parte de la Oratoria Sagrada, ó sea: Biblioteca selecta de Predicadores), y los que seguirán, se podrán adquirir por tomos sueltos indistintamente, puesto que cada tomo, ó á lo más dos, forma un tratado completo independiente de los demás tomos.



TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA.

TOMO XVII.

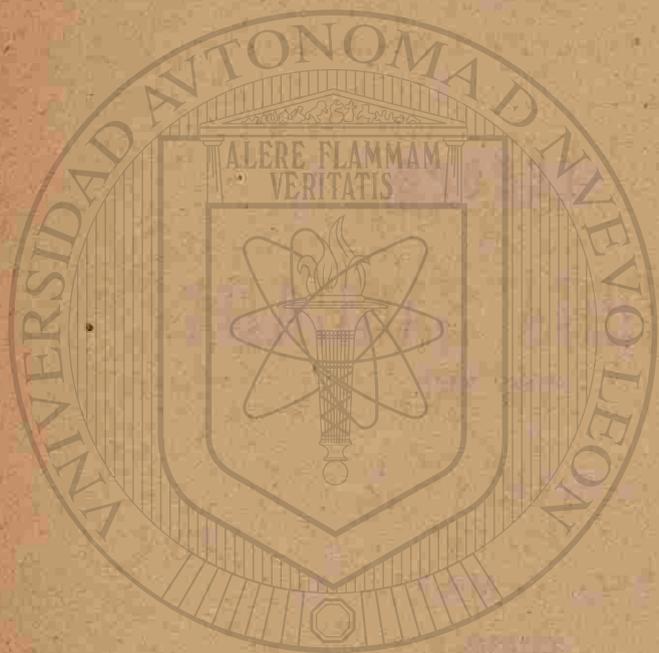
SEGUNDA PARTE.

TESORO MARIANO

TOMO V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,

Ó SEA:
BIBLIOTECA SELECTA

DE
PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados sacados de los más sobresalientes
autores nacionales y extranjeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasajes,
Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.^a EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA,

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIAÍSTICOS,

bajo la dirección

del R. P. Ramon Buldú,

Provincial franciscano.

Comede volumen istud
quere ad filios Israel.

SEGUNDA PARTE.

Tomo V.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BARCELONA:

PONS Y C.^a EDITORES, CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 9.

1884.

45178

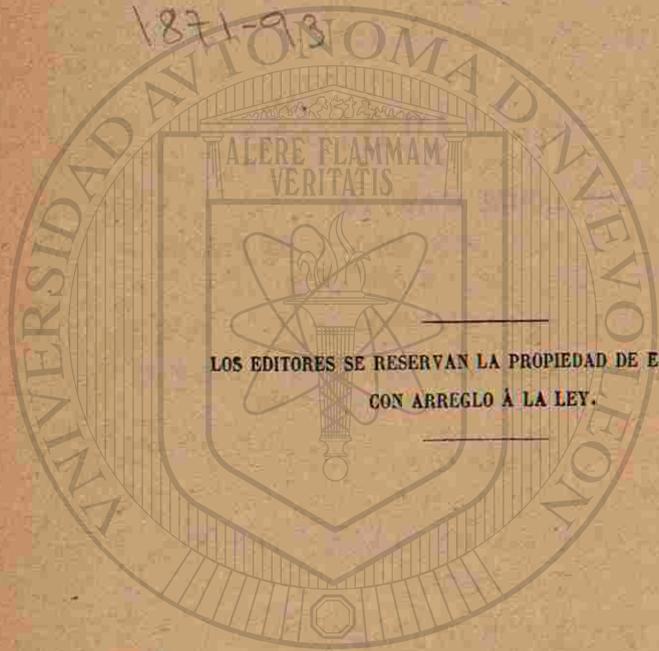
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BV4217

T4

V.17

1871-93



LOS EDITORES SE RESERVAN LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA,
CON ARREGLO A LA LEY.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, núms. 21 y 23.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,

Ó SEA:
BIBLIOTECA SELECTA
DE

PREDICADORES.

SEGUNDA PARTE.

TESORO MARIANO,

Ó SEA:

Panegíricos de la Santísima Virgen, relativos á todos los Misterios, sus Virtudes, los Hechos todos de su Vida, y á los principales títulos y advocaciones, con que la honran los fieles;

DIRIGIDA, COLECCIONADA Y COMPLETADA

POR EL

R. P. Ramon Buldú,
Provincial franciscano.

TOMO V.

VIRTUDES

DE

MARÍA SANTÍSIMA;

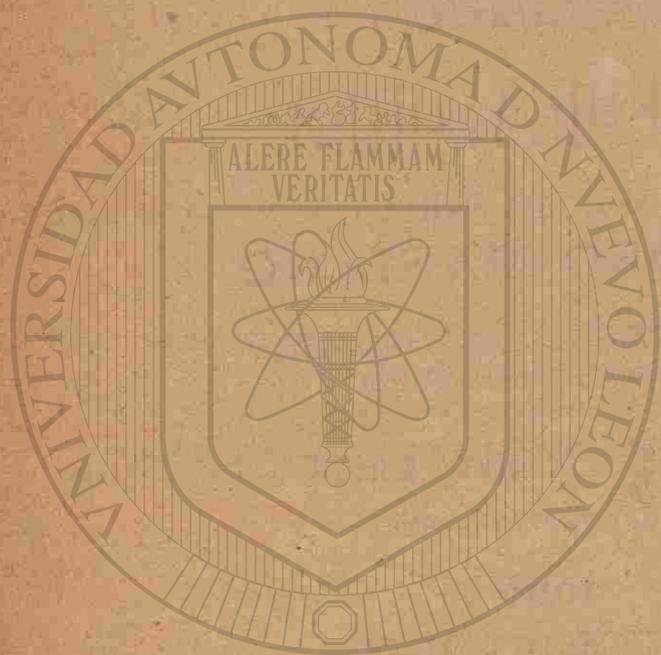
TREINTA Y UN DISCURSOS, QUE PUEDEN SERVIR PARA EL MES DE MAYO,
TRIDUOS, NOVENARIOS Y PANEGÍRICOS.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:

PONS Y C.^a EDITORES, CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 9.

1884.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

DISCURSO I.

INTRODUCCION.

Mecum sunt divitiae et gloria.
En mi mano están las riquezas
y la gloria. (Prov. VIII. 18).

Si nos dedicamos á honrar á la augusta Madre de Dios, debemos esperar todo género de bienes de Aquella, que nos dió en Jesucristo al compasivo Médico, que vino para sanar nuestras heridas; al sapientísimo Maestro, que apareció para disipar nuestras tinieblas; y al generoso libertador descendido del Cielo á la tierra, para redimirnos con su sangre de la esclavitud del demonio y abrirnos de nuevo las puertas del Paraiso. Venerando á nuestra afectuosísima Madre, podemos estar seguros de que Ella, amándonos con un amor más tierno que el que una madre cualquiera siente por el hijo de sus entrañas, acudirá propicia á iluminarnos en las dudas, á fortalecerarnos en los dolores, á disipar nuestras vacilaciones, y á vencer las tentaciones, estrechándonos entre sus brazos y alimentándonos con la leche de su misericordia.

Pero, para alcanzar tan inestimables beneficios, no basta con decir solamente: soy devoto de María; se necesita, además, ser verdadero devoto suyo. En mi concepto, son pocos los que profesan esta verdadera devoción por mas que muchísimos se lisonjeen de profesarla. En efecto, aun cuando muchísimos se postren ante los altares de la Virgen, la veneren en sus imágenes, invoquen su nombre y la supliquen con fervorosas súplicas en la hora del peligro y del dolor, sin embargo, son pocos, muy pocos, aquellos cuya devoción no degenera en inconstancia con el transcurso del tiempo, é insignificante el número de aquellos cuya devoción no decline, por un exceso de orgullo, en temeraria presunción. Empero, no pudiendo dudar,

amados hermanos, que me escuchais, de que os interesa sobremañera procuraros el patrocinio de María, tampoco me cabe duda de que necesitais saber cual sea la devocion que impulsa á María á cobijaros bajo el manto de su proteccion. Así, pues, como introduccion á los siguientes discursos que me propongo dirigiros sobre las virtudes de la Madre de Dios, voy á demostrar, que es necesario ser devotos de María, y serlo imitándola en las virtudes de que nos dió preclarisimos ejemplos. El asunto es vastísimo; procuraré reducirlo á la mayor brevedad posible. Prestadme vuestra benévola atencion. A. M.

Tanto si consultais la voluntad de Dios, manifestada de una manera clara, como si examinais los títulos de María, que son sin duda eminentes y sublimes, ó volveis los ojos á los innumerables bienes que de ello se reportan, siempre os vereis obligados á confesar la necesidad de la devocion á la Santísima Virgen.

Que Dios quiere que se honre á María, se manifiesta evidentemente con solo haberla escogido por Madre. En verdad; al escogerla por Madre suya, la enriqueció con una grandeza no comunicada á ninguna otra criatura; la constituyó en un orden inmensamente superior á todos los demás seres; la adornó con una prerogativa que la acerca hasta los confines de la divinidad; y la colocó como á centro de la antigua y de la nueva Ley. Ahora bien; si leemos que Dios quiso que se guardase suma veneracion al lugar donde se apareció al patriarca Jacob (1), tenemos motivos para decir, que quiere mayormente honrada á María, habiendo morado en Ella por espacio de nueve meses, y tomado de la misma la sustancia del propio cuerpo. Si leemos tambien, que Dios, apareciéndose á Moisés en un ardiente zarzal, quiso que aquel suelo, como sagrado, le honrasen con respetuoso culto (2), preciso es afirmar, que quiere mayormente honrada á María, puesto que moró personalmente en Ella, y recibió de la misma todo cuanto un hijo recibe de su madre. En fin, si consideramos que Dios honra sobremañera á sus amigos, haciendo que su imperio sea sumamente poderoso (3), no podría comprenderse como un Dios, que de esta suerte trata á sus amigos y siervos, no hubiese querido elevar tambien á las aclamaciones universales á Aquella, de quien, segun la carne, recibió la vida,

(1) GEN. XXVIII, 17 y 18.

(2) EXOD. III, 5.

(3) SAL. CXXXVIII, 17.

¡Ah, sí! Dios quiere honrada á María; y porque la quiere honrada la preservó del pecado original entre todos los descendientes de Adán; la embelleció con la gracia desde el primer instante de su concepcion; la libró del fomes de la concupiscencia, la eximió de la ley afrentosa, que condena á las mujeres á dar á luz á sus hijos entre agudos dolores; y la concedió el privilegio de concebir un hijo sin el más mínimo detrimento de su immaculada virginidad. Dios quiere honrada á María, y, por lo mismo, la colocó á tan alto grado, que, á su lado, la santidad de los ángeles y de los bienaventurados desaparece como un rayo de luz delante del sol; siendo tan sublimes los tesoros sobrenaturales en Ella reunidos, que ninguna inteligencia humana ni angélica jamás podrían llegar á comprenderlos. Dios quiere honrada á María, y por este motivo la mostró al mundo en su nacimiento, para que éste empezase á honrarla desde aquel instante. Despues que la hubo señalado en el Paraíso terrenal, como reparadora de las ruinas que causó al mando el pecado de nuestros primeros padres, la significó de varias maneras á los Patriarcas y á los Profetas; la reveló á David, como Reina sentada á la diestra del supremo Rey de la gloria; á Salomon, como la Sulamite cuya belleza oscurece los más brillantes colores y las más encantadoras imágenes; á Jeremías, como una mujer prodigiosamente fecunda de un Hombre-Dios; á Isaías, como Aquella que estrechó á un niño divino entre sus brazos maternales; y á otros insignes personajes de la antigua alianza, como esperanza y consuelo de todo el linaje humano. No satisfecho con esto, la anunció con símbolos y con figuras; y sabemos que de María hablaba el Arca, que se elevaba segura en medio de las exterminadoras olas del Diluvio universal; la vara de Aron, cubierta de flores, aunque separada del tronco; el vellon de Gedeon, la nube del Carmelo, el ciprés de Sion, la rosa de Jericó, la palma de Castes, el delicioso Huerto cerrado tan celebrado en los Cantares, y la piedrecita que desprendida prodigiosamente del monte destruyó el simulacro de Babilonia. Siendo así, ¿puede jamás imaginarse que aquel Dios, que presentó de tales modos á María á los hijos de los hombres, no la quiera honrada por los mismos? No por cierto, y de nada más necesitamos para estar seguros de que es voluntad de Dios que honremos á María, ofreciéndole los respetos de nuestra devocion.

Además, María merece ser honrada. En efecto, ó la consideremos en sí misma, ó con relacion al Hijo, ó con respecto á nosotros, Ella tiene siempre derecho á toda veneracion y á todo honor. Considerada

en sí misma, se nos ofrece predestinada á semejanza del Hombre-Dios; considerada con relacion al Hijo, hizo por Jesús inmensamente más de lo que han hecho por Él todas las demás criaturas; y con respecto á nosotros, es nuestra Madre.

Considerada en sí misma, María se nos manifiesta predestinada á semejanza del Hombre-Dios. Así como el Omnipotente, con el ojo infalible de su prevision, vió ántes de que creára al hombre, que éste prevaricaría vencido por diabólica sugestion, también por su inmensa misericordia decretó *ab eterno*, que fuera redimido. Y no solo su infinita sabiduría estableció el modo y el orden de la redencion, sino determinando la época cierta en que la cumpliría. Y como que no era posible que tuviese lugar la humana redencion sin que, como estaba dispuesto en los eternos consejos, el Hijo del Altísimo naciese de una virgen, era igualmente necesario que estuviese determinado el nacimiento de esa virgen, de la cual el Hijo divino debía tomar carne humana. Por eso la maternidad divina coloca á María en un orden de predestinacion singular, de predestinacion especialísima, de predestinacion enteramente semejante á la del Hombre-Dios, puesto que no puede quererse al Hijo sin querer á la Madre.

Considerada con respecto al Hijo, María hizo por Jesús inmensamente más que todas las otras criaturas. ¿Qué han hecho éstas por Jesús? Le anunciaron los Profetas, lo simbolizaron los Patriarcas, los Ángeles celebraron su nacimiento, los Pastores y los Magos veneraron su grandeza, aunque humillada hasta nuestra condicion; el Bautista mostrole al mundo, los Apóstoles y los Evangelistas diéronle á conocer á las naciones, y los ministros de la Iglesia predicán su palabra y administran sus sacramentos. Empero, ¿qué es todo esto en presencia de María, que formó con la propia sustancia á este Dios Salvador, y le alimentó con su leche? ¡Ah! nadie puede gloriarse de haber dado algo á Dios; solo María, como Madre de Jesús, le ha dado algo; le ha dado aquella carne, de la cual tenía necesidad, aunque voluntariamente, para cumplir nuestra redencion.

Considerada con respecto á nosotros, María es nuestra Madre. En efecto, es dogma de fé, que habiendo Jesús vestido nuestra carne mortal, contrajo con nosotros una alianza íntima, mediante la cual es nuestro primogénito, nuestra cabeza suprema y nosotros sus miembros. Por consiguiente, María, con ser Madre de la cabeza, pasa á serlo igualmente de los miembros, por lo mismo que la cabeza y los miembros constituyen un solo cuerpo. Y Ella es verdade-

ramente Madre nuestra, por ser aquella por la cual nacimos, somos alimentados y crecemos; nacimos, no al mundo, sino á Dios; nos alimentamos, no de leche material, sino de leche espiritual; y crecemos, no en extension de miembros, sino en extension de virtudes. Con este nombre la llamó Jesús desde la Cruz, con este nombre la llaman los creyentes, puesto que, desde el instante que se oyó por vez primera en el Calvario esta dulce palabra ¡¡¡María nuestra madre!!! en todas las partes de la tierra, desde el balbuciente niño hasta el moribundo que exhala el último aliento, la palabra que se pronuncia con mayor afecto es: ¡Madre mía!

¿Qué títulos no son estos, hermanos míos, para reclamar nuestra devocion hácia la Santísima Virgen? ¿Y no tuvieron razon los hijos de la Iglesia para consagrarle su afecto desde el origen del Cristianismo? ¿Cómo dudar que debemos venerar á Aquella, que, con relacion á sí misma, se nos ofrece predestinada á semejanza del Hombre-Dios; considerada con respecto al Hijo, hizo por Jesús inmensamente más que todas las criaturas; y por lo que mira á nosotros, es nuestra Madre? No importa que otros, ciegos desventurados, no quieran abrir los ojos á tanta luz; nosotros no vacilemos en ofrecer á María nuestra devocion. Puesto que si la devocion es una tendencia del espíritu á algun objeto meritorio, y encierra en sí misma los sentimientos de la veneracion y del amor, segun queda demostrado, no cabe duda que, despues del culto debido á Dios y á su Unigénito Jesucristo, María es el objeto más digno y predilecto de nuestra veneracion y de nuestro amor.

Y tanto más arraigada debemos tener, ó tomar á pechos esta devocion, cuanto más propicia para nuestros intereses es para nosotros manantial de inagotables beneficios. Antes pasarán el Cielo y la tierra, que deje María de socorrer á quien con recta intencion invoque su patrocinio; y por su mediacion, el mundo ha recibido y recibirá todo bien.

Por lo expuesto, está claro, hermanos míos, que el culto de la Virgen nos será utilísimo, y, por lo mismo, claro está también, que debemos ser devotos de María, por ser la voluntad de Dios que se la honre, pues merece ser honrada, y está en nuestro interés el honrarla. Sin embargo, no toda devocion es buena, puesto que si hay una verdadera, existe igualmente otra que es falsa; si existe la santa, hay asimismo la reprobada, ora por motivo de hipocresia, ora por causa de presuncion, ora por otro vicio cualquiera. Y consistiendo la devocion verdadera, segun San Agustin, en imitar á la persona

venerada, se sigue, que debemos ser devotos de María, imitándola en sus virtudes. Si María fué pura, no debemos ser sensuales; si María fué fervorosa, no debemos mostrarnos tibios; si María fué humilde, no podemos ser orgullosos; y si fué y es generosa en sus dones, no hemos de escatimarle nuestros obsequios. Es necesario que imitemos su compostura en nuestro trato, su modestia en nuestros ojos, su mansedumbre en nuestro espíritu, su sencillez en nuestras acciones, y su amor hacia Dios y el prójimo en nuestro corazón. Es preciso que nos afanemos por imitar su templanza, su obediencia, su fe, su celo, su paciencia y su resignación, puesto que fué sóbria y obediente, creyente y vigilante, paciente y resignada. Bueno es visitar sus imágenes; pero estas visitas no deben hacerse sin recogimiento; es bueno orar ante sus altares, pero estas oraciones deben ir acompañadas de la atención; bueno es que se bendiga su santo nombre, pero á estas bendiciones debe acompañarlas el fervor; es bueno que se la veneré con actos exteriores, pero éstos deben ser la manifestación de la devoción interior. Hermanos míos, si tiene estas cualidades la devoción que os gloriais de profesar á la Santísima Virgen, estad seguros de que vuestra devoción es buena, y puedo aseguraros para consuelo vuestro, que cuanto más devotos sereis de María, con tanta mayor abundancia experimentareis su benévolo patrocinio. Pero si, por el contrario, vuestra devoción se contentase con las apariencias, si es bella por defuera y asquerosa por dentro, y si satisfecha de algunas prácticas exteriores no cuidase de lo que es sumamente necesario para la salvación del alma, entónces no esperéis de ella buen resultado, porque no es sólida ni sincera.

En la Ley antigua, Dios había ordenado, que no se ofreciesen víctimas sin haberlas quitado ántes la piel, para que, descubiertas las carnes, apareciera si eran dignas de serle ofrecidas. Ahora bien; quitada la piel, ó sea la exterioridad, ¿qué es lo que queda de muchas devociones dedicadas á la Santísima Virgen? Queda un culto que nada tiene de verdadero; que no refrena nuestras concupiscencias, ni purifica nuestra conducta. Queda un servicio de pura ceremonia, sin que el espíritu tome parte en la oblación, ni el corazón deje de correr miserablemente extraviado en pós de viles criaturas. Queda un homenaje rutinario, en el cual, al paso que se hacen largas oraciones, las obras están en oposición con las palabras. ¿Y de qué sirven tantos cánticos en alabanza de María, si los que con la boca la bendicen, no abandonan el mundo, ni se alejan de sus perversas máximas? ¿A qué viene acercarse á María con la boca y glorificarla con

los labios, si no se corrigen las malas pasiones, si no se reforman las depravadas costumbres, si no se alejan los objetos que nos pierden, si no se sacrifican los intereses que nos deslumbran, ni se cortan las amistades que nos corrompen? En verdad, que nada injuria tanto á la Virgen como el suponer, que los homenajes que se le tributan, excusen las rebeliones contra su divino Hijo. No cabe duda, que al obrar de esa suerte, se pretende, en cierta manera, hacerla cómplice de nuestras culpas, y declararla protectora de nuestras iniquidades. Tal es precisamente la devoción de aquellos que, con motivo de algunos obsequios tributados á María, creen poder vivir sin temor alguno de las divinas amenazas.

Veneremos, pues, hermanos míos, á María; pero, venerémosla, principalmente, imitando sus virtudes. Presentémonos ante sus imágenes; pero, con los sentimientos de un afecto sincero; invoquemos su nombre, no con solos los labios, sino también con el corazón; ofrezcámosle guirnaldas; pero, más bien que guirnaldas tejidas con flores que se marchitan, ofrezcámosle guirnaldas tejidas con flores que nacen y crecen en los jardines del Paraíso, esto es, con las flores de la caridad, de la paciencia, de la mortificación, de la modestia y de la humildad; dediquémosle nuestra devoción; pero, aquella devoción con la cual el hombre, al decir de San Bernardo, cae ménos frecuentemente, se levanta con mayor prontitud, anda más cauteloso en medio de las asechanzas del siglo, desciende más copioso sobre nosotros el celestial rocío, se muere con mayor confianza, y se es premiado en el Cielo con mayor largueza (1). Felices nosotros, si, interrogando nuestra conciencia, pudiéramos decir en verdad, que tal es nuestra devoción, puesto que María la miraría con complacencia, la favorecería con gracias, y la premiaría con galardones. Esta es la devoción que ha de prestarnos socorro en nuestras miserias, firmeza en los peligros, consuelo en las aflicciones; esta es la devoción que debe hacernos contentos en vida, confiados en la hora de la muerte, y dichosos en la eternidad.

(1) De bon. relig.

DISCURSO II.

FÉ.

Sine fide impossibile est placere Deo.
Sin fé es imposible agradar á Dios.
(HEBR. XVI, 6).

En cierta ocasion, el filósofo Atanógoras prorumpía en amargas quejas contra los paganos, porque combatian la fé católica, al paso que se sometian á cultos visiblemente ridiculos y hasta viciosos. Lo mismo podría echarse en cara hoy día á muchísimas personas, que por orgullo de entendimiento se declaran enemigos de nuestra fé, al paso que toleran y aun propagan extrañas y absurdas doctrinas. Sin embargo, si se prestasen á discutir con detenido y severo exámen los principios de las creencias católicas, encontrarían pruebas de veracidad más que suficientes para convencerles plenamente de sus errores. En efecto; las profecías que vaticinaron la Religion del Evangelio, y los milagros que la confirmaron; su propagación admirable, y su prodigiosa conservacion, permaneciendo siempre inmóvil á pesar de todos los embates y asechanzas de formidables enemigos; son hechos que, estudiados con atencion, indujeron á muchos y preclaros varones á pasar de la Academia y del Pórtico á la escuela del Crucificado.

No es mi propósito, amados hermanos, extenderme sobre este punto, persuadido como estoy, de que no formais parte del número de los incrédulos que se rebelan contra la fé católica; pero, para manteneros cada vez más alejados de los hijos de Satanás, y perfeccionar en vosotros los sentimientos que la fé católica nos enseña é inspira, voy á proponeros un espléndido ejemplo, el ejemplo de María, que adornada con todas las virtudes, lo estuvo de un modo particular con la fé, raíz y fundamento de todas ellas. De esta suerte se nos ofrecerá ocasion de examinar en nosotros esta virtud, que debe ser el faro de nuestros pasos y el báculo de nuestra flaqueza;

FÉ.

9

y veremos tambien si en este punto imitamos á la Santísima Virgen. Hé ahí, pues, amados hermanos, indicado el asunto de este discurso, que trataré despues de haber pedido los auxilios de la gracia: A. M.

La fé es necesaria, puesto que sin ella es imposible agradar á Dios. El primer culto que Dios exige de nosotros es, precisamente, la fé (1); la cual, al decir de los venerables Padres del Concilio Tridentino, es el principio, la raíz y el fundamento de nuestra justificacion. Esto significa, que el mérito y la eficacia de las buenas obras provienen, primeramente, de la fé, y que no pueden existir obras verdaderamente saludables y meritorias de vida eterna si no derivan y no ván acompañadas de la fé. Por este motivo, aunque algunos paganos ó herejes sobrepujan á muchos católicos en justicia, en caridad, en mansedumbre y en templanza, no adquieren mérito alguno. Indudablemente, sus actos son rectos y dignos de loa; pero, como no son inspirados por la fé, no pueden computarse entre los actos meritorios de eterno premio, puesto que de la fé dimana cualquiera obra merecedora de galardón. En fin, así como una moneda que no lleve grabado el busto del Príncipe, no es admitida en el comercio, por preciosa que sea en sí misma, tampoco puede servir para nuestra justificacion todo acto, por bueno y laudable que sea en sí mismo, si no lleva impreso el sello de la fé.

Antes de Belén y del Calvario era necesaria la fé en la venida del Mesías; despues de Belén y del Calvario es necesaria la fé en el Cristo que ya vino. Y así como ántes de la redencion humana tuvieron fé los hijos de Abrahán, que, reconociendo en Dios á aquel que había velado sobre la frágil cuna de su nacion y obrado estupendos prodigios para librarlos de las manos de sus enemigos, al ser reducidos á esclavitud en su patria adoptiva, aguardaban las divinas misericordias en el cumplimiento de las promesas hechas á su padre; tambien tuvieron fé los hijos de la Cruz, que, cumplido el tiempo de la redencion, predicaron las glorias del Redentor, á pesar de todos los poderes de la tierra y del infierno, reconociendo por Dios al que los judíos clavaron en la cruz cual si fuera un malhechor. Firmes aquéllos en la virtud de la fé, pidiendo á las nubes que llovieran el Justo, y á la tierra que brotase el Salvador, supieron sufrir escarnios y azotes, soportar cadenas y cárceles, andar girando de acá para allá, cubiertos de pieles de oveja y de cabra; desamparados, apedreados,

(1) HEBR. XI, 6.

asserrados, puestos á prueba de todos modos y afligidos con toda suerte de horrendos suplicios (1); inquebrantables éstos en la virtud de la fé, venerando á aquel Dios, que vino á libertarnos de la esclavitud del demonio por un exceso de su bondad, ántes que dejar de adorarle, prefirieron morir cargados de cadenas, expuestos á las fieras, abrasados por las llamas, martirizados en los ecúleos, y espirar en el patíbulo.

Esto nos enseñó precisamente Jesucristo. Él, verdadera luz del mundo, que debía disipar las tinieblas de los ojos de los hombres, que andaban errantes por las tenebrosas regiones de la muerte (2); Él, preceptor divino, que debía instruirnos en las verdaderas máximas de la virtud y en las exactas nociones de la santidad (3); Él, maestro de todo el género humano, que debía invitarnos á vivir con piedad, justicia y sobriedad, esto es, á reformar nuestra conducta con relación á Dios, al prójimo y á nosotros mismos (4); Él, digo, nos ha hablado repetidas veces de la necesidad de la fé. Habló de ella, cuando para confundir la incredulidad de los Hebreos les decía que consultasen las Escrituras, y las hallarian cumplidas en Él (5). Habló de la propia virtud, al llamar bienaventurados, no á aquellos que creen lo que tienen delante, que ven con claridad y conocen perfectamente; sino á aquéllos que se hamillan bajo la divina palabra, creyendo lo que no ven con los ojos, ni alcanzan á comprender con el entendimiento (6). Habló de la misma, cuando prohibía decir ó hacer algo que redunde en perjuicio de la fé (7), y cuando mandaba manifestarla claramente con las obras y con las palabras (8). Y como si todo esto fuese poco, casi siempre atribula los prodigios que obraba á la sola fé de los postulantes; como lo vemos en la curación de la Hemorroisa, de la Cananea, del Centurión, del Ciego de nacimiento, del Leproso, y de otros muchos; añadiendo, que mediante la fé obrarian sus discípulos los mismos prodigios y aún otros mayores.

A falta de otra prueba, la misma necesidad de la fé humana, nos convenceria de la necesidad de la fé divina. En efecto; la fé es tan

(1) HEBR. XI, 36.

(2) IS. IX, 2.

(3) IS. XXX, 20.

(4) AD. TIT. II, 12.

(5) JOAN V, 39.

(6) JOAN XXI, 29.

(7) LUC. XII, 9.

(8) LUC. XII, 9.

necesaria al hombre, á la familia y á la sociedad, que sin ella desaparecería cuanto existe de bello y de sublime en la sociedad, en la familia y en el hombre. Sin la fé desaparecen los descubrimientos de las ciencias, los progresos de las artes y los inventos de las industrias, puesto que los inventos de las industrias, los progresos de las artes y los descubrimientos de las ciencias arrancan del punto en que los dejaron los hombres que ya no existen. Sin la fé se reducen á una página blanca la historia de las naciones, la experiencia de los siglos, y los ejemplos de los sabios, puesto que la historia de las naciones, la experiencia de los siglos, y los altos ejemplos de los sabios no se ven con los ojos ni se tocan con las manos. Todas las grandes instituciones descansan sobre la fé; la justicia, la herencia no reconocen otra base; la misma familia se mantiene por este medio. La fé, pues, es tan necesaria, que donde ella no existiese, vuelto el hombre al estado salvaje, solo podría vivir en el desierto. ¿Y qué es lo que más sirve para mantener en todo su vigor la fé humana? No cabe duda que es la fé divina; puesto que quien cree en las magnificas promesas de la vida futura, para obtenerlas, se mantiene fiel á Dios y al prójimo. Por lo tanto, la fé es, segun vaticinaba Isaías, la piedra de Dios colocada en Sion, piedra escogida, angular, preciosa, y quien fabrique sobre ella no quedará confundido. En suma; la fé es, precisamente, la que alcanza victoria sobre el mundo (1).

Ahora bien; María tuvo fé en grado sublime. En efecto, considéremosla en la hora faustisima en que se le anunció la maternidad divina. Llegado el día suspirado por las almas justas, de que hablaban los oráculos de los Profetas, y en el cual debía tener principio la regeneracion de la naturaleza humana, se presenta á María el arcángel Gabriel en la humilde morada de Nazareth. Abre los lábios el celestial mensajero, y despues de saludarla con una salutación que nunca habian oído los pasados siglos, le anuncia el altísimo misterio de la Encarnacion del Verbo, diciéndole, que debe cumplirse en sus entrañas. ¿Qué pasó en María en aquel momento? Se trataba de un misterio inconcebible, infinitamente superior á todo humano entendimiento. Se trataba de un Dios, que anterior á todos los siglos, empezaria á existir en el tiempo, y Criador del Cielo y de la tierra, naceria de una criatura, uniendo la naturaleza impassible á lo pasible y mortal. Se trataba de que Ella concebiria un hijo y lo daría á luz permaneciendo Virgen. Sin embargo, así que oyó que su fecundidad

(1) I.^a JOAN, V, 4.

sería obra del Espíritu Santo, llena de fé, respondió inmediatamente: Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (1).

Es verdad, que el Evangelista nos presenta á María turbada y pensativa (2); pero esto no disminuye poco ni mucho la excelencia de su fé. En efecto; la fé debe ir siempre acompañada de la prudencia, puesto que el mismo Dios, que exige nuestro homenaje á las verdades reveladas por Él, quiere, igualmente, que este homenaje sea racional (3). Para que no pudiera tildarse de vana y lijera la fé de María, convenía que estuviese cierta de la verdad de la salutación del Arcángel; le era necesario comprender ántes lo que significaba el llamarla bendita entre las mujeres, cuando solo deseaba ser llamada bendita entre las vírgenes; era menester elevarse al inefable sacramento de la Encarnación de un Dios, que deslumbra toda pupila criada. Por esto se conmueven todas sus virtudes: la pureza cubre sus mejillas de un casto rubor, sabiendo que debía encerrar en sus entrañas al divino Verbo; la humildad conmueve todo su sér, oyéndose alabada con un elogio inusitado; y la vigilancia, recordándole la extrema ruina en que precipitó al género humano la orgullosa credulidad de una mujer, la pone sobre sí contra todas las asechanzas del maligno espíritu, y hace que, considerando la salutación del Arcángel, examine sus palabras con maduro consejo. Así que, la turbación y el silencio de María, demuestran solo su delicada solícitud en conservar el tesoro de la pureza, siendo propio de las vírgenes prudentes vivir siempre tímidas; y la prudencia, con la cual consideraba atentamente todo cuanto, según el Arcángel, Dios quería y esperaba de Ella.

Ahora añadido, que esta misma turbación y este mismo silencio son indicios evidentes de la fé de María. No cabe duda que cuanto más viva es la fé, tanto mayor es la reverencia de las almas en presencia de Dios. Los que carecen de ella, los impíos, levantan orgullosos la frente, y no cuidándose para nada del Señor del Universo, le insultan con horribles blasfemias, con sacrílegas imprecaciones, con palabras asquerosas y obras íncuas; mas los justos, sobre quienes derrama sus luminosísimos rayos, reputándose polvo y ceniza, le adoran y veneran con profundos homenajes. Por esto leemos, que Abraham, ántes de dirigir una pregunta á Dios para comprender, lo

(1) Luc. I, 38.

(2) Luc. I, 29.

(3) Ad Rom. XII, 1.

más perfectamente posible, cual era su voluntad, postrose hasta tocar con la frente el suelo; Isaias permaneció sobrecogido de respetuoso temor, cuando vió al Altísimo con dos serafines á su lado que se cubrían el rostro con sus alas; Daniel, al ver que le asistían millares de espíritus. ¿Qué hay, pues, de extraño, que María, cuya fé era inmensamente superior á la de estos sus ilustres antepasados, permaneciera con los labios sellados y suspenso el ánimo, al oír las palabras del Arcángel? ¡Ah! oyendo que Dios quería descender en el místico sacrario de sus virginales entrañas, no pudo ménos de quedar oprimida de admiración y permanecer silenciosa y pensativa. Y con tanta mayor razón debía María, llena de fé, permanecer callada y pensativa, cuanto que Dios se le manifiesta en la actitud de Redentor. Es innegable, que la grandeza de Dios se manifiesta clarísima en la obra de la creación; pero no cabe duda que brilla con más esplendor en la Redención. Preguntadlo á los Padres y á los Doctores de la Iglesia, y os dirán, que la Encarnación del Verbo, bajo cualquier respeto que se la considere, es obra incomparablemente superior á la creación del mundo; y el Angélico Doctor prueba con solidísimos argumentos, que la Encarnación del Verbo es la obra más excelsa de la omnipotencia divina, ante la cual, la creación del mundo es un juguete (1). Se necesita muy poco estudio para comprender, que Dios haya podido criar los cielos, la tierra, los mares y todo cuanto existe, por lo mismo que la omnipotencia vá incluida en la idea de la divinidad; pero, que Dios haya podido nacer en el tiempo, el Inmenso, limitarse en el espacio, padecer el Impasible, y morir el Inmortal, es un portento capaz de confundir la sabiduría de los más sublimes serafines. María tiene, pues, motivos de turbarse y de confundirse; con todo, apenas está segura de que la oída salutación es palabra de Dios, inclina su frente, humilla su entendimiento, y cree.

Estas reflexiones demuestran con cuanta razón los venerables Padres de la Iglesia y otros ilustres escritores eclesiásticos celebraron á María por su fé. Al decir, que no se puede naturalmente investigar con perfecto conocimiento ciertas sublimidades, que sobrepujan la bajeza de nuestra inteligencia, afirmaban; que, no solo no podían discernirla ni expresarla bajo ningún aspecto, sino que sería esto imposible áun á los más elocuentes oradores pasados y futuros. Así, pues, ya que consideraban sumamente difícil hablar perfectamente

(1) Prov. VIII, 30.

de su fé, hubieran preferido callar para que no menguase el mérito por la desproporción de la alabanza. Pensando despues, que en la investigación de aquellas mismas sublimidades, era siempre mejor decir algo que callarlo todo, hicieron algunas indicaciones sobre el particular. Aunque estas indicaciones son poca cosa con relación á la Santísima Virgen, porque no hay límite en la excelencia de sus virtudes, son bastante con respecto á nosotros, débiles y finitos, ya que se nos figura extraordinario aún aquello que se reduce á poca cosa. Vosotros, amados hermanos, que, congregados en los templos con motivo de las festividades de María, habeis oído repetir con frecuencia de labios de los oradores sagrados y con los más vivos colores de la elocuencia los nobles sentimientos de aquellos panegiristas de María, sabeis con cuanto afecto hablaron de Ella. Permitaseme también á mí citar algunas de sus palabras.

San Ireneo, al comparar la incredulidad de Eva con la fé de María, declara: que aquélla nos perdió, y ésta nos salvó; Eva, prestando fé á la serpiente, quedó herida de acerbísima mordedura; María la aplastó bajo sus plantas, ofreciendo oportuno remedio para nuestros males; aquélla arrojó nuestra naturaleza en el abismo de toda miseria; ésta la elevó á una sublimidad totalmente nueva y divina; la una fué madre del pecado y de la muerte, la otra lo fué de la salvacion y de la vida (1). Afirma San Agustín, que si tras una horrible noche de cuarenta siglos, en que todo eran tinieblas y terror, brilló por primera vez de los collados eternos, divino astro de luz, el sol de justicia; si llegó el día, en que el desierto se conmovió de júbilo, se regocijó la soledad, las nubes llovieron al Justo, se cubrieron de flores todos los valles, y se humilló toda cumbre, se enderezaron los torcidos senderos y los montes se convirtieron en llanuras; si llegó la suspirada y feliz noche, en que se cantó gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad, todo se debe á la fé de María, que sacudió los firmamentos é hizo que el Salvador descendiese á la tierra (2). San Ildefonso dice: que si bien María resplandece por su virginidad, siendo la inmaculada entre todas las vírgenes, la sábia y la prudente en el florido vergel de las prudentes, la sola virgen sin ejemplar en el mundo; y si bien es admirable, no solo por el nobilísimo linaje de los Patriarcas, de los Profetas, de los Pontífices y de los Principes, de los cuales descende, como llevada en triunfo, por

(1) S. IREN. Contra Hæer, lib. 3.

(2) S. AUGUST., serm. de Nat. Dom.

una larga serie de siglos, si que también por las virtudes que, aunque ocultas en indecible oscuridad, la proclamaron única entre todas las mujeres; sin embargo, brilla más y es mucho más admirable por su fé (1). Santo Tomás de Villanueva, explicando las palabras del Cantar, esto es, que los ojos de la Amada hieren el corazón de Dios, es de opinion, que estos ojos se refieren á los ojos de la fé de María, ya que mediante la fé se granjeó las complacencias divinas. Hay quien dice, que la fé de María fué superior á la fé de Abraham (2), por haber creído misterios más inconcebibles que aquel Patriarca; otros afirman, que sobrepujó á la fé de David (3), puesto que tuvo que vencer mayores dificultades. Segun San Metodio, María, por su fé, es la luz de todos los fieles; segun San Cirilo de Alejandría, es la Reina de la fé verdadera; al decir de San Ignacio, es la maestra de la religion cristiana; y San Atanasio la llama la destructora de las heregias; segun... Pero, más bien que continuar aquí la enumeracion de los elogios que se le dedican, os confieso, hermanos míos, que me hallo oprimido de admiracion; y que, así como el caudillo del pueblo Hebreo, deslumbrado ante la radiante majestad del Altísimo, no osaba mirarle libremente, tampoco me atrevo yo á hablar libremente de una fé que me deslumbra con sus esplendores. Por lo tanto, inclino la frente para venerarla, y me limito á decir, que su fé es la más admirable.

Después de haber admirado la fé de María, permitidme, hermanos míos que os pregunte si la imitais. Convencido de que no sois del número de aquellos que confunden la fé con monstruosas supersticiones, ni de aquellos que, por temor de perder el dictado de sabios, no se atreven á confesar á Dios públicamente; pregunto: ¿qué habeis hecho de esta virtud, que, mediante el bautismo, se infundió en vuestra alma, y cuyo deber vuestro era custodiar, aumentar y hacerla fructificar? ¿Habeis evitado siempre la compañía de los que insultan nuestra santa religion, ó reido alguna vez por no parecer fanáticos en presencia de aquellos que ridiculizan cuanto hay de más santo y sagrado? ¿Habeis rechazado siempre aquellos libros y periódicos, que impugnan las verdades de la fé, ó queriendo pasar plaza de despreocupados leisteis aquellas páginas irreligiosas y obscenas? ¿Os manteneis siempre alejados de aquellas reuniones y de aquellos tea-

(1) S. ILDEPHONS., ser. de Assump.

(2) ECCLES XLIV, 21.

(3) I. REG. XXII, 14.

tros, donde se ridiculizan la eternidad de penas, la existencia del Paraíso, la autoridad de la Iglesia, ó asistís sin escrúpulo á tales lugares para conocer mejor el mundo, como se dice vulgarmente? No creais que solo merezcan el nombre de incrédulos los desventurados que hacen pública gala de su irreligion; tambien lo son los que permanecen neutrales respecto de las verdades de la fé, es decir, que ni creen ni niegan, y entregados por completo á los intereses materiales, olvidan completamente los eternos. Por desgracia son muchísimos los que hoy piensan, racionan y obran de esta suerte; tanto, que podría asegurarse ser esta la plaga de nuestros días, este el carácter de nuestro siglo, y esta la más funesta consecuencia del triunfo alcanzado por los enemigos de la fé; esto es, el haber convertido á los hombres en indiferentes con respecto á toda materia de religion. ¡Ah, hermanos míos! cuando afirmo, que es escasa la fé en el mundo, quisiera no tener que añadir, que tambien hay poca fé en nuestro corazon; que gloriándonos de ser cristianos, vivimos como si no lo fuéramos; de manera, que puede decirse sin nota de exageracion, que la fé está muerta. ¡Ah! si por desgracia hubiéremos renegado de las consoladoras creencias religiosas, volvamos á las filas, de las cuales hemos ignominiosamente desertado, procurando con diligente solicitud recobrar el tiempo perdido en pós de las vanidades del mundo y de la incredulidad, y procurando con vivo celo y ardiente entusiasmo defender la santa causa de la Religion. Sirvanos de modelo el ejemplo de María. Roguemos á esta santísima Madre, que reanime en nuestros corazones la fé tan combatida en todos sentidos, y que si no está extinguida en nosotros, está á punto de extinguirse. Supliquémosla, que no permita que perdamos este preciosísimo tesoro en los días de nuestra peregrinacion, tesoro incomparable, del cual depende el negocio de nuestra salud espiritual. Invoquemos su misericordia, para que fortalezca nuestra flaqueza, y nos infunda el valor necesario para resistir al torrente invasor de la incredulidad, y tener expedito el camino de la vida y de la herencia celestial, que á todos vosotros deseo.

DISCURSO III.

FÉ UNIDA Á LAS OBRAS.

Fides, si non habeat opera, mortua est in semetipso.

La fé, si no es acompañada de obras, está muerta en sí misma. (JAC. II, 17.)

Anda, dijo un día el Señor á Jeremías, vé á la casa del rey de Judá, y le dirás: Escucha, oh rey de Judá, la palabra del Señor; tú, que te sientas sobre el trono de David... serás estéril en tus cosas; nada te saldrá bien de lo que emprendas durante tu vida; no quedará de tu linaje varon alguno que se siente en el trono (1). El profeta anunció al impío Jeconías el terrible anatema, y por más que este príncipe descendiera de noble estirpe; por más que corriera por sus venas la sangre de David y tuviera ungida la frente con el sagrado crisma; Dios, con irrevocable sentencia, no quiso considerarle digno de las divinas misericordias. Y esto, no porque hubiese levantado orgulloso la frente contra al Cielo, ni se hubiese manchado con graves culpas é iniquidades enormes, sino porque habiéndole Dios ofrecido medios para hacer acciones dignas de su rango y de su alcurnia, pasaba la vida en la ociosidad y en la inercia. La misma amenaza debiera infundir saludable temor en el ánimo de muchísimos cristianos. Injertados, por adopcion divina, en el árbol genealógico de la tribu sagrada, destinados á reinar con Jesucristo y regados con las perennes aguas de los sacramentos, en vez de producir frutos de buenas obras, como debieran, pasan la vida en una culpable ociosidad. ¡Ay de ellos, si creen que les basta la sola fé para conseguir la gloria eterna! Les es, además, necesaria para llegar á ella una vida santamente empleada, sin cuyo requisito la fé, más bien

(1) JEREM. XXII, 1, 2 y 30.

tros, donde se ridiculizan la eternidad de penas, la existencia del Paraíso, la autoridad de la Iglesia, ó asistís sin escrúpulo á tales lugares para conocer mejor el mundo, como se dice vulgarmente? No creais que solo merezcan el nombre de incrédulos los desventurados que hacen pública gala de su irreligion; tambien lo son los que permanecen neutrales respecto de las verdades de la fé, es decir, que ni creen ni niegan, y entregados por completo á los intereses materiales, olvidan completamente los eternos. Por desgracia son muchísimos los que hoy piensan, raciocinan y obran de esta suerte; tanto, que podría asegurarse ser esta la plaga de nuestros días, este el carácter de nuestro siglo, y esta la más funesta consecuencia del triunfo alcanzado por los enemigos de la fé; esto es, el haber convertido á los hombres en indiferentes con respecto á toda materia de religion. ¡Ah, hermanos míos! cuando afirmo, que es escasa la fé en el mundo, quisiera no tener que añadir, que tambien hay poca fé en nuestro corazon; que gloriándonos de ser cristianos, vivimos como si no lo fuéramos; de manera, que puede decirse sin nota de exageracion, que la fé está muerta. ¡Ah! si por desgracia hubiéremos renegado de las consoladoras creencias religiosas, volvamos á las filas, de las cuales hemos ignominiosamente desertado, procurando con diligente solicitud recobrar el tiempo perdido en pós de las vanidades del mundo y de la incredulidad, y procurando con vivo celo y ardiente entusiasmo defender la santa causa de la Religion. Sirvanos de modelo el ejemplo de María. Roguemos á esta santísima Madre, que reanime en nuestros corazones la fé tan combatida en todos sentidos, y que si no está extinguida en nosotros, está á punto de extinguirse. Supliquémosla, que no permita que perdamos este preciosísimo tesoro en los días de nuestra peregrinacion, tesoro incomparable, del cual depende el negocio de nuestra salud espiritual. Invoquemos su misericordia, para que fortalezca nuestra flaqueza, y nos infunda el valor necesario para resistir al torrente invasor de la incredulidad, y tener expedito el camino de la vida y de la herencia celestial, que á todos vosotros deseo.

DISCURSO III.

FÉ UNIDA Á LAS OBRAS.

Fides, si non habeat opera, mortua est in semetipso.

La fé, si no es acompañada de obras, está muerta en sí misma. (JAC. II, 17.)

Anda, dijo un día el Señor á Jeremías, vé á la casa del rey de Judá, y le dirás: Escucha, oh rey de Judá, la palabra del Señor; tú, que te sientas sobre el trono de David... serás estéril en tus cosas; nada te saldrá bien de lo que emprendas durante tu vida; no quedará de tu linaje varon alguno que se siente en el trono (1). El profeta anunció al impío Jeconías el terrible anatema, y por más que este príncipe descendiera de noble estirpe; por más que corriera por sus venas la sangre de David y tuviera ungida la frente con el sagrado crisma; Dios, con irrevocable sentencia, no quiso considerarle digno de las divinas misericordias. Y esto, no porque hubiese levantado orgulloso la frente contra al Cielo, ni se hubiese manchado con graves culpas é iniquidades enormes, sino porque habiéndole Dios ofrecido medios para hacer acciones dignas de su rango y de su alcurnia, pasaba la vida en la ociosidad y en la inercia. La misma amenaza debiera infundir saludable temor en el ánimo de muchísimos cristianos. Injertados, por adopcion divina, en el árbol genealógico de la tribu sagrada, destinados á reinar con Jesucristo y regados con las perennes aguas de los sacramentos, en vez de producir frutos de buenas obras, como debieran, pasan la vida en una culpable ociosidad. ¡Ay de ellos, si creen que les basta la sola fé para conseguir la gloria eterna! Les es, además, necesaria para llegar á ella una vida santamente empleada, sin cuyo requisito la fé, más bien

(1) JEREM. XXII, 1, 2 y 30.

que una prerogativa que nos asegure la eterna dicha, es un título de condenación que incita contra nosotros la indignación divina.

En oposición á esta fé sin obras, se nos ofrece el ejemplo de María. La Santísima Virgen unió siempre las obras á la fé, de suerte, que no sabemos que admirar más en Ella, si la fé, en cuya virtud fué perfecta, ó la solicitud con la cual se nos manifiesta constantemente su fé, acompañada de obras de piedad. Ahora bien; ya que el cuidado solícito que empleó María para obrar de conformidad con las enseñanzas y las máximas de la fé puede servirnos de lección importante, la fé formará el asunto del presente discurso. Nadie se persuada que pueda yo abarcarlo bajo ningún concepto, puesto que el argumento es superior á la más sublime elocuencia, y cualquiera descripción sería insuficiente para demostrar la excelencia de la constante laboriosidad de la Santísima Virgen. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Son indispensables las buenas obras cuando se profesa la fé. Si la fé es como una ciudadela, las buenas obras son como los baluartes que la rodean; y bien así como una vez destruidos los baluartes la ciudadela se halla expuesta á la invasión del enemigo, del propio modo, sin las buenas obras, la fé se halla expuesta á los asaltos del infernal adversario. Si la fé es como una planta que brota del suelo y crece, las buenas obras son como la lluvia celestial y los humores del terreno que la nutren; y del mismo modo que se seca la planta que carece de sus elementos nutritivos, también perece la fé sin el auxilio de las obras buenas. Si la fé es como una lámpara ardiente, las buenas obras son el aceite que la alimenta; y así como se apaga la lámpara sin aceite, también quitadas las obras meritorias, desaparece la fé. Pero más bien que estas imágenes que emplearon los santos Padres para demostrarnos la necesidad de las buenas obras que han de acompañar á la fé, sirva la insigne autoridad del apóstol Santiago, quien asegura terminantemente, que la fé, si no va acompañada de obras, está muerta en sí misma (1). Y en verdad, Dios no nos dió la fé para que fuera un vano ornamento que á nada nos obligase, ó nos obligase simplemente á creer, y asunto concluido; sino que nos la dió para que nos sirviera de principio y de fundamento para la vida cristiana, y tocarse, mediante las obras, á su cumplimiento y perfección. Por eso, siendo la fé la primera piedra fundamental de

(1) Jac. II, 17.

la vida cristiana, sobre esta piedra debemos levantar obras de santidad y de salvación. Por consiguiente, diciéndonos la fé, que Dios es nuestro Criador, nuestro Señor, nuestro Padre, nuestro primer principio y último fin, debemos temerle, venerarle, amarle y cumplir su voluntad; hablándonos la fé de la otra vida, de un Infierno, de un Paraíso, de una eternidad de delicias ó de penas, debemos practicar el bien y huir del mal para vernos libres de los futuros castigos, y alcanzar el galardón que nos espera; enseñándonos la fé los misterios tiernísimos de nuestra redención, debemos unirnos á Jesucristo nuestro Salvador, conformarnos con su voluntad, y sacar el fruto conveniente de tantos dolores como padeció y de tanta sangre como derramó por nuestro amor. En una palabra, la fé no es únicamente una regla de creencia, es, además, una regla de conducta; de suerte, que si la conducta no se ajusta á la creencia ó á la fé, la sola creencia no podrá salvarnos; ántes bien, como dice San Pablo, si se desecha á ésta, se naufraga totalmente en la fé (1). Afirma, pues, con mucha razón San Gregorio, que el verdadero creyente es aquel que obra de conformidad con lo que cree; y San Agustín dice, que el que se gloria de creer, debe demostrar con los hechos la verdad de sus palabras.

¡Oh, qué sublimidad la de los hombres que obran de conformidad con las reglas de la fé! Mantienen en su corazón la pureza á pesar de las asechanzas del mundo y de la carne; consérvanse constantes en frente de todos los asaltos de la violencia y de la seducción, y elevan la propia virtud por encima de todos los esfuerzos y de todos los ardidés de la prudencia humana. Refrenan los apetitos desordenados, moderan el uso legítimo de los placeres, respetan los derechos ajenos, sostienen con igualdad de ánimo la próspera y la adversa fortuna; y se sirven del pasado para gobierno del presente, y se valen del presente como de preparativo para lo venidero. Miran con desprecio las brillantes vanidades del mundo, descansan tranquilos bajo el gobierno de una providencia superior, en los casos dudosos distinguen el bien del mal, y en toda ocasión saben ordenar sus palabras y sus obras. Templados sin ser agrestes, prudentes sin malignidad, esforzados sin ser feroces, justos sin ser crueles, tienen siempre dispuesto el corazón para atender á cuanto se refiere al amor de Dios y del prójimo. Y para admirar esta conducta, ninguna necesidad tenemos de acudir á los Apóstoles, á los Mártires, ó á los Confesores, que nos dejaron pruebas maravillosas sobre toda ponderación de obras uni-

(1) 1.ª TIM. I, 19.

das á la fé. Los anales del Cristianismo nos recuerdan á millares tales héroes, que á la luz del día, ó en sus hogares, manifestaron su fé con las obras; y si en nuestros días parece ser corto el número de estos fieles observantes del Evangelio, no puede negarse que hay algunos, que tal vez no os son desconocidos. Yo quisiera, teniendo á mi lado estos sinceros fieles á la religion católica, verme provocado por la incredulidad á que le diese cuenta de los caracteres de nuestra fé, pues fácil me sería decirle con el Apóstol Santiago: «Muéstrame tu fé sin obras, que yo te mostraré mi fé por las obras (1). Pero, dejando aparte los ejemplos de los Santos, que aunque esplendentes, siempre son relativamente insignificantes, volviendo á mi argumento, me ocuparé de María, que es eminente en la union de la fé y de las obras.

María es santa. Concebida, por singular privilegio, inmune de toda mancha original, la bella inocencia primitiva, que andaba errante por espacio de cuarenta siglos sobre las aguas cenagosas de la inundacion universal, no hallando donde posar su immaculado pié, emprendió el vuelo hacia Ella, y en Ella se reposó. Simbolizada en aquella bendita Arca, única que se salvó del universal diluvio; en aquel vellon de Gedeon, que recogió solo en sí el celestial rocío; en aquella Jerusalén, cuyos fundamentos estaban en los collados eternos, y en aquel Templo augustísimo, donde resplandecía toda la gloria del Señor, fué santa desde el primer instante de su vida. Y esta santidad creció; de la misma manera, dice San Buenaventura (2), que la luz de la aurora, á medida que avanza, despliega mayor claridad. Pues bien; sin la fé, y sin las obras que inspira la fé, Ella no hubiera podido ser santa, ya porque la fé es el principio, el fundamento y la raíz de toda santidad (3), ya tambien porque, segun queda demostrado, sin las obras la fé es muerta.

Pero; ¿qué obras fueron éstas? Examinemos á grandes rasgos su vida, y tendremos que confesar, que fueron luminosísimas. Aunque la humilde oscuridad en que se encerró durante toda su vida, no nos descubra en Ella ciertas acciones ruidosas y singulares, que se granjean los aplausos de los hombres, no podremos menos de admirarla en el exacto cumplimiento de las propias obligaciones. Y este cumplimiento, que fué maravilloso en la Virgen, está lleno para nosotros de saludables enseñanzas.

(1) JAC. II, 18.

(2) S. BONAV. in Spec.

(3) Conc. Trid. Sess. 6.

Está en el orden de la justicia y de la religion, que cuanto exista de santo se dedique á Dios, puesto que siendo Dios el principio y el fin de la santidad, ésta se dirige hácia su centro cuando se dedica al Señor. María se consagró á Dios en el seno mismo de su madre; renovó este generoso ofrecimiento al abrir los ojos á la luz, y apenas llegada á los tres años, encerrose en la parte más retirada del Santuario. Nada la arredra, nada la detiene: ni su tierna edad, ni la ternura de sus padres, ni los sagrados lazos que va á contraer, ni la vida austera y laboriosa que va á abrazar. Animada de un religioso ardor, el celestial amor de que se halla abrasada le allana todas las dificultades, y la mayor de sus alegrías es morar en el Templo, cumplir con sus deberes y servir á Dios. La fé le dice, que todo nuestro amor lo debemos á Dios; y Ella, con las obras, ofrece al Señor toda su ternura.

Al cabo de once años de haber entrado María en el Templo, donde viviera con tanto consuelo de su corazon, y tanto provecho de su espíritu, esta inocente paloma sale del arca. Queriendo sus deudos darle esposo, no replica, porque las costumbres de los Israelitas no permitian en aquellos tiempos que una doncella permaneciese soltera. Aquella misma voz celestial, que le había dado á conocer cuando acepta le era la virginidad, le dice, que siguiendo la costumbre de la nacion y sometiéndose á la voluntad de sus parientes, no sufriria menoscabo en la profesion de permanecer virgen. Por consiguiente, ora, como opinan algunos, estuviese de antemano advertida de una manera sobrenatural de la disposicion del varon con el cual iba á desposarse, ora, segun afirman otros, se sintiese impulsada por inspiracion del Espíritu Santo á abandonarse absolutamente en brazos de la divina Providencia, la cual le conservaria las azucenas immaculadas, se unió con lazo purísimo á José. Su ofrecimiento á Dios es mayor cuando sale, que cuando entra en el Templo; pues, al entrar en él, le ofrece la santidad más sublime; y al salir, le ofrece la porción más escogida de sí misma, ó sea su voluntad, ya que solamente por condescender á la voluntad de Dios acepta por esposo al carpintero de Nazareth.

Empero, ha llegado ya el tiempo, en que debe descender del Cielo sobre los hombres la divina misericordia. El milagro prometido desde el origen del mundo, y confirmado con profecias, con símbolos y figuras, está próximo á verificarse. María, que es la designada para tabernáculo santo, en cuyo interior debe cumplirse la misteriosa union de Dios con el hombre, consiente, pronuncia el *hágase*.

Ahora bien; así como el haber sido escogida entre todas las mujeres por Madre del Verbo, fué el honor más excelso que podía recibir de la divina omnipotencia, así, el haber consentido en esta maternidad, es la prueba más convincente de los magnánimos afectos que anida en su corazón. Está en Ella la prudencia, y quiere asegurarse de su virginal decoro; está la fé, y adora el misterio que le anuncia Gabriel; está la obediencia, y cede pronta y sumisa á la voluntad de Dios; está la humildad, y se declara esclava en el instante mismo en que es aclamada solemnemente Madre del Hombre-Dios; está la caridad, y en el acto de la divina concepcion se abrasa en suaves éxtasis, en arrobamientos y deliquios de ternura. La fé la dice, que se agrada á Dios con la virtud, y por eso Ella aparece rica de un modo singularísimo con la práctica de las más bellas virtudes.

Y ahora, dejando la enumeracion de otras obras, pregunto: ¿es posible hallar en la vida de María un solo momento, durante el cual no obrase según las máximas de la fé? Cuando rechazada de todas partes, no le queda otro recurso que refugiarse en la fría cueva de Belén, y allí dar á luz á su Hijo, considerando en aquella extrema pobreza las disposiciones del Cielo, léjos de perder su serenidad, siente tanto mayor gozo, cuanto mayores son las privaciones que debe sufrir de los bienes de la tierra. Cuando Simeon en el Templo hace llegar á sus oídos un terrible vaticinio, sabiendo los motivos especiales por los cuales debe ofrecerse en sacrificio la preciosa vida de su Infantito, dobla la frente con magnánima resignacion á los decretos de la divina justicia. En Egipto, donde se ve precisada á ocultarse, cuando por el bárbaro mandato de Herodes se levanta la cuchilla homicida sobre el cuello de su Niño, persuadida de que el camino de la tribulacion lo es de salud, pasa con ánimo tranquilo el tiempo del destierro. A su vuelta de Egipto á Nazareth, entregada á los trabajos propios de su sexo, sostiene el peso de los quehaceres domésticos; y por más que su vida pareciese despreciable á los ojos del mundo, sin embargo, vive contenta, júzgase feliz; y no hubo nunca alma alguna que estuviese más contenta, más feliz, ni fuese más digna de los homenajes de los hombres y de los ángeles. En el Calvario, cuando el fruto de sus virginales entrañas es despojado de los propios vestidos, atravesado con durísimos clavos, y elevado sobre un infame patíbulo, aunque afligida de un modo tan vivo y penetrante, que no cabe en entendimiento humano comprender su amargura, muestra una paciencia heroica, una sumision perfecta á los decretos del Cielo, y un celo ardentísimo por la salvacion del humano linaje.

Considerando todo cuanto dejo apuntado, ¿quién dudará de que María obró en Belén, en el Templo, en Egipto, en Nazareth y en el Calvario según las máximas de la fé? Obra de acuerdo con ellas lo mismo cuando se somete á la ley de la purificacion, sin estar obligada á ello, que cuando, no satisfecha de practicar los deberes religiosos en el retiro de su morada, vá al Templo cuantas veces está prescrito. Si somete á Jesús á la circuncision, es para que, como Salvador de los hombres, derrame las primeras gotas de su preciosa sangre; si le pierde en el camino de Jerusalén á Nazareth, sufre más de lo que sufrieron los mártires por la incertidumbre del lugar donde puede hallarse, por la dificultad de buscarle en medio de las tinieblas de noche oscura, y por el ánsia de haberle perdido tal vez por culpa suya; y si en las bodas de Caná de Galilea, advirtiendo la falta de vino, cuando todos los convidados estaban sentados en la mesa, le ruega con ademán suplicante que ponga remedio con un milagro, obra siempre de conformidad con las máximas de la fé.

No emplea esta diligente solicitud solamente cuando se halla al lado del divino Maestro. Jesús resucita: María, á la cual se le aparece el Hijo resucitado ántes que á otra persona alguna, disfruta de un gozo inefable, sin menguar en los deseos de la soledad ni en los sentimientos de la humildad. Sube Jesús á los Cielos, sobre luminosa nube se eleva por los aires, le aclaman alegres los principes de la celestial Jerusalem; y María, con el espíritu sigue al Hijo, apresurando con incesantes suspiros el deseado momento de reunirse eternamente con el sumo Bien. Una vez Jesús en los Cielos, desciende del empireo el Espíritu Santo á confirmar la fé, á sostener la esperanza, á inflamar la caridad é infundir en los nuevos creyentes los dones de sabiduría, entendimiento, consejo, ciencia, fortaleza, temor y piedad; y María, que se encuentra en el Cenáculo en compañía de los apóstoles, al verificarse el incomparable prodigio, nos enseña, que para alcanzar tales dones debemos prepararnos y disponernos á recibir las gracias que nos concede la misericordia del Señor. Así, pues, ¿no es verdad que María obró siempre según las máximas de la fé? ¿No es verdad que no puede hallarse en toda su vida un solo instante, en que no haya obrado de conformidad con dichas máximas?

Finalmente, permitidme, hermanos míos, recitar una bellísima página de San Ambrosio. María, dice el Santo, era virgen, no solo de cuerpo, sinó que también de alma. Estaba léjos de toda simulacion ambiciosa que corrompiese la sinceridad de sus purísimos afectos. Era humilde de corazón, grave en el hablar, dotada de rara pruden-

cia, y muy amante de la lectura de los libros sagrados. Se esmeraba, sobre todo, en no colocar su confianza en las riquezas que pueden faltar, sino en las oraciones de los pobres que son de ordinario oídas por Dios. Era muy asidua en el trabajo; y sin hacer caso del faláz juicio de los hombres, tenía siempre en cuenta el recto y justo juicio de Dios, reconociendo solo á Él por juez y árbitro de sus acciones. Era enemiga del fausto, seguía la razón, amaba la virtud. Nada se descubría en Ella de ménos conforme y compuesto, nada de ménos amable en la mirada, nada de ménos púdico en el trato, nada de ménos pudoroso en los actos; no afectaba molicie en su actitud, ni demasiada precipitación en el andar, ni altanera libertad en la voz. En una palabra: toda la compostura exterior del cuerpo era un indicio cierto de la interior compostura del alma y una idea perfecta de probidad. Así se expresaba San Ambrosio refiriendo la vida de la Santísima Virgen (1); y no tenemos necesidad de nada más para concluir: que una vida semejante es sin duda una vida en todo conforme con las máximas de la fé.

Bien quisiera yo ahora, hablando de nosotros, proseguir por el mismo estilo empleado hasta aquí; pero, cuánta discordancia se nota entre nuestra fé y nuestras obras! La fé aleja el corazón de sus seguidores de los mundanales apetitos, alimentándolo con divinas esperanzas; y nosotros, por el contrario, hacemos poco caso de las esperanzas celestiales, y estamos muy asidos á los apetitos terrenos. La fé defiende á los cristianos con invencible escudo, para que puedan resistir las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne; y nosotros nos mostramos con las obras propensos á ceder y prontos á sucumbir. La fé sublima al entendimiento humano por encima de los conocimientos naturales, elevándolo á oír la voz del Señor; y nosotros, con las obras, no nos mostramos mucho más ilustrados que los infieles y los herejes. Ahora bien; si no hubiese fé alguna, ó si la fé nos lo enseñase todo al revés de lo que nos enseña; ¿podría vivirse de diferente manera de la en que vivimos? La fé nos quiere humildes, y nosotros somos soberbios; la fé nos quiere mansos, y nosotros somos iracundos; la fé nos quiere resignados, y nosotros somos impacientes; la fé nos quiere virtuosos, y nosotros preferimos el vicio á la virtud. ¿Cuáles son, pues, en nosotros las obras que corresponden á la fé?

La fé solo sirve para hacernos más culpables, ya que cuanto uno

(1) S. AMBROS. lib. 2. de Virgin., c. 2.

es más ilustrado, más reo se hace si no vive según la luz que le alumbraba, y según las obligaciones que tiene. Por consiguiente, si fué para nosotros una dicha felicísima el haber nacido en la verdadera fé, esta suerte felicísima se convertiría en nuestro daño, si nacidos en la fé verdadera, encontrásemos la perdición por falta de obras. Y sin duda que hubiera sido ménos mal haber nacido pagano, que no en el seno de la Iglesia, y obrar en oposición á las máximas cristianas; ya porque quien no cumple con los deberes que propone la fé, es apóstata y peor que un infiel, ya también porque los cristianos serán en el Infierno incomparablemente más castigados que los gentiles, por haber abusado de la fé.

No nos forjemos, pues, ilusiones, amados hermanos. La fé y las obras son dos cosas que se dan la mano. Es preciso creer de veras para obrar bien; y se necesita obrar bien para creer de veras. La fé es siempre el principio y la raíz de las buenas obras; pero las obras buenas son aquellas que dan realce y vigor á la fé. Por lo tanto, procuremos conservar la fé para obrar bien; sea nuestra fé viva, puesto que el justo vive de esta virtud; y procuremos obrar bien para crecer en la fé, por lo mismo que ésta se aumenta, se perfecciona y se vigoriza mediante las buenas obras. A fin de conseguir ambas cosas, roguemos á nuestra piadosísima madre María. Ahora, más que nunca, debemos suplicarla con todo ardor que afirme la fé en nuestra mente y en nuestro corazón, á causa del inminente peligro que corremos en medio de la corrupción de nuestros tiempos. Agrupémonos á su alrededor, invoquemos su nombre, pidamos que nos ampare, y estemos seguros de alcanzar las divinas misericordias.

DISCURSO IV.

ESPERANZA.

Mihi autem bonum est ponere in Deo spem meam.

Yo hallo mi bien en poner en Dios mi esperanza. (SALM. LXXII, 28.)

Aun cuando nuestra condicion fuese la más miserable de todas, con elevar el espíritu á Dios y alentados por la esperanza, léjos de abatirnos, tendríamos motivos para consolarnos y confiar, pues, segun dicen los sagrados Libros, Dios es siempre el Príncipe de la clemencia, el Autor de todo consuelo, misericordioso para con toda carne, y superior en obras de bondad á las obras excelsas de su omnipotencia. Así, pues, al tomar á su cuidado el enjugar nuestro llanto, nos asegura que conoce el barro de que fuimos formados, y que no ignora nuestros males; y por eso mismo promete que será benigno para con aquellos que en Él esperan, acudiendo presuroso á mejorar la situación de los atribulados. Testigo Job, quien, por haber puesto toda su esperanza en Dios en medio de la inmensa tribulacion que le oprimía, se vió libre de aquellas desventuras, y recibió doblados bienes de los que ántes poseía. Testigo David, á quien perseguía un ejército de malvados, y le habían tendido mortales lazos; por haber esperado en Dios, vióse libre de peligros y de angustias, y puesto en salvo. Lo mismo sucedió á otros muchos, que hechos juguete de la adversa fortuna, colocaron en Dios su esperanza.

Pero, dejando por ahora á un lado cuanto podría decirse respecto de la virtud de la esperanza, me concretaré solamente á la Santísima Virgen. En verdad, que ninguna autoridad más convincente, ninguna prueba más espléndida para poner esta virtud en la mayor claridad que el nobilísimo ejemplo de María. Siendo así, amados hermanos, vosotros que os reunís con tanta frecuencia en este sagrado templo,

me permitireis que, siguiendo las huellas de los sublimes hechos de María, os enseñe el verdadero modo de esperar en Dios. Si hablando de esta virtud lograse yo enardecer en vuestros corazones el deseo de imitarla, todos saldremos gananciosos; yo de haberme ocupado de ella, y vosotros de haberme escuchado con vuestra acostumbrada atención. Saludemos ántes á María con las palabras del Arcángel: A. M.

La esperanza, virtud teologal, es un dón sobrenatural que inclina nuestra voluntad y la fortalece á esperar confiadamente de Dios la vida eterna y los medios necesarios para alcanzarla. La llamo virtud teologal, porque se refiere inmediatamente á Dios, objeto de nuestra beatitud, cuyo poder, cuya misericordia y cuya fidelidad en las promesas hechas no disminuyen nunca. Y la llamo dón sobrenatural, porque el hábito de la esperanza se nos infunde en el bautismo juntamente con el de la fé y de la caridad, aunque para la salvacion deba ser actual en los adultos. Finalmente, digo: que inclina nuestra voluntad á esperar confiadamente de Dios la vida eterna y los medios necesarios para conseguirla, porque el objeto primario y principal de la esperanza es la gloria del Paraíso; y el objeto secundario está en la certidumbre, de que el Señor nos dará fuerza para evitar el pecado, resistir á las tentaciones, cumplir su ley, levantarnos de las caídas; todos los auxilios necesarios para no perecer entre las garras del infernal dragon; todos los socorros oportunos para salvarnos, y todos los bienes espirituales que conducen á la gloria eterna. De ahí se sigue, en primer lugar, que grandes y pequeños, ricos y pobres, sábios é ignorantes, podemos y debemos aspirar á la sublime dignidad de los bienaventurados del Cielo, asegurándonos la esperanza que aquel reino está tambien preparado para nosotros, y que será verdaderamente nuestro si por culpa ó malicia no queremos privarnos de él. En segundo lugar se sigue, que el Paraíso no deben esperarlo tan solo aquellos que guardaron siempre intacta la inocencia bautismal, sino igualmente los pecadores; los cuales, haciendo cuanto esté de su parte para volver al buen sendero, lograrán sentarse en los sállos celestiales, del propio modo que un Pedro, un Pablo, una Magdalena, una María Egipciaca, una Margarita de Cortona, un Agustín, y otros innumerables, que en otro tiempo fueron grandes pecadores. Se sigue, por último, que esta esperanza es muy diversa de aquella que suele ponerse en los hijos de los hombres, y que, segun Salomon, es la cosa más vana.

También el mundo tiene su esperanza; pero, ¿qué diferencia entre la esperanza mundana y la divina? La mundana, bella y meliflua á primera vista, engaña con frecuencia; la divina, todavía más bella y seductora, nunca engaña. La una se apoya sobre una frágil caña, con la cual uno no puede ménos de desgarrarse las manos; la otra, sobre elevado monte, que permanece inmóvil en medio de las más horrosas borrascas. La primera es como un meteoro, que nos deslumbra, y que presto se extingue; la segunda es como la columna de fuego, que guiando al pueblo hebreo por las sendas del desierto, no lo abandonó hasta que estuvo á la vista de la tierra prometida. Por esto los hombres reflexivos, dejando la esperanza mundana, en la cual solo hallan penetrantes espinas entre fragantes rosas, acuden con ánimo confiado á la divina. En efecto, ésta fué la virtud de aquellos que al presente reciben en los altares los honores debidos á la santidad. Rodeados de inminentes peligros, oprimidos por graves necesidades, y atormentados por terribles tentaciones, subieron al Cielo, porque en el tiempo de la tribulación se acogieron con inquebrantable esperanza al asilo del Altísimo.

Entre las almas que se distinguieron por la virtud de la esperanza, se eleva sublimemente María.

La esperanza es hija de la fé. De esta última virtud, por medio de la cual oímos los amorosos consuelos de la suma y soberana bondad de Dios, maravillosa en el orden de la naturaleza, y mucho más maravillosa en las obras de la gracia, deriva la confianza en su clemencia, la certeza de su perdón y la filial seguridad para arrojarnos en los brazos de la misericordia. Sobre la fé, que nos asegura ser Dios fiel en sus promesas, se funda la confianza de hallarse en completa seguridad; habiendo Dios declarado, que infundirá fuerza al desvalido y dará salud al enfermo, pues nos ha formado á su imágen y semejanza; y por esto estrecha á cuantos arrepentidos acuden á Él. En una palabra; mediante la fé, la cual, por una parte, descubre nuestra miseria é indignidad, y por otra, la misericordia de Dios, se adquiere la convicción de poder conseguir nuestro último fin; convicción fundada, no sobre nuestras débiles fuerzas, ni sobre nuestros méritos, sino sobre la benéfica voluntad y los amorosos designios del mismo Dios. Esto afirmaba el Apóstol, al definir á la fé fundamento ó firme persuasión de las cosas que se esperan (1); así lo comprendía el Doctor Angélico, cuando al comentar las citadas palabras decía,

(1) HEBR. XI, 1.

que la fé no se llama *sustancia*, como si fuese un sér subsistente, sino por ser el fundamento y el primer principio de toda la vida espiritual (1). Siendo pues la esperanza hija de la fé, está claro que una fé eminente y sólida suscita en los ánimos una esperanza sólida y eminente. Y la tuvo en tal alto grado la Santísima Virgen que, según piadosamente creen los escritores eclesiásticos, repetía continuamente con David que: toda su felicidad consistía en estar unida á Dios y poner en Él una ilimitada confianza (2).

Además, los motivos en que se apoya la virtud de la esperanza demuestran, que esta virtud fué singularísima en la Santísima Virgen sobre toda ponderacion. Nos induce á esperar la bondad de Dios; y sabiendo que Dios nos amó desde la eternidad (3), que desde entónces nos convirtió en centro de sus bendiciones, que desea nuestra felicidad más sinceramente que nosotros mismos; en esta bondad inefable, ante la cual se oscurecen los más refulgentes resplandores de los Angeles y de los Santos, estamos seguros de obtener lo que esperamos santamente. Nos induce á esperar la palabra de Dios; y puesto que el Señor dice claramente en las Escrituras, que es nuestra defensa en la tierra (4) y nuestra beatitud en el Cielo (5), sabiendo que en Él no es posible la ficción, la impotencia ni la inconstancia; que quiere cuanto dice, y puede todo lo que quiere; que tanto como es exactísimo en prometer, es igualmente fidelísimo en mantener sus promesas, á las cuales no podría faltar sin faltarse á sí mismo (6); no tenemos motivo alguno para dudar, de que seremos piadosamente atendidos si esperamos, conforme es su voluntad que esperemos. Nos induce á esperar la benéfica voluntad de Dios; y como que este Dios nos dió á su mismo Hijo Unigénito para que satisficiera por nuestras culpas, é innumerables veces sació al hambriento, vistió al desnudo, abrió los ojos á los ciegos, dió oído á los sordos, habla á los mudos; levantó al caído, defendió al huérfano y la viuda, fué escudo de los justos; en estos y otros muchísimos hechos tenemos más que suficientes motivos para abandonarnos sin la menor desconfianza en su generosa benignidad. Nos induce á esperar la abundancia de los méritos de Jesucristo, que habiendo comprado á gran precio la feli-

(1) S. THOM. OPUS.

(2) PSALM. LXXII, 28.

(3) JER. XXXI, 3.

(4) ISAÍAS, XXXV, 4.

(5) GEN. XV, 1.

(6) HEBR. VI, 18.

ciudad del Cielo y las gracias necesarias para llegar á poseerla, nos comunica sus méritos, que son el fundamento más inmediato y el riquísimo capital de nuestra esperanza (1). Ahora bien; ¿quién, en todas las órdenes de los Patriarcas y de los Profetas, de los Apóstoles y de los Mártires, de los Confesores y de las Virgenes, en el conocimiento de la bondad de Dios, de la palabra de Dios, de la benéfica voluntad de Dios y de su misericordia que nos manifestó por medio de Jesucristo; quién, repito, puede, no digo igualarse, ni tampoco compararse con María? Ninguno, hermanos míos, porque solo María estuvo tan próxima á este Dios, que no obstante de ser Ella una criatura, llegó á ser Madre del Criador. Así pues, ya que la virtud de la esperanza se apoya en la bondad, en la palabra, en la benéfica voluntad y misericordia de Dios, se sigue, de legítima consecuencia, que es mayor ó menor segun que sea mayor ó menor el conocimiento de los motivos en que se apoya; y como que el conocimiento de estos motivos fué superior en María al de todas las demás criaturas, se sigue también de legítima consecuencia, que su esperanza debía ser superior á la de todos los hombres.

Y en efecto, lo fué. A María simbolizaba la esposa de los Cantares, que subía del desierto rebotando en delicias, apoyada en su Amado (2). Consideraba al mundo como un árido desierto, sembrado de abrojos y espinas; y se elevaba sobre este desierto como paloma sin tocar el lodo en lo más mínimo. Llevada en alas de su deseo todo divino, colocaba su confianza, más bien que en sus méritos, en la benignidad del Autor de la gracia; y apoyada en Él con tierna y respetuosa confianza, dejase ver fresca y lozana como la vara de Arón, mientras que las otras yacían secas. Sostenida por tanto patrocinio, bendita entre todas las mujeres, purísima entre todas las virgenes y glorificada entre todas las madres, reunió en sí, según la mística expresión de la Iglesia, cuanto hay de precioso en la flor del Carmelo, en la azucena del valle, en el cedro del Líbano, en el ciprés de Sión, en la palma de Cades, en el hermoso olivo del campo, en el plátano junto al agua, en la mirra escogida y en el fragante cinamomo. De esta suerte, María, verdadera esposa de los Cantares, subió del desierto; y fué precisamente la esperanza la que la impelió á subir á tanta altura. Mostrándole la esperanza lo que es temporal y lo que es eterno, la invitó á no cuidarse para nada de lo perecedero, y á estimar tan

(1) I.^o TIM. I, 1.

(2) CANT. VIII, 5.

solo lo imperecedero. La esperanza, enseñándole la diferencia que existe entre la confianza puesta en el hombre flaco y miserable, y la puesta en Dios fiel y poderosísimo, la indujo á colocarla, no en los hombres, cuyos ofrecimientos son vanas palabras, sino en Dios, que juró cubrirnos y verdaderamente nos cubre con el manto de su protección. Revelándole la esperanza los preciosos bienes que obtiene el alma que se mantiene constantemente unida al que es sabiduría infinita, infinito poder, y amor infinito, la enfeverizó de suerte, que se mantuvo constantemente unida á Dios.

¿Y cuántas veces no nos dió María pruebas clarísimas de su profunda é inalterable esperanza en Dios? ¿En cuántas ocasiones no nos ofreció luminosísimos ejemplos de esta virtud? Podría demostraros, amados hermanos, refiriendo todos los años, todos los días y todos los instantes de su vida, que la pasó por completo esperando firmemente en Dios. El espectáculo sería sin duda magestuosísimo; ni podríais desear más copia de pruebas, puesto que se multiplicarían hasta el infinito. Pero, como si quisiera yo recorrer en toda su extensión el vastísimo campo que se ofrece á mis ojos, no me sería posible, atendido el breve espacio de tiempo de que puedo disponer; y aunque fuese posible, resultaría mi discurso largo y pesado: me limitaré á decir unicamente cuanto sea necesario para la completa demostración del tema propuesto.

A su vuelta de Hebrón á Nazareth el justo esposo José advierte, que Ella está en cinta. Ignorando de todo punto el mensaje del Arcángel, las maravillas que el Altísimo había obrado en Ella, la excelsa dignidad á que había sido elevada, permanece perplejo é intranquilo. No puede dudar del inmaculado candor de Aquella que se desposó con él, mediante el mútuo consentimiento de constante virginidad; mas, no sabe explicar su nuevo estado. Bajo ningún concepto puede dudar de la irreprochable conducta de su esposa, y á pesar de todo, parece que la misma situación deponga contra Ella, y que la condene el mismo silencio en que se ha encerrado. Con el ánimo vacilante agitado por una tempestad de pensamientos, con el corazón indeciso á todo consejo en circunstancias tan difíciles, con la mente indecisa para resolver en trance tan apurado, sin admitir la más mínima sospecha injuriosa contra la Virgen, sin manifestar en su rostro la menor señal de tristeza, y sin usurparse el juicio en un hecho, que no llega á comprender, resuelve alejarse. No obstante, María, que advierte la ansiedad de José, y que no puede menos de adivinar el motivo, y que con una sola palabra podría devolverle la tranquili-

dad, calla; ni el sincero afecto que por él alimenta, ni el deseo tan natural de la propia justificación, ni los desagradables inconvenientes que le resultarían de verse abandonada, le parecen motivos suficientes para descubrir al esposo el misterio que el Espíritu Santo había obrado en Ella. Calla, y se abandona á la voluntad de Dios, confiando con toda seguridad, que Él cuidará de su fama. Y así fué, en efecto, puesto que Dios envió un Ángel para anunciar á José quien era su esposa.

En otra ocasion se publicó un edicto de César Augusto, que, orgulloso por la multitud de los pueblos sometidos á su dominio, quiso hacer un padron general de todos sus súbditos, y, por consiguiente, la Virgen debió ponerse en camino. Siguiendo los Judíos la antigua costumbre de empadronarse por familias y por tribus, y tocando á los descendientes de David hacerlo en Belén, por haber nacido dicho rey en esa ciudad, María, que descendía precisamente de la noble estirpe de David, se dirigió hacia Belén. Hizo un viaje largo, y exponiéndose á la inclemencia del tiempo y á lo agreste de los caminos; tuvo que sufrir todas las fatigas inherentes á un viaje semejante, lo riguroso de la estacion y una extrema pobreza; llevando por toda provision, segun dicen acreditados escritores, alguna fruta y un poco de cebada. Llegado que hubo á dicha ciudad, situada sobre una colina, rodeada de viñas y de olivares, se encontró peor que en los montes de la Judea, puesto que no halló allí deudos, ni amigos, ni nadie que, conociendo su ilustre prosapia, le ofreciera conveniente hospedaje. Pobre, despojada de todo humano esplendor, rechazada de todo el mundo, á pesar de los miramientos que su estado reclamaba, no consiguiendo el más humilde alojamiento, ni aún en las posadas públicas, no le quedó otro recurso que ir á pasar la noche fuera de la ciudad en un pesebre. Con todo, faltada de alimentos, sin consuelos, sin auxilio, sin un pequeño lecho ni cuna donde recostar al tierno Niño, señor de Cielo y tierra, no dejó de confiar vivamente en Dios. Y Dios hizo que coros de Ángeles descendiesen á iluminar la oscuridad del pesebre, y que pastores de los vecinos montes y reyes del Oriente acudiesen á venerar al venido Mesías, esperado por Jacob y prometido por los Profetas.

Si el Apóstol alaba á Abrahán por haber esperado contra la esperanza (1), esto es, por haber esperado de Dios cosas, que, segun todas las humanas apariencias, parecían imposibles, infinitamente

(1) ROM. IV, 18.

más merece ser alabada María por haber esperado cosas, inmensamente más imposibles á la humana comprension, que las que esperó Abrahán, á saber: la Encarnacion en Ella del Hijo de Dios, y la prodigiosa union sin ejemplo precedente ni subsiguiente de la maternidad sin detrimento de la virginidad. Así, pues, Dios la llama muy bien su Beldad (1); si: es la Beldad de Dios por su esperanza, puesto que habiendo colocado en Él toda su confianza, esperó con toda seguridad que se cumplirían en Ella todos los vaticinios del Arcángel. ¡Oh confianza digna de profundísima admiracion! ¡Oh esperanza capaz de conmovernos y llenarnos de estupor y de maravilla! Salve ¡oh María! que por esta virtud fuiste por el Altísimo bendita entre todas las mujeres, bendita por el Criador de Cielo y tierra! En adelante saldrán de Ti ríos de aguas vivas, mitad de las cuales correrán hácia el Oriente y hácia el Occidente la otra mitad: de aquí en adelante, de la aurora al ocaso, y del septentrion al medio día, los pueblos acudirán á tus altares para venerarte como palomas llevadas del deseo á sus nidos. ¡Ah! tu nombre es tan grande, que siempre sonará melifluo en los lábios de los hombres: te aclamarán siempre muchedumbres de devotos, siempre te seguirán pueblos enteros de hijos.

Todo el mundo está lleno de esperanzas; pero, mientras que unos esperan una cosa, y aquellos otra, casi nadie, ó pocos, piensan en Dios, en los bienes celestiales, y en la gloria del Paraíso. No es esto imitar á la Santísima Virgen en la virtud de la esperanza. Es necesario persuadirse, de que todos nuestros deseos de mejorar la propia condicion, de conservar la salud, ó de cuanto pertenece á la vida presente, si no se refieren al último fin, ó á la posesion de Dios, son otras tantas ofensas inferidas á la esperanza, ya que esta virtud no tiene por objeto primordial más que á Dios, y á cuanto puede servirnos de medio y de auxilio para alcanzarlo. No os inquieteis, decía á este propósito Jesucristo, por lo que mira á vuestra comida, á vuestro vestido y á vuestro sostén; ni os angustieis diciendo: ¿qué comeremos, qué beberemos, con qué cubriremos nuestra desnudez? Estas palabras, apenas tolerables en boca de un pagano, que no cree en Dios, no excusan de ninguna manera á un cristiano. Nuestro Padre celestial conoce muy bien nuestras necesidades, nada ignora de cuanto conviene á cada uno de nosotros. Busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas se nos darán por añadidura (2).

(1) CANT. II, 13.

(2) MATTH. VI, 33.

Así, pues, elevemos nuestros ojos al Cielo, y hagamos todo lo posible por seguir las huellas de la Santísima Virgen; fortalezcámonos en aquella esperanza, que siendo un dón sobrenatural y divino, eleva la voluntad y la inclina á esperar de Dios con confianza la vida eterna y los medios para alcanzarla. De esta suerte tendremos valor y fuerza para superar todas las dificultades que se interpongan en el camino de la salvacion, y más bien que sentirnos débiles, cobraremos fuerza para practicar obras buenas, y seremos consolados y protegidos por la divina misericordia (1). No; nada hay más grato á Dios que arrojar en su corazon todos nuestros afanes; nada hay más saludable para nosotros que esperar de Dios toda suerte de gracias. Por eso dice el Ecclesiastés, que no quedará confundido ninguno de los que esperen en el Señor (2); por eso San Pablo habla de la grande recompensa reservada á aquellos que esperan en el Señor (3). Esta recompensa puede servirnos de consuelo en medio de las mismas tribulaciones, porque si la esperanza de una buena cosecha sostiene al labrador, despues de indecibles fatigas y congojas; si la esperanza en las ganancias anima al comerciante; si la esperanza de la victoria infunde valor al soldado en lo más rudo del combate; la esperanza del Paraiso, y la confianza en el auxilio y en la proteccion de Dios, debe animarnos muchísimo más para sobrellevar las angustias de la vida presente en vista del galardón que nos espera, repitiendo con San Francisco de Asis: Es de tal magnitud el premio que yo espero, que me regocijo en los padecimientos.

(1) PSALM. XXXI, 10.

(2) ECCL. II, 11.

(3) COLOSS. I, 5.

DISCURSO V.

AMOR DE DIOS.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.

Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon. (DEUT. VI, 5.)

Mueve á indignacion y al mismo tiempo á lástima el deplorable abuso que muchísimas personas hacen del corazon. Colocado por Dios en nuestro pecho para que fuese templo y sacrario de su amor, se degrada hasta el extremo de convertirlo en depósito y sentina de bajas pasiones; habiéndonos dado para que dirigiese sus afectos á la virtud, en vez de aspirar á lo que es noble y santo, aspira á lo ignominioso y degradante. Ni las aguas del bautismo que lo limpiaron de la mancha original, ni los cuidados empleados para refrenar sus primeros movimientos, ni las diligencias practicadas para enderezar los primeros impulsos, sirven, las más de las veces, cuando está engolfado en los vicios, para abrasarle en el amor de Dios. Sucede con este corazon lo que sucedió con el antiguo Templo de Jerusalén. Cuando se quiso descubrir el fuego de este Templo, no se halló combustible alguno capaz de alimentarlo, sinó agua cenagosa (1); así tambien, cuando uno procede al exámen de este corazon, no le halla adornado de santos afectos, sinó lleno de hez y podredumbre de todo inmundo desórden.

Empero, de la misma manera que el agua sucia y cenagosa expuesta á los rayos del sol, se convirtió en ardiente y voracísima llama (2); creo yo, que existe un medio poderoso para transformar los corazones indiferentes ó pervertidos, en corazones ardientes y abrasados de amor divino. Este medio es el ejemplo de María. Siem-

(1) II. MACH. I, 20.

(2) II. MACH. I, 22.

Así, pues, elevemos nuestros ojos al Cielo, y hagamos todo lo posible por seguir las huellas de la Santísima Virgen; fortalezcámonos en aquella esperanza, que siendo un dón sobrenatural y divino, eleva la voluntad y la inclina á esperar de Dios con confianza la vida eterna y los medios para alcanzarla. De esta suerte tendremos valor y fuerza para superar todas las dificultades que se interpongan en el camino de la salvacion, y más bien que sentirnos débiles, cobraremos fuerza para practicar obras buenas, y seremos consolados y protegidos por la divina misericordia (1). No; nada hay más grato á Dios que arrojar en su corazon todos nuestros afanes; nada hay más saludable para nosotros que esperar de Dios toda suerte de gracias. Por eso dice el Ecclesiastés, que no quedará confundido ninguno de los que esperen en el Señor (2); por eso San Pablo habla de la grande recompensa reservada á aquellos que esperan en el Señor (3). Esta recompensa puede servirnos de consuelo en medio de las mismas tribulaciones, porque si la esperanza de una buena cosecha sostiene al labrador, despues de indecibles fatigas y congojas; si la esperanza en las ganancias anima al comerciante; si la esperanza de la victoria infunde valor al soldado en lo más rudo del combate; la esperanza del Paraiso, y la confianza en el auxilio y en la proteccion de Dios, debe animarnos muchísimo más para sobrellevar las angustias de la vida presente en vista del galardón que nos espera, repitiendo con San Francisco de Asis: Es de tal magnitud el premio que yo espero, que me regocijo en los padecimientos.

(1) PSALM. XXXI, 10.

(2) ECCLES. II, 11.

(3) COLOSS. I, 5.

DISCURSO V.

AMOR DE DIOS.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.

Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon. (DEUT. VI, 5.)

Mueve á indignacion y al mismo tiempo á lástima el deplorable abuso que muchísimas personas hacen del corazon. Colocado por Dios en nuestro pecho para que fuese templo y sacrario de su amor, se degrada hasta el extremo de convertirlo en depósito y sentina de bajas pasiones; habiéndonos dado para que dirigiese sus afectos á la virtud, en vez de aspirar á lo que es noble y santo, aspira á lo ignominioso y degradante. Ni las aguas del bautismo que lo limpiaron de la mancha original, ni los cuidados empleados para refrenar sus primeros movimientos, ni las diligencias practicadas para enderezar los primeros impulsos, sirven, las más de las veces, cuando está engolfado en los vicios, para abrasarle en el amor de Dios. Sucede con este corazon lo que sucedió con el antiguo Templo de Jerusalén. Cuando se quiso descubrir el fuego de este Templo, no se halló combustible alguno capaz de alimentarlo, sinó agua cenagosa (1); así tambien, cuando uno procede al exámen de este corazon, no le halla adornado de santos afectos, sinó lleno de hez y podredumbre de todo inmundo desórden.

Empero, de la misma manera que el agua sucia y cenagosa expuesta á los rayos del sol, se convirtió en ardiente y voracísima llama (2); creo yo, que existe un medio poderoso para transformar los corazones indiferentes ó pervertidos, en corazones ardientes y abrasados de amor divino. Este medio es el ejemplo de María. Siem-

(1) II. MACH. I, 20.

(2) II. MACH. I, 22.

pre que se considera atentamente este ejemplo, podría comunicar, á más de un corazón cauterizado, un rayo del amor con que la Santísima Virgen amaba á Dios. Vosotros, pues, que haceis gala de estragar vuestro corazón en apetitos desordenados, prestadme atención, pues me prometo veros desengañados, después de haberos hablado del deber que tenemos todos de amar á Dios, mostrándoos con cuanto amor le amó María. También espero ver desengañados á aquellos, que, tibios é indolentes, no aman ciertamente á Dios sobre todas las cosas, á pesar de sus protestas de que no aman á las criaturas con soberbia pasión. El ejemplo de María os hará despertar del letargo en que yaceis, servirá para arrancar á otros de las garras de los vicios, y para dar á todos saludables instrucciones acerca del amor que debemos á aquel Sér supremo, Padre y bienhechor del humano linaje. El asunto, amados hermanos, es de suma importancia, y para tratarlo como conviene, pidamos la gracia: A. M.

Para salvarse y conseguir la eterna bienaventuranza no basta creer en Dios y esperar en Él; es además necesario amarle, y amarle observando fielmente sus mandamientos (1). Es este un punto tan esencial, que sin él, dice San Pablo, resultarían vanas todas las obras buenas y prácticas devotas (2). Por consiguiente, es necesario amar á Dios. ¿Y acaso no merece Dios nuestro amor? Si pudiéramos penetrar en el interior de su esencia, no sería menester nada más, pues, con solo conocerle le amáramos. En efecto; cuando se trata de Dios, debe concebirse como la suma de todas las perfecciones imaginables, y reconocerle como un Sér infinitamente superior á toda numana concepción. Hay en Él belleza, poder, grandeza, bondad, sabiduría y santidad; de suerte, que cuanto vemos en las criaturas de bello, de bueno, de magestuoso, de docto y de poderoso, es apenas un rayo, una participación muy insignificante de cuanto existe en Dios en grado infinito. Ahora bien; si un brillo de bondad que notamos en las criaturas, basta á veces para arrobarnos, para enamorarnos, para empeñar todos nuestros afectos; ¿no nos abrasaremos de amor para con un Dios, que es el origen de todo bien, purísimo, y sin mezcla de imperfección alguna? ¿Querrá suponerse que el bien sumo, el bien máximo, el bien solamente amable, no hace la más mínima impresión en nuestro corazón? No cabe duda que si nos

(1) I. JOAN. XIV, 21.

(2) I. COR. XIII, 1.

fuese dado penetrar los abismos perfectísimos de este Sér inmenso, nos sentiríamos impelidos á amarle; pero, siendo nosotros polvo y ceniza, no podemos presumir de elevarnos á tal incomprensible grandeza. El escudriñador de tan excelsa magestad no puede ménos de sentirse oprimido bajo el peso de su divina gloria. Enseñándonos el Apóstol de las naciones á discurrir de lo invisible, mediante las cosas visibles (1), consideremos atentamente á la luz de esta regla, cuanto merece ser amado el amor infinito, que es Dios.

¿Quién es Dios? El criador del Universo. El magnífico pabellón que nos cobija con los globos de incomparable magnitud, que guardan en su vertiginosa carrera exactísimas proporciones con los astros refulgentes, que en él se descubren tan constantes en sus movimientos; con las estrellas, que brillan en medio de las sombras de la noche; con la aurora, que tiñe de púrpura las regiones del espacio; y con el sol, que extiende sus rayos á través del horizonte; es obra de Dios. Obra de Dios es la tierra, juntamente con el color plumizo de los montes, con lo florido de los valles, con las praderas alfombradas de flores, con las plantas cubiertas de hojas, con los árboles llenos de fruta, y con los campos exuberantes de espigas; y obra de Dios es el mar, con las playas que le circuyen, con los ríos que le alimentan, con las islas que se le interponen, con los escollos y las arenas de la orilla donde van á estrellarse las espumosas olas. Dios lo crió todo de la nada.

¿Quién es Dios? Dios es nuestro Bienhechor. ¿Y qué es lo que no ha hecho por nosotros? Ha criado el mundo, adornándole de mil maneras, como un príncipe adorna y decorá su palacio para recibir á su hermosísima desposada. Ha mandado al sol que madure nuestras mieses, á la lluvia que alimente nuestras plantas, y al día y á la noche que se sucedan alternativamente para asistirnos en el trabajo y en el reposo. Ha llenado la tierra de rebaños, cuyas pieles nos defienden del frío; de caballos, que nos transportan de uno á otro lugar; de vacas, que nos suministran sabrosísima leche, y de bueyes, que aran nuestros campos. Ha puesto el oro entre el barro de los ríos, ha ocultado en las piedras el rubí y la esmeralda, ha colocado en los estratos petrosos de los montes filones de cobre y de plata; y ha establecido que el viento, la luna y las nubes se pusieran en movimiento para nosotros. Todo cuanto vive, todo cuanto se mueve,

(1) AD ROMAN, I, 20.

todo cuanto existe, vive, se mueve y existe solo por la omnipotente virtud de su voluntad (1).

¿Quién es Dios? Dios es nuestro Redentor. Siendo culpables, por el pecado original, fuimos proscritos, envilecidos, degradados y objetos de maldición; vasos de cólera, víctimas de la muerte y esclavos del Infierno. Habiendo Dios tenido piedad de la suerte infelicitísima que nos aguardaba, apenas el hombre se hubo rebelado contra su ley paternal, se apresuró á consolarnos con la lisonjera promesa de un Salvador; promesa que produjo efectos maravillosos muy superiores á toda comprensión humana. Cumplida la plenitud de los tiempos, descendió á estas bajas regiones de la tierra el Hijo del Altísimo, y con prodigio de inefable caridad, vestido de nuestra naturaleza, y hecho objeto de maldición por causa nuestra, sometiéndose á inauditos suplicios y derramando la propia sangre, nos reconcilió con la irritada eterna justicia, rompió las cadenas de nuestra deplorable esclavitud, y nos condujo por la senda de la salvación.

A vista de todo esto, y siendo nuestra naturaleza formada de manera, que se enamora de lo bello, pregunto: ¿cómo puede dejarse de amar á un Dios, belleza infinita, y de la cual es apenas un rayo, una sombra cuanto nos parece bellísimo en toda la creación? Si la gratitud, por los beneficios recibidos despierta el amor en las almas favorecidas, hasta ablandar á las mismas fieras; ¿cómo no amar á un Dios al cual debemos la gratitud más obsequiosa por los innumerables beneficios de que nos colmó? Si uno ama á los que le aman, y nos demuestran con hechos la verdad de su afecto, ¿cómo no amar á un Dios, que nos ha dado tan sorprendentes pruebas de amorosa solícitud y de afectuosísima ternura? ¿Y qué uso más noble puede hacerse de la razón, dón que Dios hizo al hombre, que reconocerle por nuestro Padre y amigo? ¿Qué uso más digno puede hacerse del corazón, colocado por Dios en la concavidad de nuestro pecho, que el amarle de veras? ¡Ah! y mientras que el fuego rompe las piedras, y en el fuego se derriten los metales, y se descomponen las más duras peñas, colocado el hombre á poca distancia de los Angeles, ¿permanecerá indiferente circuido de las ardentísimas llamas del amor divino? Locura y gran locura es, no amar á Dios. Imitemos, hermanos míos, á María. ¿Con cuánto amor no amó Ella á Dios? Con un amor encendido por el Espíritu Santo, de tal suerte, que así como el hierro puesto en la fragua se convierte en fuego, Ella, con los dones de este Espíritu,

(1) HEB. I, 3.

que es el amor reciproco del Padre y del Hijo, se convirtió toda en amor.

En su escuela hubieran podido aprender á amar los Angeles y los Arcángeles. Los Doctores de la Iglesia, los santos Padres declaran, que no saben hablar dignamente de este amor, por cuyo motivo procuran indicarlo con imágenes sacadas de los sagrados Libros. Quien vió el corazón de María en el zarzal ardiente del Sinaí; quien en las lámparas de los sagrados cánticos, que eran juntamente luz y llamas; este en el altar propiciatorio, donde no se extinguía el fuego ni de día ni de noche; aquel en la mujer vestida de sol que apareciera en Pathmos al extático Juan; y una vez expuestas estas imágenes, concluían: que así como el zarzal ardiente del Sinaí hallaba siempre algo con que alimentar su llama, también María, en su amor, hallaba siempre nuevos alicientes para amar; así como las lámparas encendidas de los sagrados cánticos parecían transformarse en llamas, también María, amando, se identificaba con el amor de tal suerte, que parecía el mismo amor; del propio modo que el fuego del altar propiciatorio, sin extinguirse nunca, se mostraba encendido á todas horas, María, sin menguar jamás en los transportes del santo amor, se mostró apasionada amante durante todos los instantes de su vida; y á la manera que la mujer del Apocalipsis iluminada por el sol, iba vestida del mismo sol, María, amada de Dios, le correspondió con tanto amor, que parecía un perfecto ejemplar del mismo amor divino.

Siendo así, no me quedaría más recurso que callar, y hacer punto final en el presente discurso, puesto que si los Doctores y los Padres de la Iglesia no pudieron decirnos con cuanto amor María amó á Dios, y recurrieron á símbolos, á imágenes y á figuras para darnos de ello alguna idea; ¿qué podré yo decir, ignorante é inexperto en la oratoria sagrada? Sin embargo, no tengo valor para defraudar vuestra devota expectacion; y confiando en la bondad de nuestra celestial Madre, hablaré, del mejor modo posible, de lo que no nos es dado comprender.

Dios, que es amor por esencia, descendido á la tierra para encender en los corazones las llamas de su amor, á ningun otro podía comunicarle de un modo más perfecto que al corazón de María, abierto enteramente á los divinos ardores; y María, agradecida á este Dios, que la había privilegiado con todas sus gracias, le amó con intensidad tal, que, anticipando acá en la tierra la vida del Cielo, vivió de castos arrobamientos y de delicias espirituales. En efecto; Ella practicó siempre lo que conocía era del agrado de Dios; su

único pensamiento era amar á Dios; sus días transcurrieron en el amor de Dios. Ni la noche, ni el sueño, ni el reposo le impedían amar á Dios.

No se crea que solo despues de la Encarnacion del Verbo ardiera María en tanto amor. Concebida sin mancha original, pura como el transparente cristal, cándida como la blanquísima nieve, superando en espiritual candor á los mismos Ángeles apénas salidos de las manos del Criador, arrobada en Dios, le amó con inmenso entusiasmo desde el primer instante de su sér. Así, pues, si es cierto que, elevada á la inefable dignidad de Madre del Altísimo, se consumía en la hoguera de embriagadora dileccion, no lo es ménos que, aun ántes del tiempo de su mayor gloria, sus pensamientos, sus afectos, sus obras y su vida fueron una continua armonía de inocencia, de santidad, de justicia; y, para decirlo de una vez, de amor divino. Pura como el aliento de la creacion que fecundizó el Universo; bella como la sonrisa de la inocencia original; confirmada en gracia y adornada de altísimos privilegios, pasó la vida amando. Amando salió de las manos del Señor; amando nació á la luz del mundo; amando fijó su morada en el Templo; y amando se refugió en la soledad de la casa de Nazareth. Este amor no se entibió nunca en Ella; muy al contrario, creció de día en día, no ofuscado ni remotamente por la corrupcion mundana, ni debilitado en lo más mínimo por la humana degradacion; de suerte, que así como fué amor su concepcion, amor su nacimiento, y amor su niñez, también amor fué su edad adulta, amor su declinar de los años, y amor su tránsito á la tierra de la inmortalidad. Llegada la hora de su partida del mundo, no desató la muerte los lazos que la mantenían unida á la vida, sinó el amor, que emprendió el vuelo á las eternas delicias como una llama que se eleva hácia el Cielo por su propia virtud.

Ahora quisiera preguntar á las almas más amantes de Dios, hasta donde llega su amor, para deducir cual debió de ser el amor de la Virgen. No hablo de los Hebreos, que, por más que escribiesen en pergaminos el precepto de amar á Dios, se los arrollasen en los brazos, y se los pegasen en la frente, cuando iban al Templo para orar, llevados del interés, amaban con un amor ávido de recompensas y de grandezas terrenas; ni de aquellos cristianos, que, proclamando amar á Dios, en realidad no adoran á Júpiter, ni á Marte, ni á Apis ni á Baal, sinó que doblan la rodilla ante los dioses de oro y de plata, y encierran en el corazon una muchedumbre de ídolos invisibles. Hable más bien David, que, llevado de este amor, deseaba abandonar

la tierra, subir á los celestiales tabernáculos, y regocijarse en la presencia del objeto de sus afectos (1). Digalo el Apóstol San Pablo, que, viviendo de este amor, deseaba disolverse, esto es, romper los lazos que le ataban á la carne y unirse con Jesucristo (2). Diganlo los Mártires, á quienes este amor hizo como insensibles á los tormentos. No cabe duda era este un amor intenso; pero, guardémonos de establecer un parangon entre este amor y el de María, que sobrepuja infinitamente á todo otro amor.

Y nosotros, hermanos míos; ¿amamos á Dios y procuramos imitar el ejemplo de María? El precepto de amar á Dios nos impone obligaciones negativas y positivas. Por lo que mira á las negativas, nos prohíbe en toda ocasion y en todo tiempo amar á las criaturas con el amor debido á Dios, amarlas más que á Dios, ó tanto como á Dios. Este amor nos prohíbe todo pecado. Respecto de las afirmativas, nos ordena hacer actos explícitos de amor á Dios, recordándonos, que no debemos limitar á pocos casos este ejercicio, que debe ser el alimento vital del cristiano. Y pregunto yo: ¿son muchos entre nosotros los cristianos piadosos, que por amor á Dios se abstengan de todo acto malo; aquellos, que por amor le consagran todos sus pensamientos y afectos; aquellos, que en circunstancias dadas manifiestan su amor á Dios con actos positivos? ¿Dónde está el amor á Dios, si la corrupcion lo invade todo? ¿Dónde está el amor á Dios en estos días, en los cuales se proclama el triunfo de la incredulidad y de los principios subversivos de todo órden? Sin duda le ama aquel jóven, que, para ser fiel al Señor, refrena las propias pasiones, huye de las ocasiones peligrosas, y tiene limpio el corazon de culpables complacencias. Sin duda le aman aquellos padres vigilantes, que, fieles á la ley divina, observan atentamente á sus hijos, los educan santamente, y emplean todos los recursos para que no vacilen y se pierdan. Le aman también aquellos criados, que obedecen los mandatos de sus amos, y soportan sus defectos; aquellos pobres, que se someten con resignacion á las inseparables privaciones de su estado; le ama la gente caritativa, que reparte una parte de sus riquezas entre los desvalidos, y ayuda cuanto puede á los pobres de Jesucristo. Pero ¿aman á Dios aquellos que prefieren los vanos placeres y el falso brillo del mundo, al sólido contento que se experimenta en el servicio del Señor; que se permiten saciar sus vergonzosas pasiones, buscan

(1) PSALM. XLI, 3.

(2) PHILIPP. I, 23.

ocasion de vengarse de los enemigos, no tienen escrúpulo en oprimir al huérfano y á la viuda, ni el ser inmoderados en la comida, ni en escandalizar al prójimo con su libertinaje? ¿Acaso aman á Dios aquellos, que no oyen su palabra, no siguen sus consejos, y no cumplen sus mandamientos? Bajo tales condiciones es preciso confesar, que no se le ama; es preciso decir, que amamos todas las cosas ménos á Dios. Sobran motivos para recordar aquí el anatema del Apóstol contra los desventurados que no aman al Sér supremo, al mejor de los amigos, al más cariñoso de los padres (1). Y sin duda que debe el orador sagrado levantar la voz contra los hombres injustos, que prefieren la criatura al Criador; contra los tibios, que se avergüenzan de practicar ciertos actos de caridad por temor de parecer demasiado fervorosos en el divino amor; contra los nécios, que, alejados de Dios, pasan siempre una vida perdida tras la avaricia, la lujuria, la gula, la incontinencia, y todo cuanto hay en el mundo de desordenado y de pecaminoso. Pero no lanzaré palabras de maldición, ántes bien vuelto á Ti, Virgen Santísima, imploro tu piadosa proteccion. Suele decirse, que obras son amores y no buenas razones. O no amamos á Dios, ó si le amamos lo hacemos de palabra y no de corazon ó con los hechos. Alcánzanos, pues, la gracia de que nuestros corazones ardan en este amor; concédenos la gracia de que amemos á Dios sobre todas las cosas y más que á nosotros mismos, ó sea, con aquella superioridad de afecto que merece la superioridad de su Sér. No puedo negar que nuestras iniquidades son innumerables; pero sé tambien que eres nuestra Madre, y por lo mismo, no puedes ménos de ayudarnos. Así pues, socórrenos ahora que estamos cansados de arrastrar por tanto tiempo las cadenas de las culpas, y deseamos alcanzar la bienaventurada libertad de los hijos de Dios; auxiliarnos, tanto en la difícil y penosa empresa de salir de la esclavitud del pecado, como en la de abrasarnos en el divino amor, para que, vueltos á la gracia y perseverando en la misma hasta la muerte, podamos entrar en los tabernáculos de la Gloria.

(1) 1.^a Cor. XVI, 22.

DISCURSO VI.

AMOR AL PRÓJIMO.

Diliges proximum tuum sicut te ipsum.
Amarás á tu prójimo como á ti mismo.
(MATH. XXII, 39.)

La caridad, que es la reina de las virtudes, pues, al decir del Apóstol, es la mayor de todas en dignidad y excelencia (1), tiene dos objetos, primario el uno, secundario el otro. Así, pues, si con el objeto primario nos llama á Dios, que es la misma bondad infinita, la misma amabilidad y el mismo conjunto de todas las perfecciones; con el secundario nos llama al prójimo, en cuanto que es á imagen y semejanza de Dios. Y no obstante, el amor á Dios y el amor al prójimo no son dos caridades, ni dos virtudes, sino una misma virtud, una caridad misma, como la raíz de una planta, que permaneciendo la misma, produce dos bellísimos pimpollos. En verdad, el amor á Dios nos induce á amar al prójimo; el amor al prójimo nos induce á amar á Dios; pero ya sea que se ame á Dios, como que se ame al prójimo, no existe más que un amor, que una sola caridad. Esto lo significó claramente el divino Maestro cuando dijo: Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, con toda tu alma y con toda tu mente; este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á ese: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. Toda la ley y los profetas están cifrados en estos dos mandamientos.

Por consiguiente, hermanos míos, habiéndoos ya hablado del amor hácia Dios, conviene que os hable del amor hácia el prójimo; y lo haré presentándoos en esta virtud el ejemplo de María. Desde este instante enjugad las lágrimas de angustia que tal vez algunos de vosotros derrameis, pues hallareis en este amor motivos para esperar,

(1) 1.^a Cor. XIII, 13.

ocasion de vengarse de los enemigos, no tienen escrúpulo en oprimir al huérfano y á la viuda, ni el ser inmoderados en la comida, ni en escandalizar al prójimo con su libertinaje? ¿Acaso aman á Dios aquellos, que no oyen su palabra, no siguen sus consejos, y no cumplen sus mandamientos? Bajo tales condiciones es preciso confesar, que no se le ama; es preciso decir, que amamos todas las cosas ménos á Dios. Sobran motivos para recordar aquí el anatema del Apóstol contra los desventurados que no aman al Sér supremo, al mejor de los amigos, al más cariñoso de los padres (1). Y sin duda que debe el orador sagrado levantar la voz contra los hombres injustos, que prefieren la criatura al Criador; contra los tibios, que se avergüenzan de practicar ciertos actos de caridad por temor de parecer demasiado fervorosos en el divino amor; contra los nécios, que, alejados de Dios, pasan siempre una vida perdida trás la avaricia, la lujuria, la gula, la incontinencia, y todo cuanto hay en el mundo de desordenado y de pecaminoso. Pero no lanzaré palabras de maldición, ántes bien vuelto á Ti, Virgen Santísima, imploro tu piadosa proteccion. Suele decirse, que obras son amores y no buenas razones. O no amamos á Dios, ó si le amamos lo hacemos de palabra y no de corazon ó con los hechos. Alcánzanos, pues, la gracia de que nuestros corazones ardan en este amor; concédenos la gracia de que amemos á Dios sobre todas las cosas y más que á nosotros mismos, ó sea, con aquella superioridad de afecto que merece la superioridad de su Sér. No puedo negar que nuestras iniquidades son innumerables; pero sé tambien que eres nuestra Madre, y por lo mismo, no puedes ménos de ayudarnos. Así pues, socórrenos ahora que estamos cansados de arrastrar por tanto tiempo las cadenas de las culpas, y deseamos alcanzar la bienaventurada libertad de los hijos de Dios; auxiliáanos, tanto en la difícil y penosa empresa de salir de la esclavitud del pecado, como en la de abrasarnos en el divino amor, para que, vueltos á la gracia y perseverando en la misma hasta la muerte, podamos entrar en los tabernáculos de la Gloria.

(1) 1.^a Cor. XVI, 22.

DISCURSO VI.

AMOR AL PRÓJIMO.

Diliges proximum tuum sicut te ipsum.
Amarás á tu prójimo como á ti mismo.
(MATH. XXII, 39.)

La caridad, que es la reina de las virtudes, pues, al decir del Apóstol, es la mayor de todas en dignidad y excelencia (1), tiene dos objetos, primario el uno, secundario el otro. Así, pues, si con el objeto primario nos llama á Dios, que es la misma bondad infinita, la misma amabilidad y el mismo conjunto de todas las perfecciones; con el secundario nos llama al prójimo, en cuanto que es á imagen y semejanza de Dios. Y no obstante, el amor á Dios y el amor al prójimo no son dos caridades, ni dos virtudes, sino una misma virtud, una caridad misma, como la raíz de una planta, que permaneciendo la misma, produce dos bellísimos pimpollos. En verdad, el amor á Dios nos induce á amar al prójimo; el amor al prójimo nos induce á amar á Dios; pero ya sea que se ame á Dios, como que se ame al prójimo, no existe más que un amor, que una sola caridad. Esto lo significó claramente el divino Maestro cuando dijo: Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, con toda tu alma y con toda tu mente; este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á ese: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. Toda la ley y los profetas están cifrados en estos dos mandamientos.

Por consiguiente, hermanos míos, habiéndoos ya hablado del amor hácia Dios, conviene que os hable del amor hácia el prójimo; y lo haré presentándoos en esta virtud el ejemplo de María. Desde este instante enjugad las lágrimas de angustia que tal vez algunos de vosotros derrameis, pues hallareis en este amor motivos para esperar,

(1) 1.^a Cor. XIII, 13.

que la calma suceda á la borrasca, y el júbilo al llanto y á las aflicciones. Además, esto mismo os moverá á tener entrañas de misericordia para con aquellos que, gimiendo sin consuelo en las presentes necesidades de la vida, necesitan de vuestro afecto. Entremos desde luego en materia, implorando primero los auxilios de la gracia. A. M.

Entre todos los preceptos que Jesucristo, nuestro divino legislador, nos impuso é inculcó, no hay ninguno á favor del cual empleara mayor solicitud de la que empleó, imponiéndonos é inculcándonos el amor al prójimo. Haciendo caso omiso de las parábolas, de las figuras y de las imágenes, con las cuales, representándolo con frecuencia y poniéndolo en acción, hizo de él el asunto de sus sublimes instrucciones, una vez declaró con palabras explícitas, que este era por antonomasia su precepto (1). Y en otra ocasión dijo á la faz del mundo, que sus verdaderos discípulos debían conocerse por la observancia de este precepto (2). Diciendo: este es mi precepto: que os améis los unos á los otros; lo cual no dijo de la fe, de la justicia, ni de la castidad, que, sin embargo, son preceptos suyos perfeccionados por El, quiso significarnos su importancia inmensa; y señalando como regla para ser conocidos como discípulos suyos el amor recíproco de los unos á los otros, al paso que no se expresó de esta suerte respecto de la paciencia, la humildad, la oración, las mortificaciones, ni otras virtudes, también muy necesarias, quiso enseñarnos, que para el cristianismo es esta una de las obligaciones más esenciales y más graves.

Persuadidos los Apóstoles de esta verdad, declararon por escrito y de palabra, la importancia de la caridad para con el prójimo, y cuán estrecha obligación tenemos de amarle. Inspirados por el Espíritu Santo, instruidos por Jesucristo, é intérpretes fieles de su ley y de su voluntad, hablaron continuamente y de propósito sobre el particular. Por lo que se refiere á los escritos, abriendo sus epístolas, leemos en Santiago, que la religión pura y sin mácula delante de Dios Padre es esta: visitar á los huérfanos y á las viudas en sus aflicciones (3); en San Pedro, que se necesita mantener constante la mútua caridad, porque la caridad perseverante cubre ó disimula muchedumbre de pecados (4); y en San Pablo, que los otros mandamientos

(1) JOAN. XV, 12.

(2) JOAN. XIII, 35.

(3) JAC. I, 27.

(4) I. PETR. IV., 8.

están recopilados en el precepto de la caridad (1). Por lo que mira á lo que decían de viva voz, sirva de ejemplo el apóstol San Juan, quien, entrado en años, falto de fuerzas y de vigor para predicar, era por sus discípulos conducido á los lugares públicos, y con débil acento repetía á menudo esta sentencia: Hijos míos, amaos los unos á los otros. Cansados ya los concurrentes de oír siempre la misma doctrina, cierto día, le dijeron: Maestro, ¿no teneis nada más que inculcarnos? Y les dió esta respuesta, que San Jerónimo considera digna de tan grande apóstol: Es este el precepto del Señor, y basta guardarlo para estar seguro de la salvación (2).

El precepto de amar al prójimo, no solo lo prescriben Jesucristo y la ley divina, segun lo afirman los Apóstoles, sino también la ley natural. En efecto, la naturaleza se inclina á amar á su semejante; y todos nosotros somos compuestos de un mismo barro, todos reconocemos un mismo origen, todos recorremos el mismo camino sobre la tierra, y todos nos dirigimos al mismo fin. Así, pues, sin recurrir á otras elocuentes enseñanzas de recíproca caridad, para conocer cuanto debemos amar al prójimo, basta considerar que uno es nuestro origen, la creación; uno nuestro artífice, el Señor; una nuestra materia, un puñado de barro; y una nuestra forma, la imagen de Dios. Si las distinciones que existen entre los hombres derivasen de la naturaleza, acaso los unos podrían mirar á los otros con desdén; pero desde el momento que reconocen por origen el capricho de la fortuna, la política, la soberbia, la ambición ó la avaricia, no tenemos motivos para dejar de amarnos con un amor recíproco y fraternal.

Finalmente, para descubrir la importancia de este precepto del amor al prójimo, reflexionemos acerca de las consecuencias terribles y funestísimas que resultan de la falta de esta virtud. Oid, hermanos míos, lo que el apóstol San Pablo escribe en su primera epístola á los Corintios: Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres, y el lenguaje de los ángeles *mismos*, si no tuviere caridad, vengo á ser como un metal que suena ó campana que retiñe. Y cuando tuviese el dón de profecía, penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias: cuando tuviera toda la *fé posible*, de manera, que trasladase de una á otra parte los montes, no teniendo caridad, soy un nada. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de

(1) AD ROM. XIII, 9.

(2) Hyer. comm. in ep. ad Galatas.

los pobres, y cuando entregara mi cuerpo á las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no sirve de nada (1). ¿Y qué más podía añadir cuando dice, que sin la caridad no sirven de ningun mérito para la vida eterna ni el dón de lenguas, ni el de profecía, ni la paciencia en los tormentos sufridos por la fé? Además, San Juan fulminó tres sentencias, á cual más tremendas, contra aquellos que, faltos de caridad, no aman á su prójimo. Dice en su primera carta, que quien no ama á su prójimo queda en la muerte, esto es, yace en la muerte del pecado y de la eterna condenacion (2). Afirma en la segunda, que quien aborrece á su hermano en tinieblas está y en tinieblas anda, y no sabe á donde vá, porque las tinieblas le han cegado los ojos, esto es, se dirige hácia el Infierno, y no sabe ni ve las penas en que se precipita (3). Asegura en la tercera, que cualquiera que tiene odio á su hermano es homicida (4), homicida de sí propio, matando á su alma; homicida de la caridad, extinguiendo en sí aquel fuego, que debería arder siempre en el corazon en provecho de los demás; homicida del prójimo, porque el homicidio suele nacer del odio, y el que odia al hermano es homicida respecto de la disposicion en que se halla, por más que no haya echado mano de ninguna arma ofensiva.

Conocida la importancia de la caridad para con el prójimo, deberemos ahora examinar con diligente atencion sus caracteres, á fin de que no suceda por una fatal ilusion, que privados de ella, nos creamos poseerla. Y para esto será oportuno ofrecer el ejemplo de María, como el único que puede indicarnos cual deba ser en nosotros este amor para con el prójimo. No vayais á creer, que para la completa demostracion de este asunto, tenga yo que recordaros punto por punto los principales y más espléndidos hechos de la vida de la Santísima Virgen. Tengo para mí, que es más que suficiente observarla en su viaje á Hebrón, en su visita á Elisabeth.

Apénas el arcángel Gabriel le habla de que su prima Elisabeth, estéril por espacio de muchos años y tambien de edad muy avanzada, ha concebido un hijo, corre apresurada para congratularse con ella y prestarle sus servicios. Aunque jóven, castísima y ruborosa entre las vírgenes, sale de casa, penetra por quebradas sendas, atraviesa ásperas montañas, apresura el paso, devora el camino

(1) I. COR. XIII, 4, 2, 3.

(2) I. JOAN. III, 14.

(3) I. JOAN. II, 11.

(4) I. JOAN. III, 15.

pronta, y no se detiene hasta llegar al término deseado. En una humilde morada, situada en la ladera de un monte de una ciudad de Judá, es donde pasa los días la bienaventurada mujer, llena entónces de una fecundidad, tanto más prodigiosa, cuanto más largo tiempo esperada; y allí dirige María sus pasos para prestarle todos los auxilios necesarios. Ninguna consideracion personal la detiene, ni las incomodidades del camino, ni los peligros del viaje, ni los miramientos de prudencia, ni los consejos de refinada precaucion, ni la propia dignidad, siendo Madre de Dios, ni su condicion, hallándose en estado interesante como aquella cerca de la cual va á cumplir con tanta solicitud los oficios de una criada. A pesar de ser reina, y se trate de una súbdita; á pesar de ser señora, y se trate de una que debiera servirla, es la primera que se apresura para saludarla y servirla.

Ahora bien; ¿qué es lo que impulsó á practicar todos esos actos á la Santísima Virgen? ¿Qué es lo que la indujo á no deliberar para la partida, y encaminarse presurosa hácia la ciudad donde moraba su prima? Fué precisamente la caridad, hermanos míos. La caridad la impulsó á salir de su amada soledad, y á presentarse á los ojos de todos, en medio de la confusion del mundo, y entre el tumulto de las calles y plazas públicas, por más que se hubiese consagrado á una vida muy retirada desde su niñez. La caridad no le permitió oponer la más mínima duda, darse el más breve descanso, ni dejarse vencer por ningun pensamiento contrario, á fin de llegar presto donde debía dispensar su asistencia y derramar sus gracias. Impulsada por este amor, que compenetra toda su alma é inflama todo su corazon, solo abriga el pensamiento de encontrarse donde sea necesaria su benéfica asistencia.

He prometido demostraros, en la visita de la Virgen á Elisabeth, los caracteres verdaderos y propios de la caridad para con el prójimo, y no obstante la seguridad en que estoy, que despues de lo expuesto hasta aquí, cada uno de vosotros podría descubrirlos, paso á indicarlos. Esos caracteres los expone el Apóstol cuando dice á los Corintios: La caridad es paciente y benigna, no es envidiosa, no obra fuera de tiempo, no es altanera, ni ambiciosa; no consulta el propio interés, no desprecia, no desconfía ni se alegra del mal ajeno; se alegra del bien de otro, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y sostiene (1). Ahora bien; considerando la visita de María á Elisabeth, admiraremos en su caridad todos esos requisitos.

(1) I. Cor. XIII, 4 y sig.

La caridad debe ser paciente, ya que sin paciencia se secundan los primeros impulsos que se agolpan en nosotros, se ejecutan los primeros impetus de la ira, perdemos la calma, y desazonamos á cuantas personas dependen de nosotros, exponiéndonos así á que una pequeña chispa sea causa de un destructor incendio. María, en su visita á Elisabeth, tuvo tanta paciencia, que no fué obstáculo el haber de abandonar el hogar doméstico, ni el tener que emprender un largo viaje por ásperas sendas y áridos riscos de los montes. Las almas tibias se deshacen en lamentos, los espíritus débiles prorumpen en quejas, siempre que para ayudar al prójimo sea necesario arrostrar alguna incomodidad, alguna aflicción, ó tener que hacer algún sacrificio; mas no así la Virgen, que no aduce excusa alguna, teniendo la oportunidad de ofrecérsele muchísimos motivos para excusarse de visitar á su prima; ni la detienen los obstáculos, las fatigas, las angustias y los peligros á que se expone para visitarla.

La caridad es benigna, lo cual consiste en ser cortés, amable, placentera y obligada, de suerte, que las personas que la poseen, son las más dulces, afables y condescendientes; por eso fué suma la benignidad de María en su visita á Elisabeth. Una reina de la tierra, aunque quisiese socorrer á una mujer preñada, no soportaría ciertamente la molestia de un viaje, no abandonaría su palacio por espacio de días y meses, ni sus comodidades y hábitos, ni iría á visitarla en persona. Todo lo más le mandaría uno de sus criados con palabras de afecto, con protestas de amor y algunas monedas por acto de generosa beneficencia. No así María, que siendo reina, no de la tierra, sino del Cielo, va en persona á casa de su pariente.

La caridad no es envidiosa, consistiendo en un afecto sincero para con el prójimo, al cual desea el bien de que carece, y se guarda de envidiarle el que posee; tal fué precisamente la caridad de María en su visita á Elisabeth. Esta, después de largos años de esterilidad, concibió un hijo; María lo sabe, y al instante su corazón se embarga de inefable júbilo, considerando el portentoso obrado por el Señor á favor de su estéril prima; y luego suspira por el momento de poderla estrechar en su seno para regocijarse con ella por la gracia recibida.

La caridad no obra fuera de tiempo; hé ahí porque María va á visitar á Elisabeth en la hora oportuna. Intimamente convencida, de que nunca es lícito exponerse en público y aprovechar las ocasiones por vanidad ó lijereza, sabe que pasa á ser un deber cuando lo exige un motivo superior, puesto que todo debe sacrificarse á las exigencias de la caridad. Por consiguiente, si anteriormente amó el recogimiento

y el silencio, al saber que su prima tiene necesidad de ser asistida, prescinde del silencio y del retiro; si sus delicias consistían antes en la oracion y en otros ejercicios de piedad, ahora, que la impulsa la idea de ser útil al prójimo, sometiéndose pronta y de buena voluntad á este sentimiento, interrumpe la oracion.

La caridad no es orgullosa, y María va á visitar á Elisabeth, sin ser invitada, sin consultar el propio interés. No pisa los montes de Judea para su recreo ó su provecho, sino en utilidad de los demás. Si á la caridad, segun concluye el Apóstol, cuando se trata del bien del prójimo, pareciéndole lijero todo peso, pequeña toda incomodidad y suave toda fatiga, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y sostiene; viendo á María cariñosa, humilde, resignada, diligente y activa para auxiliar á Elisabeth, hemos de concluir: que fué caritativa sobre toda ponderacion, y que en la expresada visita nos dió el ejemplo de todos los caracteres propios de la caridad.

Entremos ahora un poco dentro de nosotros mismos, para examinar si imitamos, siquiera de léjos, la solicitud de María en hacer bien al prójimo, y atender á sus necesidades cuando está en nuestra mano. ¿Somos benignos, benéficos, generosos, ó más bien, ásperos, orgullosos é intratables? ¿Amamos al prójimo por deber religioso, ó más bien por inclinacion y por simpatía? ¿Nos movemos con presteza para cumplir con nuestro deber á favor de los necesitados, ó pertenecemos más bien al número de aquellos, que, lentos y mal humorados, se muestran escasos y mezquinos cuando se trata de socorrer las necesidades del prójimo? Desgraciadamente observo en los hombres la repetición de los furors de Caín contra su hermano Abel, los resentimientos de Esaú contra Jacob, y las asechanzas de Absalon contra David; no veo, empero, corazones santamente abrasados de caridad. Los iracundos, jamás se hacen violencia á sí mismos para refrenar la cólera, que los arrastra á proferir mil ultrajes contra los propios hermanos; los ambiciosos, sacrifican á los amigos, y hacen traición á la fé jurada para abrirse camino por entre las falsas grandezas del mundo; el murmurador, oscurece la fama más acrisolada, con malignas conversaciones; el avaro, por un apego inmoderado á las riquezas, es más duro que el diamante, y ninguna fuerza puede ablandarle, acostumbándose á contemplar con serenos ojos las miserias más conmovedoras, y acompañando la más injusta negativa con villana descortesía y soberano desprecio.

En verdad que no obraban así los primitivos cristianos, cuando formaban entre sí un solo corazón y una sola alma. Considerándose

como unidos en el seno de una misma madre, en el cual habian sido regenerados, se sentian animados de un mismo deseo, aspiraban á un mismo fin y tenían el mismo espíritu. Eran servidores, caritativos y bienhechores, porque la fé, la moral y el amor al prójimo consiste en hacer bien á todo el mundo. Asi es, que los gentiles, al ver la envidiable concordia que reinaba entre los cristianos, su dulzura, su bondad, su moderacion y desinterés en socorrer á los desgraciados, abrazaban una religion que amaba y profesaba una virtud tan embelesadora.

¡Hermanos míos! no os diré que hay pobres que sufren, y que en estos calamitosos tiempos se hallan faltos de todo lo necesario á la vida, porque soéis verlos todos los días; no os diré que estas indigentes criaturas son nuestra carne y nuestra sangre, porque no podeis dudar de esto. Os diré, sí, que supliquemos á Maria Santísima, se digne alcanzarnos de su divino Hijo la gracia de poderla y de saberla imitar en los preclaros ejemplos de caridad fraternal, de que se hizo nuestra maestra; que su intercesion nos ayude á destruir en nosotros toda acritud, todo rencor, toda antipatia y todo cuanto se opone á la caridad; y que cuando seamos llamados al desempeño de los officios de esta virtud no olvidemos, que privarse del reposo para asistir á los enfermos, el privarse de las diversiones para visitar á los atribulados, y el compartir nuestro pan para saciar á un hambriento, son actos que atraen sobre nosotros las más saludables bendiciones del Cielo. Obrando de esta suerte, con la intercesion y el patrocinio de Maria, seremos contados en el número de sus hijos, ya que es propio de los hijos buenos esmerarse en ser semejantes á la madre, y mereceremos participar de su felicidad en el Cielo.

DISCURSO VII.

OBEDIENCIA.

Melior est obedientia quam victima.
La obediencia vale más que los sacrificios.
(I. Reg. XV, 22.)

Nacido el hombre para la libertad, aspira á verse libre de todo freno, y procura cual indócil potro sacudir todo género de yugo; ello no obstante, nunca se hallará verdaderamente libre de toda sujecion. Desde el desgraciado día, en que nuestro primer padre perdió por su propia voluntad el dominio con que Dios le había favorecido, no solamente sobre los irracionales, sino que también sobre las altivas pasiones del espíritu, es una vana ilusion el pretender que no ha de estar subordinado á nadie. No podemos excusarnos de ser siervos, puesto que Adán no nos legó en herencia más que servidumbre. Pero, en la dura condicion en que nos hallamos de tener que vivir como siervos, se nos ha concedido la libertad de escoger el señor á quien debemos prestar homenaje y obediencia. En verdad, así como está en nuestro albedrío el servir al mundo y obedecer á sus caprichos, también podemos servir á Dios y cumplir sus mandamientos; con la diferencia de que, mientras que el mundo es un señor que manda con tiránica altivez, y premia, si es que lo haga alguna vez, con avaricia, Dios es un señor que manda con infinita bondad, y galardona con superabundante largueza. Así, pues, la más vulgar prudencia aconseja, que se obedezca á Dios y no al mundo; y la más ilustrada razon exige, que convirtamos la obediencia á Dios en el primero de nuestros deberes, en la más solícita de nuestras atenciones, y en el más íntimo de nuestros afectos.

De esta obediencia nos habla la Santísima Virgen. Cierto que los sagrados Evangelistas se extienden muy poco acerca de la obediencia de Maria á Dios; pero nadie debe dolerse ni extrañarse de

como unidos en el seno de una misma madre, en el cual habian sido regenerados, se sentian animados de un mismo deseo, aspiraban á un mismo fin y tenían el mismo espíritu. Eran servidores, caritativos y bienhechores, porque la fé, la moral y el amor al prójimo consiste en hacer bien á todo el mundo. Asi es, que los gentiles, al ver la envidiable concordia que reinaba entre los cristianos, su dulzura, su bondad, su moderacion y desinterés en socorrer á los desgraciados, abrazaban una religion que amaba y profesaba una virtud tan embelesadora.

¡Hermanos míos! no os diré que hay pobres que sufren, y que en estos calamitosos tiempos se hallan faltos de todo lo necesario á la vida, porque soéis verlos todos los días; no os diré que estas indigentes criaturas son nuestra carne y nuestra sangre, porque no podeis dudar de esto. Os diré, sí, que supliquemos á Maria Santísima, se digne alcanzarnos de su divino Hijo la gracia de poderla y de saberla imitar en los preclaros ejemplos de caridad fraternal, de que se hizo nuestra maestra; que su intercesion nos ayude á destruir en nosotros toda acritud, todo rencor, toda antipatia y todo cuanto se opone á la caridad; y que cuando seamos llamados al desempeño de los officios de esta virtud no olvidemos, que privarse del reposo para asistir á los enfermos, el privarse de las diversiones para visitar á los atribulados, y el compartir nuestro pan para saciar á un hambriento, son actos que atraen sobre nosotros las más saludables bendiciones del Cielo. Obrando de esta suerte, con la intercesion y el patrocinio de Maria, seremos contados en el número de sus hijos, ya que es propio de los hijos buenos esmerarse en ser semejantes á la madre, y mereceremos participar de su felicidad en el Cielo.

DISCURSO VII.

OBEDIENCIA.

Melior est obedientia quam victima.
La obediencia vale más que los sacrificios.
(I. Reg. XV, 22.)

Nacido el hombre para la libertad, aspira á verse libre de todo freno, y procura cual indócil potro sacudir todo género de yugo; ello no obstante, nunca se hallará verdaderamente libre de toda sujecion. Desde el desgraciado día, en que nuestro primer padre perdió por su propia voluntad el dominio con que Dios le había favorecido, no solamente sobre los irracionales, sino que también sobre las altivas pasiones del espíritu, es una vana ilusion el pretender que no ha de estar subordinado á nadie. No podemos excusarnos de ser siervos, puesto que Adán no nos legó en herencia más que servidumbre. Pero, en la dura condicion en que nos hallamos de tener que vivir como siervos, se nos ha concedido la libertad de escoger el señor á quien debemos prestar homenaje y obediencia. En verdad, así como está en nuestro albedrío el servir al mundo y obedecer á sus caprichos, también podemos servir á Dios y cumplir sus mandamientos; con la diferencia de que, mientras que el mundo es un señor que manda con tiránica altivez, y premia, si es que lo haga alguna vez, con avaricia, Dios es un señor que manda con infinita bondad, y galardona con superabundante largueza. Así, pues, la más vulgar prudencia aconseja, que se obedezca á Dios y no al mundo; y la más ilustrada razon exige, que convirtamos la obediencia á Dios en el primero de nuestros deberes, en la más solícita de nuestras atenciones, y en el más íntimo de nuestros afectos.

De esta obediencia nos habla la Santísima Virgen. Cierto que los sagrados Evangelistas se extienden muy poco acerca de la obediencia de Maria á Dios; pero nadie debe dolerse ni extrañarse de

esta sobriedad acerca de un punto tan importante, pues, no pudiendo acusarles de negligencia en el cumplimiento de su mision, justos como eran, é inspirados por el Espiritu Santo, es preciso concluir, que guardaron silencio por divino consejo, ya que las glorias de tal heroína es más fácil imaginarlas que expresarlas con palabras. Por tanto, prestadme vuestra atencion vosotros, que con tanta devocion venis á este templo para oír hablar de las virtudes de María, regocijándoos con piedad filial en las alabanzas de vuestra cariñosa Madre y Reina; oíd mi discurso acerca de la obediencia de María; y después de haberos demostrado brevemente la conveniencia de obedecer á Dios, y cuanto le obedeció la Santísima Virgen, finalmente os exhortaré á imitarla. Si con mis reflexiones obtengó, que se encienda ó acreciente en vuestros corazones el deseo de seguir las huellas de María en el santo ejercicio de la obediencia á Dios, no tendreis para que arrepentiros de haberme escuchado. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen: A. M.

La obediencia á Dios ha sido siempre uno de los medios más seguros para santificarse. Obedientes fueron los escogidos que ahora gozan en el Cielo, como lo fué el mismo Jesucristo. Descendido á la tierra para cumplir la obra de nuestra redencion, si lloró niño en Belén, si perseguido se refugió á Egipto, si fué asiduo al trabajo en el taller de un carpintero, si se fatigó en el ejercicio de su mision, si sufrió con paciencia las injurias de la Sinagoga, y en fin, si murió en la cruz ultrajado y maldito, no tuvo otra mira que obedecer la voluntad de su Padre (1). Tenia en tanto esta obediencia, y anhelaba con tanto ardor conformarse á la divina voluntad, que lo consideraba como su alimento y su vida. Por eso, cuando nos instruyó acerca de las peticiones que deben hacerse á Dios, quiso que una de las primeras fuese: Hágase tu voluntad (2); y cuando quiso indicarnos el verdadero camino para ir al Cielo, dijo: que consistía, principalmente, en la obediencia á los divinos mandamientos (3). Yo no niego, amados hermanos, que sea un sacrificio someterse con la obediencia á la voz del Señor; pero añado, que es el más necesario, el más suave, el más provechoso y el más noble de los sacrificios.

Es un sacrificio necesario, porque necesario es, que el siervo obe-

(1) JOAN. VII, 29.

(2) MATH. VI, 10.

(3) IBID. VII, 21.

dezca al señor, y nuestro señor es Dios. Él ha demostrado el derecho que tiene de mandarnos, y la obligacion que tenemos nosotros de obedecerle. Lo demostró con los hechos; y al dictarnos su ley, empleó el más estrepitoso y terrible aparato en medio de relámpagos, truenos y saetas; de suerte, que el pueblo que aguardaba sus mandamientos, atemorizado y tembloroso retrocedió á pasos agigantados. Lo demostró con palabras; pues con voz fuerte y palabras imperiosas, dijo: Yo soy el Señor tu Dios. Cuando promulgó su ley rodeado de tanta grandeza y majestad, quiso imprimir en nuestros corazones un justo concepto de Él, é infundir en nuestra mente un temor tan vivo y profundo, que, en cierto modo, nos hiciese imposible su transgresion. Al decir: Yo soy el Señor tu Dios, quiso advertirnos, que tiene sobre nosotros un absoluto dominio como Criador nuestro, y que nosotros, como á criaturas suyas, le estamos esencialmente subordinados. La fé y la razon nos repiten de continuo esta grande verdad, y es preciso estar falto de entendimiento y de corazon para desconocerla. Así, pues, Dios es el primero y principal de los señores, del cual somos siervos; y habiendo empezado por confesar la necesidad de que el siervo obedezca al señor, se sigue, que debemos prestar obediencia á Dios; y si esta obediencia es un sacrificio, es sin duda el sacrificio más necesario de todos.

La obediencia á Dios es, además, el más dulce de los sacrificios. ¿Dónde podría hallarse un sacrificio más dulce que éste? Desobediendo á Dios, prestamos obediencia á nuestras pasiones, las cuales destruyen la paz. Los impíos, dice Isaías, son como mar embravecido, que no puede calmarse (1). Los viciosos, como enseña la filosofia moral, son infelices por más que abunden en honores y riquezas, no pudiendo los bienes materiales poner remedio al desorden interior. La misma experiencia diaria pone esta verdad fuera de toda duda. Cada día vemos hombres que llevados de las pasiones corren locos detrás de un ídolo caprichoso, derrochan cuanto tienen, y consumen los años y la salud por un poco de humo. Estos son verdaderos sacrificios; y sin embargo, ¿qué diferencia no existe entre estos sacrificios y los que exige la obediencia á Dios? Dios habla, pero no con tanta aspereza como los vicios; Dios manda, pero no con la tiranía con que lo hacen la ambicion, la avaricia, la gula y la concupiscencia. El yugo del Señor es de suyo suave y su carga lijera (2).

(1) IS. LVII, 20.

(2) MATH. XI, 30.

Pueden llevar esta carga los andrajosos y los estropeados, puesto que los estropeados y los andrajosos del Rico del Evangelio fueron invitados á su mesa (1); pueden llevarla los débiles, los extenuados de fatiga á causa de un largo trabajo, ya que es éste un yugo de gracia, de caridad; yugo que alienta á quien lo toma (2), solo comparable con las largas alas del águila cuando emprende su raudó vuelo hácia las regiones del espacio (3). ¿Y quién querrá suponer, que no sea suave semejante yugo? ¿quién podrá dejar de creer, que la obediencia á Dios sea el más dulce de los sacrificios?

Es también el más provechoso. Finitos y limitados como somos, acostumbrados á tratar con los hombres, que por muy compasivos y generosos que se supongan, siempre son limitados y finitos, no llegamos á comprender cual es la liberalidad de nuestro Bienhechor celestial. Al tratarse de la munificencia de Dios, es preciso borrar toda idea de escasez, porque si mucho nos ha dado, muchísimo más puede otorgarnos. Unos recibieron abundante copia de riquezas; otros gran fuerza muscular; estos extensión de dominio; aquellos celebridad extraordinaria; los Abrahán, los José, los David y los Salomón, pueden decirnos de cuantos dones les favoreció el Señor. Pero los dones más preciosos que Dios concede no son los bienes materiales, sino aquellos que nos mueven á practicar las virtudes y nos procuran la eterna bienaventuranza. Esto sentado, ¿no es para nuestra utilidad, para nuestro mayor provecho, tener que obedecer á un Señor tan generoso? Obedézcase á Dios y se nos concederá todo: humildad de espíritu, limpieza de corazón, ciencia, consejo, paciencia, fortaleza ó paz interior. Obedézcase á Dios, y subiremos un día á la mansión bienaventurada, donde triunfan eternamente los Santos, y nos sentaremos al banquete de los Angeles. Dios no nos impone sus preceptos porque tenga necesidad de nuestras obras, sino para hacernos participantes de su felicidad. Si, pues, esta obediencia es un sacrificio, ¿no es el más ventajoso de todos?

Finalmente, la obediencia á Dios es el sacrificio más noble. El sacrificio es tanto más noble, cuanto más apreciable es el bien que se ofrece, y el que nos procura. Ahora bien; para el hombre el bien más apreciable es la propia voluntad, y ésta es la que ofrecemos á Dios obedeciéndole; y esta obediencia nos eleva hasta hacernos hermanos de Jesucristo, y compañeros de los Santos y de los Angeles. No

(1) LUC. XIV, 21.

(2) ISAI. XL, 29.

(3) ISAI. XL, 31.

se concibe nada más noble en la tierra ni en el Cielo. No hay grandeza, no hay gloria ni nobleza mayor, que la nobleza, grandeza y gloria que se adquieren obedeciendo á Dios. Lo expuesto hasta aquí, demuestra plenamente la nobleza de la obediencia; pero resaltarán más esta nobleza con el ejemplo de María.

Que María fué obediente á Dios con fidelidad suma, aparece claramente de toda su vida. Dios lo quiere; y Ella, niña de sorprendente belleza, dejado el hogar doméstico y las caricias de sus afectuosísimos padres, se encierra en el Templo, creciendo al pié del altar como el olivo de la paz, como el árbol interpuesto entre el rayo y el hombre. Dios lo quiere; y desposada con José, hijo de Jacob, protector de su virginidad, acostumbrada como estaba en dedicarse á trabajos delicados en medio de suaves perfumes, de melodiosos cantos y de las atractivas magnificencias de la santa morada, no titubea en abrazar una vida retirada, ocupaciones vulgares, y fatigosos cuidados con el humilde artesano, con el cual se había unido en matrimonio. Es la voluntad de Dios; y habiendo publicado un edicto César Augusto para el padron general de los pueblos sometidos á su imperio, llega á Belén, donde, rechazada de todas las casas, se refugia, sin lamentarse, en un establo, que en las noches borrascosas sirve de refugio á los pastores y las bestias. Es voluntad divina; y Ella, por más que no pudiese existir nada de común entre lo inmundo y la casta esposa del Espíritu Santo, lejos de manifestar al mundo el estupendo milagro de su maternidad virginal, cumple el precepto del Levítico, que manda la purificación de las madres, y el rescate de los primogénitos. Si huye á Egipto, al tener noticia de que Herodes busca á su Hijo para darle muerte; si despues del destierro vuelve á Nazareth entre las felicitaciones y la bienvenida de sus deudos; si afligida y desolada, llegado el tiempo de la pasión de Jesús, atraviesa las calles de Jerusalén; si sube al Calvario al ser enarbolada en alto la Cruz, todo esto lo hace porque tal es la voluntad de Dios.

Y observad aquí, hermanos míos, que la obediencia de María presentó todos los caracteres de la obediencia verdadera, de la obediencia santa, de la obediencia agradable á Dios. El verdadero obediente no aguarda el mandato expreso para obedecer, pues le basta conocer la voluntad de quien tiene derecho á mandarle; por eso María, para obedecer á Dios no aguardó á que se le comunicasen expresos mandatos, bastándole únicamente sentir lo que le dictaba el corazón. El que es obediente de veras, no permanece vacilante entre el hoy y el mañana, no busca sus conveniencias y utilidades, ofre-

ciendo cuanto tiene en sí para aprestarse sin pereza al cumplimiento de los mandatos recibidos; pues María tampoco vaciló respecto del tiempo en que debía obedecer, poniéndose con entera confianza á disposición del Señor. Es necesario para la verdadera obediencia, que se cumpla lo ordenado con ánimo sumiso, sin la más mínima queja y sin el menor lamento; María cumple cuanto se le ordena con ánimo sumiso, sin el menor lamento ni la más mínima queja. Además, es necesario que la verdadera obediencia se cumpla con satisfacción y alegría (1); María obedecía con alegría, de manera, que la obediencia era para Ella una satisfacción y un placer. En fin, la verdadera obediencia debe ser perseverante, y perseverante fué la obediencia de María. Pasad revista de los caracteres que, según la doctrina de los santos Padres y los oráculos de los sagrados libros, deben adornar á la verdadera obediencia; y los hallareis todos reunidos en la obediencia de María.

Por este motivo han rivalizado en celebrarla todos los doctos y santos varones de la Iglesia. María, dice Santo Tomás de Villanueva, como fiel sierva sometida enteramente á su Señor, no contradiciéndole jamás con las obras, ni con el pensamiento, vivió siempre obediente en todo á la voluntad divina (2). María, asegura San Bernardino, obedeció á Dios más que todos los Santos juntos, porque inclinados éstos al mal á causa de la culpa original, sentían siempre alguna dificultad en obedecer, al paso que la Virgen, libre de toda inclinación al pecado é inmaculada como era, se movió constantemente como una rueda al soplo de toda inspiración divina (3). María, según San Agustín, obedeció de tal suerte, que su obediencia reparó el daño causado por la desobediencia de Eva; y así como Eva con su desobediencia se causó la muerte á sí misma y á todo el humano linaje, María, por el contrario, con su obediencia fué causa de la salvación para sí y para la humanidad entera (4). María, dice Ricardo de San Lorenzo, comentando algunas palabras del Cántico, tuvo un alma, que, como metal derritido, en toda ocasión y en todo tiempo, estuvo siempre pronta á tomar todas las formas que Dios quiso. Estas y otras expresiones parecidas empleaban aquellos santos varones, glorificando la obediencia de la Virgen, y á boca llena la predicaban beatísima por esta virtud. Y nunca cesaban de hablar de la misma,

(1) H. COR. IX, 7.

(2) S. THOM. DE VILL. *Cant. de Ann.*

(3) S. BERN. SEN. serm. XI.

(4) S. AUGUST. serm. 18 de Sanctis.

sabiendo que admiraban lo que los Angeles jamás se cansan de admirar; que encomiaban con todas sus fuerzas lo que encomian incesantemente los mismos Cielos; que discurrían sobre lo que colma de júbilo á los justos y es prenda de perdón para los culpables; habiendo la misma Virgen revelado á Santa Brigida, que por los méritos de su obediencia había alcanzado del Señor, que fuesen perdonados los pecadores que acudiesen á Ella arrepentidos (1).

Debiendo ahora, hermanos míos, exhortaros á ser obedientes á la voluntad divina, añado, que no es gravosa la obediencia que Dios nos exige. En efecto; basta considerar, primeramente, lo que se nos pide, y en segundo lugar la gracia que nos asiste, para concluir, que esta obediencia, más bien que áspera, es suave. Dios no nos pide nada grave; y dejando que cada uno viva tranquilo en su estado, quiere solo aquellas virtudes que convienen á cada estado particular. Es tanta la gracia con que nos asiste, que, según el Apóstol, todo lo podemos (2). Por lo tanto, si no se nos pide nada que sea superior á nuestras fuerzas, y se nos favorece con muchos auxilios para cumplir lo que se nos manda, ¿qué puede hallarse de desagradable en la obediencia? La obediencia no pareció difícil á una Pelagia, que vivió solitaria en un desierto; á una Magdalena, que pasó sus días derramando lágrimas en una gruta; á un Jacobo, que vivió oculto en un sepulcro; ni á un Pablo, que vivió en la soledad de las selvas habitadas por fieras; y nos parecerá difícil á nosotros á quienes no se pide tanto?

Cierto, que para obedecer á Dios es necesario, de vez en cuando, declarar la guerra á los sentidos, sostener continuas luchas contra las pasiones, sufrir las persecuciones del mundo; pero precisamente por esto el Espíritu Santo dice: que el hombre obediente cantará victoria (3). Vence al demonio, el cual no hallando en él ningún deseo de entrar en sus conspiraciones y secundarle en sus perversos planes, se encuentra sin armas para asaltarle, y si le asalta es para su mayor derrota. Vence al mundo, el cual no hallando en él ninguna disposición para sus malvados intentos, se ve sin fuerzas para hacerse suyo, y cuando piensa vencerle, es vencido. Vence las pasiones, las cuales en la sumisión de la voluntad, que es su alimento y sostén, se sienten sometidas. Vence á la misma muerte, de la cual nada tiene

(1) REV. S. BRIG.

(2) PHILIP. IV, 13.

(3) PROV. XXI, 28.

que temer, y todo lo espera de Dios, á quien habrá obedecido constantemente con obsequiosa reverencia.

Las asperezas de la lucha no impiden que el obediente goce de una inefable alegría. David afirmaba, que el Señor previene con bendiciones de dulzura al que se le consagra con perfecta obediencia (1). El Apóstol asegura, que las tribulaciones, no solo no destruyen la paz en el corazón resignado á la divina voluntad, sinó que la hacen todavía superabundante (2). Superabundante la experimentaron las Teresas, que por los extremos de gozo se desvanecían; los Franciscos de Asís, que con la plenitud de júbilo gozábanse en las mismas penas; los Franciscos Saverios, que hubieran querido padecer aún más para embriagarse mejor de las celestiales delicias; y los Bernardos, que en vista de los consuelos que experimentaban obedeciendo á Dios, les parecían enojosos y amargos todos los placeres, todos los deleites y todas las diversiones de este mundo. No se diga, pues, que la obediencia á Dios sea de carácter tan brusco que rechace al que se le acerca, ó de aspecto tan tétrico que espante á los que lo miran; confiese más bien que la vida obediente es un vivir muy dulce, muy alegre y suavísimo.

Pero, téngase muy presente, que esas glorias y esas dulzuras están reservadas á las almas piadosas, que han subyugado la voluntad propia para entregarse enteramente á Dios. Aquel que, despues de haberse sometido al Señor, diere oídos á las sugeriones del mundo, abriere el corazón á las seducciones de la carne, ó á los estímulos de la culpa, es un rebelde que se deshonorra, un pérfido que se cubre de ignominia, y un vil que se convierte en miserable esclavo de los enemigos ya domados en otro tiempo. Por otra parte, la abnegacion de la voluntad es más rara de lo que se piensa. El amor propio, que sabe encontrar excusas para evitar lo que no le favorece, es ingenioso para satisfacer sus deseos, cubriéndose con el manto de la obediencia; pero sépase, que esta pretendida obediencia es falsa, y solo sirve para hacernos más abominables á los ojos del Señor. Temamos, hermanos míos, una tal desgracia; y para alejarla de nosotros, meditemos con frecuencia los ejemplos de María. Ella fué obediente de veras, y nosotros, escuchando su voz y siguiendo sus huellas, libres de los castigos que esperan á los culpables, recibiremos en la pátria de los escogidos el premio reservado á los verdaderos obedientes.

(1) PSALM. XX, 4.

(2) II COR. VII, 4.

DISCURSO VIII.

PACIENCIA.

In patientia vestra possidebitis animas vestras.

Mediante vuestra paciencia salvareis vuestras almas. (Luc. XXI. 19.)

Si pudiese reunir en este momento cuanto se lee en los sagrados Libros, juntamente con lo que han escrito los Padres de la Iglesia, acerca de la virtud de la paciencia, tal vez resultaría un cuadro que llamaría poderosamente vuestra atencion. Por lo que mira á las Sagradas Escrituras, leo; que la tristeza de los pacientes se trocará en júbilo (1); que la paciencia sirve á la prueba; que la prueba produce la esperanza; que la esperanza abre camino á la gloria (2); y que la paciencia es el testimonio de los siervos fieles, el medio para sobrellevar en paz los males de la vida presente, y el título para conquistar la tierra de los escogidos en la eterna beatitud (3). Por lo que se refiere á los Padres, todos afirman, que la paciencia es como un escudo inexpugnable, y una sólida fortaleza capaz de rechazar todos los asaltos del enemigo; que es como un bálsamo que suaviza los males, y una mano amiga que hace la cruz menos pesada, y que dá al hombre la seguridad de ser admitido en los gozos celestiales. Al oír estas expresiones, uno se siente impulsado á amar una virtud que es su preciosísima causa.

Empero, como si yo así procediese, necesitaría de mucho tiempo, y el discurso traspasaría los límites ordinarios; voy á ofreceros el ejemplo de María, cuya paciencia fué entera, constante, perfecta, heroica, singular; y al proponerla á vuestra consideracion, espero que no ten-

(1) JOAN. XVI, 20

(2) ROM. V, 4.

(3) HEBR. X, 36.

que temer, y todo lo espera de Dios, á quien habrá obedecido constantemente con obsequiosa reverencia.

Las asperezas de la lucha no impiden que el obediente goce de una inefable alegría. David afirmaba, que el Señor previene con bendiciones de dulzura al que se le consagra con perfecta obediencia (1). El Apóstol asegura, que las tribulaciones, no solo no destruyen la paz en el corazón resignado á la divina voluntad, sinó que la hacen todavía superabundante (2). Superabundante la experimentaron las Teresas, que por los extremos de gozo se desvanecían; los Franciscos de Asis, que con la plenitud de júbilo gozábanse en las mismas penas; los Franciscos Saverios, que hubieran querido padecer aún más para embriagarse mejor de las celestiales delicias; y los Bernardos, que en vista de los consuelos que experimentaban obedeciendo á Dios, les parecían enojosos y amargos todos los placeres, todos los deleites y todas las diversiones de este mundo. No se diga, pues, que la obediencia á Dios sea de carácter tan brusco que rechace al que se le acerca, ó de aspecto tan tétrico que espante á los que lo miran; confiese más bien que la vida obediente es un vivir muy dulce, muy alegre y suavísimo.

Pero, téngase muy presente, que esas glorias y esas dulzuras están reservadas á las almas piadosas, que han subyugado la voluntad propia para entregarse enteramente á Dios. Aquel que, despues de haberse sometido al Señor, diere oídos á las sugerencias del mundo, abriere el corazón á las seducciones de la carne, ó á los estímulos de la culpa, es un rebelde que se deshonorra, un pérfido que se cubre de ignominia, y un vil que se convierte en miserable esclavo de los enemigos ya domados en otro tiempo. Por otra parte, la abnegacion de la voluntad es más rara de lo que se piensa. El amor propio, que sabe encontrar excusas para evitar lo que no le favorece, es ingenioso para satisfacer sus deseos, cubriéndose con el manto de la obediencia; pero sépase, que esta pretendida obediencia es falsa, y solo sirve para hacernos más abominables á los ojos del Señor. Temamos, hermanos míos, una tal desgracia; y para alejarla de nosotros, meditemos con frecuencia los ejemplos de María. Ella fué obediente de veras, y nosotros, escuchando su voz y siguiendo sus huellas, libres de los castigos que esperan á los culpables, recibiremos en la pátria de los escogidos el premio reservado á los verdaderos obedientes.

(1) PSALM. XX, 4.

(2) II COR. VII, 4.

DISCURSO VIII.

PACIENCIA.

In patientia vestra possidebitis animas vestras.

Mediante vuestra paciencia salvareis vuestras almas. (Luc. XXI. 19.)

Si pudiese reunir en este momento cuanto se lee en los sagrados Libros, juntamente con lo que han escrito los Padres de la Iglesia, acerca de la virtud de la paciencia, tal vez resultaría un cuadro que llamaría poderosamente vuestra atencion. Por lo que mira á las Sagradas Escrituras, leo; que la tristeza de los pacientes se trocará en júbilo (1); que la paciencia sirve á la prueba; que la prueba produce la esperanza; que la esperanza abre camino á la gloria (2); y que la paciencia es el testimonio de los siervos fieles, el medio para sobrellevar en paz los males de la vida presente, y el título para conquistar la tierra de los escogidos en la eterna beatitud (3). Por lo que se refiere á los Padres, todos afirman, que la paciencia es como un escudo inexpugnable, y una sólida fortaleza capaz de rechazar todos los asaltos del enemigo; que es como un bálsamo que suaviza los males, y una mano amiga que hace la cruz menos pesada, y que dá al hombre la seguridad de ser admitido en los gozos celestiales. Al oír estas expresiones, uno se siente impulsado á amar una virtud que es su preciosísima causa.

Empero, como si yo así procediese, necesitaría de mucho tiempo, y el discurso traspasaría los límites ordinarios; voy á ofreceros el ejemplo de María, cuya paciencia fué entera, constante, perfecta, heroica, singular; y al proponerla á vuestra consideracion, espero que no ten-

(1) JOAN. XVI, 20.

(2) ROM. V, 4.

(3) HEBR. X, 36.

dreis necesidad de nada más para comprender la suma utilidad de imitarla. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La tierra, nadie lo ignora, es un valle de lágrimas. Entre los varios males que en ella se padecen, hay algunos que podrían tal vez llamarse aparentes; pero también hay muchos que son reales. Cuando por reveses de adversa fortuna se pierden los intereses, cuando por la implacabilidad de la muerte nos encontramos sin deudos y amigos, ó cuando las calumnias de nuestros enemigos nos sumergen en un abismo de congojas, no puede uno ménos de acongojarse. En tales casos, el único remedio es la paciencia, la cual modera la natural tristeza del hombre en medio de las penas á que está sujeto, inclinándole á sobrellevar con resignacion las adversidades que le visitan.

No se crea que sea cosa muy difícil vivir de paciencia; porque áun cuando la filosofía es impotente para consolarnos en los males de la vida, no lo es la religion, la cual nos presenta las humanas adversidades como otros tantos rasgos de la amorosa providencia divina, que con ellas nos procura el mayor de los bienes. Ruego á los que lean esta historia, dice el sagrado autor de los libros de los Macabeos, que no se escandalizen á vista de tan desgraciados sucesos; sinó que consideren que estas cosas acaecieron, no para exterminar, sinó para corregir á nuestro pueblo (1); y quien considere que con las angustias de la pobreza, con las tribulaciones, las enfermedades, y la falta de fuerzas, Dios le purifica para salvarle, motivos poderosísimos tendrá para mostrarse paciente. Conoce que quitándole la facultad de asistir á los juegos, de vivir encenegado en culpables amores, y en los placeres mundanos, quiere Dios alejarle de un camino que le lleva directamente al precipicio. Comprende que si Dios hubiese querido castigarle segun merecian sus pecados, hubiera podido, siendo señor de la vida y de la muerte, cortar de repente el hilo de sus perversos días, en el mismo instante de levantar contra El orgullosa la frente. No ignora que, abandonado á las antiguas prosperidades, entregado por completo á los intereses materiales, y olvidado del mayor de los negocios, cual es la salvacion del alma, se hubiera perdido irremisiblemente. De ahí infiere, que en vez de endurecer el corazon bajo los azotes del Cielo, alimentándose de furores, le es incomparablemente más provechoso someterse con santa

(1) II MACH. VI, 12.

resignacion á las tribulaciones que el Señor le envía para que se arrepienta; ó sea: infiere que para él lo mejor es la paciencia.

Esta conclusion la hicieron igualmente los escogidos, que, segun el Apóstol, estuvieron á la sombra de la nube de la ley. No pensaron de otra suerte el fiel Abrahán, el obediente Isaac, el piadoso Jacob, el casto José y el religioso Tobias. Por más que tuviesen que emprender desastrosos viajes, ó sufrir burlas de los familiares, acerbas calumnias, el odio implacable de los enemigos, la pérdida de bienes, la infidelidad de los amigos, destierros, persecuciones y cárceles, consideraron que lo mejor era armarse de paciencia. Empezando por Abel, muerto á mano airada por su envidioso hermano, y prosiguiendo hasta el Bautista, precursor de los días de la redencion, todos se armaron de paciencia, á pesar de verse agobiados de dolencias y de amarguras. No es que dejasen de padecer, ó que su humanidad no sintiese la intensidad de los padecimientos: sería quitar mucho mérito á sus males considerarles insensibles, puesto que no sirve de mérito alguno soportar aquellas molestias que no causan dolor ni turbacion. Sufrian, sí, sufrían terriblemente; pero porque vivían resignados á la voluntad de Dios, sus dolores eran ménos amargos y ménos desgarradoras sus angustias. Persuadidos de que los azotes que descargaban sobre ellos, eran el castigo de alguna falta, ó para la mayor perfeccion de algunas de las virtudes (1), sufrían el yugo, que dobla la cerviz del hombre, desde que nace, hasta que muere (2). De esta suerte agradaron á Dios con la paciencia; y complaciendo á Dios, fueron considerados dignos de eterna gloria (3).

Si la paciencia se creyó útil y oportuna en casos apurados, cuando Dios atraía al pueblo á la observancia de sus mandamientos con promesas de temporal abundancia y de bienestar terreno, ¿cuánto más oportuna, cuánto más útil no debe considerarse despues que Jesucristo, venido al mundo para darnos lecciones de vida eterna, no nos prometió más que padecimientos? Leed el Evangelio, hermanos míos, leed todas sus páginas, todas sus líneas, y cuando hayais meditado bien las palabras de Jesucristo, no os cabrá ninguna duda de la verdad que os predico. ¿Ha llamado alguna vez Jesucristo bienaventurados á los dichosos del siglo? ¿Ha encomiado en alguna parte á aquellos que viven rodeados de la abundancia y condecorados con honores? Nó: ántes bien ha dicho: Bienaventurados los pobres; ha

(2) JUDITH. VIII, 27.

(3) ECCL. XL, 4.

(4) JUDITH. VIII, 23.

llamado felices á los afligidos, y encomiado á los que viven agobiados de cruces. ¿Y por qué? El motivo no es otro sinó porque la prosperidad de los nécios es un camino que, sembrado de flores, lisonjero y envidiado, conduce á los abismos de las tinieblas sempiternas (1); al paso que la tribulacion es un camino cubierto de espinas, árido y embrollado, que conduce á las sempiternas delicias del Paraíso. ¿Quién se atreverá á negar, que la paciencia nos inspira pensamientos, no solo capaces de aminorar, sinó de endulzar el repugnante cáliz de cualquiera amarga tristeza? ¿Quién dudará de que la paciencia sea útil y oportuna?

Además de ser útil y oportuna, la paciencia es gloriosa, engrandeciendo y ennobleciendo el hombre delante de Dios. San Eustaquio, jefe del ejército del Emperador Trajano, que había mostrado mucha grandeza de ánimo en las fatigas de la milicia, la mostró mayor cuando, perdidos sus siervos por la muerte, su esposa é hijos, sufrió sus desventuras con constancia inalterable. Magnánimos sentimientos manifestó Santa Isabel, reina de Hungría, atendiendo al bienestar de su pueblo; pero, fueron todavía mayores cuando, destronada por crueles parientes, fugitiva con sus amados hijitos, y abandonada por aquellos mismos á quienes protegiera en otro tiempo, más bien que prorumpir en palabras de resentimiento, dió gracias á Dios por haberla juzgado digna de padecer por amor suyo. Suele admirarse el valor del piloto, que dirige la nave azotada de proa á popa por fuertes golpes de mar, y sin inmutarse, arriando las velas, y gobernando el palo mayor, mira con firmeza hácia el puerto; suele alabarse la intrepidez del soldado, que á la primera señal del combate se arroja sobre las filas enemigas, no teme la muerte, ni le asusta el brillo de relucientes espadas; es celebrado el hombre animoso, que, en presencia de las voraces llamas que destruyen un edificio, atraviesa por entre las ardientes ruinas para salvar á los ancianos y á los niños. Ahora bien; aquel que, en la tempestad de las tribulaciones que le agobian, conserva la serenidad de espíritu, es semejante al intrépido marino que permanece firme azotado por las rugientes olas; es semejante al valeroso guerrero en medio de los horrores de la guerra; aquel que visitado por todo género de tribulaciones no pierde en la lucha interior, que le acosa por todas partes, la tranquilidad de ánimo, es semejante al hombre esforzado, que no teme el incendio cuando se trata de la salvacion de los demás; aquel que

(1) PROV. I, 32.

maltratado cruelmente por continuas tribulaciones, en el incendio que le consume la sangre con multiplicados afanes, no se inquieta, ni impacienta, sinó que vive resignado. Y áun es más digno de alabanza, porque siendo en el hombre natural la repugnancia al sufrimiento, el saber refrenar la ira en medio de las contrariedades y dirigir las miradas al piadoso Cielo, en ademán de sumision, es signo evidentísimo de ánimo resuelto que se vence á sí mismo y tiene á raya las pasiones.

Tratando, empero, de las glorias de la paciencia, no debo por el vano prurito de erudicion y de elevadas doctrinas descuidar el más bello de los argumentos. Aunque hayan celebrado de mil maneras esta virtud los Padres griegos y latinos, los filósofos cristianos, y los varones eminentes por su santidad, algo queda que produce más impresion en nuestros corazones. Ya comprendéis, hermanos míos, que me refiero á los ejemplos de la Santísima Virgen. No cabe duda que María, la Reina de los Angeles, la Soberana del Universo, la Madre de Dios, aquella que es aclamada bienaventurada por todas las generaciones, aquella que en el Cielo está coronada con la más resplandeciente diadema y se sienta en un trono al mismo lado del Altísimo, habiendo amado la paciencia y hecho de ella su mayor presea, debe esta virtud ser muy gloriosa, puesto que tan grata fué á la Reina de la gloria. Pasando, pues, en silencio cuanto pudiera además aducir facilmente de los libros de los Padres, de los escritos de los filósofos y de los anales de los Santos, y que haría interminable el discurso de hoy, os llamo solamente á considerar la paciencia de la que es nuestra Madre y Maestra.

Pero en su exposicion ¿qué orden seguiré? ¿qué términos emplearé, y quién me prestará pinceles y colores para describir en reducido cuadro la sublimidad del asunto? ¿Quién me facilitará... ¡Ah! nadie crea que exagero al confesar, que en cualquier otro asunto me sería ménos difícil dar principio á la oracion que el concluirla; pero, que en la ocasion presente, me cuesta tanto el dar principio á ella como el concluirla. Y en verdad; si María, como rosa entre espinas, vivió siempre en medio de tribulaciones continuas, de suerte, que todos sus días fueron un ejercicio continuo de paciencia, no sabría en que momento de su vida representarla. La contemplo cuando quedó huérfana de sus padres, Joaquin y Ana; y luego al dar á luz un hijo en humilde choza, sin disponer siquiera de una cuna de juncos como la de Moisés. La considero cuando por temor de Herodes huye hácia extraños países, y poco despues la veo ocupada en penosos trabajos

y quehaceres domésticos como otra mujer cualquiera que no tiene nadie á sus órdenes. La contemplo en las ocasiones en que Jesús, para glorificar á su Padre, cuyos intereses debian anteponerse á todo, le habla más bien en tono de señor que de hijo; y se me ofrece al pié de la cruz en que espira su Hijo en medio de dos ladrones, humedecidos sus lábios con hiel y vinagre, y hecho el blanco de los escarnios y de los ultrajes de una vil muchedumbre. En suma, mientras que quisiera invitaros á admirar su presencia en este, ó en aquel dolor, que durante su peregrinacion por este destierro tuvo que sufrir, por ver en cual brilló más esta virtud, no sé que hacer ni que decir.

Y mi perplejidad sube de punto al observar, que la paciencia de María fué constante, extraordinaria, singularísima. Demostró una paciencia constante, que en actitud de acerbo dolor no desmintió nunca en todos los momentos más apurados, en todos los trances más dolorosos, en todas las desventuras más amargas, en todos los martirios más refinados, y en todas las deplorables escenas que pasaron por delante de sus ojos, despedazando su corazon; pudiendo afirmarse con toda verdad, que se multiplicó en ella la resignacion á medida de sus amarguras. Demostró una paciencia extraordinaria, cuando las embravecidas olas del dolor, arremolinándose unas contra otras, le asestaron repetidamente en el corazon la espada que le anunció el anciano Simeon, dejándola desolada, sin consuelo ni refrigerio alguno, á causa de la opresion y de la violencia. Fué singularísima su paciencia, que no admite comparacion con las madres más tiernas, ni los martirios más dolorosos, porque las demás madres, á pesar de su ternura, dieron cabida en su alma á más de un afecto, al paso que María alimentó uno solo; y los demás martirios, á pesar de su intensidad, se cebaron en el cuerpo, al paso que María fué lacerada acerbamente en el alma. Por consiguiente, ¿qué lengua podría expresar, ni qué entendimiento imaginar una paciencia tan constante, tan extraordinaria, tan singular? ¿Qué ingenio presumiría describir con palabras, una paciencia que traspasó todos los limites y toda medida? Sin duda es este uno de los argumentos, ante el cual la elocuencia más sublime queda confusa; sin duda es esta una maravilla, á la cual no podemos prestar otro tributo que el estupor y el silencio.

¡Tanta, pues, es la incomparable sublimidad de la paciencia de la Santísima Virgen! Al contemplarla, poseído de profundísima admiracion, casi pierdo de vista las demás virtudes, que tambien veo res-

plandecer en Ella, y que son igualmente estupendas y señaladas. No hablo ya de su fé, por la cual, conociendo que Dios quiso hacerla canal de las divinas gracias, dócil á la mano del Artífice, le deja obrar en Ella segun le plazca. No considero ya la bondad, con la cual, hija predilecta del Príncipe, no se desdeña de interesarse por los esposos de Caná, de inferior condicion. Paso por alto la abnegacion con que traspasara, humillándose, todos los limites de la mediania, verdadero retrato de aquella humildad que su Unigénito Hijo debía enseñar más bien con los ejemplos que con las palabras. Tampoco admiro aquí la liberalidad, la cortesía, la compostura, el inmaculado pudor, la blanca azucena de la pureza, ni otras innumerables virtudes que tanto admiramos en su vida. No niego, ni es posible negar, que son bellas, y que serian suficientes para hacer elocuente la lengua del último de los oradores; pero, viendo que María humilla resignada su frente, cuando se trata de presenciar la muerte de su Hijo, no puedo ménos de concluir, que fué extraordinariamente admirable en el ejercicio de la paciencia.

A fin de animaros á amar la paciencia, imitando á María en esta virtud, consideremos, finalmente, las espirituales ventajas que de ello resultan. Reduciéndolas á tres, digo: que la paciencia templada la amargura de las aflicciones, nos perdona en esta vida la pena correspondiente á nuestros pecados, y nos alcanza la gloria eterna.

Suaviza la amargura de las aflicciones. Todo otro bálsamo con que se procura suavizarlas, las más de las veces, resulta ineficáz. Hay tribulaciones, para las cuales la humana ciencia no acierta el verdadero remedio; hay angustias, en medio de las cuales nos abandonan desapiadadamente los deudos y los amigos; pero la paciencia nos infunde valor para sobrellevar con resignada calma los afanes; y hasta los mismos paganos decian, que la paciencia es el remedio más eficaz para todos los males de la vida presente. Y si esto es verdad, cuando se trata de una paciencia considerada á la débil luz de la filosofia natural; ¿cuánto más no lo será, tratándose de la paciencia cristiana, que, iluminada por los esplendores de la fé, saca el vigor de la eficacia de la gracia? Y ciertamente que no podrá ménos de ser un dulce consuelo para los que padecen el saber, que los santos más favorecidos por Dios, anduvieron por la áspera senda de las tribulaciones; no podrá ménos de infundir mayor aliento en su ánimo la reflexion, de que Jesucristo, cabeza y modelo adorable de todos los justos, llevó una vida pobre y eligió para sí toda suerte de suplicios.

Nos perdona las penas correspondientes á nuestros pecados, pues,

desde el momento que somos pecadores, y, por lo mismo, dignos de castigo con las penas de acá en la tierra, nos ofrece los medios para evitar las penas que deberíamos padecer en la otra vida. Es este un rasgo amoroso de la divina misericordia. En efecto; no pudiendo la culpa quedar impune, es necesario que se expie con las desdichas de la vida presente, ó con los suplicios de la futura, por las aterradoras llamas temporales del Purgatorio, ó de las sempiternas del Infierno. Pues bien; es propio de la paciencia el conducirnos en medio de las tribulaciones á ajustar cuentas, ántes de que se abran las espantosas hogueras de los abismos, ya que aquel que se resigna con generoso aliento en las pérdidas de la salud, de los bienes temporales, de la familia y de la honra, aplaca la irritada justicia del Señor, y la inclina á perdonarnos por entero ó en parte la deuda con El contraída.

Finalmente; la paciencia nos asegura la gloria eterna. En verdad, Dios, que por sus justos consejos ha encerrado en oscuras sombras el misterio de nuestra predestinacion, y ha creído más útil mantenernos en un saludable temor hasta los últimos momentos, no deja de darnos algunas señales que arrojan raudales de luz en medio de las tinieblas de la noche. Una de éstas es, la resignacion en soportar los males presentes. El Señor, dice el apóstol San Pablo, predestinó para la gloria á los fieles que se hiciesen conformes á la imágen de Jesucristo (1); modelándolos con las facciones de este inimitable ejemplar, y tratándolos del mismo modo que trató á su propio Hijo, les ofrece prendas seguras de que serán contados entre los escogidos y de estar escritos en el libro de la Vida. Ahora bien; ya que Jesucristo está clavado en la cruz padeciendo inauditos dolores y martirios, para asegurarnos la gloria, debemos nosotros tambien recibir con paciencia las cruces y las aficciones con que Dios se ha servido regalarnos.

Hermanos míos, reflexionemos detenidamente sobre estos frutos de la paciencia; y al observar que dulcifica la amargura de los afanes, que nos perdona la pena correspondiente á nuestros pecados, y nos asegura la gloria, tendremos esta virtud en mucha estima. Ofreciendo en sacrificio al Altísimo nuestros infortunios, desarmaremos su cólera; sobrellevando en paz todo cuanto nos acibara la existencia, ganaremos méritos para la inmortal beatitud; recibiendo con corazon sumiso todos los golpes de adversa fortuna, nos será ménos amargo el cáliz del dolor; y abrazándonos en la cruz con Jesucristo, á imi-

(1) ROM. VIII, 29.

tacion del buen Ladron, la cruz nos servirá de escala para subir al Paraíso. Entónces, léjos de quejarnos, pediremos al Señor con Jeremias, que nos corrija en su misericordia (1); entónces conoceremos que nada es tan útil en las tribulaciones como la paciencia, y nos persuadiremos de que esta virtud ha sido y será la madre de los Santos. Amemos, pues, la paciencia, tengámosla en más buen concepto; y siempre que nos pareciese demasiado duro el padecer y muy pesada nuestra cruz, acudamos á María. Ella, que tanto padeció en este mundo, es la Consoladora de los afligidos; con su patrocinio las enfermedades, las afrentas, las incomodidades, la pobreza y las amarguras, soportadas con paciencia, nos servirán de medio para alcanzar la eterna bienaventuranza.

(1) JER. X, 24.

DISCURSO IX.

HUMILDAD.

Deus humilibus dat gratiam.
Dios dá su gracia á los humildes.
(JAC. IV, 6.)

San Agustín, cuyo nombre es justamente tan repetido en la Iglesia, se expresaba así: Si se me preguntase cual es la primera de las virtudes, contestaría: la humildad; si la segunda, replicaría: la humildad; si la tercera, repetiría: la humildad; y cuantas veces se me preguntase lo mismo, daría siempre la debida preferencia á la humildad. Y tenía razon de expresarse así, porque entre las virtudes morales que deben adornar y embellecer la vida cristiana, la humildad ocupa uno de los lugares más distinguidos. Ella es el fundamento sobre el cual descansa el edificio de la perfeccion evangélica; es la llave de oro que abre los tesoros de las divinas misericordias; es la piedra de toque que dá á conocer las almas verdaderamente justas; es aquella á la cual está prometido el reino de los Cielos. Si por reino de los Cielos se entiende el reino de la Gracia, éste es enteramente de los humildes, ya que la Gracia es un dón que se reparte entre los humildes; y si por reino de los Cielos se entiende el reino de la Gloria, tambien éste es sin disputa de los humildes, puesto que la Gloria es un premio que se concede á la humildad.

La Santísima Virgen nos ofrece un ejemplo luminoso de esta virtud tan bella, tan laudable, tan necesaria, y á la cual le está reservado un riquísimo galardón. María fué siempre humilde. Considerando cuan indispensable sea el ejercicio de esta virtud y admirándola en la Santísima Virgen, no se la considerará, ni se tendrá, como desgraciadamente observamos, por cosa de ningun valor. Voy, pues, á ocuparme de ella, persuadido de que, si bien los hijos del siglo, entregados á vanas pompas, á quiméricos honores y á objetos lison-

jeros que fomentan la pasion de la soberbia, no deseen conocer el valor de la humildad, que quisieran relegada en el retiro de los claustros más austeros y en los desiertos más solitarios, vosotros, hijos de la Cruz y devotos de María, deseais conocerla y admirarla. Ni podría ser de otra suerte, porque si os gusta seguir el camino de la verdadera devocion, debeis suspirar igualmente por una virtud, sin la cual no es posible contarse entre los discípulos de Jesucristo, ni esperar la felicidad del Paraíso reservada á los humildes. Permitidme, pues, que en el presente discurso me ocupe de la humildad, y disponga vuestros ánimos á seguir las huellas de María, y haceros dignos de recibir sus beneficios. Saludémosla ántes con el Angel: A. M.

La humildad cristiana, para hablar segun la doctrina de los Padres de la Iglesia, es una virtud que conduce al hombre al conocimiento de si mismo, le inspira humildes sentimientos de su persona, le llena de confusion atendidas sus miserias, le hace sobrellevar con alegría, ó á lo ménos con paciencia, las humillaciones y los desprecios. Tambien es una virtud que refrena y modera la inclinacion que todos tenemos de encumbrarnos, y de parecer más de lo que somos en realidad. Para enriquecernos de esta virtud no se requiere mucho estudio, porque si tantas enseñanzas y tantos siglos de experiencias, que nos hacen palpar el lodo de las humanas grandezas, no bastan para curarnos de la soberbia, podrá bastar un atento y sincero examen de nuestra nulidad, careciendo de toda razon para embriagarnos, exagerando nuestros talentos naturales y adquiridos, en el orgulloso concepto de creernos alguna cosa.

En todo tiempo han considerado los sábios como principal fundamento de toda filosofia y de toda ciencia, el conocimiento de si mismo. En efecto, ¿de qué serviría investigar los más profundos secretos de la naturaleza, y de descubrir cuanto hay en ella de recóndito y de sublime, si nos ignorásemos á nosotros mismos? Hé ahí porque los maestros más preclaros del Cristianismo, invitándonos á fijar el pensamiento en nuestro interior, dijeron: que la más grande de las ciencias es la ciencia sublime de Jesucristo. En verdad, mientras que la ciencia de la tierra, no iluminada por los rayos de la eterna luz, seduce en vez de enseñar, pervierte la mente y corrompe el corazon; la ciencia de Jesucristo ilustra la inteligencia, corrige los sentimientos, y dirige sin tropiezo nuestros pasos á través de los innumerables errores del mundo. El conocimiento de si mismo, cuando no es extra-

viado por los halagos del siglo, por los sueños de la fantasía, ni por los excesos de la ambición, nos induce á ser humildes. Consideremos separadamente cada una de las sustancias de que estamos compuestos, y en primer lugar el cuerpo.

Nuestro cuerpo es polvo, es barro; y sometido á todas las inclemencias de las estaciones, á todas las variaciones de los humores y á todas las alternativas del tiempo, lleva en sí lo que le impele á desmoronarse. Ya sea de estatura alta, es siempre lodo; de formas esbeltas y de color sonrosado, no es más que polvo; de constitución robusta, fuerte y vigorosísima, es solo floja arcilla; ó descendida de sangre noble, pisa siempre con los piés la losa del sepulcro. Dios había infundido en nuestro cuerpo un gérmen de vida, que nada hubiera podido debilitar ni extinguir; pero, habiendo el pecado destruido un órden tan bello, no puede librarse de la muerte. No es necesario que venga un Daniel á anunciar nuestro próximo fin como á Baltasar; lo dicen las aguas del arroyuelo que corren, la flor que se marchita, las hojas que caen de los árboles, la estación que varía, el sol que va al Ocaso, y cualquiera objeto que aparece y pasa, por muy lisonjero que parezca. Nosotros mismos, que con tanta velocidad cambiamos de año en año, que notamos el continuo cambio de nuestro rostro, que mirando alrededor nuestro vemos amigos y deudos, que han caído á nuestro lado como un ejército de soldados diezmados en lo más récio del combate; nosotros mismos, llevamos delante un memorial diario y perpétuo de nuestra mortalidad. ¿Y puede ser objeto de nuestra soberbia un cuerpo tan miserable, que lleva consigo el principio de la propia destrucción? ¿Y no dijo verdad el Eclesiástico cuando aseguró, que para humillar el vano orgullo del hombre bastaba recordarle el barro de que fué formado (1)?

Además, el cuerpo humano fué hecho para ser habitado y dirigido por el alma. Yo me callaría si esta alma fuese bella é inocente tal como saliera del soplo de Dios; pero ya que el veneno de la culpa que infectó á Adán, se transmitió también á su posteridad, nosotros, al nacer hijos de un padre rebelde, heredamos el pecado en el seno materno. Ahora bien; si acá en la tierra se considera una grandísima humillación el ser hijo de padres manchados con crímenes infamantes, ¿será para nosotros un título de vanagloria descender de un origen ignominioso? Si David, rey y profeta, no cesaba de sentirse lleno de confusión por haber sido concebido en la iniquidad (2),

(1) ECCL. X, 9.

(2) PSALM. L, 7.

¿nosotros, que también fuimos concebidos en ella, nos creemos con derecho para levantar orgullosos la frente? ¡Ah! áun cuando no nos afease otra mancha que la culpa original, deberíamos siempre humillarnos profundamente.

Aún prescindiendo del pecado original, ¿acaso no nos obligan á practicar la humildad los pecados de que nos hemos hecho reos por nuestra malicia? Ciertamente que es deshonesto desertar de las filas militares en frente del enemigo, ó para un siervo ser infiel á su señor, ó para un hijo difamar la gloria de su padre, ó para un amigo hacer traición á otro amigo y abandonarle en sus necesidades. Ahora bien; aquel que peca, soldado de la milicia de Jesucristo, abandona ruinmente su puesto y vuelve las espaldas al ejército contrario; siervo infiel, derrocha los tesoros que Dios le confiara; hijo de la gracia, difama á Aquel que le ha colocado á tal altura; y amigo, tratado con inmensa bondad por la divina misericordia, sacude el ligero yugo de la más dulce de las amistades. Así, pues, debería avergonzarse de sus culpas como se avergüenza el soldado cobarde, el siervo infiel, el hijo ingrato y el amigo traidor.

Si, llamados á penitencia, nos arrepentimos de los pecados cometidos, obtenemos su perdón, y vemos caer rotas á nuestros piés las cadenas que nos ataban al Infierno, nos inducirá á ser humildes el saber que podemos fácilmente caer de nuevo, quedando sepultados en nuestra caída. Teniendo impreso en la mente este pensamiento, ¿podremos envanecernos de fútiles honores, cuyo brillo es todo humo? No, respondía San Jerónimo, conociendo mi imbecilidad, no puedo presumir de mí mismo. Por lo tanto, no podemos ménos de ser humildes, porque si nos referimos á nuestro cuerpo, es semejante á la yerba del prado, que se seca en breve plazo; y si hablamos del alma, fué ésta contaminada por la culpa original; levantada de la primera caída, ó vuelta á la vida de la gracia mediante las aguas del bautismo, se manchó con nuevos pecados; y una vez perdonados éstos puede á cada instante caer de nuevo en la culpa.

Estas consideraciones, hermanos míos, nos conducen á tratar de la humildad de Marta, pues, no hubo en Ella ninguno de los humillantes principios que se arraigan en nosotros. Sin sentir, ni por un solo instante, como todas las demás hijas de Eva, los funestos efectos de la primera culpa, nació bajo los auspicios de la especial protección divina, como azucena purísima del Paraíso, en la integridad de la inocencia y en la plenitud de la gracia. Poseída por el Señor, desde el primer instante de su sér, y revestida de la justicia y de la santi-

dad perdidas á causa de la primera culpa, devolvió á la naturaleza humana su integridad y su primitiva belleza. Habiendo Dios obrado en Ella maravillas enteramente inefables, sublimes, totalmente nuevas, y colocada sobre todos los coros de las gerarquías angélicas, subió á la más excelsa de las dignidades, á la mayor de las grandezas. Por consiguiente, nada tenía de lo que nos impele á humillarnos, nada de lo que induce á todo mortal á ser humilde. Y sin embargo, mientras que es saludada con suma reverencia, mientras que la celebran llena de gracia, y se le anuncia que descenderá en Ella el Espíritu Santo; mientras que este Espíritu desciende en Ella con la abundante plenitud de sus dones, y es antepuesta á toda las criaturas, no se eleva sobre sí misma, sinó que desciende y se abaja en la humildad; y precisamente por esta extraordinaria humildad mereció ser Reina del Universo.

Cuya humildad fué verdadera. Para verdadera humildad, no basta, hermanos míos, pronunciar una fórmula cualquiera de poca estima de sí mismo, como tampoco basta inclinar la frente y la mirada hácia el suelo. Hay una humildad falsa, ficticia, aparente, y de ella dice el Eclesiástico, que sabe disfrazarse la soberbia (1). Bien distinta de ésta fué la humildad de María; en el instante mismo en que hubiera podido considerarse sobre toda ponderacion, la más bienaventurada entre las mujeres de todos los siglos, se abisma en una profunda meditacion de su bajeza. Su humildad la manifestó con sinceras palabras, pues, cuando el Padre en ardiente sonrisa de amor, la escogió por Hija suya, el Hijo por Madre, y el Espíritu Santo por Esposa, Ella, en vista de tantos títulos como podía escoger delante de este Dios, no escoje el de Esposa, de Madre, ni de Hija, sinó que toma el más bajo, el de sierva. Manifestó su humildad con hechos, pues, cuando José estaba poseido de inquietud profunda y de angustiosa perplejidad, al verla en cinta ignorando la causa, mientras que con una sola palabra hubiera podido proveer al propio honor y la justificacion propia, calló, porque, hablando, debía revelar el misterio que el Espíritu Santo obrára en Ella, y, por consiguiente, sus glorias y maternidad divina.

No me detendré aquí en recordar las otras ocasiones en las cuales María nos dió pruebas irrefragables de esta hermosa virtud. Paso en silencio el día de su presentacion al Templo, como si, al igual que todas las demás madres, estuviese manchada con la impureza con-

(1) Eccl. XIX, 23.

yugal, sometiéndose á la ceremonia de la purificacion. Nada digo del tiempo en que, Soberana de los Angeles y Madre del Hombre-Dios, vivía en el humilde taller, cumpliendo todos los oficios de su condicion. Paso por alto el Cenáculo donde se retiró, cuando, debiendo el Espíritu Paráclito descender del Cielo para cumplir con la santificacion la estupenda obra de la redencion, como si tuviese necesidad, ó no le hubiese recibido ya, se colocó en último lugar, despues de los Apóstoles, despues de los discípulos, despues de las mujeres (1). Mi discurso no versará sobre estas pruebas de humildad que nos dió la Santísima Virgen, no porque no sean magnificas y dignas de alabanza, sinó sobre la humildad de la Santísima Virgen en su visita á la familia de Zacarías.

Sin duda que fueron grandisimas, raras en la cualidad é infinitas en número las perfecciones de que estaba dotada María, muchísimo tiempo ántes de que se dispusiese para visitar á la anciana madre de Juan Bautista. Sin embargo, como si no tuviese derecho á los homenajes de los hombres, se olvida de su dignidad suprema, y con humilde semblante dirige sus pasos hácia la morada de Zacarías.

Entrada en esta casa, saluda á Elisabeth. Ciertamente que Elisabeth era venerable por sus años, por el grado de su marido, sacerdote del Señor, y por el dón milagroso de un hijo concebido en la ancianidad; pero ¿cuánta diferencia no existe entre ella y María? La una, manchada por la culpa, que en Adán contaminó á todo el género humano; la otra, adornada de celestial belleza, sustraída á toda culpa por singular privilegio, libre de toda mancha. La una, madre de un hijo, que, aunque celebrado por los más ilustres profetas, es siempre hombre; la otra, madre de un Hijo, que, si bien se hizo hombre por exceso de inmensa caridad, es Dios. Con todo, á pesar de ser más grande, más noble y más santa que Elisabeth, María, sin ensoberbecerse de su nobleza, de su grandeza, ni de su santidad, se anticipa en la visita y en la salutacion. La hija predilecta del Príncipe no se desdeña de visitar á la sierva; la Reina del Cielo y de la tierra no se abstiene de saludar á la súbdita; y la Madre de Dios se apresura á tributar personalmente honor y homenaje á la madre del Bautista.

No acaba todo aquí. María asiste, además, á Elisabeth en todos los servicios de que puede tener necesidad en su avanzada edad y en su preñez. Así pues, si un día se llama sierva del Señor, sirviendo á

(1) Actor, I, 14.

Elisabeth en casa de Zacarías, se constituye en criada de una criatura. Cierto, que no corre presurosa y solícita á casa de su prima porque espere alguna recompensa, puesto que nada puede esperar en una casa, cuyo dueño está impedido del uso de la palabra, de una mujer muy entrada en años, y poco ántes llamada desdeñosamente la estéril. Vá allí, no para ser socorrida, sinó para prestar socorro; no para ser ayudada, sinó para ayudar; no para ser servida, pero sí para servir. A esta consideracion, aturrida y llena de estupor la iluminada mente de San Bernardo, decia: que así como ninguna criatura, despues del Hijo de Dios, subió á tanta dignidad de gracia como María, tampoco ninguna criatura, á excepcion del Hijo de Dios, hecho hombre, descendió á tal abismo de humildad como María (1).

¡Ah! no me habéis de otros ejemplos de humildad, que nos dieron otras almas escogidas. Fué digna de elogio la humildad de Abrahán, que cuando quería hablar á Dios, se consideraba polvo y ceniza (2); pues, aunque Abrahán fuese el tronco y el padre del nuevo pueblo, del cual debía nacer el Mesías, y hubiese recibido la promesa de que su descendencia se multiplicaria como las estrellas del firmamento, al fin, era un siervo delante de su Señor, un súbdito delante del Criador. Digna fué de encomio la humildad de David, cuando, lastimado por las reprensiones de Natán, olvidándose de que era rey para recordar que era pecador, con sentimientos de amargo duelo confesó haber pecado contra el Señor (3); pues, aunque David, entre todos los hijos del anciano Isai, hubiese pasado de la choza al régio alcázar, y trocado en cetro de oro su cayado de pastor, no obstante, era un reo al cual se le echaban en rostro sus extravíos. Estos y otros ejemplos de humildad, que en todos tiempos han despertado la admiracion de los contemplativos, desaparecen ante la humildad de María, la cual, no hallándose en las condiciones de Abrahán, ni de David, se humilla más que David y Abrahán. La humildad de María tuvo por modelo la de Jesucristo, y despues de Jesucristo, no hay humildad mayor que la de su santísima Madre.

Hemos observado ya, que, entre todas las criaturas, no hay ninguna á la cual convenga la humildad como al hombre. Ahora añado, que esta virtud es extraordinariamente necesaria para conseguir la

(1) SAN BERN. serm. 61.

(2) GEN. XVIII, 27.

(3) REG. XII, 13.

salvacion eterna. Remontaos, hermanos míos, con el pensamiento, á la eterna morada, considerando quienes fueron admitidos en los gozes inmortales del Paraíso. Allí entraron algunos que no hicieron limosna por ser pobres; otros, que no mortificaron sus miembros con los ayunos porque eran de complexion débil; otros que no conservaron la virginidad por haberse unido en matrimonio; pero no entró ninguno que no hubiese sido verdaderamente humilde. La humildad es el fundamento y la custodia de todas las virtudes; de suerte, que todas desaparecerian si desapareciese la humildad; la soberbia es el origen de todos los vicios; y el alma que está poseida de ella, es como si estuviese contaminada con todos ellos (1). Jesucristo, en la parábola del Fariseo y del Publicano, dice: que quien se enzalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado (2). Y nosotros sabemos, que la soberbia precipitó á Lucifér del Cielo á los antros infernales, al paso que la Santísima Virgen fué elevada por su humildad al más alto trono de los Cielos.

Voy á concluir, hermanos míos. Si comparamos la vida de los héroes cristianos con la nuestra, considerando la diferencia inmensa que existe entre sus costumbres y las nuestras, no podremos ménos de llenarnos de confusion. Ellos, humillándose, se alegraban cuando la pobreza les oprimía, la tribulacion les angustiaba, y la enfermedad les hería; y nosotros, á la menor contrariedad que se oponga á nuestro altivo carácter, prorumpimos en quejas, en lamentos, en cólera y en desesperacion. Ellos no ambicionaron la propia gloria en las empresas que realizaban, en la doctrina que enseñaban, ni en los mismos prodigios que obraban; y nosotros no aspiramos á otro fin con nuestros actos y palabras que á esta gloria, olvidando que somos viles gusanos. ¿Qué responderemos, pues, cuando se nos ofrecerán á nuestra vista los ejemplos de los Santos? ¿Qué diremos, cuando se notará la enorme desproporcion que existe entre ellos y nosotros?

Aprendamos, pues, de los ejemplos de los Santos, y muchísimo más aún de los ejemplos de María, á revestirnos de la santa cristiana humildad; que nuestra miseria nos infunda temor, y nuestra nulidad nos haga precavidos en el importante negocio de la salvacion. Si una altiva confianza de nosotros mismos nos ha arruinado muchas veces en la vida pasada, que nos salve el bajo concepto que debemos

(1) ECCL. X, 15.

(2) LUC. XVIII, 14.

tener de nosotros mismos; cierto como es, de que solamente se salvarán los humildes de corazón, y que para entrar en el reino de los Cielos es preciso empuñarse hasta convertirse en niños. Además, ¿cuántos bienes no se alcanzan con la humildad? Se posee una perfecta tranquilidad; se conservan y se perfeccionan las virtudes ya adquiridas; se adquiere derecho á verse colmados de gracias; se alcanza con facilidad el perdón de los pecados; se atraen hácia la tierra las divinas misericordias. Así, pues, hermanos míos, procuremos ser humildes. Cuando la vanidad nos induzca á ensoberbecernos de nuestra belleza, recordemos que la belleza es como la rosa que pronto se marchita; cuando se nos hable de la nobleza de nuestro origen, recordemos que el Hijo de Dios practicó la humildad; cuando se nos halague con la idea de las riquezas más ó ménos abundantes que poseamos, pensemos que el mejor uso que podemos hacer de ellas es, el de procurarnos medios para tratar con suavidad y cariño á nuestros hermanos de condición humilde; y cuando se nos presente bajo otros disfraces, digamos para nosotros mismos: nuestro primer deber es salvarnos; y para salvarnos, ante todo, debemos ser humildes.

DISCURSO X.

CELO.

Omnis, qui celum habet legis, exeat post me.

Todo el que tenga celo por la ley, sígame. (I. MACCH. II, 27.)

Dios obró con frecuencia estupendísimos prodigios para proveer á las temporales necesidades de los hombres. Padre de bondad y de misericordia, envió á José para saciar el hambre de sus hermanos; á Moisés, para arrancar al pueblo Hebreo de la dura esclavitud de Faraon; á Isaias, para librar de sus enemigos al rey de Judá; á Daniel, para salvar á la virtuosa Susana de la muerte; á los mismos Angeles, para sustraer á Loth de las llamas, y á Sara de la infestación del demonio, para arrancar á Jerusalén del poder de los Asirios, y para salvar á los inocentes muchachos del horno de Babilonia. Considerando esta divina Providencia, el rey profeta exclamaba: ¡Cuán grandes y maravillosos son tus caminos, Señor! De tu mano esperan los vivientes su subsistencia, y á tu soplo se renueva cada día la faz de la tierra. Y si grande es el cuidado que Dios se toma para atender á nuestras necesidades corporales, mayor es la que se toma por las necesidades de nuestra alma. En efecto; Él, que siempre acudió de mil maneras á la salvación del hombre, en la plenitud de los tiempos envió del Cielo á la tierra á Jesucristo, que es la misma clemencia para los pecadores, la misma verdad para los extraviados, y la misma vida para los muertos. Por consiguiente, quiso demostrarnos con sus ejemplos, que si queremos serle fieles debemos asistir al prójimo, tanto en las necesidades temporales como en las espirituales.

De esta virtud nos dió también ejemplo la Santísima Virgen, cuya caridad no se limitó tan solo al alivio de los males materiales, sino que se extendió más léjos, no perdiendo de vista aquellas miserias, y aquellos dolores que se refieren á la parte más noble del hombre,

tener de nosotros mismos; cierto como es, de que solamente se salvarán los humildes de corazón, y que para entrar en el reino de los Cielos es preciso empequeñecerse hasta convertirse en niños. Además, ¿cuántos bienes no se alcanzan con la humildad? Se posee una perfecta tranquilidad; se conservan y se perfeccionan las virtudes ya adquiridas; se adquiere derecho á verse colmados de gracias; se alcanza con facilidad el perdón de los pecados; se atraen hácia la tierra las divinas misericordias. Así, pues, hermanos míos, procuremos ser humildes. Cuando la vanidad nos induzca á ensoberbecernos de nuestra belleza, recordemos que la belleza es como la rosa que pronto se marchita; cuando se nos hable de la nobleza de nuestro origen, recordemos que el Hijo de Dios practicó la humildad; cuando se nos halague con la idea de las riquezas más ó ménos abundantes que poseamos, pensemos que el mejor uso que podemos hacer de ellas es, el de procurarnos medios para tratar con suavidad y cariño á nuestros hermanos de condición humilde; y cuando se nos presente bajo otros disfraces, digamos para nosotros mismos: nuestro primer deber es salvarnos; y para salvarnos, ante todo, debemos ser humildes.

DISCURSO X.

CELO.

Omnis, qui celum habet legis, exeat post me.

Todo el que tenga celo por la ley, sígame. (I. MACCH. II, 27.)

Dios obró con frecuencia estupendísimos prodigios para proveer á las temporales necesidades de los hombres. Padre de bondad y de misericordia, envió á José para saciar el hambre de sus hermanos; á Moisés, para arrancar al pueblo Hebreo de la dura esclavitud de Faraón; á Isaias, para librar de sus enemigos al rey de Judá; á Daniel, para salvar á la virtuosa Susana de la muerte; á los mismos Angeles, para sustraer á Loth de las llamas, y á Sara de la infestación del demonio, para arrancar á Jerusalén del poder de los Asirios, y para salvar á los inocentes muchachos del horno de Babilonia. Considerando esta divina Providencia, el rey profeta exclamaba: ¡Cuán grandes y maravillosos son tus caminos, Señor! De tu mano esperan los vivientes su subsistencia, y á tu soplo se renueva cada día la faz de la tierra. Y si grande es el cuidado que Dios se toma para atender á nuestras necesidades corporales, mayor es la que se toma por las necesidades de nuestra alma. En efecto; Él, que siempre acudió de mil maneras á la salvación del hombre, en la plenitud de los tiempos envió del Cielo á la tierra á Jesucristo, que es la misma clemencia para los pecadores, la misma verdad para los extraviados, y la misma vida para los muertos. Por consiguiente, quiso demostrarnos con sus ejemplos, que si queremos serle fieles debemos asistir al prójimo, tanto en las necesidades temporales como en las espirituales.

De esta virtud nos dió también ejemplo la Santísima Virgen, cuya caridad no se limitó tan solo al alivio de los males materiales, sino que se extendió más léjos, no perdiendo de vista aquellas miserias, y aquellos dolores que se refieren á la parte más noble del hombre,

cual es el alma. Hé aquí, amados hermanos, porque habiéndoos hablado de aquella caridad, que nos obliga á socorrer á los indigentes que no pueden satisfacer las primeras necesidades de la vida, tengo que ocuparme ahora de la caridad que nos invita á enseñar á los ignorantes, á dar buenos consejos á los vacilantes, á fortalecer á los débiles, á llamar hácia el buen sendero á los extraviados, y á dispensar consuelos á los afligidos. Importantísimo es el asunto; y daré por bien empleadas mis fatigas, si llego á convenceros del celo que debemos alimentar en nuestro corazon por la salvacion del prójimo, imitando la conducta de María. Saludémosla ántes con el Arcángel: A. M.

Que ciertas personas tienen estrechísima obligacion de atender á la salvacion del prójimo, lo enseñan las sagradas Escrituras. Corresponde á los padres, atender con esmerada diligencia á las necesidades de los hijos (1). Toca á los señores, cuidar de la salud de sus súbditos (2). Es obligacion de los cabezas de familia, cuidar de la salud de los domésticos (3). La salvacion de las almas corresponde á aquellos bajo cuya direccion están puestas, y deben vigilarlas de tal suerte, que si se perdiese una de las ovejas confiadas á su cuidado por falta de oportuna vigilancia, se descontaría con la suya la ruina agena (4).

Si las personas de posicion deben de un modo especial procurar la salvacion de sus subordinados, apartarles de la senda del pecado, y arrancarles de las garras de Lucífer; siendo el amor del prójimo un deber que comprende á todos; todos debemos tener celo por su salvacion. En efecto; Dios no mandó á solos los superiores corregir amorosamente al pecador, sinó que lo intimó á todos los fieles, sin excepcion (5); tampoco impuso á solos los padres ó á los directores el cuidado de la salud espiritual del prójimo, sinó que lo impuso á todos sin restriccion alguna (6). ¿Se creerá, acaso, que el precepto de la caridad, que obliga ciertamente á todos, mire tan solo al cuerpo, sin que tenga nada que ver con el alma? ¿O se supondrá, que con habernos impuesto el precepto de dar de comer al hambriento, de beber al sediento y de vestir al desnudo, no se nos impuso el de apartar,

- (1) ECCL. VII, 25.
 (2) ROM. XIV, 4.
 (3) I. TIM. V, 8.
 (4) EZECH. III, 18.
 (5) MATTH. XVIII, 15.
 (6) ECCL. XVII, 12.

pudiendo, al lascivo, del lodo de sus inmundicias; al iracundo, del furor de sus venganzas; y al negligente, del sueño de su desidia? Basta considerar cuanto el alma es superior al cuerpo para comprender, que se nos recomendó la caridad ántes para el alma que para el cuerpo.

Además, para amar debidamente al prójimo es necesario elevarse al amor con que nos amó Jesucristo. Nuestro piadoso Salvador, para manifestarnos la predileccion especialísima que tenía por la caridad, á su precepto añadió su ejemplo: Amaos los unos á los otros, nos dice, como yo os he amado á vosotros (1). Ahora bien; Jesucristo nos amó, atendiendo, no solo á las necesidades del cuerpo, sinó principalmente á las del alma.

No puede negarse que el Unigénito Hijo del Altísimo, hecho hombre, empleó maneras amables para con los infelices, y usó de su omnipotencia para consolarlos. Devolvió la salud á la hija de la Cananea; curó al Paralítico, que yacía, por espacio de treinta y ocho años, abandonado de todo el mundo, bajo los pórticos de la piscina Probática; sanó al Leproso, que vivía solitario en la llanura que divide al monte Tábor de la ciudad de Cafarnaum; sosegó las tempestades, alejó los peligros, multiplicó los panes, dió vista á los ciegos, resucitó á los muertos, y fué el bienestar de todos (2); pero lo fué de un modo especial, procurando la salvacion de los pobres pecadores. Le vemos fatigado y abrasado sentarse en el pozo de Sicar, aguardando á la mujer de Samaria, para purificarla de la hediondez de su lascivia; y perdonar á la Magdalena la multitud de sus pecados, tratándola con evidentes señales de tiernísima benevolencia. Le oimos en las misteriosas parábolas del Hijo pródigo abrazado con tanto afecto por su anciano padre, y de la oveja extraviada conducida de nuevo con grande fiesta al rebaño del buen pastor. Sentóse en las mesas de los Fariseos para convertir á los culpables; subió los collados para predicar á las muchedumbres; señaló la verdadera senda de la salvacion para enderezar á los extraviados; y dijo que no había venido para los justos, sinó para los pecadores (3). Y amó tanto el acogerles, familiarizarse y conversar con ellos, que la altiva Sinagoga le señalaba como amigo de gente desacreditada. Además, ¿por qué descendió del Cielo á la tierra, sinó para redimirnos y para alcanzarnos la salvacion eterna? Por esto nació en una miserable

- (1) JOAN. XV, 12.
 (2) ACTOR. X, 38.
 (3) MATTH. IX, 13.

choza; por esto agudas espinas penetraron en su cabeza; gruesos clavos desgarraron sus piés; por esto exhaló su espíritu en el patíbulo de la Cruz en medio de mil martirios, maldito por la chusma, y tratado como un gusano (4). Si, pues, debemos amar al prójimo como Jesús nos amó á nosotros, no puede dudarse que es para nosotros un deber indispensable subvenir á las enfermedades espirituales de nuestros hermanos, sin olvidar de socorrerles en sus necesidades corporales.

Esta fué precisamente la caridad de María, conforme la habían significado las figuras. La zarza de Moisés, que por mucho que ardiérase no se consumía, figuraba á María, que no se ha cansado nunca ni puede cansarse de iluminar á los mortales con los resplandores de la gracia. El vellocino de Gedeon, que recogió el rocío del cielo, representaba á María, que con sus bondades y misericordias humedece la tierra para que el sol no la abrase. El arca de la Alianza que, llevada en hombros de los Levitas, proporcionó tantas victorias al pueblo de Dios, fué figura de María, que hace de continuo descender sobre nosotros los efectos de la divina misericordia. La nube de Elías que, primero, apareció pequeña como huella de pié de hombre, y luego cubrió el cielo, y deshaciéndose en benéfica lluvia, fecundizó los campos de Israel, figuraba también la Madre del Salvador, que, cual purísima nube, derrama sobre el mundo el rocío de sus bondades. Los santos Padres la vieron asimismo representada en Rebeca, que con los vestidos de Esaú disfrazó á Jacob, para atraer sobre él las bendiciones de Isaac, pues María nos cubre con el cuerpo de su Hijo, para que el Padre celestial no cese de bendecirnos: en Jahel, que venció á Sisara, venciendo María á nuestro comun enemigo para que no pueda dañarnos: en Judit, que, matando á Holofernes, redujo á la impotencia á los enemigos del pueblo de Dios, porque la Virgen hace impotente al demonio para que no pueda perdernos: en Esther, esposa de Asuero, la cual libró á su pueblo de los artificios del cruel Amán, puesto que María obtiene para los suyos, aunque sean culpables, gracia y misericordia: en Bethsabé, madre del pacífico Salomón, porque María nos ha dado á Jesucristo, autor de la paz, firmada con sangre, entre el Cielo y la tierra; y en Abigail, que templó el enojo de David irritado con Nabal, pues María temple la justicia del eterno Padre provocada por los insensatos pecadores.

Por eso San Efrén la llamó incensario de oro, que hace subir al Cielo el humo del incienso de nuestras oraciones, para que el Cielo

nos envíe sus gracias (1). Por eso San Buenaventura la llama abogada de los pobres, puerto de los que naufragan, solaz de los miserables, por cuya influencia los justos adelantan y los extraviados vuelven al camino (2). El Damasceno nos dice, que María es la casta paloma que trae á Noé la señal de paz y de misericordia (3). San Bernardino de Sena nos asegura, que es admirable el poder que Ella tiene para detener la mano de Dios cuando quiere castigar á los culpables (4).

Y en efecto; ¿cuántas necesidades espirituales no socorrió Ella durante su vida mortal? Nuestros primeros padres habían incurrido en la animadversión del Criador. Culpables de un delito de desobediencia á los divinos preceptos, cayeron del estado de inocencia en que fueran criados; y el baldon, la ignominia, la maldición y la sentencia de muerte siguieron inmediatamente á esta transgresión funesta. Ya el Serafin, armado con el ígneo azote, preparábase á lanzar aquellos infelices de la mansion placentera en que no supieron conservarse, cuando Dios, para que no se precipitaran en el abismo de la desesperación, les prometió un Reparador. Lo mismo ellos que su malhadada raza suspiraban por la venida del que debía ofrecerse por nosotros á la justicia de un Dios irritado, y tomando sobre sí la expiación de nuestras iniquidades devolvernos la gracia y la salvación. Vino, por fin, el Salvador; ¿pero á quién es deudor el género humano de ese Salvador, que vertió su sangre por nuestro rescate y salvación? A las oraciones y virtudes de la Virgen Santísima. Ella engendró á Jesús de su misma sustancia; le alimentó con su propia leche; le cuidó con una solicitud inexplicable para ser nuestra víctima; y participando del amor del Eterno, consintió á su muerte, para que nosotros viviéramos eternamente.

Vedla al pié de la cruz. Traspasado su corazón de una espada cruelísima, ofreció al eterno Padre la víctima de infinito valor por nuestra salvación; y en aquellos momentos de sus más crueles angustias, nos aceptó por hijos, bien que previese que nosotros intentaríamos mil veces, con nuestra ingratitud, renovar sus dolores. Hé ahí los beneficios de que somos deudores á María. Hé ahí la prueba más decisiva de su celo por nuestra salvación, y la lección

(1) Serm. De Laud. Virg.

(2) Orat. de Annunt.

(3) Serm. de Assunt.

(4) Orat. II Torno. B. V.

más elocuente del interés que debemos tomarnos por el bien espiritual de nuestros hermanos.

De lo dicho se infiere, que están en un grandísimo error las personas que creen cumplir con su obligación y observar exactamente el precepto del amor hácia el prójimo, solo porque una que otra vez dán de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, posada al peregrino, ó hacen alguna otra obra de misericordia corporal. No niego que Dios hace en los santos libros promesas inmensas á las almas caritativas, que socorren las necesidades corporales de sus hermanos necesitados, como intima también las más severas amenazas contra los duros de corazón; pero, por lo mismo que el alma vale más que el cuerpo, son inmensamente mayores las promesas hechas á los misericordiosos, que sacan á sus hermanos de sus miserias espirituales, y más severas, sin poderación, las amenazas intimadas contra los que descuidan salvarlos. Verdad es, que están reservadas grandes recompensas á los corazones generosos que dán parte á los pobres de las riquezas que les concedió la divina Providencia, y se les preparan terribles castigos á los egoístas, que, insensibles á toda desgracia, no ayudan á los pobres en sus necesidades corporales; pero ya que la vida del alma vale más que la del cuerpo, añado, que mayor galardón aguarda á los caritativos que socorren las necesidades espirituales del prójimo, y está preparado mayor castigo contra los egoístas que no aprovechan en sus hermanos las ventajas de practicar el celo por su salvación. Santo Tomás de Villanueva, que tan caritativo se mostró para con los pobres, decía: que allí es más necesario el socorro, donde es más grave la indigencia; y que es una obligación más estrecha socorrer á un alma, para que no perezca, que á un cuerpo el cual debe perecer algún día; y San Gregorio, cuya caridad hácia las desventuras corporales del prójimo no puede ponerse en duda, aseguraba, que es un pecado más grave la omisión de la corrección debida que la omisión de la limosna, siendo menor el daño que podría seguirse de la falta de limosna que de la oportuna corrección.

No repliqueis, hermanos míos, que este celo por la salvación de las almas es propio de los misioneros, y que no corresponde á vuestra condición. Tal vez tendríais razón si se os impusiesen por obligación las fatigosas peregrinaciones é incesantes solicitudes de los misioneros. Pero no se exige esto de vosotros, ni vuestro deber llega á tanto. El Espíritu Santo, sin exceptuar á nadie, dice á todos, que debemos salvar el alma del prójimo según nuestra posibilidad

y propio estado; y no hay nadie, que, según las propias fuerzas y el propio estado, no halle medios con alguna santa industria de acudir á la salud espiritual de sus hermanos. Si no puede con sermones, podrá con consejos; si no puede con consejos, podrá con buenos ejemplos. Algunos dicen, que, faltos de riquezas, no pueden con abundantes limosnas secar las lágrimas de los indigentes, y acaso sea esto verdad. Otros dicen, que, faltos de autoridad, no pueden corregir con saludables advertencias á los extraviados; y tal vez sea esto también cierto. Pero cuando solo se trata de dar buenos ejemplos, ¿quién podrá decir en verdad que no puede, que no está llamado á esto? Podemos, ya que para obrar con buenos ejemplos no son necesarios poder, autoridad ni saber; y debemos, porque los buenos ejemplos suelen ser más eficaces que los sermones de los predicadores.

Así pues, hermanos míos, imitemos á María en el celo por la salvación de las almas. La caridad le dice, que el linaje humano no puede salvarse sin un Salvador divino, y Ella lo pide al Cielo, y con sus ardorosas ansias apresura su venida. La caridad le dice, que si el Hijo que ha concebido en sus entrañas no derrama su sangre en la cruz, los descendientes de Adán no alcanzarán la felicidad para la cual han sido criados; y Ella consiente en que su primogénito sea por nosotros sacrificado en oloroso holocausto, y le acompaña al Calvario, y permanece firme al pié de la cruz, y sufre por nosotros el más atroz martirio. Esta caridad es el más precioso ornamento de las almas cristianas. Toda otra caridad que no sea ésta, no merece el nombre de tal, ó no reúne todas sus condiciones. Persuadámonos de esto, amados hermanos, é imitando á María en acudir á la salud espiritual del prójimo, hagamos que se conserve siempre en nuestros corazones viva y ardiente la llama de la caridad. Felices nosotros si, faltos de méritos como nos hallamos y llenos de pecados, presentándonos delante del tribunal del eterno Juez pudiéremos decir, que hemos imitado á María en la práctica de esta virtud, pues basta esto para hacernos esperar con favorable sentencia la corona de la gloria. ®

DISCURSO XI.

JUSTICIA.

Sponsabo te mihi in justitia.
Te desposaré conmigo mediante la justicia.
(OSE. II, 19.)

Cuando las costumbres empezaron á corromperse, se corrompió tambien la justicia. Esta, que es la primera de las virtudes cardinales, por ser el eje alrededor del cual gira toda la perfeccion moral, cayó encenegada en el loto de los vicios. Los paganos vivieron sin conciencia, equidad ni órden; y Roma, cuyo poderío era tan inmenso, extendiendo su dominio sobre el mundo entero, en los tiempos en que era pobre y creyente, descendió al último grado de envilecimiento cuando sus soberbios procónsules abjuraron de todo temor á los dioses y de todo respeto á los hombres. Las historias de los romanos y de los demás pueblos que siguieron sus costumbres, testifican unánimemente la verdad del hecho. Y ciertamente, que el que considere aquellas orgias de borrachera, aquellas depravaciones escandalosas, aquella desmesurada soberbia, aquel amor egoísta á los placeres de la gula, sabrá de que modo, corrompidas las costumbres, se corrompió la justicia; y, como, corrompida brutalmente la justicia, faltaron tanto aquellos que, admirando las maravillas del mundo, no quisieron atribuir las al supremo Hacedor, como aquellos que no supieron reconocer en sus semejantes á los miembros de una misma familia, á sus hermanos. Cuando apareció la religion del Evangelio para disipar estas tinieblas y predicar contra estas torpezas, la tierra atónita vió renovarse su faz. Entónces se conoció la necesidad de la justicia; entónces se sintió que sin esta virtud el hombre no podía ser bueno en la tierra, ni santo en el Cielo.

Esta virtud fué singular en la Santísima Virgen. En efecto; María es el alma escogida, que el Espíritu Santo quiso desposar consigo

mediante la justicia; María es el modelo, que la Iglesia nos ofrece para inducirnos á ser santamente justos, cuando la saluda en la Letanía Lauretana como Espejo de justicia. Así pues, hermanos míos, juzgareis propio y conveniente que, ocupándome en mis discursos de las virtudes de la Virgen, os hable tambien de la justicia. Os explicaré, primero, en qué consiste esta virtud y su importancia, y en seguida os demostraré cuánto resplandeció en María. Pidamos los auxilios de la gracia por intercesion de la misma Virgen: A. M.

La justicia puede considerarse de dos maneras, en general y en particular. Considerada en general, es una virtud que abraza todas las demás virtudes. En este sentido, el Evangelista San Mateo, para tributar el elogio más magnífico que pudo á San José, esposo de la Virgen María, y colocar en elevada y luminosa cumbre la gloria propia y singular que le correspondía verdaderamente de derecho, dijo, que era justo (1); esto es, que vivía en la perfecta posesion de la más bella de las virtudes. Tambien San Pedro, en su segunda epístola, dijo: que la justicia mora en los Cielos, esto es, que allí, sin mezcla de imperfecciones y de defectos, tiene su pátria y su reino la santidad (2). El mismo divino Maestro, cuando en el célebre sermón de la montaña propuso las bienaventuranzas prometidas á los virtuosos, habló de aquella que está reservada para los que tengan hambre y sed de justicia (3); cuyas palabras fueron interpretadas á favor de los virtuosos, que por más perfectos que sean, tienen siempre hambre y sed de nueva y mayor perfeccion. Por consiguiente, está fuera de toda duda, que si se considera la justicia en general, es una virtud que comprende en si todas las demás y es como su regla y corona.

Considerada en particular, es una virtud que nos induce á dar á cada uno lo que le corresponde; en lo cual convienen todos los Padres de la Iglesia, todos los teólogos, y todos los apologistas cristianos. En este sentido, escribiendo San Pablo á los Romanos, nos exhorta á que nos portemos de suerte, que se dé á cada uno lo que le corresponda; tributo al que se deba tributo; impuesto al que se deba impuesto; temor, al que temor, y honra, al que honra (4). Y tambien en este sentido nos manda Jesucristo, dar al César lo que es del César

(1) MATTH. I, 19.

(2) II PETH. III, 13.

(3) MATTH. V, 6.

y á Dios lo que es de Dios. Así se portaban los cristianos de los primeros siglos, tan honrados y rectos, que Tertuliano desafiaba, alta la frente, á los Césares del paganismo, á que encontrasen un pueblo que fuese más exacto que los seguidores del Evangelio en pagar los tributos, más valiente en los campos de batalla, más leal en el tráfico, más generoso con los pobres, más resignado en la adversa fortuna, ó más adherido á sus personas.

De lo expuesto hasta aquí se deduce, que la justicia, considerada bajo los dos puntos de vista, general y particular, es siempre una virtud que se extiende á todos los deberes de los hombres, tanto por lo que se refiere á Dios, como á nosotros mismos, y á nuestras relaciones con el prójimo. Esta, así explicada, es aquella virtud, sin la cual el hombre no puede salvarse. *La gracia del Dios Salvador*, dice San Pablo, *ha iluminado á todos los hombres, enseñándonos, que renunciando á la impiedad y á las pasiones mundanas, vivamos sóbria, justa y religiosamente*. Debemos ser piadosos, sirviendo á Dios con afecto filial; debemos ser sóbrios, practicando la templanza, refrenando y mortificando los deseos del hombre antiguo; y debemos ser justos, respetando los derechos y los intereses de todos (1). Hé aquí con admirable compendio encerrados en tres palabras los deberes de la vida cristiana—*pie, sobrie, juste*—y declarados al propio tiempo los preceptos de la justicia.

Deberes para con Dios.—Siendo Dios la suprema verdad, que no puede engañarse, ni engañarnos, debemos someter nuestro entendimiento á creer todo lo que nos propone como cosa de fé, por más difícil é incomprensible que parezca á nuestras cortas luces. Siendo la misma omnipotencia, la misma bondad y la fidelidad misma, debemos abandonarnos enteramente á Él, y poner en Él toda nuestra confianza, conservando en medio de las más terribles tribulaciones la esperanza de socorro que viene de lo alto y nunca falta. Siendo un bien infinito soberanamente amable, que, admirable en su grandeza y en su beneficencia, á trueque de sus beneficios no nos pide más que amor, debemos entregarle nuestro corazón y consagrarle nuestros mayores afectos. Siendo un sér de inmensa excelencia y majestad inmensa, nuestro primer principio y nuestro último fin, debemos prestarle un culto devoto, piadoso y reverente con interiores y exteriores religiosos ejercicios. Por eso, si se pregunta cuales son aquellos que observan para con Dios los deberes de justicia, se responde:

(1) Trt. II, 11 y 12.

aquellos que creen firmemente en Él, y creen de suerte, que nada puede oscurecer su fé; que esperan constantemente en Él, y esperan de modo, que su esperanza no decae en las adversidades; que le aman sobre todas las cosas, y le aman de manera, que ni los halagos, ni los intereses, ni pasión alguna pueden inducirles á pecar ni á separarse de Él; aquellos que le honran con toda suerte de obsequios, internos y externos.

Deberes para con nosotros mismos.—Nosotros estamos obligados á conservar y aumentar nuestras vidas: la vida del cuerpo, la vida del alma racional y la vida de la gracia; de manera, que se procure ántes por la vida del alma racional que por la vida del cuerpo; y ántes por la vida de la gracia que por la del alma racional. Sin duda que merece nuestros cuidados la vida del cuerpo, el cual, criado por Dios, tiene el rostro vuelto hácia el Cielo en actitud de libre dominio, y ágil la persona de manera, que mira de alto la tierra, y solo se digna tocarla con sus extremidades inferiores; pero digna de mayor cuidado es la vida del alma racional, con la cual se sondan las profundidades de los abismos, se mide la anchura de los mares, se huella el furor de las olas, se señala la órbita que describen los planetas, se previenen las exhalaciones, se detiene el rayo, y se cuenta el número de las estrellas. ¿Mas, qué proporcion puede encontrarse entre estas vidas y la vida de la gracia? Ninguna ciertamente, puesto que adornado de la gracia el hombre, plebeyo ó pobre, sano ó enfermo, se transforma interiormente, y se coloca en un orden verdaderamente divino. Así, pues, si se pregunta, cuales son aquellos que cumplen los deberes de justicia consigo mismo, se responde: son aquellos que, sin dejar de atender á la vida del cuerpo y á la vida del alma racional, procuran por todos los medios la vida de la gracia; son aquellos que hacen poderosos esfuerzos para perfeccionarse en esta vida; son aquellos que desafian valerosamente persecuciones y angustias para conservar la amistad de Dios.

Deberes para con el prójimo.—El amor al prójimo, además de ser una deuda de religion, es una deuda de naturaleza, originada por la semejanza. Como que todos estamos formados de cuerpo y alma, provistos de las mismas facultades, dirigidos al mismo fin, y somos miembros de una misma familia, hijos de un solo padre y recíprocamente hermanos, todos debemos socorrernos, asistirnos y ayudarnos. Las necesidades de uno podrán ser diversas de las de otro, pero son siempre necesidades. El hombre tiene siempre necesidad del hombre, el débil del fuerte, el ignorante del instruido, el pobre del rico,

el siervo del señor y viceversa. Por consiguiente, en la desigualdad de condiciones es necesario, para el bien público y privado, que reine la lealtad en los tratados, la seguridad en el comercio, la honradez en los negocios, freno en la licencia, moderacion en la autoridad y obsequio de sumision; así como es necesario que, según las ocasiones, se dé socorro al necesitado, correccion al que falta, y ejemplos á todos que les edifiquen. Así, pues, si se pregunta, cuales son los que cumplen con los deberes de justicia para con el prójimo, se responde: son aquellos que se portan con los demás del modo que quisieran se portasen con ellos; aquellos que prestan obediencia á los superiores, viven en armonia con sus iguales, y protegen á los inferiores; aquellos que les socorren, les corrigen y les edifican.

Son estos los deberes de justicia para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo; y no ha existido ninguna criatura que los haya cumplido con tanta perfeccion como María. Para demostrarlo, hermanos míos, no tengo necesidad de largos razonamientos, bastando para esto la simple exposicion de los hechos. Demos, pues, una mirada respetuosa sobre algunas particularidades de su vida.

Deberes para con Dios.—El alma de María, penetrada del amor divino, como es penetrado por el fuego un hierro candente, amó con un amor continuo y perfectísimo al Criador del Universo, de una manera más perfecta que los Angeles, y contempló con incesante y vivísima admiracion al Redentor del género humano, mejor que los Serafines. Un evangelista nos la representa toda abismada en la contemplacion de las cosas celestiales (1), siendo su deseo conocer cada vez más la voluntad divina, y su ambicion progresar cada día más en el conocimiento de Dios. No ha habido, ni habrá nadie en el mundo capaz de expresar hasta donde llegó su gratitud por los beneficios recibidos, queriendo que todas las lenguas se uniesen á la suya en accion de gracias, que no cesaba de dirigir al Cielo. Nada pidiendo para sí y ofreciéndolo todo á Aquel que la colmó de tantas gracias. consagró su corazon al amor santo, su entendimiento á la oracion, su inteligencia á la fé, su memoria á la gratitud, su cuerpo á la pureza, su valor á la resignacion y á la paciencia. Agradecida á Dios, que la elevó á un orden singularísimo, le devolvió grandeza por grandeza. Dios Padre la colma de gloria, constituyéndola compañera de su paternidad, puesto que es la Madre de su único Hijo; y

(1) Luc. II, 19.

Ella, dándole este Hijo, nacido de la misma, por súbdito y por siervo, le dá una gloria que no tiene, ni puede tener igual. Dios Hijo, declarándola Madre suya, le concede con esta maternidad la mayor de las glorias; y Ella, aceptando ser su Madre, le dá la gloria de la humanidad, que no había recibido del Padre. Dios Espiritu Santo, eligiéndola por esposa suya, le confiere la gloria de ser fecunda de una persona divina; y Ella le corresponde, haciéndole fecundo de un modo inefable fuera de la beata esfera de la Trinidad, en la cual no es fecundo.

Cumplidos los deberes de justicia para con Dios, María observa tambien los correspondientes á sí misma. Y sin referirme aquí á la vida del cuerpo ni á la del alma racional ¿qué no hizo por la vida de la gracia? La que recibió en el primer instante de su concepcion fué superior á la gracia del más grande de los Santos de la tierra ó del más inflamado de los Serafines del Cielo. Esta primera gracia la multiplicó Ella en todos los instantes. Deseosa de no tener enterrado el rico talento que Dios le concediera, y pronta á negociarlo con creciente eficacia de afecto y de accion, con el segundo grado de correspondencia á la gracia aumentó el mérito del primero, con el tercero el mérito del segundo, y así, sucesivamente, de hora en hora, de segundo en segundo y de momento en momento. Nunca dejó de hacer las obras buenas que pudo; nunca dejó de santificar con su intencion las obras indiferentes; nada omitió para adelantar en la perfeccion, en la práctica de la paciencia, de la humildad, de la obediencia, de la mortificacion y de la piedad. Creció de perfeccion en perfeccion como su Hijo Jesús, que á medida de los años, adelantaba en sabiduría y en gracia (1).

Veamos ahora como María observa los deberes relativos al prójimo. Según San Ambrosio, nunca se olvidó de nadie, ni aún de aquellos que eran menos dignos de respeto por sus culpas ó por su degradada condicion; fué cortés con todo el mundo, y en ninguna ocasion, agradable ó adversa, se traslució en sus miradas, el desdén, el enojo, ni la impaciencia; fué benévola con los desvalidos, y tuvo siempre abierta la mano para practicar todo el bien que pudo; fué humilde, de suerte, que estaba en pié en señal de respeto delante de las personas de avanzada edad; fué buena, amable y obsequiosa, y nunca tuvo envidia ni celos de las demás doncellas que le eran iguales. Esto es poco. Lo que la hace singular en el asunto de que trata-

(1) Luc. I, 25.

mos, es la mision que ha recibido y que cumple admirablemente, de guiar, asistir y proteger á los pecadores. Vuelve sus ojos más brillantes que las estrellas á sus iniquidades, inclina su frente más resplandeciente que el sol sobre sus miserias, lava con sus manos más puras que el marfil sus asquerosas llagas, y es para ellos, que con ignominiosos delitos han provocado la ira del supremo Juez, una ciudad de segurísimo refugio. Por consiguiente, si el puerto es refugio del náufrago, del desterrado la tierra pacífica de la hospitalidad, del amigo desolado el corazón de un amigo fiel, y del hijo afligido el seno de su madre; el refugio de un alma culpable es María. ¿Acaso no fué por esto que accedió á la obra de la Encarnacion del Verbo? ¿No fué por esto que aceptó cuánto debió costarle un tal consentimiento? ¿No fué para la salvacion de los hombres que bebió el mismo cáliz amarguísimo, que por el mismo motivo debía de agotar su Hijo, Jesús? No se me hable, pues, de la justicia de otras almas, que sobresalieron en esta virtud y que suelen proponerse como modelo al pueblo cristiano; no se me hable ya de la justicia de los Abel, de los José y de los Eliazar. Yo les admiro, les alabo, les glorifico; pero tambien tengo razones muy poderosísimas para decir, que María les supera eminentemente en esta parte; tambien en esta virtud es Madre y Reina.

Puesto que estamos todos obligados, bajo pena de condenacion, á practicar la justicia, procuremos, hermanos míos, imitar á la Santísima Virgen, y extiéndase nuestra justicia á todos los deberes para con nosotros mismos, para con el prójimo y para con Dios. Dése á Dios el culto debido, ámese y hónrese de un modo especial á aquellos que, despues de Dios, son autores de nuestros días; sometámonos con la obediencia á las órdenes de los superiores, tanto en el orden espiritual, como en el temporal; seamos caritativos para con los pobres; procuremos el arrepentimiento de los culpables; seamos agradecidos para con aquellos de quienes háyamos recibido algun beneficio; correspondamos con amistad á la benevolencia de que somos objeto por parte de nuestros semejantes. Todo esto lo encierra en sí la virtud de la justicia, todo esto practicó María, y todo esto debemos practicar nosotros si queremos asegurar nuestra salvacion.

Es precisamente en esto que faltan muchos cristianos, y me refiero tambien á aquellos que se muestran religiosos y de vida arreglada, cuya religion y regla no son más que humana política. Cumple los deberes de justicia para con Dios aquel que adora su magestad suprema, observa sus preceptos, combate contra sus enemigos, y

elevado en alas de la fé, de la esperanza y del amor, se aparta de en medio del mundo para encontrar su reposo y su felicidad. ¿Dónde se encuentran estas almas alimentadas de manjares divinos, fortalecidas con los auxilios de la oracion, abrasadas por los ardores de la caridad, que amando y sufriendo duermen tranquilas en brazos de la divina providencia? Cumple con los deberes de justicia para consigo mismo, aquel que es sóbrio, casto, amante de la mortificacion, atento en abstenerse de los placeres peligrosos, y parco en usar de los licitos, para recobrar vigor y fuerza en medio de las amarguras de la vida. ¿Dónde se hallan estas almas, que viven léjos de los gozos mundanos, se desprenden de las cosas materiales, y se crucifican en sus apetitos para adelantar en el camino de la virtud? Cumple con los deberes de justicia para con el prójimo, aquel que es desinteresado, humilde, cortés, paciente, que olvida las injurias, recuerda los beneficios recibidos, socorre á los indigentes, trabaja por la salvacion de los pecadores, y busca ocasiones para hacer todo el bien posible. ¿Dónde están estos hombres tan caritativos, que traten á los demás como quisieran que les tratasen á ellos, y usen de benevolencia y de misericordia para con sus hermanos, tal como lo quisieran para ellos?

Humillémonos en nuestra miseria, amados hermanos, y animados por el ejemplo de María, esforcémonos en adquirir la ciencia saludable, el santo conocimiento de cumplir con los deberes de justicia para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo. Imitemos á la celestial Maestra en su religion, en su dulzura, en su paciencia, en su mansedumbre, en su amor á la virtud, y en su aborrecimiento á todo lo que es pecado. Imitémosla, haciendo como el pintor que, sacando copia de un original con toda la atencion, se esmera en delinearla lo más semejante posible. ¡Felices nosotros una y mil veces, si copiando en nuestra vida la vida de la Santísima Virgen, pudiéremos decir habernos acercado á su perfeccion euanto nos ha sido posible!

DISCURSO XII.

BONDAD.

Pertransiit benefaciendo et sanando omnes.
Ha ido haciendo beneficios por todas partes por donde ha pasado.

(Act. X, 38).

El orador más elocuente, llegado al último grado de perfección, no pudiera escoger un elogio más sublime que estas sencillas palabras, aplicadas al divino Maestro: Jesús Nazareno vivió haciendo beneficios y sanando á todos. En efecto, el carácter moral del Salvador del mundo es de una bondad tiernísima y conmovedora. Dice haber venido para salvar á los pecadores (1); llama á sí á los pequeños, imponiendo las manos sobre sus cabezas como en signo de bendición (2); manda que sean perdonados los pecadores cuantas veces se presenten arrepentidos (3); y donde quiera que vaya ilumina á los hombres, les sana, les consuela, queriendo reunirles en su regazo, para preservarles de todo mal, como una clueca reúne sus polluelos bajo sus alas (4). Amigo de todos, no rechaza á nadie: muchas veces previene por sí mismo la súplica de los desgraciados, con frecuencia concede las gracias, aún antes de pedirselas; y no hay hebreo, pagano, ni enemigo que implore en vano su asistencia. Como padre amoroso se compadece de los errores de sus hijos extraviados; como pastor solícito corre detrás de la oveja extraviada; como consolador fiel seca las lágrimas de los afligidos; es tan paciente y manso que sus mismos milagros parecen más bien manifestaciones de su bondad que de su omnipotencia.

(1) MATTH. IX, 13.

(2) MATH. XIX, 14.

(3) MATH. XVIII, 22.

(4) MATH. XXIII, 37.

Después de la bondad de Jesús es digna de admiración la bondad de María. Poseyendo un corazón como de oro purísimo, que toma la forma que le quiera dar la mano del artista, y crecida en gracia y en amor como cándido lirio, que crece en hermosura en la margen de cristalina fuente y bajo los benéficos rayos del sol, fué buena, cual convenia serlo la Madre de Aquel, que debía ser el Príncipe de la paz. Por eso creo de mi deber hablaros hoy de Ella. Después de haberos indicado de paso algunas cosas relativas á la bondad, os la ofreceré en María. Prestadme, pues, atención vosotros, que ardeis en vivísimo celo por las glorias de su culto, y que tomáis tan á pechos su devoción. La Virgen, que tomamos por modelo, y cuyo nombre es en nuestros labios dulce como la miel, agradable á nuestros oídos como melódica armonía, y risueño en nuestras almas como eco festivo, nos habla con su ejemplo: oigamos para entregarnos luego á la saludable obra de imitarla. Saludémosla ántes con el Angel: A. M.

La verdadera bondad es más rara de lo que se cree, por lo mismo que no puede darse bondad verdadera sin religión; y son muy contados los fieles que la observan entre los mismos que se llaman y se creen riquísimos en bondad. Que no puede existir verdadera bondad sin religión, lo manifiestan dos razones, la primera de las cuales es, que los deberes propios de la bondad pueden fundarse solamente sobre la religión, regla cierta y principio seguro de sincera virtud; y la segunda, que solamente por los medios que la religión propone, se hace posible vencer victoriosamente ciertos peligros á que está expuesta la bondad, mayormente para los hombres que viven entre los halagos del siglo.

Por lo que mira á la primera razón, ó sea, que los deberes propios de la bondad pueden fundarse solamente sobre la religión, no quiero con esto decir, que sean perversas todas las obras de los infieles. Sé y confieso, que aún aquellos que no temen á Dios, hacen, á veces, algunas buenas y bellas acciones. Pero eso tampoco significa, que tengan los principios para ser sinceramente buenos, en todo tiempo, á toda costa, con propósito constante, y por convicción íntima; puesto que quitada la religión, su bondad no podría fundarse sobre otros principios que los juicios del mundo, ó de la conciencia individual y del libre albedrío. No se necesita mucha penetración para comprender, que estos principios son de suyo vagos é indeterminados, y la historia y la experiencia nos enseñan, que jamás han sido suficientes para mantener al hombre en una inalterable rectitud.

Respecto de la segunda razon expresada, ó sea, que solamente con los medios que la religion nos ofrece se pueden salvar victoriosamente ciertos peligros en que se encuentra la bondad, concedo que ésta puede conservarse cuando no se ve combatida por intereses contrarios. Cuando nada cuesta el ser bueno, cuando para obrar el bien no se han de arriesgar las propias comodidades, cuando nada se pierde en abrazar manifiestamente el partido de la verdad, y cuando para declararse virtuoso no son necesarios esfuerzos ni sacrificios, no es difícil que la bondad se sostenga, aún independientemente de las reflexiones de la religion. Pero en la vida sucede lo contrario; con frecuencia surgen conflictos entre la equidad y la fortuna: ora á fuerza de injusticias se logran las aclamaciones de los contemporáneos; ora cerrando un contrato ventajoso, aunque incierto, estamos seguros de no ser descubiertos; ora entregándose á una vergonzosa pasión no hay que temer funestas consecuencias. En tales casos, sin el escudo de la religion ¿qué obstáculo se ofrecerá tan poderoso que se oponga á las tentaciones? ¡Ah! si á pesar de la doctrina de la religion, de un Dios que manda, de un Paraiso reservado á los justos, y de un Infierno que aguarda á los culpables, no siempre el hombre, en los expresados casos, se mantiene unido á la bondad, imaginad si se mantendrá en ella obrando solamente en virtud de motivos naturales, de los cuales nada tendria que esperar ni temer.

Sentado, pues, que sin religion no puede existir verdadera bondad, permitidme preguntar, si son muchos los adoradores de la religion entre aquellos que elevan al Cielo la bondad y se glorian de ser sus discípulos. No, por desgracia; observo más bien que al paso que se hacen ampulosos panegíricos á la bondad, la religion es descuidada, profanada ó perseguida. Observo esto en aquellos, que reputan una puerilidad conocer y adorar á Dios, desterrándole del propio corazón (1); en aquellos, que rehusan creer los dogmas de la fé, y venerar las máximas del Evangelio; en aquellos, que no frecuentan los sacramentos, ó que recibiendo los sacrilegamente, llevan la injuria hasta el punto de gritar, como los Gerasenos, contra el divino Maestro, que nada quieren saber de su santa doctrina (2). Tampoco atienden los dictámenes de la religion aquellos, que, al paso que se escandalizan por la suspension de alguna inútil ceremonia, quebrantan los graves preceptos de juzgar rectamente y segun

(1) JOB. XXI. 14.

(2) MAR. V. 17.

justicia, de mantener la palabra empeñada, de ser misericordiosos, y que si no son tramposos ni asesinos, alimentan en el ánimo el veneno del odio, el orin de la envidia, y el fuego de la incontinencia. Dice el Apóstol Santiago: «Si alguno se precia de ser religioso, sin refrenar su lengua, vive en gravísimo engaño y es vana su religion (1). Aplicando esta misma sentencia á todos los vicios, puedo añadir, que es igualmente vana la religion de aquellos, que maceran la carne con ayunos y se humillan en el polvo y en el cilicio, siempre que no repriman su malvada concupiscencia, ya que de nada sirve acercarse á Dios con las prácticas exteriores del culto, si el corazón corre miserablemente extraviado detrás de viles criaturas. Pero ¿qué necesidad hay de insistir tanto sobre el particular? Vosotros mismos, que sabeis las conversaciones que se tienen hoy día en el hogar doméstico, las blasfemias que se vomitan en los lugares públicos, la gula que impera en los banquetes, la indecencia que domina en las modas, las lúbricas novelas que se leen, los escandalosos espectáculos que se aplauden, las transgresiones que se cometen en la educacion de la juventud, en los deberes del matrimonio, en la concordia de las familias, en los lazos de la amistad y en la armonia de la sociedad, vosotros mismos debéis concluir, que cuantos obren de esta suerte carecen de religion.

Ahora queda ya bastante aclarada la primera parte de mi discurso; puesto que de las dos proposiciones que llevo demostradas hasta aquí, esto es, que sin religion no hay verdadera bondad, y que entre aquellos que se glorian de seguir la verdadera bondad, son poquísimos los observantes de la religion, se deduce por rigor de términos lo que llevo dicho desde el principio, ó sea, que la verdadera bondad es más rara de lo que se cree.

Sin embargo, no hay siglo que haya celebrado la bondad tanto como el nuestro. Oyense en nuestros días pomposas arengas en alabanza de la liberalidad y de la filantropía, calurosas invectivas contra el lujo de los grandes y la avaricia de los poderosos, patéticas peroratas á favor de las clases menesterosas y de las necesidades de los obreros. ¿Qué protesta fué jamás tan universal como la que se repite de cualquiera que sea, que es un hombre de bien, un hombre honrado? ¿Cuándo con más bellas palabras, con más tiernos idilios y con himnos más armoniosos en los libros, en las revistas, en los teatros y en las academias, se ha hecho aplauso de la que se ha dado en

(1) JAC. I. 26.

llamar probidad natural? Tarea difícil sería repetir aquí todos los homenajes que se la tributan, y recordar de cuantos modos y por cuantos medios quisieran erigirse altares, tributándola veneración y culto. Así pues, ¿cómo conciliar lo que aseguramos nosotros con lo que confiesan los demás? ¿Cómo puede ser verdad que la bondad sea rara entre los hombres y al mismo tiempo frecuente? Se haría muy difícil la resolución de este problema, si no se distinguiese una cosa de otra. Y por cierto, que no nos referimos á una bondad cualquiera, sino á la verdadera bondad; y la bondad que es rara entre los hombres, no es una bondad cualquiera, sino la verdadera bondad.

En efecto, hermanos míos, si deseais saber en que concepto debe tenerse la celebrada bondad moderna de los hijos del siglo, quitada la corteza exterior, la nitida elegancia, lo hinchado de la frase y la galantería de flexibles inclinaciones en que se cobija, vereis lo que ella es ordinariamente. Es hipocresía, mediante la cual se ostentan las semejanzas de una virtud que no radica en el corazón, añadiéndose al daño interior el exterior con la simulación. Es doblez, por cuyo medio todo se reduce á cábala y disfraz; caricias en la apariencia y bofetones en realidad; abrazos exteriores y amarga hiel en el corazón; palabras tiernas, suaves y dulces como el óleo, y á escondidas flechazos y heridas que terminan por matar (1). Es maliciosa deslealtad, ocupada en mentir sentimientos virtuosos, á fin de conseguir fines ménos nobles, como si la virtud fuese tan trivial, que pudiera servir de escabel para subir y de instrumento para las pasiones humanas. Es egoísmo, que con el compás en la mano conduce siempre las mismas cortesías exteriores, las mismas delicadas maneras y las mismas sociales conveniencias al centro del propio personal interés. Será todo lo que querais, pero no es ciertamente tal, que pueda merecer el dictado y la gloria de la bondad verdadera.

Verdadera bondad fué la de María. Concebida, nacida y crecida bajo las alas de Dios, consagrándosele con oblación perfecta, como quien dice al salir de la cuna, y amándole más que los serafines, solo vivió de santos afectos. La gracia dirigió todos sus pasos, la santidad la indujo á sacrificar todas las potencias del alma al agrado del Señor, y toda humana lengua sería incapaz de expresar los celestiales rayos que iluminaron su entendimiento. Llena siempre de profundísima reverencia para con las infinitas perfecciones de su Amado,

(1) PSALM. LIV, 22.

con la mente siempre fija en la consideración de su grandeza, con el corazón constantemente lleno de gratitud por los beneficios recibidos, viéndole en todo, se animaba en complacerle en todas las cosas. No le bastó haber venido al mundo libre de pecado, privilegio que la hizo tan acepta al Señor; quiso hacerse más grata por un culto espontáneo, dedicándose al servicio divino con diligente atención. ¡Oh! si hubiéramos tenido la dicha de presenciar una sola de sus acciones, si hubiéramos podido ver como todo era sencillo, muy ordenado y devoto en aquella vida de verdadero amor y de perfecta caridad, sin necesidad de nada más, nos hubiéramos unido á los ángeles, los cuales, invisibles testigos de tantas maravillas, contemplándola, se volvían abrasados de nuevos ardores á entonar sus cánticos ante el trono del Altísimo. Entónces nos veríamos inducidos á reconocer en la bondad de María una bondad verdadera, ya que siendo enteramente religiosa, reflejaba en sí la bondad misma de Dios.

Además de que, la bondad de María se vió libre de cuanto pudiera ofenderla. Es verdad que no faltaron almas, que practicáran esta bellísima virtud, aunque no en igual grado; pero sabemos también, que combatidas por el mundo, demonio y carne, arrastradas por el brillo de la tentación, faltaron á sus propósitos. Así David, por ejemplo, es bueno, cuando descubriendo en una gruta á Saul, su más implacable enemigo, solo é indefenso, ántes que matarle, desenvainada la espada, corta un pedazo de su vestido para mostrarle que podía cortar el hilo de su existencia; pero es malo, cuando llevado por el ímpetu de ardiente pasión mancha el honor de Betsabé y decreta la muerte de Urias. Esto no sucedió, ni podía suceder á María. Augusta triunfadora de la antigua serpiente, vencedora del humano linaje degenerado en Adán, lejos del tumulto del siglo, preservada del hálito de la más ligera imperfección, no tuvo que temer obstáculos ni peligros; su bondad fué verdadera, y verdadera fué con inmutable constancia.

Por consiguiente, María se mostró buena con todos. Buena con sus padres, pues, con su precóz fervor, con la sabiduría de sus palabras, con su modestia, con su obediencia filial en sus más tiernos años, en los cuales los demás niños tienen apenas una existencia física, hizo sus delicias. Buena con las doncellas del Templo, donde se retiró apenas cumplidos los tres años; y éstas, lo mismo en la oración, como cuando estaba ocupada en quehaceres femeniles, la vieron recta, afable y compasiva, sin mancharse jamás con una mentira, sin encolerizarse, sin ofender ni mofarse de persona alguna, la más exacta

en el cumplimiento de la ley y la más profunda en humildad. Buena con los sacerdotes, que asistían á las ceremonias del culto, quienes maravillándose de que no pensase en dejarse ver con ser tan bella, en adornarse con ser tan jóven, en llevar pompa siendo tan noble, ni en enriquecerse siendo tan pobre, se maravillaban muchísimo más de la atención con que recibía sus enseñanzas y de la prontitud con que cumplía la menor de sus indicaciones. Buena con José, y presurosa en servirle con los obsequios de una tierna hija, cuando este varon de sencillas costumbres y de patriarcal aspecto, cansado de las fatigas del día, al anoecer le presentaba el agua para las abluciones de ántes de la cena. Cuya bondad en vez de circunscribirse á una fórmula de simple cortesía, como acontece entre nosotros, es la expresión de la más expansiva y cordial benevolencia.

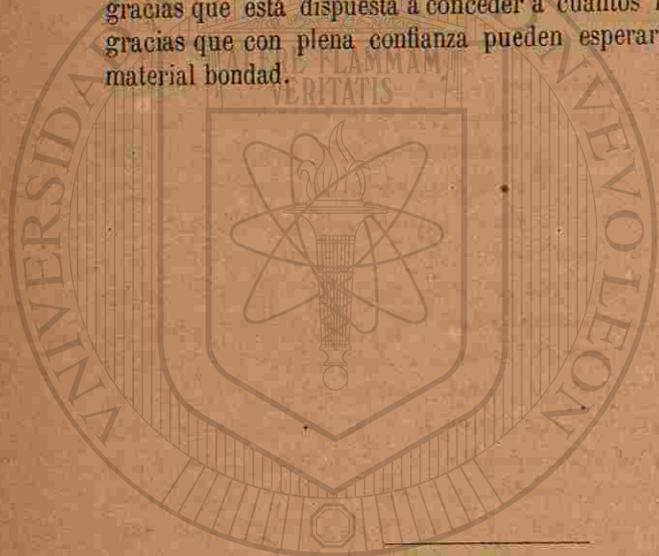
Buena con todos, la bondad de María jamás disminuyó en medio de sus adversidades. Elegida por Madre de Aquel, que, naciendo de Ella, nacía para la cruz, sufrió indeciblemente. El decreto del Altísimo establecía que fuese reservada para el dolor, y para ello era menester, que desde los primeros años de su infancia empezase á seguir esta dolorosa vocación. Entrando en el Templo, aunque resignada á la voluntad de Dios, recordaba, no sin conmoverse, las últimas palabras que la dirigiera su afectuosísima madre, y las lágrimas que bañáran los ojos de su anciano padre, cuando levantó al Cielo sus manos temblorosas para bendecirla. Morando en el Templo, arrebatóle la muerte á aquel que su corazón tenía de más caro en el mundo: pobre huérfana, pensaba que no vería ya más á aquella Ana, que tantas noches veló sobre su cuna, ni á Joaquín su padre, que tantas veces la estrechára amoroso contra su corazón. Al salir del Templo, sintió ofrecérsele delante aquellas penas que, crueles desde el instante en que concibió al Salvador del mundo en sus purísimas entrañas, fueron cruelísimas al llegar el tiempo en que su Hijo, tan amable y tan amado, cayó víctima de la injusticia y del furor. Sin embargo, no vacila, no se queja, no habla, ni se nota en aquel rostro digno y santo la menor expresión de tedio ó de impaciencia. Por más que el dolor le desgarré en todos sentidos las entrañas, imitando anticipadamente á aquel Jesús, que debía callar y enmudecer en medio de los más crueles martirios, no profiere palabra, y sufre toda crueldad sin guardar el menor resentimiento á nadie. Mientras que por dentro y por fuera de su espíritu se amontona, se oscurece y se precipita la tormenta, la aflige en todos sentidos y la bate horriblemente, no se debilita ni poco ni mucho su bondad. Ahora decidme,

hermanos míos, si ha habido jamás una bondad tan longánima y paciente, ó si cualquiera otra bondad puede parangonarse con la de María.

La verdadera bondad, lo he dicho ya, consiste en los hechos, no en las palabras. Las palabras son recomendables cuando se unen á los hechos, de lo contrario, lo he también indicado, son hipocresía y mentira. Para evitar esta desventura sirve de mucho la religión de Jesucristo, la cual, exhortándonos á ser buenos, nos exhorta á serlo teórica y prácticamente. Por esta razón, jamás he podido comprender la manifiesta contradicción en que incurren aquellos, los cuales, mientras que quisieran extendida la bondad, impugnan el Catolicismo; y digo *manifiesta contradicción*, porque la misma diaria experiencia demuestra, que donde se carece de religión, falta la verdadera bondad, y que la verdadera bondad no falta donde impera la verdadera religión. Hasta los mismos paganos admiraron en antiguos tiempos á los cristianos; y por más que les molestasen, que les gravasen en todos sentidos, y les persiguiesen sin tregua ni descanso, les encontraban libres de toda culpa; y soldados, siervos, artesanos ó ricos, siempre buenos en la próspera y en la adversa fortuna. De lo cual podían deducir fácilmente, que, siendo aquellos cristianos buenos, por ser religiosos, la verdadera bondad debía ser promovida y alimentada por la religión verdadera. Lo propio que los paganos de la antigüedad, piensan los incrédulos de nuestros días, quienes si tuviesen que contratar con alguno, tomar un criado ó confiar un hijo á cualquier maestro, escogerían uno, que fuere bueno, siendo fiel á Dios, más bien que otro que no tuviese conciencia ni creyese en Dios.

Siendo así, hermanos míos, procuremos ser verdaderamente religiosos á fin de ser verdaderamente buenos. Para ser verdaderamente buenos durante nuestra peregrinación, será necesario refrenar pasiones indómitas, apagar ardientes deseos, sostener cargas enojosas, pisotear alguna vez el amor propio, y oponerse, de vez en cuando, á las inclinaciones más naturales. En medio de estos peligros, en los cuales es fácil que sucumba nuestra debilidad, tan solo la religión, con sus poderosos motivos, podrá hacer que no mengüe ni se extinga nuestra bondad. Además, haciendo de la religión el sólido fundamento de nuestra bondad, imitaremos á María, y de este modo nos asistirá siempre con su protección maternal. No dudemos de ello, carísimos hermanos, viéndonos fieles en seguir sus ejemplos, se conmoverán sus entrañas, su corazón se derramará sobre nosotros, sus oídos atenderán nuestras súplicas, y sus manos estarán prontas á con-

cedernos sus beneficios. Pidámosla que nos socorra en todos los sucesos y en todos los peligros de la vida; supliquémosla que vele sobre nosotros en todas nuestras acciones y en todos nuestros accidentes; roguémosla que nos proteja contra las asechanzas de nuestros espirituales enemigos; digámosla que en el tiempo de nuestra última enfermedad, en la hora de nuestra muerte, y en los momentos de nuestra agonía, nos cubra con el manto de su poderosísimo patrocinio. Magnánima y piadosa, la bienaventurada Virgen nos concederá también las gracias concedidas á los Santos que nos precedieron, las gracias que está dispuesta á conceder á cuantos nos siguieren, las gracias que con plena confianza pueden esperarse siempre de su material bondad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

DISCURSO XIII.

MISERICORDIA.

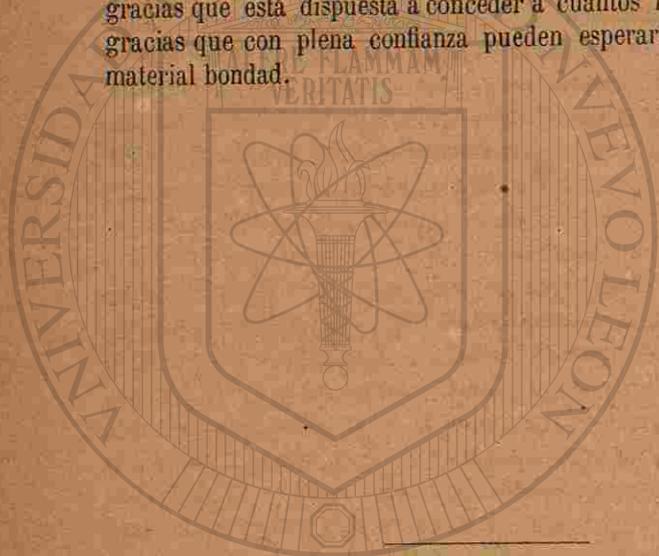
Estote misericordes, sicut et Pater vester misericors est.

Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso. (Luc. VI, 36).

Entre las infinitas perfecciones de Dios una hay, que brilla para nosotros más luminosa sobre su frente, y ésta es su misericordia. Su omnipotencia nos aniquila, su sabiduría nos deslumbra, su justicia nos espanta, su eternidad nos confunde; pero su misericordia abre nuestros corazones á la esperanza, impeliéndonos, pecadores como somos, á arrojarnos arrepentidos entre sus brazos, y cuando justos, á continuar observando sus divinos preceptos. ¡Oh! si para explicaros su grandeza pudiese con mis palabras elevaros hasta la fuente viva de los divinos afectos, poner de manifiesto el corazón del Señor, é introducir por un momento en aquel abismo infinito de caridad; ¿cuál no sería, carísimos hermanos, vuestra admiración, y en qué éxtasis de confianza y de amor no os sentiríais deliciosamente arrojados? Ni recordándoos las culpas cometidas, y aún pensando que fristeis manchados en los primeros años, y encenegados en los vicios, tendríais que temer que no sucediera esto con vosotros. También para vosotros está reservada la paz de los escogidos, con tal que deseéis gozar verdaderamente de ella; también para vosotros están preparadas las gracias de la misericordia, con tal que corráis á refugiarnos en su piadoso corazón. Todos serán acogidos, nadie quedará excluido, para todos hay perdón y salud.

Si con enormes ingratitudes hemos provocado la divina justicia, no nos atrevemos á presentarnos á la divina misericordia, para ser por ella favorablemente acogidos, se nos ofrece otra: la misericordia de la Virgen

cedernos sus beneficios. Pidámosla que nos socorra en todos los sucesos y en todos los peligros de la vida; supliquémosla que vele sobre nosotros en todas nuestras acciones y en todos nuestros accidentes; roguémosla que nos proteja contra las asechanzas de nuestros espirituales enemigos; digámosla que en el tiempo de nuestra última enfermedad, en la hora de nuestra muerte, y en los momentos de nuestra agonía, nos cubra con el manto de su poderosísimo patrocinio. Magnánima y piadosa, la bienaventurada Virgen nos concederá también las gracias concedidas á los Santos que nos precedieron, las gracias que está dispuesta á conceder á cuantos nos siguieren, las gracias que con plena confianza pueden esperarse siempre de su material bondad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

DISCURSO XIII.

MISERICORDIA.

Estote misericordes, sicut et Pater vester misericors est.

Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso. (Luc. VI, 36).

Entre las infinitas perfecciones de Dios una hay, que brilla para nosotros más luminosa sobre su frente, y ésta es su misericordia. Su omnipotencia nos aniquila, su sabiduría nos deslumbra, su justicia nos espanta, su eternidad nos confunde; pero su misericordia abre nuestros corazones á la esperanza, impeliéndonos, pecadores como somos, á arrojarnos arrepentidos entre sus brazos, y cuando justos, á continuar observando sus divinos preceptos. ¡Oh! si para explicaros su grandeza pudiese con mis palabras elevaros hasta la fuente viva de los divinos afectos, poner de manifiesto el corazón del Señor, é introducir por un momento en aquel abismo infinito de caridad; ¿cuál no sería, carísimos hermanos, vuestra admiración, y en qué éxtasis de confianza y de amor no os sentiríais deliciosamente arrojados? Ni recordándoos las culpas cometidas, y aún pensando que fristeis manchados en los primeros años, y encenegados en los vicios, tendríais que temer que no sucediera esto con vosotros. También para vosotros está reservada la paz de los escogidos, con tal que deseéis gozar verdaderamente de ella; también para vosotros están preparadas las gracias de la misericordia, con tal que corráis á refugiaros en su piadoso corazón. Todos serán acogidos, nadie quedará excluido, para todos hay perdón y salud.

Si con enormes ingratitudes hemos provocado la divina justicia, no nos atrevemos á presentarnos á la divina misericordia, para ser por ella favorablemente acogidos, se nos ofrece otra: la misericordia de la Virgen

santísima. ¡Oh misericordia de María, áncora de nuestra confianza, puerto de los naufragos, salvacion de los delincuentes! no sé nombrarte sin lágrimas de júbilo y de dulzura. Por Ti seremos escuchados, á pesar de nuestra indolencia, seguidos en nuestra fuga; y por más que háyamos sido indóciles y perversos, la divina misericordia nos concederá el ósculo de paz, mediante una saludable conversion. Estas dos misericordias, hermanos míos, la de Dios, y la de María, que en su grandeza sobrepujan inmensamente á toda humana concepcion, formarán el asunto del presente discurso. ¡Ojalá, que humedecieran mis lábios el néctar y la eficacia celestiales ahora, que voy á desarrollar este tema consolador, para que ninguno de cuantos habeis venido á escucharme, saliera del templo sin conmoverse y enternecerse, entregados en brazos de la misericordia de María, para arrojarse luego con filial valor entre los brazos de la misericordia de Dios! Saludémosla ántes con el Angel. A. M.

La misericordia puede entenderse de dos maneras: hay una misericordia que verdaderamente se compadece y aflige de las miserias ajenas, y otra que tiene el ánimo dispuesto y pronto á socorrerlas. En el primer caso, está claro que la misericordia no compete á Dios, pues siendo sumamente feliz, no puede padecer; y no pudiendo padecer, no puede sentir verdadera aflicción y compasion de nuestros males; pero sí, en el segundo caso, porque siendo sumamente bueno, no puede ménos de socorrer nuestras necesidades. Esta es la misericordia á que me refiero; y á fin de que podais formaros alguna idea de ella, escuchad algunos hechos sacados de los sagrados libros para nuestro consuelo y enseñanza.

Una vez, la esposa, según se lee en el libro de los Cantares, fué infiel á su Amado. Se alejó de él, se entregó á gozar de las criaturas, sacó agua de cisternas inmundas, probó manjares inmundos, y léjos de pensar en volver á aquel corazón, que tanto la amaba, proseguía correspondiéndole con obstinada ingratitud. Sin embargo, el Amado no la abandona; ve sus traiciones, y no por eso deja de amarla entrañablemente; conoce sus fealdades, y con todo no sabe olvidarla; considera su inconstancia, sus vicios, su perversidad, y no obstante, corre tras ella, con tanta mayor sollicitud, con cuanta mayor insolencia huye de Él aquella infeliz. Luego la llama con una voz dulce, que conmueve el corazón, y capaz de enternecer á las piedras; y acercándose á ella la dice: Abreme, hermana mía, ábreme; aún soy tu esposo, todavía te amo, te deseo, estoy dispuesto á acogerte

en la antigua amistad, y reclamarte á nueva vida (1). Ahora bien: del propio modo que el Amado hablaba á la esposa infiel, Dios habla al alma extraviada; y si se considera, que para ganar su afecto y procurar su salvacion se humilla hasta emplear las mismas expresiones de los amantes de la tierra, no puede dudarse por cierto de su misericordia.

En otra ocasion, un gran príncipe cometió dos graves culpas. El desventurado no reflexionó, que Dios le había sacado del campo, donde guardaba rebaños, para consagrarle rey de su pueblo; ni que le hubiese salvado del furor de un poderoso, y dádole el cetro de aquel irritado enemigo, con todos sus bienes y riquezas. Llevado de la pasion, olvidó que había sido bueno en medio de los campos y de las selvas, en los antros y en las cuevas; ni que, con su edificante vida casi por espacio de veinte años, hubiese logrado adiestrar las milicias, vencer á los enemigos y establecer la floreciente prosperidad del reino. Reo de horrendos delitos, no despierta de su letargo, no llora, no detesta las iniquidades cometidas, no busca la paz de la conciencia en el arrepentimiento. ¿Qué hará, pues, Dios para convertirle? Oid, hermanos míos; Dios manda un profeta á este príncipe, y le dice: Señor, invoco vuestra justicia. Dos hombres hay entre vuestros vasallos, el uno rico, el otro pobre, aquél dueño de muchos rebaños, y éste no tenía más que una ovejita. Mas habiendo llegado un huésped á casa del rico, éste no quiso tocar á sus rebaños, sino que quitó la ovejita al pobre, y aderezóla para dar de comer al forastero. Es un pérfido, exclamó el rey, es un malvado, y morirá en castigo de lo que ha hecho. ¿Quién es este malvado? Este hombre eres tú, contestóle el profeta; eres tú mismo, que enriquecido por el Señor con tanta fortuna, has robado á un miserable lo único que poseía. A esas palabras, arrepentido el príncipe, confesó su pecado, y al punto oyó que se le concedía la gracia del perdón (2). ¿Y no os parecerá grande una misericordia, que llega á tales piadosos artificios para alcanzar la conversion de los pecadores?

Otra vez peca todo el pueblo hebreo. A pesar de haber sido prodigiosamente libertado del yugo de los tiranos, asistido en medio de los peligros del camino, protegido en los riesgos de las batallas, provisto de todo y favorecido de mil maneras, se rebela contra el celestial bienhechor. La justicia divina pide el inmediato castigo del

(1) CANT. V, 2.

(2) II. REG. XII, 13.

hombre perverso, y provoca los rayos para aniquilarle. No obstante, Dios la suspende, aguarda con paciencia, invita al pecador con secretas inspiraciones, y le estimula con remordimientos interiores, anhelando el instante de poder arrojarse al cuello para darle repetidas pruebas de amor. El hombre no perdona al hombre que le ha ofendido. Teodosio, uno de los más piadosos césares, condenando al hierro y al fuego una ciudad entera, lava con ríos de sangre un ultraje cometido en la persona que le representaba; pero Dios, lejos de vengar inmediatamente con justos castigos su honor vilipendiado, quiere, por el contrario, que el extraviado vuelva á Él para colmarle de inefabables caricias. ¿Quién, después de reflexionar en esa conducta divina, podrá dejar de admirar una misericordia tan magnánima para con los desertores y los fugitivos de su grey?

Registrad, hermanos carísimos, las páginas de los Libros santos; y donde quiera leereis expresiones tiernísimas, con las cuales la divina misericordia ofrece el perdón á los pecadores, corre en pos de los que la ofenden, y se declara ansiosa de conceder la paz á los delinquentes. Dice á los impíos, que abandonen sus caminos, y vuelvan al Señor para restablecer con Él la interrumpida amistad (1); á los perversos, que se conviertan, abandonando los pastos nocivos por los saludables (2); á los iníquos, que hagan penitencia para vivir días de gracia y de amor (3). Se lee en Ezequiel, que no solo perdonará al pecador todas sus iniquidades, sino que ni se acordará de ellas (4); en Isaias, que por cuanto tengan los pecadores de enorme y de escandaloso, serán más blancos que la nieve (5); en Jeremías, que por innumerables que sean las culpas de las almas, las aguarda con amorosa impaciencia (6). En una parte hallareis, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (7); en otra, que una madre podría olvidarse de sus hijos, pero que Él jamás podrá olvidar á un alma, por ingrata que haya sido (8); y, finalmente, que una vez confesadas, ya no se acuerda de las pasadas iniquidades (9). Así, pues, os será fácil comprender con cuanta razón viese Moisés en la

- (1) ISAÍAS, LV, 7.
 (2) JER. III, 22.
 (3) EZEQUIEL, XVIII, 30.
 (4) EZEQUIEL, XVIII, 22.
 (5) IS. I, 18.
 (6) JER. IV, 14.
 (7) EZEQUIEL, XXX, 11.
 (8) JER. XLIX, 15.
 (9) MICH. VII, 19.

misericordia de Dios una multitud de misericordias (1); y que David, reconociendo que entre las portentosas obras divinas las más estupendas eran las de misericordia (2), quisiera cantarlas eternamente (3).

En verdad, si no se supiese, que Dios ninguna necesidad tiene de los hombres, considerando todo cuanto hace por la conversión de los pecadores, se creería que de esta conversión había de sacar Él especial provecho. Mucho más de lo que haría un amo, cuantas veces dependiese su tranquilidad de la vuelta de su siervo; muchísimo más de lo que haría un monarca, siempre que de la sumisión de un súbdito dependiese el sosiego de su imperio, hace Él para perdonar al pecador que le ha ofendido, y perdonarle instantánea y enteramente. A pesar de que el atentado que comete el hombre ofendiendo á Dios, es un crimen que provoca torbellinos de rayos; á pesar de tantos justos motivos como asisten á Dios para vengarse, y sentir en sí mismo tantos estímulos que le incitan á ser riguroso, cuantos son sus propios atributos; sin embargo, no se venga, no castiga, sino que disimula la culpa, hace como que la ignora, y aguarda días, semanas, años y lustros, para que la laven y limpien las lágrimas del arrepentimiento. No calla; al contrario, habla para incitar á penitencia al pecador, y decirle, que desea con ansia darle el ósculo de paz. Y para conseguirlo, ora infunde en su ánimo un saludable temor, ora le espanta con la repentina muerte de un amigo; y lo mismo cuando le abate con un golpe de adversa fortuna, como cuando le colma de beneficios, no le pierde de vista, y siempre está dispuesto á tenderle la mano para levantarle de su miserable condición. ¿Qué más podría hacer si de esto le resultase algún acrecentamiento de gloria, ó si de ello dependiese su mayor ó menor beatitud?

Además; es preciso confesar, que la divina misericordia, en los primitivos tiempos, hallaba algún obstáculo para manifestarse en la plenitud de sus benignidades. Aunque nada le faltase para ser generosísima, y fuese efecto de su bondad la tierra que sostenía á los hombres, el aire que respiraban, el sol que calentaba sus miembros, la lluvia que regaba sus campos, y todo cuanto alimentaba sus bienes, sus esperanzas y su vida; sin embargo, entre tantas gracias traslucían de vez en cuando los rayos de su justicia. Por espacio de cua-

- (1) EXOD. XXXIV, 6.
 (2) PSL. CXLIV, 9.
 (3) PSALM. LXXXVIII, 2.

renta siglos se llamó el Dios de los ejércitos y de las venganzas, el Rey excelso y terrible; por una série tan larga de siglos se rodeó de truenos, de rayos, de aterradoras tinieblas y de imponente oscuridad; con torrentes de fuego arrasó Pentápolis; con guerras sangrientas derramó horrendos males sobre su pueblo protervo; y en las aguas asoladoras del diluvio ahogó á todo el humano linaje, salvándose únicamente del general naufragio una sola familia, la familia de Noé. En los novísimos tiempos, despues de verificarse la Encarnacion del Verbo, fué cuando la misericordia apareció sin nubes, bella y radiante. Primeramente, apareció la divina omnipotencia en la creacion del mundo, la divina sabiduría en el gobierno de las cosas criadas, la justicia divina en el castigo de los culpables; pero el reinado de la misericordia no apareció sinó cuando, segun los vaticinios de los Profetas, descendió del Cielo á la tierra el Reparador de la humanidad, el Hijo del Altísimo.

A esta misericordia, la más amplia que Dios podía usar para con los desgraciados descendientes de Adán, concurrió la Santísima Virgen. En efecto; por mediacion de María vino al mundo el Redentor, tan largo tiempo esperado y deseado con tan ardentísimas ansias. Sin duda quería el Señor consolar con esta infinita piedad á los hombres perdidos por el pecado; pero como los hombres, con nuevos pecados, se hacían cada día más indignos de ella, difería más y más la prometida y decretada misericordia. Apareció María; y le suplicó Ella con voces tan vivas, tan fervorosas y vehementes, que no pudo diferir por más tiempo; y entónces floreció la vara de Jesé, y la tierra tuvo su Salvador. Hé ahí porque los Profetas de Sion, previendo de léjos el día en que Sion debía levantarse del polvo, al mismo tiempo que suplicaban al Eterno que se acordase de sus palabras, y enviase al Justo por excelencia, le pedían igualmente que enviase á aquella Virgen, de la cual debía nacer el Deseado de las naciones, la esperanza, la salvacion y la gloria del Universo.

María, no solo hizo manifiesta la divina misericordia, porque la trajo del Cielo á la tierra, sinó tambien porque dando la carne y sangre al Unigénito Hijo del Altísimo, le dió todo el sér humano, y con el sér humano la posibilidad de mostrarse compasivo y piadoso. Antes de la Encarnacion, la misericordia, dice el Angélico, estaba especulativamente en Dios, en la inteligencia y no en el corazon, puesto que no había experimentado nuestras miserias, ni nuestros males. Despues de la Encarnacion, despues de haber tomado nuestra naturaleza, y colocádose con ésta en condicion de probar nuestras angus-

tias, y de sufrir nuestras adversidades, se colocó tambien en la condicion de compadecerse de nuestras desgracias. Era menester, dice S. Pablo, que el Hijo de Dios, hecho hombre para redimir al hombre, cargase sobre sí con todas nuestras flaquezas y enfermedades para cumplir en nosotros la obra de su misericordia (1). Logró este objeto por medio de María: María le dió un cuerpo igual al nuestro; y, por consiguiente, María le puso en estado de compadecer y enternecerse á favor de aquellos que necesitan de su ternura y de su compasion.

Si María movió á Dios á mostrarse lleno de misericordia en provecho de los hombres; ¿quién podría ponderar de cuánta ternura la llenó Dios á favor de los mismos hombres? En verdad, por más que ninguna necesidad tenga de intercesores para colmarnos de bienes, quiere Dios que los Justos rueguen por los pecadores, y que los Santos, seguros de su beatitud, se interesen en provecho nuestro. Habiendo querido esto de los Justos y de los Santos, con mayor motivo ha debido quererlo de Aquella, que desde el primer instante de su concepcion apareció Maestra de los Justos y Reina de los Santos. Por lo tanto, no pudiendo dudarse de que derramára en los Justos sentimientos piadosos para con los infelices, tampoco puede dudarse de que derramase con profusion extraordinariamente más abundante los mismos sentimientos en la augusta Mujer que se escogió por Madre. La teología católica tiene por sentimiento comun, que la divina gracia formó en el corazon de esta Virgen virtudes tan excelentes, tan nobles y tan admirables, que ninguna fuerza criada podría igualar. Considerando esto San Bernardo, decía: que las entrañas de María fueron tan misericordiosas, que se transformaron en entrañas de misericordia (2).

Al aparecer la aurora de la Redencion y de la nueva Eva, que concibió por obra del Espíritu Santo al divino Redentor, no hay lengua humana que pueda dar ni siquiera una simple idea de la misericordia que la Madre transmitió al Hijo, y el Hijo á la Madre. La Madre transmitió al Hijo el propio temperamento de afabilísima dulzura, y el Hijo á la Madre el ardor de la caridad con la cual se ofreció para la salvacion de los hombres. La Madre, formando con su purísima sangre el cuerpo de su Hijo, le disponía para sacrificarse por los desheredados de la mansion celestial; el Hijo, que venía para

(1) HEBR. II, 17.

(2) Serm. IV, sup. Miss.

cumplir la obra de reparacion, asociaba la Madre á su ministerio reparador. La Madre imprimía en el Hijo todo cuando la impulsaba á reparar las humanas miserias; y el Hijo á la Madre todo cuanto le indujo á hacerse hombre para curar las enfermedades del humano linaje. La Madre incitaba al Hijo para que se mostrase mediador entre Dios y los hombres; por su parte el Hijo imprimía en la Madre con una auréola de gloria el augusto carácter de mediadora. La Madre quería que el Hijo se apresurase á reparar la obra que la culpa había destruido; á su vez el Hijo quería que todo cuanto se reparase, se hiciese por medio de la Madre. En una palabra, quedó establecida entre el Hijo y la Madre una íntima union, la más cabal correspondencia de pensamientos, de afectos, de sentimientos y de deseos; de suerte, que con toda razon, guardada siempre la proporcion debida entre la criatura y el Criador, puede decirse: que la misericordia de María era la de Jesús, y que la de Jesús era la misericordia de María.

En medio de las continuas tempestades de la vida presente, en medio de los innumerables peligros que se encuentran en el camino de la salvacion, y de las tentaciones de los enemigos espirituales, el mejor refugio, el más eficaz consuelo es para nosotros, carísimos hermanos, confiar en la misericordia de que os he hablado. De esta misericordia, no mediando obstáculo por nuestra parte, recibiremos luz que aleje nuestras tinieblas, vigor que sostenga nuestras fuerzas, y patrocinio que en nuestras miserias consuele nuestras incesantes aflicciones.

Recibiremos luz que alejará nuestras tinieblas. Josafat, rey de Judá, asaltado por formidables ejércitos, no sabiendo que partido tomar, se dirigió á Dios para evitar un tremendo exterminio (1); y al punto Dios le dió á conocer por medio de un profeta, que no le faltaría el socorro celestial (2). Del mismo modo, asaltados por nuestros espirituales enemigos, mundo, demonio y carne, acudiendo á Dios con filial confianza, su misericordia nos proveerá de la luz necesaria para disipar nuestras dudas, acerca de los medios que deben emplearse para triunfar en la lucha.

Tendremos vigor que sostenga nuestras fuerzas. Jonás, atemorizado por los horrores de una aterradora tormenta, y perdido el valor á vista del inminente peligro, viendo próximo el naufragio, se

(1) PARALIP. XX, 12.
(2) IBID. 17.

acuerda de Dios, se recomienda á Él, é invoca su bondad (1); y de improviso se cree más seguro entre las fauces de una ballena que en el seno de una nave. Del mismo modo nosotros, azotados por las tempestades mundanas, acudiendo á Dios, nos sentiremos fuertes con la fuerza que se nos comunicará de lo alto, y enriquecidos por su misericordia de todo cuanto puede salvarnos entre el bramido atronador de las pasiones.

Tendremos patrocinio que en nuestras miserias consuele nuestras incesantes aflicciones. Job, oprimido por gravísimos males, trabajado por la pérdida de bienes, de hijos y de la salud, cuando todo le falta á su alrededor, y tiene enemigos en la mujer y en los familiares, asegura que ni la misma muerte le quitará del corazón su confianza en Dios (2); y ve convertida en próspera su adversa fortuna, y á las más horribles desgracias suceder la más risueña prosperidad. Del mismo modo, obligados muchas veces á gemir en las amarguras, acudiendo á Dios y abandonándonos enteramente á Él, seremos consolados por su misericordia en las más penosas angustias con las gracias más saludables.

Y nosotros podremos con mayor confianza asegurarnos estas luces, estas gracias y estos consuelos, invocando la misericordia de Dios, é interponiendo cerca de ésta la misericordia de Jesús y la de María. Hé ahí, hermanos míos, lo que cubre con invencible escudo las ciudades y las provincias, lo que detiene los torrentes de la divina justicia, prontos á tragar la tierra para consumir las iniquidades, y lo que acumula sobre los hombres torrentes de beneficios; hé ahí lo que despues de nuestros extravíos nos asegura el tiempo de acudir á penitencia, corrigiendo con una vida nueva los desarreglos de la vida pasada. Ánimo, pues, hermanos míos: cualesquiera que sean nuestras miserias, lleguémonos con confianza al trono de la gracia á fin de alcanzar misericordia (3); esto es, acerquémonos á Jesús y á María para obtener los consuelos, los auxilios y los socorros necesarios que la divina misericordia reparte abundantemente.

(1) JON. II, 8.

(2) JOB. XIII, 15.

(3) HEBR. IV, 16.

DISCURSO XIV.

BENEFICENCIA.

Non desinam eis benefacere.
No cesaré jamás de hacerles bien.
(JER. XXXII, 40).

La Virgen Santísima se nos presenta, no solamente virtuosa, sino también Madre y Reina de las Virtudes. Siendo María elegida, por especial vocación, para oficios soberanos y nobilísimos, reunió en sí sola las virtudes distribuidas entre los demás Santos. Tuvo la luz de los Profetas, la vigilancia de los Patriarcas, la fe de los Apóstoles, el celo de los Confesores, y el valor de los Mártires. Todo esto lo tuvo en sumo grado, de suerte, que no ha existido Profeta, Patriarca, Apóstol, Confesor, ni Mártir que pudiese asemejarsele, ni aún de lejos. Nosotros vemos resplandecer en la Virgen la Fe, la Esperanza y la Caridad; el Celo por la salvación de las almas, la Obediencia, la Paciencia, la Humildad, la Justicia, la Bondad y la Misericordia.

Hoy me creo en el deber de indicar aquellas virtudes, que son como los efectos de la misericordia y de la bondad, ó sea: la Generosidad y la Beneficencia. Permitidme, pues, amados hermanos, discurrir sobre este grande é importante argumento; pero siendo demasiado vasto, me limitaré por hoy á hablaros de sola la Beneficencia. ¡Plegue á Dios que la doctrina que iré exponiendo, cual semilla arrojada en buen terreno, produzca en vuestros corazones frutos de salud espiritual! Pidamos esta gracia por intercesión de la misma Santísima Virgen: A. M.

La beneficencia deriva de Dios, que la saca de las entrañas de su inmensa bondad y de su infinita misericordia. Por pura bondad nos dispensa con prodigalidad beneficios sobre beneficios, sin haber Él recibido ni podido recibir nada de nosotros; nos favorece aún antes de que nos hallemos en la posibilidad de ofrecerle una muestra de

agradecimiento, ó de retribuirle con algo nuestro; nos favorece, aún cuando en recompensa de sus beneficios reciba de nosotros ingrati- tudes y ultrajes. Estas tres proposiciones, consideradas atentamente, nos llevarán, sin duda alguna, á concluir: que la beneficencia es propia de Dios.

Si; solo Dios nos otorga beneficios, sin que haya recibido ó podido recibir nada de nosotros. Los hombres suelen también conceder be- neficios; sus beneficios, empero, rara vez son espontáneos; casi siempre tienen por objeto satisfacer una necesidad del bienhechor. Para no ver desiertas la antecámaras del régio alcázar, el príncipe enriquece con grandes mercedes á sus favoritos; para alentar á los soldados y oficiales en una batalla, el general promete recompensar con sus recomendaciones á los más valientes; para ser asistido en sus necesidades con diligentes cuidados, el señor aumenta con rega- los el jornal ajustado con sus criados; porque no puede llevarse con- sigo las riquezas en el sepulcro, el hombre rico las lega á los here- deros. No obra así Dios con nosotros. Como su felicidad no es capaz de acrecentamiento, tampoco su omnipotencia tiene necesidad de auxilios; como su beatitud no depende de nuestros servicios, su be- nificencia para con nosotros no puede atribuirse á necesidad ó propio interés. ¿Y qué tienen que ver las pompas frívolas de nuestra gloria con la inmensa naturaleza divina? ¿Qué parangón puede establecerse entre un rey de este mundo, por grande y poderoso que sea, con el Rey inmortal de los siglos? Señor, decía David, si tuvieses necesidad de mi diadema, de mi cetro, de mi trono, ya no serías mi Dios; eres precisamente mi Dios porque ninguna necesidad tienes ni puedes tener de mis bienes (1).

Solo Dios nos favorece, aún antes de poder nosotros ofrecerle alguna cosa, ó retribuirle con algo nuestro. También los hombres suelen otorgar mercedes; pero con frecuencia aguardan que los infe- riores les hayan dado pruebas de adhesión ilimitada; esperan exami- nar las calidades recomendables de aquellos que deben recibir sus favores; á menudo quieren verles crecer, primero, en méritos y en años. No sucede lo propio con Dios. Así como nos amó desde la eternidad (2), también desde la eternidad ordenó las gracias de que nos dotó; así como nos amó aún antes de nacer (3), también antes de

(1) PSALM. XV, 2.

(2) JEREM. XXXI, 3.

(3) JOAN IV, 19.

nuestro nacimiento tuvo preparadas para nosotros sus amorosas ternuras. Todos nosotros podemos repetir con razon las palabras de los Proverbios: Aún la tierra no había sido sacada de la nada, ni se alzaban del llano los elevadísimos montes, que yo ya vivía en la mente divina; todos nosotros podemos disfrutar de las maravillas de la creacion, destinadas todas ellas en provecho de Adán, puesto que tambien con nosotros Dios se mostró impaciente para llenarnos de beneficios, pensando en favorecernos cuando no le amábamos, no le conocíamos, ni podíamos conocerle ni amarle.

Solo Dios nos otorga beneficios, aún cuando en pago de sus beneficios reciba de nosotros ingraticudes y ultrajes. Suelen los hombres otorgar á veces favores; pero acontecê frecuentemente, que, ó se ofenden por la poca correspondencia de los favorecidos, ó se cansan de otorgar beneficios. Asuero colma de honores á su Amán, y más tarde, le condena al patíbulo. David llena de honores á Joab, y despues decreta su muerte. No se porta así nuestro Dios. No sabe quebrar con la mano una caña cascada, ni apagar con el pié el pábulo que aún humea. Siente muchísimo tener que tomar un carácter de severidad; le disgusta tener que revestirse de rigor; ni le es fácil descargar sobre nosotros los castigos, que nuestras iniquidades arrancan de su diestra. Las mismas dilaciones, las mismas amonestaciones, las mismas amenazas son beneficios, porque son amorosas industrias que emplea para conmovernos. Pedro le niega, y luego de haberle perdonado, le elige por Cabeza de su Iglesia; la Magdalena es pecadora en la ciudad, y Él la consuela con tierna y afable benevolencia. La tierra está llena de ídolos, decía Isaías, y, sin embargo, Dios no deja de llenarla de oro y plata (1).

Si Dios, pues, nos otorga beneficios sin haber recibido ni podido recibir nada de nosotros; si nos favorece, aún ántes de que nosotros nos hallemos en posibilidad de darle alguna cosa, ó de retribuirle con algo; si nos colma de gracias, aún recibiendo, á trueque de sus beneficios, ingraticudes y ultrajes; ¿quién podría dudar de lo que queda dicho? ¡Oh beneficios de los hombres! ¿Qué sois comparados con tanta beneficencia? Beneficencias de capricho y de genialidad, que preparó una circunstancia cualquiera, pero que desaparece en un instante más ó ménos favorable; beneficencias de interés y de política, que crecidas al calor de la fortuna en los días prósperos, se desvanecen con la misma fortuna en el día de la adversidad; bene-

(1) ISAÍAS, II, 7-8.

ficencias de lodo, que obtenidas en compañía de torpes pasiones, arrancada la máscara, quitada la venda, se evaporan juntamente con las pasiones desvanecidas; beneficencias teatrales, ricas en pomposas palabras y raquílicas en los hechos, que bellas y hermosas en las frases, no lo son en realidad, y que, como en los teatros, se pierden de una escena á otra. ¿Son estas, pues, las beneficencias que nos roban el corazon y arrebatan indignamente nuestros afectos? ¿Son estas las beneficencias que atraen nuestras simpatías y por las cuales no tenemos alabanzas que basten? ¿Y hasta cuando amaremos la vanidad, y preferiremos lo que es falso y efímero, á lo que es sólido y verdadero? ¿Hasta cuando solo tendremos ojos por las frivolidades, y desearemos correr trás las brillantes impertinencias del mundo? ¡Ah! persuadámonos una vez, hermanos míos; las beneficencias de los hombres son ligeras, son mezquinas, son inconstantes: la beneficencia verdadera es la de Dios.

Y nosotros debemos imitarle. No quiero decir, que debamos igualar sus perfecciones, hasta el punto de ser santos, buenos y justos de la misma manera que Dios es justo, bueno y santo. Esto sería un gravísimo error, puesto que no puede dudarse, que por más que el hombre avance en la virtud, adelante en la santidad, y crezca en la perfeccion, es siempre inferior é infinitamente inferior á Dios, océano inmenso de virtud, de santidad y de perfeccion, tan superiores al hombre, cuanto se eleva el Criador sobre la criatura. Esto no obstante, debemos procurar imitarle cuanto nos sea posible; de lo contrario, no tendrían sentido las palabras de San Pedro: Sed santos, porque Dios es santo (2); ni las de San Pablo: Sed imitadores de Dios, así como que sois sus hijos muy queridos (3); ni las del mismo Jesucristo: Sed perfectos, así como es perfecto vuestro Padre celestial. De las cuales aducen una razon de mucho peso los Padres de la Iglesia. Nosotros, dicen ellos, hijos del Señor, fuimos criados á su imágen y semejanza; y por lo mismo, así como un padre desea que su hijo le imite y esté de acuerdo con sus pensamientos y obras, tambien Dios, que es nuestro Padre, desea que nosotros, hijos suyos, le tomemos, cuanto nos lo permita nuestra limitada naturaleza, por modelo de nuestros pensamientos, de nuestros afectos, de nuestras acciones; y nos mirará entónces con complacencia, y nos dirá lo que

(1) I PETR. I, 16.

(2) EPHES. V, 1.

(3) MATTH. V, 48.

á Jesús á orillas del Jordán: Este es mi querido Hijo, en quien tengo mis complacencias (1).

Así, pues, una de las cosas en que debemos imitar á Dios, es, precisamente, la beneficencia. Esto se desprende claramente de la exhortación que nos dió el divino Maestro, cuando quiso que nosotros fuésemos misericordiosos como es misericordioso nuestro Padre celestial (2); y de la parábola evangélica de la sentencia fulminada contra aquel que, habiéndole sido condonados diez mil talentos, no quiso condonar á un infeliz los cien denarios que le debía (3). ¿Y quién, considerando los beneficios que Dios derramó á manos llenas sobre nosotros, dejará de ser benéfico para con el prójimo? ¡Ah! cuando se considera que por nosotros giran los cielos con sus provechosas influencias, se amontonan las nubes y derraman copiosas lluvias, se corona de flores la primavera, el verano es favorecido con doradas espigas, y el otoño colorado de púrpura con copiosas vendimias; cuando se observa que las criaturas todas en íntima unión, ordenadas por mandato de Dios, nos sirven incesantemente, unas para alejar nuestras tinieblas, otras para suavizar nuestras grandes miserias, estas para despertarnos de nuestro letargo, aquellas para saciar nuestra hambre, y las de más allá para consolarnos en nuestras tristezas; cuando se consideran los varios modos, con los cuales acude la divina liberalidad á favor de nuestras almas para defenderlas en las tentaciones, para sacarlas de los peligros, para arrancarlas de las culpas, para reanimarlas y salvarlas; no es posible que haya corazones tan duros, que no se muestren benéficos para con el prójimo, al ver que Dios lo es tanto para con los hombres.

Yo no diré que existan tales corazones; lo que, sí, puedo asegurar, es: que ni remotamente no abrigó semejantes pensamientos el corazón de María, pues, cuanto más se vió favorecido, otro tanto dispensaba beneficios; y cuanto más se sintió lleno de gracias, tanto más estuvo dispuesto á hacer que todos los hombres participasen de sus dones. Parece que se renovó solamente por María con más estupendo milagro lo que se lee del río, que se nos describe en el sagrado libro del Génesis, porque si aquel río derramándose de cristalino manantial regaba y embellecía el Paraíso terrenal, criado para deliciósima morada de nuestros primeros padres, y dividiéndose en

(1) MATTH. XVII, 5.

(2) LUC. VI, 36.

(3) MATTH. XVIII, 32.

cuatro ramales llevaba las frescas y puras aguas por aquella floreciente region, María, llena extraordinariamente de los dones celestiales, los repartió con exuberante plenitud doquiera volviere sus ojos maternales. Una prueba evidéntisima de su solicitud maternal es lo que aconteció al Bautista en las entrañas de su Madre Elisabeth. En efecto; si Dios colmó de inmensos beneficios al Bautista, María contribuyó piadosamente á ello; y si desde aquel instante apareció el Bautista como el primero entre todos los hombres, María cooperó para que recibiese lo que no tuvo ninguno de ellos.

Otra prueba nos ofrece el grande acontecimiento de las bodas de Caná en Galilea. En esta solemnidad de familia, María estaba al lado de Jesús. Por un designio de la Providencia no bastó lo que era necesario para la fiesta. Grande fué el embarazo y la confusion de los esposos, pues no sabían como suplir lo que faltaba. María estaba allí, vió el embarazo y confusion de los que daban la fiesta, y sin que éstos le dijeran nada, quiso aliviar su pesar. Dirigióse á Jesús y le dijo: «No tienen vino.—Mujer, le respondió Él; ¿qué hay de comun entre nosotros dos?» Con esas singulares palabras quiso Jesús llamar la atención del género humano sobre lo que iba á acontecer, mostrando de este modo el poder y la beneficencia de su Madre. ¿Qué quiso decirle con aquellas palabras? Quiso decirle; pero Mujer, puesto que eres la Madre del Hombre-Dios, todo está á tu disposición; puedes conceder á los hombres cuantos beneficios quieras; dispon de mi omnipotencia, é imita mi beneficencia. La Virgen santísima lo comprendió perfectamente; y dijo á los dueños de la casa y á los sirvientes; tranquilizaos, y haced lo que mi Hijo os diga. Aquellos hombres obedecieron; Jesús manifestó por medio de un milagro cual era su poder, y el poder de su Madre sobre su corazón: el agua se convirtió en vino deliciósimo. María no suplica, no pide; expone únicamente lo que desea, y sus deseos quedan al punto satisfechos.

Vedla ahora en el Calvario, y vereis hasta donde llega su beneficencia. Ella tiene un Hijo, un Hijo único, un Hijo á quien ama como jamás madre alguna amó al suyo; un Hijo que es su tesoro y su vida, por quien sacrificaría mil vidas si las tuviere. Pues bien! ese Hijo querido, ese Hijo incomparable, lo ofrece por nuestra salvación: sacrifica ese admirable fruto de sus entrañas á la redención del mundo. Cuando en Nazareth anunció un arcángel que tendría un Hijo llamado Jesús, es decir, Salvador, María comprendió todo lo que este nombre admirable significaba, y que estaba destinada á dar al mundo la víctima del género humano. En el día de la presen-

tacion de Jesús en el Templo, se la anuncia con más particularidad este misterio, cuando el anciano Simeon la dice, al devolverle á su Hijo: «A ti, jóven Madre, debe atravesarte el corazon de parte á parte una espada de dolor.» ¡Oh! entónces todo se le presenta como en un espejo: los desprecios, las miserias, las calumnias, las traiciones, los sufrimientos, las espinas, los clavos y la cruz; y todo lo acepta por nuestra redencion. Lleva el Niño Dios en sus manos, le amamanta con su leche, le ve crecer á su vista; pero ni un instante deja de tener presente el desgarrador pensamiento de que crece para el sacrificio; no puede apartar de su mente las horribles imágenes del Huerto de los Olivos, del Pretorio y Calvario. Es un martirio de todos los instantes, que solo su amor á nosotros puede hacerla soportable.

Pero, principalmente en el Calvario es donde nos muestra su amor y su beneficencia. ¡Que lúgubre y horrible espectáculo se presenta allí á nuestra vista! Jesús es condenado á una muerte dolorosa é infamante; magullado ya y medio destrozado por los azotes, y agobiado de fatiga por los malos tratamientos que ha sufrido; cargado con una pesada cruz, bajo la cual sucumbe, más que conducido, es arrastrado al lugar del suplicio. Las piadosas mujeres no pueden reprimir sus gemidos y pueblan el aire con conmovedores lamentos. ¿Qué hace María? Ella está junto á la angusta víctima, y la ofrece al Padre Eterno por nuestros pecados. ¿Puede concebirse beneficencia más admirable en una pura criatura?

Vosotros creéis, y con razon, que el pueblo hebreo no pudo ménos de alabar á las valerosas mujeres, que lo salvaron del tiránico poder de sus enemigos; vosotros pensais que fué digna de elogio Judith, que cuando estrechada la ciudad por riguroso sitio, y rodeada por todas partes por numerosas huestes del general Asirio, salvó á Betulia del próximo y terrible exterminio; vosotros aprobais los elogios tributados á Esther, que libertó á los hijos de Israel, cuando por las asechanzas de Amán, expedido contra ellos un terrible decreto, debían todos ser pasados á cuchillo; vosotros os unís á las aclamaciones dirigidas á Débora, cuando por obra suya los Hebreos alcanzaron completa victoria sobre los Cananeos, cuando temian verse reducidos á vergonzosa derrota; vosotros no os oponéis á los elogios tributados á Jael, quien venciendo á Sisara, arrancó á su pueblo de la barbarie de un inhumano opresor. Sin embargo, vosotros no ignorais, que de los prodigios realizados por Judith, por Esther, por Débora y por Jael, el autor principal fué Dios; tampoco ignorais, que Dios escogió á esas mujeres, las cuales obraron por inspiracion suya.

Siendo esto así; ¿no os parece que mayores alabanzas se deben á María, puesto que Dios la llamó á parte para la obra más peregrina, cual fué la salvacion del linaje humano? María se eleva tanto sobre las mujeres más célebres de la antigüedad, cuanto lo figurado se eleva sobre la figura.

Descendientes de aquel padre desdichado, que, así como fué el primero en vivir, fué, igualmente, el primero en pecar; nacidos en la pobreza y azotados por continuas miserias durante todos los días de nuestra peregrinacion; necesitamos de los divinos beneficios, tanto por lo que mira al órden natural, como por lo que se refiere al órden de la gracia. Tenemos necesidad de ellos por lo que se refiere al órden natural, porque nuestro propio cuerpo puede en un instante perder la fisonomía, las fuerzas, los miembros, el movimiento, el calor, reduciéndose á un puñado de ceniza que se lleva el aire con un soplo, sin que pueda distinguirse el pobre Lázaro del rico Epulon. Tenemos necesidad de los divinos beneficios por lo que mira al órden de la gracia, puesto que nada sabemos por nosotros mismos, ni podemos obrar nada bueno; y los innumerables enemigos que tienden lazos y asechanzas á nuestro alrededor, y nos asaltan descaradamente, tienen por único objeto arrastrarnos hácia las fealdades de la culpa y á la muerte del alma. Por consiguiente; nos es de toda necesidad pedir limosna en las puertas del Cielo, esperando de la divina liberalidad, no solo las mayores gracias y los auxilios más poderosos, si que tambien los más leves consuelos, los más insignificantes alivios.

Dios está pronto á otorgarnos las gracias, los socorros, los consuelos y los alivios de que tengamos necesidad. Infinita sabiduría, no encuentra obstáculos para conocer nuestras angustias; infinito poder, no halla inconvenientes para mitigar nuestros males; infinita bondad, nada hay que detenga las ternuras inefables de su corazon. Sus oidos no están cerrados, sus ojos no se desdennan de mirar la palidez mortal de los infelices, y su mano está siempre abierta para socorrer á los atribulados. En vista de los innumerables testimonios que hay dentro y fuera de nosotros, podemos decir muy bien con las sagradas Escrituras, que Dios es el Príncipe de la paz, el Rey de la clemencia y el Señor de la bondad.

Nosotros empero, por nuestra parte, no debemos contrariar la divina benignidad. En efecto; Dios promete gracias y consuelos, socorros y alivio á aquellos que le temen y aman; mas no á los que le ofenden, y que para ofenderle abusan de sus mismos beneficios. Está

escrito, que derrama á torrentes sus misericordias; pero se añade, que las derrama sobre aquellos que le aman de corazón. Está escrito, que sus misericordias pasan de generacion en generacion; pero se añade, que las experimentan aquellos que se le muestran llenos de filial temor. Está escrito, que sus misericordias no reconocen número ni medida; pero se añade, que participan de ellas los piadosos que veneran su santo nombre y cumplen sus mandamientos. Por eso, si queremos mostrarnos agradecidos á los beneficios de Dios, hagamos todos los esfuerzos para complacerle, para no ser rebeldes á los llamamientos de su gracia, ni corresponder con ultrajes á las voces de su perdon. No nos servirá de excusa decir, que si cometemos algun pecado no es nuestro ánimo ofender á Dios, sino que no sabemos resistir á la enferma naturaleza, la cual nos arrastra al mal; pues, dejando á parte otros medios, para curar esta enfermedad, bastan la oracion, la frecuencia de sacramentos, el ejemplo de los buenos, la intercesion de los Santos, y, sobre todo, el patrocinio de María. ¿Y qué? Sabemos que tenemos cerca de Dios á una protectora omnipotente, que habla incesantemente á favor nuestro, y que se interesa en todo cuanto se refiere á nosotros; ¿y no tendremos confianza en valernos de una tan poderosa proteccion? Nadie ignora, que María se muestra siempre solícita, asistiendo á sus fieles devotos en todas sus necesidades, ya sea poniendo en fuga al enemigo infernal, ya sea secando con sus propias manos el sudor de su frente, ó alijerando sus penas con maternales consuelos. ¿Por qué, pues, temer tanto de nuestra flaqueza, de nuestra enfermedad? Acudamos á María, y Ella nos tranquilizará en nuestros temores, nos fortalecerá en nuestra debilidad, nos consolará en nuestras angustias, y nos dará á probar con abundancia los beneficios de Dios.

DISCURSO XV.

GENEROSIDAD.

Si quis sedit, veniat ad me, et bibat.
Si alguno tiene sed, venga á mí, y beba.
(JOANN. VII, 37.)

Si permitido me fuese poner de manifiesto el corazón de María, indicaros sus inefables ternuras, y señalaros sus amorosas solitudes, hallándome en la obligacion de hablaros de su generosidad, á un mismo tiempo daría principio y fin al discurso de hoy. En este caso, no habría necesidad de que me fatigase en recordaros los magnánimos hechos obrados por Ella, tanto para la demostracion de su tierno amor para con nosotros, como para la demostracion de la eminente generosidad en que arde y se abrasa por nuestro amor. Vosotros mismos, amados hermanos, haciendo las veces de apologistas, y dejando para mí el ser su admirador, diríais: Hé aquí la Reina, que saca siempre de sus inagotables tesoros riquezas temporales y espirituales en provecho de cuantos invocan su patrocinio; hé aquí la Madre, que derrama de continuo sobre sus hijos todas las gracias y bienes que están á su alcance, mucho más de los que pueden apetecerse. Y para añadir mayor autoridad á vuestras palabras no ocultaríais, que habiendo dado á luz aquel Niño, que trocó en júbilo el llanto de Eva, estuvo dispuesta á mostrarse propicia á favor de nuestras miserias, á recibir con agrado las súplicas de los desgraciados, á acoger bajo el manto de su proteccion á los afligidos, y á fortalecer á los débiles en las críticas circunstancias de la vida, para que el maligno espíritu no se mofase del mal que les afligia.

En estas ó parecidas palabras prorumpiríais vosotros mismos, arrojados en éxtasis de reverente reconocimiento, si me fuese dado poner de manifiesto aquel benignísimo corazón, señalaros sus solitu-

escrito, que derrama á torrentes sus misericordias; pero se añade, que las derrama sobre aquellos que le aman de corazón. Está escrito, que sus misericordias pasan de generacion en generacion; pero se añade, que las experimentan aquellos que se le muestran llenos de filial temor. Está escrito, que sus misericordias no reconocen número ni medida; pero se añade, que participan de ellas los piadosos que veneran su santo nombre y cumplen sus mandamientos. Por eso, si queremos mostrarnos agradecidos á los beneficios de Dios, hagamos todos los esfuerzos para complacerle, para no ser rebeldes á los llamamientos de su gracia, ni corresponder con ultrajes á las voces de su perdon. No nos servirá de excusa decir, que si cometemos algun pecado no es nuestro ánimo ofender á Dios, sino que no sabemos resistir á la enferma naturaleza, la cual nos arrastra al mal; pues, dejando á parte otros medios, para curar esta enfermedad, bastan la oracion, la frecuencia de sacramentos, el ejemplo de los buenos, la intercesion de los Santos, y, sobre todo, el patrocinio de María. ¿Y qué? Sabemos que tenemos cerca de Dios á una protectora omnipotente, que habla incesantemente á favor nuestro, y que se interesa en todo cuanto se refiere á nosotros; ¿y no tendremos confianza en valernos de una tan poderosa proteccion? Nadie ignora, que María se muestra siempre solícita, asistiendo á sus fieles devotos en todas sus necesidades, ya sea poniendo en fuga al enemigo infernal, ya sea secando con sus propias manos el sudor de su frente, ó aligerando sus penas con maternales consuelos. ¿Por qué, pues, temer tanto de nuestra flaqueza, de nuestra enfermedad? Acudamos á María, y Ella nos tranquilizará en nuestros temores, nos fortalecerá en nuestra debilidad, nos consolará en nuestras angustias, y nos dará á probar con abundancia los beneficios de Dios.

DISCURSO XV.

GENEROSIDAD.

Si quis sedit, veniat ad me, et bibat.
Si alguno tiene sed, venga á mí, y beba.
(JOANN. VII, 37.)

Si permitido me fuese poner de manifiesto el corazón de María, indicáros sus inefables ternuras, y señalaros sus amorosas solitudes, hallándome en la obligacion de hablaros de su generosidad, á un mismo tiempo daría principio y fin al discurso de hoy. En este caso, no habría necesidad de que me fatigase en recordaros los magnánimos hechos obrados por Ella, tanto para la demostracion de su tierno amor para con nosotros, como para la demostracion de la eminente generosidad en que arde y se abrasa por nuestro amor. Vosotros mismos, amados hermanos, haciendo las veces de apologistas, y dejando para mí el ser su admirador, diriais: Hé aquí la Reina, que saca siempre de sus inagotables tesoros riquezas temporales y espirituales en provecho de cuantos invocan su patrocinio; hé aquí la Madre, que derrama de continuo sobre sus hijos todas las gracias y bienes que están á su alcance, mucho más de los que pueden apetecerse. Y para añadir mayor autoridad á vuestras palabras no ocultaríais, que habiendo dado á luz aquel Niño, que trocó en júbilo el llanto de Eva, estuvo dispuesta á mostrarse propicia á favor de nuestras miserias, á recibir con agrado las súplicas de los desgraciados, á acoger bajo el manto de su proteccion á los afligidos, y á fortalecer á los débiles en las críticas circunstancias de la vida, para que el maligno espíritu no se mofase del mal que les afligia.

En estas ó parecidas palabras prorumpierais vosotros mismos, arrojados en éxtasis de reverente reconocimiento, si me fuese dado poner de manifiesto aquel benignísimo corazón, señalaros sus solitu-

des é indicaros sus ternuras. Pero, ya que no me sea eso posible, debo al ménos indicaros algo de la generosidad de María. El asunto es superior á toda humana elocuencia; pero, encerrándole en una proposicion única, voy á demostraros: que María aprendió de la generosidad de Dios á ser generosa. Prestadme vuestra benévola atencion; procuraré ser lo más breve y claro que me sea otorgado, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

La generosidad es la virtud de las almas grandes. Se llama generoso aquel que otorga beneficios, aún á aquellos que no se los piden; aún á aquellos que son indignos de recibirlos, ó que concede más de lo que se le pide. Para obrar de esta suerte es, ciertamente, necesaria mucha elevacion de espíritu, mucha grandeza de corazon, y nadie ha dicho jamás que pueda hacerlo un espíritu pequeño, ni un corazon mezquino. Cesario, Obispo de Arlés, que, habiendo recibido de Teodorico, rey de los Godos, una considerable cantidad de plata, la vende, empleando su producto en la redencion de los esclavos; Gregorio el Grande, que dá de comer, de vestir y de abrigo á innumerables personas faltas de todo recurso á causa de asoladoras guerras; Juan el limosnero, que, sentado en la sede de Alejandria, no reteniendo nada para sí, distribuye á los pobres de aquellas regiones cuatro mil libras en oro; San Carlos Borromeo, que tiene siempre vacías sus arcas, y llega hasta el punto de contraer deudas considerables á favor de los indigentes; y San Ambrosio, que ofrece medios de subsistir al mismo que había atentado contra su vida; son, á no dudarlo, hombres generosísimos, y las historias eclesiásticas nos dicen en coro, cual fuese la elevacion de su espíritu y la grandeza de su corazon.

Sin embargo; esta generosidad, sublime y magnífica á la vez, siempre se halla encerrada en estrechos límites, lo mismo que el hombre. La única generosidad que no reconoce límites ni medida, es la generosidad de Dios. Amor infinito, en cuyas manos están los polos de la tierra, la altura de los montes, las profundidades del abismo, y cuya clemencia traspasa los confines del Cielo. Dios ha querido sanar todas nuestras llagas, sacar nuestra vida de la perdicion, colmar de gozo nuestro deseo; y así como elevó á la luz de la gracia al mundo caído en las tinieblas del pecado, añadiendo misericordia á misericordia, nos llama todos los días, á todas horas, y á cada instante, á gozar de sus generosas misericordias. Y en efecto, dispensa sus beneficios aún á aquellos que no se los piden; aún á aquellos que

con sus culpas se hacen indignos de recibirlos; y los dispensa concediendo más de lo que se pide y de lo que se desea.

Dios dispensa sus liberalidades aún á aquellos que no se las piden. Nosotros, en verdad, no nos hallábamos á su lado cuando obró el insigne milagro de la creacion. Cuando dispuso que el sol, con admirable moderacion de luz y de calor, alternase los días y las estaciones; que la luna iluminase las tinieblas de la noche, y que las estrellas brillasen sobre las nubes como reluciente corona de piedras preciosas; no aguardó que nosotros se lo pidiésemos. No fuimos nosotros á suplicarle, que hiciese abrir el cáliz de las flores, sazonar los frutos, cubrirse los campos de varias cosechas, sonreír los collados vestidos de púrpura; no fuimos nosotros á decirle, que descendiese del Cielo á la tierra, vistiese carne mortal ó pasible, descontase las faltas de nuestra malicia, y nos tuviese preparada una inconcebible beatitud. Consideremos por un instante lo que hemos recibido con relacion á la naturaleza, y por lo que mira á la gracia; examinemos los bienes que nos dispensó ántes de nuestra existencia, ántes de que le conociésemos ni le amásemos, y no podremos ménos de confesar, que Dios nos instruyó cuando éramos ignorantes, nos salvó cuando nos extraviábamos, y nos socorrió despues de caídos. Si añadimos á todos esos beneficios, que nos sacó de la nada cuando ignorábamos en que consistía vivir; que nos redimió cuando perdidos; y que nos dió cuerpo y alma, espíritu y razon cuando vivíamos en la ignorancia y en el error; tendremos, por fin, que concluir, que nos socorrió cuando no pedíamos sus beneficios, é ignorábamos en que consistía el ser beneficiados.

Dios dispensa sus beneficios aún á aquellos, que con sus culpas se hacen indignos de recibirlos. El hombre que peca, es un transgresor temerario de la ley divina, levanta el estandarte de la rebelion contra la suprema magestad, dice como Faraon á Moisés: ¿Quién es este Dios para que deba yo guardar sus preceptos? No le conozco, nada tengo que ver con él ni quiero obedecer á sus intimaciones (1); y mientras que Dios podía con una senteneia, cortar el curso de su fortuna, perder sus cosechas con una tempestad, y con una señal postrarle en el lecho del dolor, se digna mantenerle en la abundancia, le conserva robusta la salud, le mantiene la vivacidad de las facultades intelectuales, la hermosura del rostro y el vigor del cuerpo. A este hijo, que se insolenta contra su padre, á quien debe la vida;

(1) Exod. V, 2.

á este esclavo, que se rebela contra el señor, de quien recibió la libertad; y á este amigo, que hace traicion al amigo en quien pusiera la confianza más completa; nada quita de lo que podría quitarle, y continúa rodeándole con su asistencia y consolándole con sus misericordias. Y es tanto más maravillosa esta generosidad, cuanto más sirve de pretexto al culpable para holgarse en su iniquidad. He pecado, va diciendo, y Dios me otorga beneficios; continuaré pecando, y por esto no dejaré de ser favorecido.

Dios concede más beneficios de los que se le piden y de los que se desean. Los hechos demuestran, que sus beneficios sobrepujan á los deseos. Abrahán pidió á Dios, que le concediese un hijo, y accedió á su petición; pero de la estirpe de este hijo único debía nacer el Mesías. Suplicóle Jacob, que le permitiese de nuevo ver á Benjamín, y le volvió á ver; pero además de Benjamín, por quien había rogado, vió á José sentado junto al trono de un rey. Le pidió la viuda de Manasés, que fuese levantado el sitio de Betulia; y además de haber conseguido lo que deseaba, alcanzó la gracia de asegurar la paz á su pueblo, cortando la cabeza al bárbaro Holofernes con su propio alfanje.

Con lo dicho hasta aquí está claro, que Dios dispensa sus beneficios aún á aquellos que no se los piden; aún á aquellos que se hacen indignos de recibirlos; y hasta concede más de lo que se pide y se desea. Hé ahí, amados hermanos, lo que deberíamos nosotros practicar segun la medida de nuestras fuerzas. Mas, ¿donde encontrar hombres que obren de este modo? Unos, para que den algo, se les ha de importunar reiteradamente, y, por consiguiente, nada dán á las personas que no tienen valor de descubrir sus desgracias, ó porque habiendo nacido en mejor posición se sonrojan de la presente pobreza, ó porque, perdida toda esperanza de auxilio, dejan de frecuentar la sociedad. Otros, para desprenderse de alguna cosa es preciso que se vean obligados á ello con actos de reverencia, ó de sumisión ó de gratitud; y, por lo tanto, se niegan á dar á las personas que solicitan sus servicios so varios pretextos, ora porque los que piden repugnan por fealdad de rostro, por ser contrabechos ó por su rudeza; ora porque la rudeza de sus modales inspiran antipatía. Estos, para distribuir alguna limosna, examinan ántes si sufrirá algún detrimento el lujo que ostentan; y por consiguiente, nada conceden cuando las fastuosas modas en el vestir, los delicados manjares, los espectáculos elegantes y la molice, á que con tanta pasión concurren, nada dejan de supérfluo, ó dán lo que en verdad podría

compararse con una gota de agua, ó una escasa lluvia en los abra- sados campos (1).

Esto reconoce por causa la debilidad de nuestra fé: maleados por el brillo de gratas frivolidades y de profanos placeres, arrastrados por la disipacion, que pierde al alma en mil impertinencias, sin llamarla nunca á sérias reflexiones, no sabemos mirar á Dios, ni imitarle en su generosidad. Si fuésemos sinceros en el hablar, humildes en el trato, é irreprehensibles en las costumbres; si no permitiésemos que los sentidos estuviesen siempre ocupados y el corazon ageno y falto de todo sentimiento religioso; si pusiésemos diligente cuidado en aprovecharnos del tiempo que nos concede la divina misericordia para enmendar nuestra conducta, progresar en la virtud y adelantarnos en la perfeccion, tendríamos la generosidad en mejor concepto y la amaríamos más. Seríamos como los cristianos de los primeros siglos, quienes movidos de ardiente caridad, fundaron establecimientos de beneficencia, que hoy nos parecerían imposibles; sus rentas las repartían entre los indigentes; trabajando con sus propias manos, daban de comer á los desvalidos, que no podían procurárselo; é interponiendo las oraciones á Dios, se ejercitaban en obras de caridad para con el prójimo. ¡Tal era la caridad de los antiguos! Pero ¿hoy? ¡Ah! hoy ignoramos que la generosidad fuese en otro tiempo tan espontánea; ignoramos hasta lo que deberíamos practicar para salir de esta culpable indolencia y ser generosos segun nuestras posibilidades.

Sin embargo, nos bastará para ser generosos considerar el ejemplo de Maria, la cual aprendió á ser generosa, considerando la generosidad de Dios. En efecto; si Dios otorga sus beneficios aún á aquellos que no los piden, Maria hace otro tanto. Si Dios se manifiesta generoso, concediendo en su bondad mayores gracias de las que se desean, también Maria, en su bondad, otorga mayores beneficios de los que se le piden.

Maria dispensa beneficios aún á aquellos que no se los piden. Sirva para todos de ejemplo, el grande beneficio que nos concedió con su consentimiento á la obra de la Encarnacion del Verbo. Pecadores por herencia, moradores de las tinieblas, y precipitados en la region de la muerte, para redimirnos el Hijo de Dios, que es anterior á todos los tiempos, quiso en el tiempo hacerse hijo del hombre. Escogida Maria para este milagro de su generosidad, concurriendo con

(1) Ose. VI, 4.

otra generosidad, le recibe en sus entrañas. Ninguno de los descendientes de Adán la solicitó entonces para que se mostrase al linaje humano dispensadora de tal gracia; nadie se postró á su presencia implorándole un tan inmenso beneficio. María solo consultó los sentimientos de su ternura y de su amor al dar aquella respuesta, que hizo estremecer de santa alegría al Cielo y á la tierra. Con cuya respuesta, ó consentimiento, se nos abrió el camino para el más grande y el mayor de los beneficios, puesto que verificado el prodigio prometido, desde la aurora de los tiempos, de un Reparador divino, tuvieron fin las victorias del Infierno, dió principio la regeneracion de la naturaleza humana, y descendió á morar en nosotros, hechos dignos de alternar con los Arcángeles y el mismo Criador. Por consiguiente, si María nos consoló con un beneficio tan singular, sin mérito alguno de nuestra parte, sin nuestros votos, sin nuestras oraciones, y sin que jamás hubiésemos invocado ni poco ni mucho su benignidad, se sigue de legitima consecuencia, que dispensa beneficios aún á aquellos que no se los piden.

María dispensa igualmente favores, aún á aquellos que son indignos de recibirlos. Es comun sentir de los Padres de la Iglesia, que, cuando el Arcángel la anunció que concebiría y pariría al Salvador, tuvo conocimiento de cuanto tendrían que sufrir Ella misma y Jesús. Sin embargo, lejos de rehusar tantas y tales penas, por interés del género humano, tuvo el valor de resignarse al más heroico de los sacrificios. ¿Acaso veía en los hombres, por los cuales aceptaba inauditos dolores y acerbísimos tormentos, mucha correspondencia á sus maternales cuidados? Nó: veía más bien sus ingratitudes y sus pecados; veía que cebarian su rabia contra aquellas entrañas, que les habían amado más que cualquiera otra madre; veía que crucificando nuevamente á Jesús con los pecados, se le presentarían delante con las manos tintas y humeantes en la sangre de su divino Unigénito. Y todo esto, que debía irritarle las heridas recibidas y renovarle los martirios y tormentos, que en otro tiempo sufriera, no fué bastante para que sus labios dejaran de pronunciar aquel *Fiat*, principio de nuestra salvacion. ¿Qué prueba, pues, queremos más convincente, de que María dispensa beneficios, aún á aquellos que son indignos de recibirlos?

Por último; María, al dispensar beneficios, concede más de lo que se espera. En efecto; su prerogativa está en haberla constituido Dios dispensadora de gracias, de manera, que no recibimos ningun dón ni favor que no derive de este origen. Nadie es más á propósito para

este ministerio que María, la cual llena superabundantemente de gracias, abre sus tesoros á todos, á fin de que reciban de su plenitud, la libertad el esclavo, la salud el enfermo, el consuelo el triste, el perdón el pecador, y el justo la corona. Y lo que más debe maravillarnos es, que sus beneficios no son nunca mezquinos ni insignificantes sus misericordias. Los poderosos de la tierra prometen mucho y conceden poco. Asuero prometió á Esther la mitad de su reino, y lo mismo hizo Herodes con Herodias; pero ni Herodias, ni Esther recibieron la mitad del reino que les prometieron con melifluas palabras Asuero y Herodes. Muy diferente la beneficencia de María, la cual otorga lo que promete de la manera más amplia que pueda concebirse. Predestinada para el augusto misterio de la Encarnacion, que fué un exceso de amor, en que todo respira amor, todo habla de amor y fué hecho por amor, derrama sus favores, segun el dictámen del mismo amor; y no existiendo nada que ponga obstáculos al ejercicio de su poder, puesto que es Madre de Dios; ni á su bondad, puesto que es tambien Madre de los hombres; ni á su ternura, siendo abogada de los pequeños y de los débiles; no pone limites á sus dones.

Generosísimas son las palabras que el bondadoso Jesús dirigió á la muchedumbre que le seguía en pós durante el tiempo de su vida mortal: Venid, les dijo, venid á mí todos los que andais fatigados y cargados que yo os aliviare (1). Con cuyas palabras, cuantos andaban tristemente oprimidos por el peso intolerable de penosas enfermedades, ó de aflicciones acerbadas; cuantos gemían en medio de las angustias de los propios pecados, de la concupiscencia del hombre viejo; y cuantos se sentían afligidos por algun pesar, eran invitados á acudir á Él con confianza; prometiendo que aligerándoles la pesada carga de sus penas, y colmándoles de las gracias necesarias, les enviaría de nuevo á sus casas alegres y satisfechos. Así se expresaba Aquel, que, siendo Dios, Rey de los ejércitos y Señor de los que dominan, quiso llamarse el Buen Pastor; así trataba de infundir confianza en los corazones, á fin de que no titubeasen en acudir á su misericordia.

Las propias palabras nos repite María en su generosidad. Su mano está siempre pronta para detener á aquellos que están próximos á caer, y siempre solicita en levantar á los que han caído; su brazo está siempre armado para defendernos de los enemigos, siempre extendido para socorrer nuestras miserias; su mirada es la estrella

(1) MATH, 28.

matutina que nos recrea en la hora de la muerte; su corazón está siempre abierto para acogernos, cobijarnos y estrecharnos con todo afecto. Ella no nos pierde de vista, vigila continuamente para nuestro bien, y en su maternal bondad nos dice: Venid á mí, vosotros, que sufrís los asaltos de la concupiscencia, las tentaciones del Infierno y las asechanzas con las cuales el mundo os tiende funestos lazos, y las muchas miserias de la vida; venid á mí, que soy el consuelo de los afligidos y la bienhechora de los que lloran, y os ofrezco un asilo, donde el atribulado puede poner en seguro sus esperanzas, su inocencia el justo, y su arrepentimiento el pecador.

Así, pues, confiemos en María, amados hermanos; confiemos en la generosidad de esta Madre piadosísima, deponed todas vuestras inquietudes en sus entrañas, y abandonémonos tranquilos entre sus brazos. Confíad en María los indigentes, que gemís en la privación de todas las cosas necesarias á la vida; estad seguros de que Ella enternecerá á los ricos en vuestro favor, haciendo que sean vuestra providencia. Confíad en María los enfermos, que molestados por larga enfermedad pasáis las horas en las angustias del sufrimiento; estad seguros de que obtendréis, ó el término de vuestros males, ó la santa unción que hace amar lo que crucifica los sentidos y la naturaleza. Confíad en María vosotros, que lucháis incesantemente contra las pérfidas sugerencias del adversario infernal, no dudando jamás, que con solo la invocación de su nombre infundiréis espanto á Satanás y alcanzareis la palma de la victoria. Confiemos todos en María y hallaremos en su generosidad todo consuelo, todo auxilio, toda protección y toda gracia.

DISCURSO XVI.

VIRGINIDAD.

Missus est angelus Gabriel ad virginem.

El ángel Gabriel fué enviado á la Virgen. (Luc. I, 26).

Acostumbran todos los predicadores cuando se los llama para hacer el panegirico de algun varon eminente en santidad, escoger, de entre las muchas virtudes que le adornaron en vida, aquella que aparece la más luminosa, y tratar exclusivamente de esta, dejando aparte las demás, ó de ménos importancia, ó ménos á propósito para el argumento que se proponen. Y así como es justo, que una virtud practicada de un modo singular y tenida en mucha estima, se reconoce con mayores elogios, no es ménos lógico, que debiéndose decir mucho en breve tiempo, se refieran aquellos hechos que sobresalen y resplandecen más en la vida del héroe cuya fiesta se celebra. Tal ha sido siempre la norma adoptada por aquellos que veneramos como maestros en el arte del bien decir, empezando por los Padres de la Iglesia, y descendiendo hasta los célebres oradores de nuestros días; y no cabe duda que merecería ser reprendido el que por espíritu de novedad dejase de seguir las mismas huellas.

No obstante; lo que practicamos para celebrar el mérito de los Santos, no puede servirnos de norma al tratar de la que es su Reina, porque si todos los Santos se han distinguido en alguna determinada virtud, María sobresalió en todas ellas, y por consiguiente, merece ser citada como modelo de las que cada Santo practicó de un modo especial. Por este motivo San Bernardo la compará á un astro maravilloso, que ilumina, vivifica é infunde aliento á los moradores de la tierra; y San Juan Crisóstomo asegura, que es la más perfecta imágen de las divinas perfecciones. Siendo, pues, eminentes todas

matutina que nos recrea en la hora de la muerte; su corazón está siempre abierto para acogernos, cobijarnos y estrecharnos con todo afecto. Ella no nos pierde de vista, vigila continuamente para nuestro bien, y en su maternal bondad nos dice: Venid á mí, vosotros, que sufrís los asaltos de la concupiscencia, las tentaciones del Infierno y las asechanzas con las cuales el mundo os tiende funestos lazos, y las muchas miserias de la vida; venid á mí, que soy el consuelo de los afligidos y la bienhechora de los que lloran, y os ofrezco un asilo, donde el atribulado puede poner en seguro sus esperanzas, su inocencia el justo, y su arrepentimiento el pecador.

Así, pues, confiemos en María, amados hermanos; confiemos en la generosidad de esta Madre piadosísima, deponed todas vuestras inquietudes en sus entrañas, y abandonémonos tranquilos entre sus brazos. Confiad en María los indigentes, que gemís en la privación de todas las cosas necesarias á la vida; estad seguros de que Ella enternecerá á los ricos en vuestro favor, haciendo que sean vuestra providencia. Confiad en María los enfermos, que molestados por larga enfermedad pasáis las horas en las angustias del sufrimiento; estad seguros de que obtendréis, ó el término de vuestros males, ó la santa unción que hace amar lo que crucifica los sentidos y la naturaleza. Confiad en María vosotros, que lucháis incesantemente contra las pérfidas sugerencias del adversario infernal, no dudando jamás, que con solo la invocación de su nombre infundiréis espanto á Satanás y alcanzareis la palma de la victoria. Confiemos todos en María y hallaremos en su generosidad todo consuelo, todo auxilio, toda protección y toda gracia.

DISCURSO XVI.

VIRGINIDAD.

Missus est angelus Gabriel ad virginem.

El ángel Gabriel fué enviado á la Virgen. (Luc. I, 26).

Acostumbran todos los predicadores cuando se los llama para hacer el panegirico de algun varon eminente en santidad, escoger, de entre las muchas virtudes que le adornaron en vida, aquella que aparece la más luminosa, y tratar exclusivamente de esta, dejando aparte las demás, ó de ménos importancia, ó ménos á propósito para el argumento que se proponen. Y así como es justo, que una virtud practicada de un modo singular y tenida en mucha estima, se reconociendo con mayores elogios, no es ménos lógico, que debiéndose decir mucho en breve tiempo, se refieran aquellos hechos que sobresalen y resplandecen más en la vida del héroe cuya fiesta se celebra. Tal ha sido siempre la norma adoptada por aquellos que veneramos como maestros en el arte del bien decir, empezando por los Padres de la Iglesia, y descendiendo hasta los célebres oradores de nuestros días; y no cabe duda que merecería ser reprendido el que por espíritu de novedad dejase de seguir las mismas huellas.

No obstante; lo que practicamos para celebrar el mérito de los Santos, no puede servirnos de norma al tratar de la que es su Reina, porque si todos los Santos se han distinguido en alguna determinada virtud, María sobresalió en todas ellas, y por consiguiente, merece ser citada como modelo de las que cada Santo practicó de un modo especial. Por este motivo San Bernardo la compará á un astro maravilloso, que ilumina, vivifica é infunde aliento á los moradores de la tierra; y San Juan Crisóstomo asegura, que es la más perfecta imágen de las divinas perfecciones. Siendo, pues, eminentes todas

las virtudes de María, el que tiene obligación de celebrarla, no puede hablar de una virtud sin tratar de las demás; ó debe, si quiere salir airoso, reunir las todas bajo un solo aspecto, y proclamarla virtuosísima.

Con todo; si según nuestro modo de entender, formamos un parangón entre las varias virtudes de María, hallaremos, que la virtud que tuvo en más estima fué la de la Virginidad, á la cual se consagró desde la más tierna infancia; esta es la virtud que arrobó el corazón de Dios; y Ella la tuvo en tan alto concepto, que, después de oídas las palabras del Arcángel, mensajero de la Encarnación del Verbo, puso por condición al grande ministerio, para el cual Dios la llamaba, que solo condescendería en ser madre si no dejase de ser virgen. Hoy trataremos brevemente de esta sublime virtud de María, elevándonos hasta donde sea posible á las bellas consideraciones á que nos invita. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La pureza brilla entre las virtudes, como brilla el diamante entre las perlas, y en la pureza consiste precisamente la virtud de la Virginidad. Según San Francisco de Sales, esta virtud hace á los hombres iguales á los ángeles; y San Cipriano no teme asegurar, que cuantos se adornan con ella, son fragantes flores de la Iglesia, la más bella obra de la gracia, y la imagen en la cual con más esplendor se refleja la santidad de Dios. La Virginidad es una virtud, que nos hace una imagen perfecta de Jesucristo, quien no sintió, ni pudo sentir movimiento alguno de concupiscencia, ni mancha alguna de sensualidad, por lo mismo que el pecado no pudo ofuscar la carne sacratísima del Hombre-Dios. La Virginidad es una virtud, que nos une á los celestiales espíritus; de suerte, que con ella marchamos por encima del lodo del mundo, sin que éste nos ensucie; vivimos corporalmente en la tierra, al paso que reposamos con el corazón en el Cielo; y somos unas criaturas mucho más dignas del Paraíso que de este valle de lágrimas. La Virginidad es una virtud, que haciendo de nuestras almas verdaderas esposas del Cordero Inmaculado, nos adorna como con una guirnalda que ciñe nuestras sienas, como con un collar de oro que nos cuelga del cuello, como con un rosario de perlas que brilla en nuestro pecho, como con un vestido más blanco que la nieve y más reluciente que el sol. La Virginidad es una virtud, que desata los lazos de nuestra carne, nos alimenta de castas delicias, nos colma de abrazos espirituales, nos aproxima á Dios, que, siendo inmutable é

indivisible, vive solo de sí mismo. Esta virtud fué singular en María.

La Virginidad, considerada en un sentido general, es la inmunidad de toda mancha, que se contrae por la violación grave ó leve de la ley de Dios. Esta Virginidad fué propia de María. Todos sabemos que, desde el primer instante de su sér, María fué prevenida por la gracia santificante; de suerte, que, si bien estaba sujeta por ley común á recibir en el alma la consecuencia del pecado original, quedó divinamente preservada de ella por especial favor. A este privilegio unieron otros, que le sirvieron como título de nobleza. Libre de aquella concupiscencia ó estímulo á la culpa, que es tan poderoso en nosotros, y extinguido enteramente en Ella, por más que tuviese un cuerpo, no sintió nunca la rebelión de las pasiones en el apetito, ni el ofuscamiento de razón en la inteligencia, ni en la voluntad afectos contrarios á la virtud. Por consiguiente, María jamás estuvo infecta de la venenosa baba de la serpiente; creció como una vid siempre lozana en el jardín inmaculado de la vida; vivió como nube libre de tinieblas y radiante de luz; apareció como vara sin nudo de la culpa original, y sin la corteza de la venial; tuvo constantemente puro el corazón; pasó la vida sin incurrir en el más leve pecado; conservó siempre inmaculados los afectos; é inmune de todo pecado original, mortal y venial, mereció que el divino Esposo la llamase bella y sin mancha de ninguna clase (1).

Y era conveniente que aquella á la cual eligió Dios por Madre, y en cuyas entrañas quería encarnarse, quedase inmune de toda mancha en el instante mismo en que los demás hijos de un padre culpable son concebidos en pecado; era conveniente, que, llena de gracia y de santidad, tuviese una carne libre de toda debilidad, un cuerpo sin enfermedades, sentidos sumisos, y vida exenta aún de la más mínima fealdad. Por lo tanto, aquel Dios, que en su próvida ternura preparó para el hombre, aún ántes de sacarle de la nada, una morada magnífica, adornada con todo lo que podía hacer agradable su estancia, debía ostentar mayores preparativos para la venida del segundo Adán, del Verbo encarnado, de Aquel en quien contempla su viviente imagen. Debía criar una nueva tierra y un cielo nuevo; debía disponer un nuevo jardín, fragante de flores, que no adornaron el antiguo Edén; debía agotar en esta nueva creación, sinó en el orden de la naturaleza, á lo ménos en el orden de la gracia,

(1) CANT. IV, 7.

todas las maravillas de su omnipotencia. Esta nueva tierra, este nuevo cielo, esta nueva creacion es María; y María, destinada para compartir con el Padre eterno el honor de la paternidad, y ser la Madre de su Unigénito, la Esposa predilecta del Espíritu Santo, salió del ardentísimo soplo del amor divino la más santa y la más pura de todas las criaturas.

María fué la única que poseyó esta Virginidad, la cual consiste en la inmundicia de todo pecado. Nosotros tenemos motivos para admirar la fé de Abrahán, el extraordinario nacimiento de Isaac, la clemencia de Moisés, la caridad de José, la mansedumbre de David y el celo de Elias. Nosotros admiramos la salvacion de Noé de las bramadoras aguas del diluvio universal; la de Sara, de las injurias de Abimelec; la de Judith, de las obscenidades de las tiendas del ejército Asirio; y la de los tres Niños de las llamas del horno ardiente. Nosotros tenemos noticia de grandes y singulares milagros, obrados fuera de las ordinarias leyes de la naturaleza, para librar á los hombres de graves desgracias y de peligros inminentes. Pero ¿quién se vió jamás libre de la culpa original? Nadie. Tan solo María fué engendrada santa; únicamente María estuvo en el principio de su sér vestida de purísima inocencia. María, pues, es la verdadera azucena entre las espinas; la verdadera paloma, cuyas cándidas alas no han tocado la tierra; el verdadero huerto cerrado, en cuyo interior no penetró jamás hombre alguno; la verdadera fuente sellada, cuyas aguas jamás se vieron turbias; la privilegiada, en cuyo corazón más rico que el corazón de un serafín, no cayó el hálito de la más lijera imperfeccion; es la simbolizada en la reina Esther que no iba comprendida en la ley general; es la única en gozar de la Virginidad, que tiene por dote propia la exencion de toda culpa.

En sentido particular, la Virginidad es una virtud especial, que induce á abrazar una vida santamente casta, inmune de toda mancha corporal, amante á un mismo tiempo de la inmaculada pureza del entendimiento y de la carne. Esta fué la virtud que María amó, desde la cuna al sepulcro, con todos los impulsos del corazón. ¿Y quién es el que en el transecurso de los siglos, al pronunciar el nombre de María, no añade luego el título de Virgen, y Virgen por excelencia, Virgen inmaculada? Contemplemos esta figura, que más que rarísima, podemos llamar singular.

María fué la primera virgen. Los descendientes de Adán, abrazados por las llamas de la concupiscencia, ántes de ser iluminados por la luz de Dios en Jesucristo, no alcanzaban á comprender la be-

lleza de esta excelsa virtud. A excepcion de los romanos, á quienes pareció conveniente ofrecer á Vesta la Virginidad, por más ó ménos tiempo, de algunas doncellas, no se halla vestigio de esta virtud en ningun otro pueblo. Los mismos Hebreos, que eran los herederos de las tradiciones divinas, la creían despreciable; y la esterilidad la tenían por oprobiosa. María brilla la primera en la esfera de las vírgenes, y se sienta la primera donde los hombres y los Angeles son una misma cosa. ¡Oh Virgen prudente! ¿quién te enseñó que la Virginidad es del agrado de Dios? ¿En qué ley, en qué preceptos, en qué página del Antiguo Testamento hallaste palabra alguna, que mandase, aconsejase ó exhortase á llevar en la tierra la vida del Cielo?

No ignoro, hermanos míos, que en siglos anteriores á María algunos amaron la Virginidad. La amaron Josué, Elias, Jeremías, Daniel y los tres Niños arrojados en el horno de Babilonia; pero esto no quita á María la gloria del primado, puesto que si hubo otros que amaron la Virginidad ántes que Ella, nadie como Ella hizo voto de castidad. Ofrecerse á Dios con cierta reserva de poder disponer de sí mismo, de poder continuar ó interrumpir lo que se usa para agradecerle, de poder añadir ó quitar algo, hé ahí lo que acostumbra hacer los hombres; hé ahí lo que hicieron los poco há citados; y esto no es ciertamente un sacrificio, ni una oblacion perfecta; despojarse despues de este poder, deshacerse en este particular de una libertad, de la cual todo el mundo está tan celoso, pertenecer de tal suerte á Dios, que no se pueda dejar de pertenecerle; hé aquí lo que no hicieron los demás; hé aquí lo que hizo María; este es sin duda alguna el acto más heróico y el ofrecimiento más precioso.

La Virginidad de las vírgenes de los siglos que precedieron á María, no puede compararse con la suya, como tampoco puede con ella parangonarse la de las vírgenes que la siguieron. Luego que Ella hubo alzado el estandarte de esta virtud, bajo la sombra de sus alas se acogieron muchísimos, deseosos de imitarla. Entónces pareció verificarse el prodigio vaticinado por Isaias, esto es, que en un solo día nacería un pueblo y una muchedumbre de hijos de un solo parto (1); porque, verdaderamente, despues del ejemplo de María, fueron innumerables los admiradores y los seguidores de su amor á la Virginidad. Desde los primeros albores del Cristianismo, desde los primeros dias del Evangelio, desde los primeros años de la Iglesia, se contaban á millares los hombres y las mujeres, que, renunciando

(1) ISAIAS, LXVI, 8.

á las delicias de los sentidos, llevaron una vida pura. Unos se retiraron á los desiertos, otros en las cuevas; y las Inés, las Ágatas, las Lucías y las Cecilias, tuvieron que sufrir los más bárbaros suplicios para no perdér nada de su candor.

En este órden descuella eminentemente María. Todos los demás, que amaron la Virginitad, sufrieron por lo ménos el estímulo de la concupiscencia, corrieron el peligro de perder el tesoro que los hacía aceptos á Dios, tuvieron necesidad de mortificarse para poner á raya las pasiones carnales. La vida fué para ellos una continua milicia (1), y se vieron obligados á combatir contra los enemigos que se atrincheraban en sus miembros (2), y á obrar la propia santificación con temor y espanto (3); pero María ignoró en que consistiese el estímulo de la carne, jamás corrió peligro de perder su gracia, ni conoció la necesidad de reprimir en sus sentidos grandes ni pequeñas rebeliones. Era el tabernáculo santificado por Dios mismo (4), que tenía por fundamento la fé, por pedestal la esperanza, y por cúpula la caridad; y en el interior de este tabernáculo no podía penetrar el soplo de ningun viento contrario. Era el Arca cubierta de oro acrisolado, adornada con las piedras preciosas de las virtudes, formada de maderas incorruptibles, que contenía en sí las tablas del Testamento; era la vara floreciente, el regalado Maná; y en esta Arca no podía encontrarse ninguna gota de agua que no fuese purísima. Era un nuevo Edén, más santo que el antiguo, donde se erguía el árbol de la Vida, donde moraba la paz y sonreía la inocencia; y en este Edén no podía penetrar ni el más débil silbido infernal. Por consiguiente, la Virginitad de María fué tal, que jamás tuvo que luchar contra los estímulos de la culpa, ni contra la inclinacion al placer, ni contra los desórdenes ni las vacilaciones de una voluntad propensa al mal; fué una Virginitad ante la cual desaparecen todas las demás virginitades, del mismo modo que la luz de una lámpara desaparece ante los rayos del sol.

Si la Virginitad se ha considerado en todo tiempo muy digna de alabanza; ¿cuánta alabanza no merecerá la Virginitad de María? Los Santos Padres, celebrando á las vírgenes, dicen: que son la flor escogida del místico campo, el jardín donde el Cielo derrama purísimo rocío, las castas abejas que fabrican la miel de las celestiales

(1) JOB. VII, 1.

(2) JAC. IV, 1.

(3) PHILIP. II, 12.

(4) PSALM. XLV, 5.

delicias. Los Doctores del Cristianismo no han vacilado en asegurar, que son la imágen más semejante al Cordero immaculado, la porcion más escogida del rebaño del divino Pastor, el adorno y el decoro de la Iglesia de Jesucristo. Escritores ilustres en doctrina y santidad, tienen por insignificantes las comparaciones más hiperbólicas, y no hallando nada en las grandezas humanas con que compararla, suben al empleo arrobados con el pensamiento, y nos dicen, que aquel Dios, á quien sirven los ángeles, quiso tener en las vírgenes otros ángeles, que le sirvieran en la tierra. Estos elogios son debidos á las vírgenes por haber oído y guardado la palabra de vida, que, segun el divino Maestro, hace bienaventurados á cuantos la escuchan y guardan, ó sea, la palabra de la Virginitad (1). Ahora bien; ¿qué elogios no se deben á María, que escuchó y guardó esta palabra más que todos? Aquí los Santos Padres enmudecen; á los Doctores del Cristianismo les cae de la mano la pluma; y los escritores ilustres en doctrina y en santidad carecen de frases; y á nosotros no nos queda otro recurso que llamar á María bendita entre las mujeres.

Bendita entre las mujeres, considerada la Virginitad en la inmundicia de todo pecado; y si nosotros, descendencia corrompida de un linaje prevaricador, llevamos juntamente con la naturaleza la culpa, no pudiendo ser hombres sin dejar de ser pecadores, solamente en Ella la naturaleza no osó preceder á la gracia; de suerte, que, libre de aquel fuego abrasador, que consume toda flor de inocencia en su primitivo germen, fué immaculada y la sola immaculada en su concepcion. Bendita entre las mujeres, considerada la Virginitad por aquella virtud especial, que induce á abrazar una vida libre de toda inmundicia corporal; y Ella dió el ejemplo, formó el modelo, desplegó la enseña, y tremoló el estandarte de la virginal pureza; de manera, que siguen sus huellas cuantos son llamados á esta candidísima continencia. Bendita entre las mujeres, considerada la Virginitad en la exencion del estímulo que impele al mal; Ella superó en pureza á los Querubines, de modo, que si todas las estrellas que han brillado con deslumbrante luz en el firmamento de la Iglesia, si todos los personajes que en el órden de la gracia fueron destinados á elevadísimas dignidades, si las almas ilustres que por razon de su estado ó por excelencia de privilegios estuvieron próximos al Redentor, tuvieron que sufrir los estímulos de la concupiscencia, solamente Ella no los sintió. Por eso todo nos induce á venerarla.

No todos son llamados á aquella virginitad, que excluye el matrimonio, la cual se aconseja, pero no se impone como precepto. Tam-

bien el matrimonio fué instituido por Dios; tambien en el estado conyugal puede conseguirse la santidad, como la consiguieron las Elisabeth, las Franciscas de Chantal, las Brigidas, las Perpétuas, los Luises de Francia; y si en nuestros días las más de las veces no produce estos frutos es, porque se ha paganizado de nuevo, mediante la corrosiva accion de la incredulidad moderna. Convertido el matrimonio en negocio de interés, ó de sensualidad, no es de maravillar que, pasadas pocas semanas, se convierta en una imágen de aquella region, de donde están alejados para siempre el orden, la paz y el gozo.

Pero si el matrimonio no es vedado, lo es toda impureza. Nuestro cuerpo es como un templo vivo de la divinidad; y el que le profana con obscenidades, pierde la amistad de Dios. Tertuliano decia, que los cristianos son como santuarios ungidos y consagrados por el Espíritu Santo, de cuyos santuarios es custodio la pureza; y que todos debemos impedir, con las más diligentes industrias y con los cuidados más atentos, que entre en ellos nada inmundo, para que aquel Dios, que los habita, no abandone, indignado, la profanada morada (1). Hé ahí lo que debemos procurar, hermanos míos; hé ahí lo que nos es necesario para imitar en toda condicion la Virginidad de María.

Y ahora perdonad, amados hermanos, si me atrevo á haceros una súplica. Llevad la mano al pecho para aseguraros de que los labios no desmienten al corazon, y respondedme: ¿Sois de tal condicion, que Jesús y María puedan consideraros como un objeto de complacencia? ¿Acaso, sin revolcaros por el lodo del vicio, evitais todo cuanto ofende sus candorosisimas miradas? ¿Evitais ciertas imprudentes miradas, y á veces peligrosas, ciertos pensamientos impropios de la santa sencillez de una casta delicadeza, ciertos deseos que no tienen por emblema la blancura del lirio, ciertas amistades contraídas más bien por la carne que por el espíritu, y ciertos efectos de los cuales Dios no es su principio ni fin? ¡Ea! arrojemos valerosamente de nuestro corazon, no solo lo que puede ofender á Jesús y á María, sinó que tambien todo cuanto pueda desagradarles. Recordemos que no hemos nacido para servir á la carne; y que si queremos aspirar á la felicidad, no debemos vivir en medio de las delicias terrenas. Recordemos que, siendo nuestros cuerpos miembros de Jesucristo, conviene que hagamos de ellos un santo uso; que donde no alcanza la mirada del hombre, alcanza la de Dios; y evitando todo cuanto sea reprobable, roguemos á María, para tener con su proteccion la dicha de seguir sus ejemplos, y de merecer siempre las miradas de su divino Hijo.

(1) Tertul. lib. 2, de cul. faem.

DISCURSO XVII.

VIRGINIDAD Y FECUNDIDAD.

Ecce virgo concipiet, et pariet filium.
Sabed que la Virgen concebirá y parirá un hijo. (Isa. VII, 14).

Nada hay más suave ni más árduo que hablar dignamente de la virginal gloria de María. Esta sentencia, que parece reunir ideas contrarias, es, sin embargo, verdadera. Nada hay más suave, pues, al tratar de la virginal belleza, que regocija al Cielo y convierte la tierra en Paraíso, los ojos derraman tiernas lágrimas, el corazon se ensancha, y mil lisonjeras imágenes nos conmueven en lo más íntimo. Nada hay más árduo; pues, al recordar aquella perfecta virtud, que, libre de los lazos de la carne, vivió acá abajo como si anticipase la vida de los bienaventurados, se siente, que, sobrepujando á las mismas inteligencias angélicas, no puede medirla ninguna humana inteligencia. Por esto, algunos oradores famosísimos, convencidos de que por más estudio, por más voluntad, por más afecto y por más celo que empleasen en esta materia, de que se sentían deliciosamente embriagados, no sabían tratarla como deseaban, prefirieron contenerse en un devoto silencio. Los mismos Padres de la Iglesia afirmaron, que no se podía alabar debidamente á Aquella, que por mucho que se la alabe es superior á toda alabanza.

Esto que me ha sucedido á mí, que soy el último de todos, cuantas veces he tenido que hablar de María y de su virginidad, sin duda me sucederá tambien hoy, llenándome no sé si de mayor dileccion ó de mayor confusion. En efecto; mi discurso debe versar, amados hermanos, sobre una virginidad verdaderamente prodigiosa, acompañada de una aún más admirable divina fecundidad. Creo que esto os será sumamente grato; bien que tema, que cuanto voy á exponer, os parezca poco proporcionado, como efectivamente lo será, al mé-

bien el matrimonio fué instituido por Dios; tambien en el estado conyugal puede conseguirse la santidad, como la consiguieron las Elisabeth, las Franciscas de Chantal, las Brigidas, las Perpétuas, los Luises de Francia; y si en nuestros días las más de las veces no produce estos frutos es, porque se ha paganizado de nuevo, mediante la corrosiva accion de la incredulidad moderna. Convertido el matrimonio en negocio de interés, ó de sensualidad, no es de maravillar que, pasadas pocas semanas, se convierta en una imágen de aquella region, de donde están alejados para siempre el orden, la paz y el gozo.

Pero si el matrimonio no es vedado, lo es toda impureza. Nuestro cuerpo es como un templo vivo de la divinidad; y el que le profana con obscenidades, pierde la amistad de Dios. Tertuliano decia, que los cristianos son como santuarios ungidos y consagrados por el Espíritu Santo, de cuyos santuarios es custodio la pureza; y que todos debemos impedir, con las más diligentes industrias y con los cuidados más atentos, que entre en ellos nada inmundo, para que aquel Dios, que los habita, no abandone, indignado, la profanada morada (1). Hé ahí lo que debemos procurar, hermanos míos; hé ahí lo que nos es necesario para imitar en toda condicion la Virginidad de María.

Y ahora perdonad, amados hermanos, si me atrevo á haceros una súplica. Llevad la mano al pecho para aseguraros de que los labios no desmienten al corazon, y respondedme: ¿Sois de tal condicion, que Jesús y María puedan consideraros como un objeto de complacencia? ¿Acaso, sin revolcaros por el lodo del vicio, evitais todo cuanto ofende sus candorosisimas miradas? ¿Evitais ciertas imprudentes miradas, y á veces peligrosas, ciertos pensamientos impropios de la santa sencillez de una casta delicadeza, ciertos deseos que no tienen por emblema la blancura del lirio, ciertas amistades contraídas más bien por la carne que por el espíritu, y ciertos efectos de los cuales Dios no es su principio ni fin? ¡Ea! arrojemos valerosamente de nuestro corazon, no solo lo que puede ofender á Jesús y á María, sinó que tambien todo cuanto pueda desagradarles. Recordemos que no hemos nacido para servir á la carne; y que si queremos aspirar á la felicidad, no debemos vivir en medio de las delicias terrenas. Recordemos que, siendo nuestros cuerpos miembros de Jesucristo, conviene que hagamos de ellos un santo uso; que donde no alcanza la mirada del hombre, alcanza la de Dios; y evitando todo cuanto sea reprobable, roguemos á María, para tener con su proteccion la dicha de seguir sus ejemplos, y de merecer siempre las miradas de su divino Hijo.

(1) Tertul. lib. 2, de cul. faem.

DISCURSO XVII.

VIRGINIDAD Y FECUNDIDAD.

Ecce virgo concipiet, et pariet filium.
Sabed que la Virgen concebirá y parirá un hijo. (Isa. VII, 14).

Nada hay más suave ni más árduo que hablar dignamente de la virginal gloria de María. Esta sentencia, que parece reunir ideas contrarias, es, sin embargo, verdadera. Nada hay más suave, pues, al tratar de la virginal belleza, que regocija al Cielo y convierte la tierra en Paraíso, los ojos derraman tiernas lágrimas, el corazon se ensancha, y mil lisonjeras imágenes nos conmueven en lo más íntimo. Nada hay más árduo; pues, al recordar aquella perfecta virtud, que, libre de los lazos de la carne, vivió acá abajo como si anticipase la vida de los bienaventurados, se siente, que, sobrepujando á las mismas inteligencias angélicas, no puede medirla ninguna humana inteligencia. Por esto, algunos oradores famosísimos, convencidos de que por más estudio, por más voluntad, por más afecto y por más celo que empleasen en esta materia, de que se sentían deliciosamente embriagados, no sabían tratarla como deseaban, prefirieron contenerse en un devoto silencio. Los mismos Padres de la Iglesia afirmaron, que no se podía alabar debidamente á Aquella, que por mucho que se la alabe es superior á toda alabanza.

Esto que me ha sucedido á mí, que soy el último de todos, cuantas veces he tenido que hablar de María y de su virginidad, sin duda me sucederá tambien hoy, llenándome no sé si de mayor dileccion ó de mayor confusion. En efecto; mi discurso debe versar, amados hermanos, sobre una virginidad verdaderamente prodigiosa, acompañada de una aún más admirable divina fecundidad. Creo que esto os será sumamente grato; bien que tema, que cuanto voy á exponer, os parezca poco proporcionado, como efectivamente lo será, al mé-

rito de la Santísima Virgen. Ya veis, pues, en que compromiso me encuentro; por una parte, la celebridad de María en su virginidad no me permite pasarla en silencio; y por otra, la importancia del asunto me roba la esperanza de elogiarla como se merece. No obstante, ya que el argumento que debo tratar, me pone delante la virginidad de María, que, singular por sí misma, es en premio fecunda de un Hijo singularísimo, es preciso que entre en materia, á pesar de mis débiles fuerzas. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

El Señor, al decir á Job, que nunca podría comprender su poder y su paciencia, preguntóle: ¿Por ventura has entrado en los depósitos de la nieve? (1) Permitidme, hermanos míos, que yo os pregunte á mi vez: ¿Habeis intentado descubrir los tesoros de las nieves purísimas de María? Vosotros no ignorais, que la índole del corazón de la Virgen fué la pureza virginal, y que esta pureza fué la forma de sus costumbres; vosotros sabeis, que, desde su más tierna edad, sin que la obligase ningun precepto, sin consejo que la fortaleciese, y sin ejemplo que la precediese, se ligó con voto de virginidad; vosotros sabeis, que conservó el candor de sus lirios bajo la sombra del Templo, y entre las paredes de su casa; en la vida privada, y en la pública. Sin embargo, no son estas las nieves que más se deben admirar en Ella; como no lo son la época de su nacimiento, la más contraria á la inmaculada pureza de la carne; la nacion en que vivía, la ménos favorable á esta virtud; el estado en que la conservó en el estado del matrimonio, el más opuesto á la virginidad. Estas nieves consisten, en que María quiso ser virgen con preferencia á la divina maternidad.

Observad en la casa de Nazareth un espectáculo digno de allísima admiracion. Allí miran todos los siglos; allí se inclinan los Cielos; allí está pronta á revelarse la divina misericordia en toda la efusion de sus gracias. Dos de los más estupendos séres, que han salido de las omnipotentes manos del Altísimo, están en mútuo coloquio: Gabriel, y María. Aquél le ofrece la fecundidad, y ésta persiste en el propósito de permanecer virgen; aquél le propone subir á la mayor de las dignidades, y ésta se mantiene firme en su resolucion; aquél la anuncia el incomparable decoro de verse Madre de Dios, y ésta prefiere la virginal pureza. Gabriel aguarda que María pronuncie el FIAT más maravilloso que el de la creacion; y aunque María, en pre-

(1) Job. XXXVIII, 22.

sencia de Gabriel, se muestre penetrada de sincera gratitud por la bondad de un Dios que la favorece con tan excelso honor, temblorosa con respecto al tesoro que prefiere á todas las glorias, no titubea en renunciar á la de Madre del Señor, si no puede unirse con la virginidad, que amó con un amor inmenso, y por espontánea eleccion. Yo creo, que el mismo Arcángel se maravillaria de esta deliberacion.

Y nosotros no podemos ménos de admirarnos de tal constancia, nunca vista, ni oida; tan magnánima á un tiempo, y tan sencilla en su magnanimidad. En efecto, si se hubiese tratado de renunciar las riquezas del mundo, sabemos que muchos, movidos de la gracia, rompieron voluntariamente aquellos lazos, que, á modo de fuertes cadenas, les sujetaban; si de las pompas del siglo, sabemos de otros, que, siguiendo las huellas de Jesucristo, arrojaron aquella pesada carga que oprimía su espíritu, para que admitidos en el ósculo de la paz, pudieran ocuparse del todo en los bienes eternos. Pero María, no trata de renunciar riquezas ni tesoros, reinos ni imperios, victorias ni trofeos, que fueron la gloria de tantos, que armados sus pechos de triple coraza contra toda fascinacion de grandezas terrenas, fueron elevados por la Iglesia á los honores de los altares; trata de renunciar la dignidad de Madre, no de un general de ejércitos, no de un príncipe de un pueblo numeroso, no de un Profeta, de un Patriarca, ni de un Santo; sinó del Dios de los Profetas, del Dios de los Patriarcas, del Dios de los ejércitos, del omnipotente, gobernador de Cielo y tierra. Se trata de renunciar á una dignidad, que, colocando el trono sobre la cabeza de los Angeles y de los Arcángeles, no habrá quien la sobrepuje, á excepcion de Dios. ¿Y María no se resuelve? ¿Está todavía indecisa?

Y nuestra admiracion crecerá de punto si se considera, que nadie había deseado tanto la encarnacion del Verbo como María. Conociendo los divinos oráculos, con un ardor mucho más vivo que aquel con el cual los Profetas de Judá conjuraban los Cielos á que enviase el suspirado rocío, las nubes á que llovieran el Justo, la tierra á que brotara al Salvador, rogaba por la venida del prometido Mesias. Tan fervorosos eran sus suspiros, tan encendidos, que Ella sola consiguió, entre toda la muchedumbre de los moradores de la tierra, hacer violencia al Rey de reyes; Ella sola, con sus ardientes votos, indujo al eterno Padre á enviar á la tierra á su Unigénito en carne mortal. Y sin embargo, miéntras que deseaba de esta suerte ver en la tierra al Deseado de todas las naciones, cuando se le anuncia llegada la hora

de esta misericordia, y está á su disposicion el que se derrame á favor del género humano, refrena sus suspiros; y en vez de prevenir con santa impaciencia las preguntas del Arcángel, no le contesta sin adquirir ántes la certidumbre de que conservará su virginidad. ¡Oh! este, más que cualquiera otro argumento, nos dá á conocer, con cuanto insuperable afecto amaba María la Virginidad.

Con mucho acierto, pues, la Iglesia Católica la festeja con augustas pompas de solemne regocijo; y el pueblo cristiano la saluda Virgen de las vírgenes, arrojando flores sobre sus altares y entrelazando guirnaldas de azucenas en los muros de los templos que le están dedicados. Esta prodigiosa virginidad fué coronada por una más que prodigiosa fecundidad, cual es la de concebir al Hijo de Dios. Tal, es, precisamente, la fecundidad de María. Apénas el Arcángel la hubo tranquilizado acerca del candor de sus azucenas, y Ella dado el consentimiento á la obra anunciada, cumpliósse el incomprensible misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. La virtud del Altísimo descendió sobre la inmaculada Virgen, cubriéndola con su sombra, el Espíritu Santo fecundizó sus entrañas, de su purísima sangre formó el adorable cuerpo del Hombre-Dios; al que se unió el alma más santa y más perfecta que pudiese salir de las manos creadoras de la augusta Trinidad; y la pobre naturaleza humana quedó unida con la naturaleza divina. Aquel, que tiene por trono el empíreo y la tierra por escabel; Aquel, que es el esplendor de la gloria y el vivo retrato de la eterna substancia; Aquel, que todo lo rige y gobierna con su palabra; se hizo hombre. El Altísimo se humilló, el Fuerte se hizo débil, el Inmenso limitado; el Criador descendió de la magestad á la abyeccion, de la beatitud á los padecimientos, de la omnipotencia á la enfermedad, y de la gloria á las angustias. Por consiguiente, María es la vara de Jesé, de la cual brotó el precioso pimpollo; la feliz aurora, que llevó en su seno al Sol de justicia; la nube, que derramó fecundante lluvia sobre la árida tierra; ó para decirlo mejor, es la Madre de Dios, por que es la Madre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Pero, si María es madre, ¿qué queda de su virginidad? Queda otro milagro, de que se maravillan los bienaventurados, y ante el cual enmudecen de profundísimo estupor todas las criaturas inteligentes; el milagro de una vírgen, que sin dejar de serlo, llega á ser madre. En efecto; era conveniente para la gloria del Padre y la del Hijo, que la Encarnacion se verificase por medio de una madre que fuese vírgen. Era conveniente para la gloria del Padre, á quien no convenía

comunicar á nadie más su paternidad, puesto que es gloria suprema para Él, tener un Hijo, que le es consubstancial. Era conveniente para la gloria del Hijo, porque, suprema gloria es la suya de hacerse reconocer y adorar como verdadero Hijo de Dios. Por esto Aquel, que descendía en medio de los hombres para traer la integridad y la incorruptibilidad, debía dar principio á la obra emprendida con la incorruptibilidad y la integridad de Aquella, que habia escogido por madre; por esto Aquel, que llevaba á los cuerpos humanos una nueva gracia de inmaculada sinceridad, debía nacer en un orden enteramente nuevo.

Así es que en la ley antigua, varios simbolos y figuras prepararon los ánimos para el novísimo advenimiento. Aquí se vé un zarzal, que no se consume, á pesar de arder en pavorosas llamas; allá una vara, que florece, bien que separada de su raíz; acullá una flor, que sin destruir el capullo que la encierra, se entreabre lozana sobre su tallo; otras veces es una piedra desprendida espontaneamente de la roca; otras, un vellon desplegado á la inclemencia del rocío sin que lo moje. Esas figuras y esos simbolos, ó no significan nada, ó indican claramente, que la Madre del Salvador es vírgen. Este argumento emplearon los apologistas católicos, explicando con su arrebatadora elocuencia la singularísima virginidad y la nobilísima fecundidad de María, contra los adversarios que se atrevieron á impugnarla.

Si deseais saber, amados hermanos, como María, permaneciendo vírgen, pudo ser madre, os diré con la doctrina de los Santos Padres: Así como Adán nació de tierra vírgen, del mismo modo Cristo fué procreado por una madre vírgen; así como no habia pasado el arado sobre la tierra madre de aquél, tampoco fué violado por la concupiscencia el seno de María; y así como á Adán formóle Dios de barro, á Jesús formóle el Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen (1). De la propia suerte que Adán, sin mujer, engendró á Eva con su propia carne, así María engendró á Cristo sin obra de varon; y así como, una vez sacada la costilla para producir á Eva, Adán quedó intacto, tambien María quedó inmaculada despues de haber concebido á Jesús (2). Del mismo modo que la vara de Arón produjo fruto, bien que separada de la raíz y sin estar hundida en el suelo, cual lo exigen las leyes de la naturaleza, María, sin obra de varon, dió, sobre todas las leyes naturales, el más bello fruto, esto es, el

(1) S. Ambros., serm. 47 de quadrag.

(2) S. Chrisost., Orat. in Theoph.

Hijo de Dios (1). Así como la estrella esparce sus rayos sin detrimento suyo, también la Virgen concibe al Hijo de Dios sin menoscabo de su pureza; y de la propia suerte que el rayo no disminuye la claridad de su estrella, tampoco el Hijo mengua la integridad de su Madre (2).

Con estos símiles, los doctísimos y santos varones que florecieron en la Iglesia, procuraron explicar la admirable virginidad y la más que admirable fecundidad de María; y no obstante, la unión de ambos privilegios, siempre será en Ella uno de los más estupendos milagros de la omnipotencia divina. No cabe duda; los Libros sagrados refieren muchos prodigios obrados por Aquel, que tiene por pabellón los Cielos, y á cuya presencia tiembla la tierra, son confundidos los abismos, y derribadas las tiendas de Madián. De vez en cuando, Dios se dá á conocer, suspendiendo las primitivas leyes de la naturaleza y rasgando el velo que le oculta, como á Señor de las criaturas y del orden mismo que las gobierna. Pero, ¿qué son todos los otros prodigios comparados con aquellos que se verificaron en la Virgen?

Por eso se han tributado á María los más sublimes elogios. La gracia la hace madre, dice el Crisólogo, no la naturaleza, puesto que en su concebir crece el pudor, se aumenta la castidad, se corrobora la pureza, se consolida la virginidad (3). Únicamente bella por la flor juntamente con el fruto, decía Guillermo Abad, Ella sola, entre todas las madres, conserva la flor de la virginidad; Ella sola, entre las vírgenes, tiene el fruto de la fecundidad (4). Hé aquí, exclamaba San Ildefonso, que fuera de lo acostumbrado, con orden insólito, y con insólita ley, en una misma persona, en un mismo cuerpo, en una misma condicion, en una misma edad, el pudor de madre alterna con el rubor de virgen; el honor de virgen con el honor de madre; con la generacion la virginidad, y con la prerogativa de la virginidad la facultad de concebir. Ninguno de ambos privilegios cede al otro; ninguno de ellos causa daño alguno al otro; sinó que se dán mutuamente la mano. No se separa de la madre el decoro de virgen, ni el quedar virgen impide el parto maternal; el Hijo no marenita el lirio virginal; y este lirio se enlaza con la dignidad de madre; el pudor

(1) S. August., serm. 2, Ado.

(2) S. Bern., ser. 2, super Missus est.

(3) S. Pet., Chrysolog, serm. 142.

(4) Guliel., Ab. Can. 1.

virginal ennoblece la maternidad, y la prole ennoblece la virginidad (1).

La virginidad del alma teme todo cuanto puede empañarla, renuncia con firmeza cuanto no puede armonizarse con ella, ama el retiro, la meditacion y la oracion. Tal fué la virginidad de María. Pero, ¿es de tal condicion la nuestra? También nosotros recibimos en el Bautismo la estola de la inocencia y pasamos á ser templos vivos del Espíritu Santo; recibimos la gracia por medio de los sacramentos, y nos unimos íntimamente con el Hijo de Dios en la Eucaristía; también nosotros vestimos la carne de que se vistió Jesucristo, y nuestros cuerpos están destinados á entrar en la gloria de los moradores del celestial Paraíso. ¿Y cuál es nuestra diligencia, cuál nuestra solicitud para conservar tantos bienes? Llevando preciosísimos tesoros en vasos de barro quebradizo, ¿cuál es nuestro cuidado, cuál nuestra vigilancia para conservarlos? ¡Ah, de cuan diferente manera obramos nosotros de la que obró la Santísima Virgen! En vez de temer lo que podría empañar la pureza con emanaciones impuras, no hacemos de ello caso alguno; en vez de renunciar á cuanto podría perjudicarnos, nos encaprichamos por frivolidades; en vez de meditar, nos distraemos en pensamientos mundanos; en vez de orar, procuramos olvidarnos de Dios y gozar del mundo. De ahí dimana, que desde los primeros años de la infancia, desde los días de la adolescencia, se pierda la virginidad del alma, la inocencia del corazón, el principal ornamento del cristiano.

¡Oh, amados hermanos! pongamos atento cuidado en regular con calma y con juicio todas nuestras acciones, y en moderar nuestra lengua para no caer en los lazos del pecado; procuremos que la fé se conserve siempre viva en nosotros, la esperanza siempre santa, la caridad siempre ardiente y la oracion siempre continua. Entónces, fortalecidos de esta suerte, si nos asalta la tentacion, en la vigilancia del espíritu y en el vigor de la conciencia hallaremos fáciles recursos para vencer en la lucha. Llenos de buenas máximas, que, en ciertas ocasiones, pueden servirnos de sólido escudo; ejercitados en las sólidas virtudes, que saben resistir los asaltos de los enemigos; fortalecidos con las resoluciones tomadas, que oponen muros de bronce á las asechanzas de los adversarios, no temeremos que el tentador nos derribe. Por más que nos declare terrible guerra, que emplee toda arte astuta para causarnos daño, no triunfará de nos-

(1) S. Ildephons., de Virg. Deip. c. 2.

otros. Asústense, ya que tienen motivo, de resbalar á cada paso y de abismarse al menor golpe, aquellos que viven sin cautela, sin prácticas religiosas y sin pedir nunca auxilios á Dios; pero nada tienen que temer aquellos que, tomadas por su parte las convenientes medidas, imploran, con el corazón en los labios, los socorros de la divina misericordia.

Siendo vírgenes de entendimiento y de corazón, seremos fecundos, ya que es propio de las buenas obras producir frutos de vida inmortal. Tendremos luces para disipar nuestras tinieblas, gracias para alentar nuestro espíritu, méritos para prepararnos una eternidad feliz, y medios para subir á la inmarcesible beatitud. Después de la fecundidad de María, no hay fecundidad más preciosa que ésta, puesto que precisamente para esta nuestra fecundidad tuvo lugar la fecundidad de María. El Eterno Padre envió al mundo á su Unigénito Hijo, para nuestra salvación; y para la salvación nuestra, el Hijo de Dios unigénito se encarnó en las entrañas de la Virgen; y en todo cuanto obró, en todo cuanto padeció, no tuvo otra mira que nuestra salud espiritual. Por lo tanto, ¿no es este el negocio que puede llamarse propiamente nuestro, que nos está recomendado expresamente, y el solo necesario, con preferencia á cualquier otro? Y por eso, si con la virginidad del entendimiento y del corazón, si con la virginidad del alma, se nos otorga el producir frutos de eterna salvación, frutos de vida eterna; ¿no es cierto, acaso, que se nos concede el ser preciosamente fecundos, y hacer que, por nuestra parte, la fecundidad dimanase de la virginidad? ¡Oh Jesús! que, queriendo tomar carne humana, escogisteis por madre á una vírgen; infundid en los corazones de vuestros creyentes un tierno amor á la pureza, grande horror al vicio, que es su contrario, para que nada se oponga á ser vuestros seguidores en el destierro, y vuestros glorificadores en la patria celestial.

DISCURSO XVIII.

MODESTIA.

In fine autem omnes modesti.
Finalmente, sed todos... modestos.
(I. PET. III, 8).

Se disputó mucho entre los antiguos, acerca de cual fuese la cosa más pequeña y al propio tiempo la más grande de todas. Algunos dijeron, que era el sol, que con ser el mayor de los astros, lo recoge la vista en la órbita de una mirada; otros, que eran los ojos, que siendo globos muy reducidos, se extienden á objetos de desmesurada mole y que se hallan á gran distancia de ellos. Unos juzgaron, que era la lengua, pronta, aunque pequeña, á celebrar cuanto hay de magnífico y de excelso; aquellos, que era el corazón, limitado en su esencia é ilimitado en los deseos, pues, siendo pequeño, es más grande que todo el mundo. Hablóse y se escribió mucho sobre el particular; pero como que todos sostenían su tesis con abundancia de razones y energía de pensamientos, quedó el problema sin resolver.

Sea lo que fuere de tales opiniones, me parece que se puede afirmar, que la cosa más grande y la más pequeña á un tiempo, es la Santísima Virgen. En efecto; María, superior á todas las criaturas, no reconoce semejante ni segunda, coronada con las estrellas de toda virtud. Hija del Altísimo Padre, Madre de aquella fuente de inmensa bondad que fué nuestro Salvador, esposa del Dios Paráclito, bendita entre las mujeres, y por eminencia de santidad elevada sobre los coros de los ángeles, es, sin duda, grandísima. No obstante, se cree Ella tan ínfima, se considera tan pobre, vive retirada en tal oscuridad, se conduce en todas ocasiones con tanta modestia, que, siendo la más grande, parece la más ínfima de todas las criaturas. Preciosa enseñanza para los que, si bien poseen las demás virtudes, no las adoran con la modestia. La virtud no se hermana con la vanagloria;

otros. Asústense, ya que tienen motivo, de resbalar á cada paso y de abismarse al menor golpe, aquellos que viven sin cautela, sin prácticas religiosas y sin pedir nunca auxilios á Dios; pero nada tienen que temer aquellos que, tomadas por su parte las convenientes medidas, imploran, con el corazón en los labios, los socorros de la divina misericordia.

Siendo vírgenes de entendimiento y de corazón, seremos fecundos, ya que es propio de las buenas obras producir frutos de vida inmortal. Tendremos luces para disipar nuestras tinieblas, gracias para alentar nuestro espíritu, méritos para prepararnos una eternidad feliz, y medios para subir á la inmarcesible beatitud. Después de la fecundidad de María, no hay fecundidad más preciosa que ésta, puesto que precisamente para esta nuestra fecundidad tuvo lugar la fecundidad de María. El Eterno Padre envió al mundo á su Unigénito Hijo, para nuestra salvación; y para la salvación nuestra, el Hijo de Dios unigénito se encarnó en las entrañas de la Virgen; y en todo cuanto obró, en todo cuanto padeció, no tuvo otra mira que nuestra salud espiritual. Por lo tanto, ¿no es este el negocio que puede llamarse propiamente nuestro, que nos está recomendado expresamente, y el solo necesario, con preferencia á cualquier otro? Y por eso, si con la virginidad del entendimiento y del corazón, si con la virginidad del alma, se nos otorga el producir frutos de eterna salvación, frutos de vida eterna; ¿no es cierto, acaso, que se nos concede el ser preciosamente fecundos, y hacer que, por nuestra parte, la fecundidad dimanase de la virginidad? ¡Oh Jesús! que, queriendo tomar carne humana, escogisteis por madre á una vírgen; infundid en los corazones de vuestros creyentes un tierno amor á la pureza, grande horror al vicio, que es su contrario, para que nada se oponga á ser vuestros seguidores en el destierro, y vuestros glorificadores en la patria celestial.

DISCURSO XVIII.

MODESTIA.

In fine autem omnes modesti.
Finalmente, sed todos... modestos.
(I. PET. III, 8).

Se disputó mucho entre los antiguos, acerca de cual fuese la cosa más pequeña y al propio tiempo la más grande de todas. Algunos dijeron, que era el sol, que con ser el mayor de los astros, lo recoge la vista en la órbita de una mirada; otros, que eran los ojos, que siendo globos muy reducidos, se extienden á objetos de desmesurada mole y que se hallan á gran distancia de ellos. Unos juzgaron, que era la lengua, pronta, aunque pequeña, á celebrar cuanto hay de magnífico y de excelso; aquellos, que era el corazón, limitado en su esencia é ilimitado en los deseos, pues, siendo pequeño, es más grande que todo el mundo. Hablóse y se escribió mucho sobre el particular; pero como que todos sostenían su tesis con abundancia de razones y energía de pensamientos, quedó el problema sin resolver.

Sea lo que fuere de tales opiniones, me parece que se puede afirmar, que la cosa más grande y la más pequeña á un tiempo, es la Santísima Virgen. En efecto; María, superior á todas las criaturas, no reconoce semejante ni segunda, coronada con las estrellas de toda virtud. Hija del Altísimo Padre, Madre de aquella fuente de inmensa bondad que fué nuestro Salvador, esposa del Dios Paráclito, bendita entre las mujeres, y por eminencia de santidad elevada sobre los coros de los ángeles, es, sin duda, grandísima. No obstante, se cree Ella tan ínfima, se considera tan pobre, vive retirada en tal oscuridad, se conduce en todas ocasiones con tanta modestia, que, siendo la más grande, parece la más ínfima de todas las criaturas. Preciosa enseñanza para los que, si bien poseen las demás virtudes, no las adoran con la modestia. La virtud no se hermana con la vanagloria;

y basta este lunar para que aquélla desaparezca. Ved aquí, lo que formará el asunto del presente discurso; y después de haber visto cuan mal obran los que por vanagloria buscan las alabanzas del mundo, veremos cuan laudablemente obró María, respondiendo siempre con modestia á las alabanzas que se la tributaban. En mi concepto, sería difícil proponer un asunto de mayor gloria para la Santísima Virgen, ó de mayor utilidad para nosotros. Escuchadme, pues, con vuestra acostumbrada atención. A. M.

Sometidos á innumerables miserias, nosotros, que con mucha verdad fuimos comparados á la flor del campo que se deshoja, á la yerba del prado que se marchita, á la sombra que se aleja, y á un vaso de barro que se rompe al primer golpe, ningun motivo tenemos para enorgullecernos, ó para creer que se nos deben aplausos y honores. Ni podrían ofrecernos como motivo de excepcion, la púrpura de los reyes, ó el carro triunfal de los vencedores; ni el oro de los cetros, ni las piedras preciosas de las coronas, ni aún las obras de la misma santidad. Los dones de la naturaleza, de la fortuna y de la gracia, son una mera limosna que Dios nos dispensa gratuitamente, sin cuyo auxilio ni siquiera sabríamos mover la mano, articular una palabra, ni formar un pensamiento. Si mirádonos, pues, desde el punto de vista más lisonjero, lo hemos recibido todo, y nada poseemos que sea verdaderamente nuestro; ¿con qué conciencia fomentaríamos la vanagloria en vez de cubrir nuestros actos con la modestia? Así como la modestia, humilde y cortés, adquiere fácilmente homenajes y estimacion, la vanagloria, además de atraernos envidias, desprecios y desdenes de toda suerte, nos hace desgraciados á los ojos del Señor. En efecto: la vanagloria ofende é injuria gravemente á Dios, al mismo tiempo que nos irroga mucho daño.

La vanagloria ofende é injuria gravemente á Dios. Enseñándonos la fé, que Dios es el principio primero y el último fin de todas las cosas, sabemos que todo cuanto poseemos deriva de Dios, y, por consiguiente, que Él es el primer principio; y por tanto, se debe igualmente referirlo todo á Él como último fin; diciéndonos, además, que cuanto obró Dios, lo hizo para su gloria, nos enseña al mismo tiempo, que de todo lo que tienen de útil nuestros bienes, se debe dar gloria á Dios, como homenaje de nuestra dependencia á su soberanía. Esta fué siempre la norma de los justos, que se mostraron fieles al Señor. Faraon, después de un misterioso sueño, conoció que la sabiduría de todos los intérpretes nada era al lado de la explicacion

de José, sacado de la ignominiosa cárcel para interpretarlo; éste, empero, le dijo: que la gloria de penetrar lo futuro pertenecía enteramente á Dios. San Pedro, con la virtud que recibió de lo alto, curó á un cojo que se hallaba en la puerta del Templo; mas al observar que los Israelitas se maravillaban de ello, les dijo: que la gloria de aquel prodigio no debía atribuirse á él, sinó al poder de Jesús, en virtud de cuyo nombre aquel infeliz se sostenía derecho y ágil sobre sus piés. San Pablo comparó los ministros del Evangelio á los labradores; y para que nadie se equivocase acerca de la interpretacion de sus palabras, dijo: que si él había plantado y Apolo regado, la gloria se debía á Dios, que con la accion interior de la gracia había hecho el campo fecundo y abundante (1). Con cuya comparacion manifestaba el Apóstol, que solo á Dios debe tributarse honor y gloria (2). El mismo Jesucristo afirma en diferentes ocasiones, que Él no buscaba la vanagloria (3).

Esto supuesto, decidme, hermanos míos; ¿qué es lo que hace aquel, que, prescindiendo de la modestia, corre en pós de la vanagloria? Toma únicamente de mira á sí propio, se complace tan solo en sí mismo, quiere el honor para sí en todo cuando ejecuta; y no contento de las utilidades que saca de su industria, de su talento, ó de su valor, pretende que se le atribuya hasta la gloria debida á su Criador y Bienhechor. De esta suerte, el hombre se hace reo de hurto, robando con mano sacrilega á Dios la gloria que se le debe. De esta suerte el hombre, mostrando no reconocer á Dios como autor de lo que posee, se hace reo, no solo de iniquidad máxima, sinó de una especie de infidelidad. Aquellos, pues, que levantan soberbios la frente por tener ojos brillantes, lábios sonrosados, manos contorneadas, mórvidas carnes, y en el rostro colores que rivalizan con el lirio y la rosa; aquellos, que se juzgan superiores á las demás personas por la antigüedad de su origen, por el esplendor de su cuna, y por los fastos de sus antepasados, sobre cuyos sepulcros se esculpieron espléndidas enseñas y se grabaron emblemas heráldicos; aquellos, que se reputan como númenes, porque, perteneciendo á la clase noble, el mundo presta obsequio y reverencia á su dignidad y poderío; aquellos, que se glorian de un nombre hecho ilustre en las ciencias, en las letras, en las artes, ó porque sus cofres rebosan de oro y son dueños de

(1) I. COR. III, 7.

(2) I. TIM. I, 17.

(3) JOAN. VIII, 50.

vastos campos; precisamente por la vanagloria con que usurpan, ó tratan de usurpar lo que es debido á Dios, han de ser considerados como ladrones, como inícuos é infieles; y, por consiguiente, no cabe la menor duda de que infieren á Dios suma injuria.

La vanagloria nos irroga mucho daño. Muchas veces hace, que se pierdan los dones mismos de que su poseedor se enorgullece; así sucedió á Ezequías, que habiendo hecho ostentacion de sus tesoros ante los embajadores que le mandó el rey de Babilonia, vió aquellos tesoros pasar á manos de los Babilonios (1). Nos hace perder asimismo hasta el fruto de las buenas obras, que contaminadas por este vicio no pueden ser premiadas en el tribunal divino; como lo vemos en los Fariseos, los cuales practicando sus obras buenas solo porque los alabaran, recibieron ya en este mundo la paga (2). Es causa igualmente, de que la oracion no sea oída; testigo aquel Fariseo, que subió juntamente con el Publicano al Templo, jactándose de estar libre de los vicios propios de los demás hombres, y elogiando sus acciones, fué reprobado, como se lee en San Lucas (3). Es causa, por fin, de castigos, pues Antíoco, que se gloriaba de ejercer imperio, aún sobre las olas del mar, de pesar con la balanza los montes altos, de elevarse sobre la condicion de hombre, fué tan horriblemente castigado, que le salían gusanos del cuerpo, le caían á pedazos las carnes, y llevado sobre una silla, apestaba al ejército con el hedor que despedía (4).

Y ménos mal aún si se tratase tan solo de castigos momentáneos, de castigos temporales; lo peor es, que á los castigos momentáneos se añaden los eternos, y á los temporales, los interminables. La vanagloria abrió los abismos infernales á gran parte de los espíritus celestiales, y las abre de continuo á muchas almas cristianas. Hé ahí porque San Juan Crisóstomo le daba á la vanagloria el título de madre del Infierno, para significar, que prepara á sus secuaces el abismo de maldicion, el fuego inextinguible de los futuros suplicios, y les condena á una muerte peor que mil muertes, á una muerte que nunca muere (5). Con el mismo título la calificaba San Basilio, cuando, exhortándonos á colocar la grandeza de nuestra vocacion por encima de todas las pompas del siglo, por más que la acompañasen los aplausos, fuese reverenciada y llevada en triunfo, la llamaba destructora

(1) IV. RES. XX, 15-17.

(2) MATTH. VI, 5.

(3) LUC. XVIII, 14.

(4) II. MACHAB. IX, 9.

(5) Chry. hom. 17 in e. ad Rom.

de las obras santas, corruptora de los méritos, y encarnizada enemiga de los intereses espirituales de las almas (1). Por eso leemos en los Proverbios, que la soberbia precede á la caída, siendo la vanagloria el principio y la causa de las grandes caídas, no solo en males materiales, sino tambien en males de culpa; permitiendo Dios, que el soberbio caiga en ignominiosos delitos á consecuencia de su misma vanagloria (2); y por eso tambien, de vez en cuando, se nos dice: que no seamos soberbios, ni pretendamos ser grandes, ni nos dejemos llevar de pensamientos altivos, á manera de toro soberbio que á todo embiste, á fin de que la virtud no se estrelle por causa de nuestra locura.

Esta exhortacion de las sagradas Escrituras debería enseñarnos á seguir con docilidad las inspiraciones de la modestia; é indudablemente las seguiremos si nos convencemos de que la vanagloria es una injuria á Dios, y nos irroga daño irreparable. A este fin nos servirá de instruccion, de auxilio y de consuelo el ejemplo de la Santísima Virgen. Así como la violeta se oculta debajo de humilde césped en cualquier rincón de una selva, y la rosa apenas entreabierto su cáliz se encierra en sus hojas, y el sol, velado por lijeras nubecillas, se tiñe de cierta suavidad de rubor; así María, cuanto más aventajaba á las demás criaturas en juicio, cuanto más crecía en frutos de santidad, cuanto más merecía testimonios de reverencia por parte de todas cuantas personas conocía ó se le acercaban, tanto más amó la modestia sobre toda dote de valor muy subido. De esta suerte, librada en otro tiempo Betulia del bárbaro sitio de Holofernes, mientras que los ciudadanos corrían en tropel á aclamar á Judith, valerosa heroína de aquel hecho memorable, y ancianos y jóvenes, madres y doncellas, sacerdotes y levitas, gente de toda edad y sexo, con palmas en la mano y coronas en la cabeza, la llamaban gloria de Jerusalén, alegría de Israel y preciado honor del pueblo; ella, humilde en medio de tanta celebridad, con paso presuroso, iba á recogerse en la soledad del hogar doméstico. ¿Pero, qué parangón podría establecerse entre la modestia de Judith y la modestia de María, si las alabanzas justamente tributadas á María, sobrepujaron incomparablemente á las que se tributaron á Judith? La Escritura llama á María bendita entre las mujeres; y esta alabanza es sin disputa alguna magnífica y sublime. Y añade, que bendito es el fruto de su vientre.

(1) S. Bas. Const. Mon. II.

(2) Prov. XVI 18.

Esta alabanza encierra en sí tanta grandeza, que no es posible hallar acá abajo imágen alguna que pueda explicarla, ni en lo más mínimo. Ni es de admirar que no pueda hallarla una inteligencia de cortos alcances, cual lo es la mía, cuando ha sucedido lo mismo á los más preclaros varones, que se contentaron con la admiracion y el silencio. Reflexionaron que quien dice Madre de Dios, significa como una misma cosa con Dios; y deslumbrados por los fulgores de esta dignidad, llenos de reverente temor, confesaron no tener pupilas para resistir al inmenso esplendor que esta dignidad transmitía á sus ojos. Por consiguiente, contemplándola poco á poco en el nobilísimo conjunto de todas las nobles prerogativas que debían cortejar su excelencia; considerando en María el milagro de los milagros, y una grandeza casi infinita, casi una inmensidad de perfeccion, y casi una igualdad con Dios, solo á Dios reservaron la gloria de conocer plenamente una obra tan excelsa de su omnipotencia. No obstante, elevada María á tal grandeza, que ninguna mente humana puede comprender, no muestra considerarse á sus propios ojos como objeto de complacencia; no se levanta con un acto cualquiera á oír aquellas glorificaciones como si le fuesen debidas; ni acoge como cosa que le corresponda, aquel tributo de reverencia. ¿Quién ha visto acá en la tierra una modestia semejante? ¿Quién ha podido admirar jamás una modestia igual, aún en las almas escogidas, llenas de virtudes? ¿Quién?... pero á este punto el Eclesiástico me manda callar, puesto que nadie ha podido medir la altura del Cielo, ni la profundidad del abismo (1). Y verdaderamente en María se me ofrecen á la vista dos términos, de los cuales el uno se eleva hasta el Cielo, y consiste en su maternidad divina; el otro descende hasta los abismos, donde ninguna humana mirada puede penetrar, y es su modestia. No pudiendo medir ni la altura de este cielo, ni la profundidad de este abismo, me callo estupefacto, tanto por la grandeza como por la modestia de la Virgen.

El maestro de modestia para María fué su propio Hijo, que morando en sus virginales entrañas, le señalaba las futuras obras en las cuales no buscaría la gloria suya sino la de su Padre celestial. Rodeándose en el Tábor de radiante luz, ordena á los Apóstoles allí presentes, que no hablen de aquel prodigio; restituyendo la vista á los ciegos, el oído á los sordos y la palabra á los mudos, quiere que no hablen de su bienhechor; hablando con tal sublime sabiduría que

(1) Eccl. I, 2.

excita la admiracion de cuantos le escuchan, declara: que la doctrina por Él anunciada no es suya, sino de Aquel que le ha enviado; resueltas las turbas á proclamarle rey y prepararle el trono, corre á ocultarse en la soledad; y con sus hechos, con sus milagros, y con sus obras prodigiosísimas, no busca nunca las propias alabanzas. Discípula de tal Maestro, por cuyas doctrinas fué anticipadamente iluminada, María aprendió la modestia, y juntamente con su Hijo pasó á ser maestra de esta bella virtud.

Vosotros, hermanos míos, según creo, estais sobrecogidos de admiracion por esta modestia de Jesús, por esta modestia de María; pero, no basta abandonarnos al estupor; si la admiracion despierta la maravilla, el amor pide la correspondencia. Jesús y María quieren ardientemente que seamos santamente modestos, siguiendo sus huellas. ¿Y qué es lo que practicamos nosotros para ser santamente modestos, siguiendo las huellas de Jesús y de María? Basta mirar á nuestro alrededor para ver en todas partes ceñudos semblantes, fausto, ostentacion y arrogancia en el ademán; ó, cuando ménos, sentimientos de vanagloria. Sentimientos de vanagloria en los salones y en los claustros, en los alcázares y en las cabañas, en los teatros y en los templos, entre aquellos que se sientan en espléndidas mesas y entre los que se mortifican con ayunos; entre los que visten á la moda y los que cubren su cuerpo con lana burda. Muchas veces, dice San Agustín, la vanagloria se encuentra aún en los mismos que la desprecian (1); con harta frecuencia, dice San Crisóstomo, desean la alabanza los mismos que parecen evitarla. Sin embargo, debemos persuadirnos, de que una virtud que se envanece, deja de ser virtud; debemos estar seguros de que virtud y fausto jamás se han avenido, ni es posible que se avengan; no debemos dudar de que el que quiera, por sus dones de la naturaleza ó de la gracia, ser exaltado en vida ante el mundo, no será exaltado delante de Dios despues de su muerte.

¡Hermanos míos! si queremos gloriarnos de alguna cosa, al ménos procuremos gloriarnos de cosas, que son verdaderamente nuestras. ¿Cuáles son estas cosas? la ignorancia, la miseria, la malicia, el pecado. Si ningun pobre ha podido gloriarse de su hambre, de su sed y de su desnudez, ¿cómo querremos orgullecernos de nuestras muchas enfermedades, sin temer que Dios en su justicia convierta esta

(1) S. August. Confes. I, 10, c. 35.

gloría en ignominia (1)? Focion, varon ilustre de Grecia, hablando un día á una numerosa asamblea, al oír los aplausos y los homenajes que sus conciudadanos le tributaban, dirigiéndose á los que tenía más cerca, les dijo: Al ver que todos me aplauden, temo haber dejado escapar algun despropósito ó alguna palabra ridícula (2). Hasta aquel pagano, aborreciendo las adulaciones, se consideraba solamente apto para decir ridiculeces ó despropósitos. Y, para aducir un hecho sacado de las Vidas de los Santos, cuando Santo Domingo se vió en Tolosa rodeado de la estimacion universal, la abandonó, y se trasladó á Carasona, donde tenía muchos enemigos, y donde le aguardaban muchísimas persecuciones; y contestando á los que le preguntaban el motivo de haber cambiado de domicilio, les decía: Prefiero los enemigos que me odian aquí, que los admiradores que me celebran en Tolosa (3).

(1) OSEA, IV, 7.

(2) Plutarc. in Phocion.

(3) Lohn, Bibl. I, 938.

DISCURSO XIX.

SILENCIO.

Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est.

Si alguno no tropieza en palabras, este tal es perfecto. (JACOB III, 2).

Fué siempre motivo de admiracion el silencio de Jesucristo. Él, que á la edad de doce años se había sentado maestro entre los doctores de la ley, derramando de sus lábios palabras de sabiduría celestial; Él, que arrastraba las turbas admiradas, anhelosas de oír sus discursos, hasta el punto de olvidarse del indispensable alimento; Él, de quien corría la fama, de que ningun otro hombre se expresase con tanta energia y suavidad; calla, sin embargo, cuando todo induce á creer que debe hacerse oír con más energia. Calla si se le acusa injustamente; calla delante de Herodes, negándose á satisfacer la curiosidad que agujoneaba á este rey de oír sus doctrinas y de presenciar sus milagros; calla si Caifás le insta para responder; calla si le condenan; y calla hasta permitir que se le tenga por loco. Este silencio no es tan solo una apología de la inocencia de Aquel, que sabe conservar una serenidad imperturbable entre crueles persecuciones y preparativos de muerte; ni es tampoco una expiacion de las culpas de los hombres para alcanzar el perdon por los pecados innumerables de la lengua; sinó que es, además, un ejemplo para invitarnos á que no abusemos de ella, y á callar. De esta suerte Jesucristo, como siempre, al paso que hace resplandecer su grandeza, y nos hace palpar con la mano su amor infinito hácia nosotros, aún callando, nos dá importantes enseñanzas de provechosa moral.

La criatura, que más se distinguió en oír sus preceptos y en seguir sus máximas fué María. Aún no le había visto realmente; pero, le llevaba en sus entrañas, y por interior inspiracion oyó sus instrucciones

gloría en ignominia (1)? Focion, varon ilustre de Grecia, hablando un día á una numerosa asamblea, al oír los aplausos y los homenajes que sus conciudadanos le tributaban, dirigiéndose á los que tenía más cerca, les dijo: Al ver que todos me aplauden, temo haber dejado escapar algun despropósito ó alguna palabra ridícula (2). Hasta aquel pagano, aborreciendo las adulaciones, se consideraba solamente apto para decir ridiculeces ó despropósitos. Y, para aducir un hecho sacado de las Vidas de los Santos, cuando Santo Domingo se vió en Tolosa rodeado de la estimacion universal, la abandonó, y se trasladó á Carasona, donde tenía muchos enemigos, y donde le aguardaban muchisimas persecuciones; y contestando á los que le preguntaban el motivo de haber cambiado de domicilio, les decia: Prefiero los enemigos que me odian aquí, que los admiradores que me celebran en Tolosa (3).

(1) OSEA, IV, 7.

(2) Plutarco. in Phocion.

(3) Lohn, Bibl. I, 938.

DISCURSO XIX.

SILENCIO.

Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est.

Si alguno no tropieza en palabras, este tal es perfecto. (JACOB III, 2).

Fué siempre motivo de admiracion el silencio de Jesucristo. Él, que á la edad de doce años se había sentado maestro entre los doctores de la ley, derramando de sus lábios palabras de sabiduría celestial; Él, que arrastraba las turbas admiradas, anhelosas de oír sus discursos, hasta el punto de olvidarse del indispensable alimento; Él, de quien corría la fama, de que ningun otro hombre se expresase con tanta energia y suavidad; calla, sin embargo, cuando todo induce á creer que debe hacerse oír con más energia. Calla si se le acusa injustamente; calla delante de Herodes, negándose á satisfacer la curiosidad que agujoneaba á este rey de oír sus doctrinas y de presenciar sus milagros; calla si Caifás le insta para responder; calla si le condenan; y calla hasta permitir que se le tenga por loco. Este silencio no es tan solo una apología de la inocencia de Aquel, que sabe conservar una serenidad imperturbable entre crueles persecuciones y preparativos de muerte; ni es tampoco una expiacion de las culpas de los hombres para alcanzar el perdon por los pecados innumerables de la lengua; sinó que es, además, un ejemplo para invitarnos á que no abusemos de ella, y á callar. De esta suerte Jesucristo, como siempre, al paso que hace resplandecer su grandeza, y nos hace palpar con la mano su amor infinito hácia nosotros, aún callando, nos dá importantes enseñanzas de provechosa moral.

La criatura, que más se distinguió en oír sus preceptos y en seguir sus máximas fué María. Aún no le había visto realmente; pero, le llevaba en sus entrañas, y por interior inspiracion oyó sus instrucciones

antes que ningun otro mortal. En efecto; Ella calló constantemente, excepto en raras ocasiones, de tal manera, que aún cuando abrió los labios para hablar, se mostró amatísima del silencio. De este silencio nos habla toda su vida. Voy, pues, á tratar de esta virtud, ya que tanta necesidad tienen de ella, así los grandes como los pequeños, los ricos como los pobres, los sábios como los ignorantes, y cuantos llevan en vasos de barro el tesoro inestimable de la gracia. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por intercesion de la misma Virgen: A M.

El silencio es digno de alabanza, cuando no por otro motivo, porque evita los muchos pecados que se cometen con la lengua. ¿Y quién podría contar las blasfemias contra Dios, las murmuraciones contra el prójimo, y las impaciencias contra sí mismo, de que se hace reo el hombre con la lengua? ¿Quién podría referir las escandalosas alegorias, las conversaciones obscenas, las alusiones indecentes y los equívocos impuros que en los salones y en las plazas son casi los únicos alicientes del trato común? La lengua, decía San Agustín, es como un horno, del cual sale á todas horas humo que ennegrece, y fuego que quema (1); es como una leona, afirma San Basilio, que muerde donde quiera que hinque los dientes, y como la conciliadora de todo lo reprobable (2); es, dice el Apóstol Santiago, un mundo entero de maldad (3). ¿Y quién, pues, dejará de convenir en el mérito del silencio, puesto que sirve de obstáculo y pone coto á tantos pecados como se cometen por la lengua?

Es, además, digna de alabanza esta virtud, porque no permitiendo que salgan de nuestra boca palabras inconsideradas, hace que todas se pesen en la balanza del Sábio (4). Hablar mucho, y hablar bien, son dos cosas incompatibles, puesto que el que habla mucho, no puede hacerlo con reflexion, y sin reflexionar no se habla conforme. El gran secreto para hablar bien consiste en hablar poco, por la razon de que, como asegura el Espíritu Santo, en el mucho hablar no falta pecado (5). Ciertamente, que nada bueno encierran ciertos chascarrillos, que en las murmuraciones acrimoniosas, en las ironias mordaces, y en los relatos perjudiciales á la fama del prójimo, hallan materia para suministrar nuevo movimiento á los pulmones y nuevas

(1) Confes., cap. 27.

(2) S. Basil., in Psalm. 33.

(3) JAC. III, 6.

(4) EGCL. XXVIII, 23.

(5) PROV. X, 19.

ideas á las frivolidades de los conceptos; nada bueno contienen ciertos discursos ó conversaciones frívolas que á nada conducen, sin otro objeto que pagar contribucion á la costumbre y á la necesidad de charlar. El silencio, por el contrario, nos obliga á hablar poco; y, por lo mismo, nos coloca en la precision de hablar premeditada y juiciosamente. Por consiguiente, si puede resultar mucho mal del mucho hablar, puesto que en el hablar con destemplanza no falta nunca algo de imprudencia, de insensatez ó de soberbia; mucho bien puede adquirirse del silencio, ya que con hablar poco no se ofenden, por lo ménos, las leyes de la religion, de la modestia y de la caridad.

Otra de las ventajas del silencio consiste, en preservarnos de ciertas palabras, que, por lo comun, no se juzgan pecaminosas, y no obstante, serán por el Señor severamente juzgadas. Por más que se quiera considerar la palabra como un sonido efímero, que se desvanece apenas pronunciado, sabemos, á no dudarlo, que de toda palabra ociosa se deberá dar estrecha y minuciosa cuenta en el día supremo (1). ¿Qué será, pues, de ciertos eternos habladores, que hablan mucho sin decir nada, semejantes á ciertos globos hinchados de viento, á los cuales todo falta si les falta el gas; y de ciertos inspidos charlatanes, que no saben nunca callar? Aún concediendo, que sus lenguas no pertenezcan al número de aquellas, que prefieren la iniquidad á la justicia; concedido, igualmente, que sus discursos no son como torrentes de lluvia, acompañados de rayos y truenos, y que sus conversaciones no adolezcan de fingimiento y mentira; con todo, no podrá negarse, que entre la multitud de palabras abundan frases de doble sentido, inconvenientes despropósitos y punzantes sarcasmos, que, cuando ménos, entibian la caridad; é interminables habladurías, que roban el tiempo que se debe emplear en prácticas piadosas, y en el cumplimiento de los deberes del propio estado. No sucede así con el silencio. Hablando poco, no se cae en dichas ruindades, no se mancha el alma con estas impurezas, ni se ensucia con esta pez, que cuanto más pegajosa es, tanto más origina fatales consecuencias.

Persuadidos de esta verdad, no pocos antiguos varones piadosos poblaron la Nitria, la Tebaida y las arenosas soledades del Egipto. Allí, desnudos de los sucios vestidos de la rebelde naturaleza, y solícitos de volar al Cielo con alas de paloma, entregáronse al ayuno y á las maceraciones; y tal era su silencio, que, solo atentos á hablar con Dios, casi perdieron el hábito de conversar con los hombres

(1) MATTH. XII, 36.

Veteranos en muchas batallas, no se durmieron sobre sus laureles, sino que, intrépidos y valientes cuanto puedan serlo los hijos de Adán, no dejaron de temer de su propia debilidad; cargados de años y de virtudes, tuvieron siempre temor de caer víctimas de la presunción; instruidos por deplorable experiencia de las enfermedades del barro, de que somos formados, y de los enemigos que nos rodean, en todo vislumbraban peligros; y para prevenirse contra las asechanzas que se tendían para su daño, y contra las tempestades que se cernían sobre su cabeza, no encontraron mejor remedio que añadir el silencio á las disciplinas y á los cilicios.

Lo mismo practicaron tantas vírgenes, que á pesar de la fascinación de los sentidos, de la debilidad del sexo, y de la violencia de las tentaciones diabólicas, conservaron intacto el lirio de la pureza; tantos mártires, que sufrieron destierros, cárceles y ecúleos, hasta reputar por leve cosa el morir despedazado; las propias huellas siguieron otras personas de toda edad y condicion, que, en medio de terribles tentaciones y de pavorosas borrascas, abordaron en el puerto de la eterna salvacion. No hubo ninguno entre ellos, que no hubiese cerrado diligentemente los lábios; ninguno que, orgulloso de sí, no hubiese procurado vencer su fragilidad con el silencio.

En las páginas de las historias antiguas se leen una infinidad de nombres de esos varones celebérrimos, y de esas virtuosísimas heroínas; de manera, que muy fácil me sería embellecer mi discurso con la narracion de sus heroicos hechos. Mi deber, empero, no me permite fijar la atención en las diversas plantas que embellecieron con fragantes flores y sabrosos frutos la mística viña de Engaddi; sino fijar la mirada en Aquella, que fué, entre todas, la palma de Cades. En efecto; María, inmensamente superior á las almas más ilustres y á las más escogidas, habiéndose manifestado siempre sobremanera amante del silencio, nos ofrece con su ejemplo una prueba evidentísima acerca del asunto que me he propuesto explanar en el discurso de hoy. No cabe duda, que María fué extraordinariamente amante del silencio, porque solamente en muy raras ocasiones desplegó los lábios para hablar;—porque calló hasta en los acontecimientos más felices;—porque calló hasta en las circunstancias más dolorosas;—y no habló, aún cuando el silencio pudiera irrogarla algun perjuicio.

Si; María fué extraordinariamente amante del silencio, ya que tan solo en pocas ocasiones abrió los lábios para hablar. A excepcion de lo que respondió al Arcángel al anunciarle la Maternidad divina;

de lo que dijo al encontrar á su Hijo despues de perdido; de las palabras que pronunció en los montes de Hebrón y en las bodas de Caná; no sabemos que hubiese articulado ninguna otra palabra. Sabemos más bien, que depositaba en el fondo de su corazon las cosas maravillosísimas de las cuales era testigo y principal parte, y las ponderaba y las comparaba entre sí para reconocerlas mejor, admirar y alabar la divina bondad y la sabiduría divina (1). A la culpable indiferencia de los hombres, que en el torbellino de las distracciones mundanas desconocen el valor de la reflexion, é ignoran las ventajas de la meditacion, oponía la más diligente atención á los misterios á que había cooperado.

Si; María fué extraordinariamente amante del silencio, porque calló en los acontecimientos más prósperos. Llegó el tiempo suspirado por espacio de cuarenta siglos, y se entonó el hosanna al Altísimo, que, acordándose de sus misericordias, dió á los hombres el Salvador. Los ángeles descenden de las celestiales alturas y cantan himnos de gloria; los pastores, que guardan los rebaños, sabida la buena nueva, acuden á Belén; los Magos vienen de tierras remotas para adorar al Niño nacido en un pesebre; y Simeon y Ana profetizan; pero María calla al oír los cánticos de los ángeles, al ver los homenajes de los pastores y los obsequios de los Magos, y al meditar las profecias de Simeon y de Ana. Quiere vivir ignorada del mundo, y calla por más que oiga sus discursos, sus zarraciones, sus fiestas, las manifestaciones de su alegría y de su gratitud.

Si; María amó extraordinariamente el silencio, porque calló hasta en las circunstancias más dolorosas. A los días alegres suceden días tristes, y á las imágenes de júbilo sobrevienen las imágenes de la amargura. Predestinada para sufrir acerbísimos dolores por el mismo fin que se sometía el Hijo á cruelísimos tormentos, María debió tener conocimiento anticipado de los padecimientos, en medio de los cuales andaría naufraga, y prepararse con tiempo al martirio que se le disponía en la pasion de Jesús. Una espada de dolor atravesó su alma, probó los martirios de las más agudas aflicciones; su corazon fué oprimido por la tristeza, su espíritu por las angustias, y creciendo en años, creció en la vida crucificada que Dios exigía de Ella. No obstante, cuando llega la hora de serle robado el más amable de los hijos de los hombres, y con los propios ojos contempla sus postreras

(1) Luc. II, 19.

agonias, y con los propios oidos escucha sus últimos suspiros; no se lamenta, no se queja, no habla, y calla.

Si; María amó extraordinariamente el silencio, por más que pudiese ocasionarle algun daño. José, desposado con Ella en castas nupcias, y custodio fidelísimo de la integridad virginal que admiraba en su consorte, la descubre en cinta. Ignorando la prodigiosa concepcion de María por obra del Espíritu Santo, vacila acometido de indecibles dudas. María, que con una sola palabra hubiera evitado tantas angustias á José, y defendido su decoro, más bien que hablar para sincerarse, calla.

Si María, pues, calló hasta en los momentos más felices, en las circunstancias más afflictivas, y en los hechos en los cuales le perjudicaba el callar, está claro que amó el silencio sobre toda ponderacion; y si calló en el momento de celebrar sus glorias, cuando se predicaban sus virtudes, y se glorificaban sus beneficencias, no cabe duda que amó el silencio más que sus glorias, más que sus virtudes, más que sus beneficencias. Asi, pues, si amó el silencio con tanto ardor, si se apoyó en él con tanta firmeza, y lo mantuvo con tanta constancia, debemos concluir, que María fué amantísima del silencio.

Con lo dicho hasta aquí, no infráis que quiera yo reprobar todo discurso, ni toda palabra discretamente festiva é inocentemente expresada. Al condenar las sagradas Escrituras la verbosidad, no reprueban la conversacion de asuntos ó cosas inocentes de suyo, necesarias ó útiles para los interlocutores; pues, aún cuando condenen las palabras ociosas, no quedan por ello excluidas del trato de los hombres las conversaciones útiles, amenas y recreativas. Lo que, si, condenan, expresamente, son: los discursos malos, peligrosos, impíos, ó, por lo ménos, inútiles; aquello de que deberá darse estrecha cuenta á Dios, son: las palabras que, hijas de la ociosidad y de la malicia, enfrían la caridad, siembran la discordia, y provocan la sensualidad. Por el mismo motivo, no infringen la virtud del silencio aquellos que hablan, ó para celebrar las glorias del Señor, ó para enseñar á los ignorantes y convertir á los pecadores; no hablando nunca excesivamente quien habla bien y á propósito. Pero, si, han de reputarse reos de violado silencio aquellos que, si bien pronuncian pocas palabras, hablan, ó para ofender á Dios, ó para morder, ó para engañar y pervertir al prójimo.

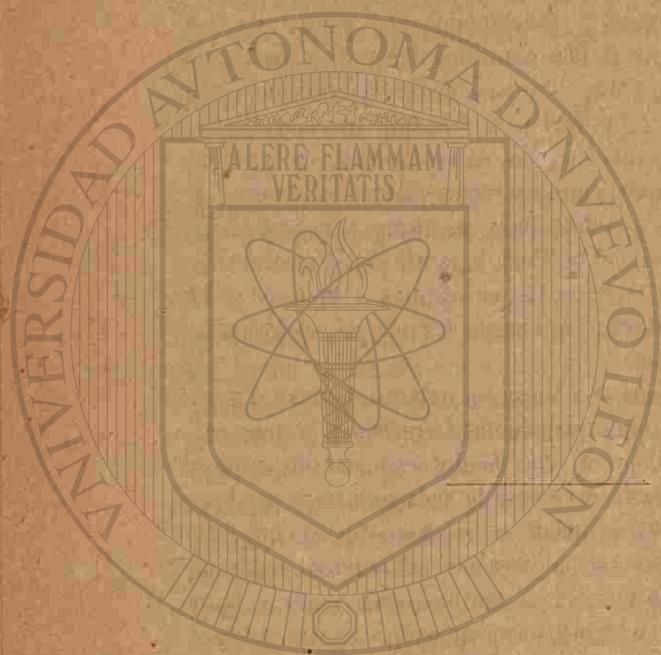
Por lo que respecta á nosotros, hermanos míos, propongámonos no hablar de hoy en adelante sin necesidad, ó sin provecho; y á fin de

que nuestras conversaciones sean buenas ó útiles, tengamos presentes las instrucciones del Apóstol á los Colosenses (1): Hablemos con agrado, y con sal; con agrado, para evitar todo cuanto podría dañar al prójimo; y con la sal de la discrecion, para evitar todo lo que podría ofender á Dios. El hablar con agrado sirve para evitar las palabras ásperas, las frases mordaces, las murmuraciones, las detracciones, las maledicencias y las calumnias; el hablar con sal, ya que sal en las Escrituras es una expresion metafórica usada para indicar la modestia y la piedad, sirve para evitar las blasfemias, las burlas, las expresiones irreligiosas y el lenguaje obsceno. De esta suerte, hablando poco y hablando bien, en vez de hacer de la lengua un instrumento de contaminacion, usaremos santamente de este órgano que Dios nos ha concedido para su gloria, para instruccion nuestra, para la edificacion del prójimo, para utilidad é inocente distraccion de todos; así seguiremos las enseñanzas é imitaremos los ejemplos que nos legó María, seguiremos las instrucciones é imitaremos los ejemplos de Jesús.

Y ahora por amor á Jesús, y á María, os exhorto, hermanos míos, á cerrar los lábios como con candado que la refrene y la gobierne. De nada sirve cerrar los ojos á espectáculos escandalosos, si no se cierran los lábios á palabras indecentes; de nada serviría ir por buen camino, si no se conservára intacto el silencio sobre lo que es, ó podría ser indecoroso. Tal vez, al resonar en nuestros oidos los aplausos de aquellos que con frases picantes, indecentes y hasta escandalosas, entretienen en afable conversacion las reuniones de etiqueta, quisierais tambien con tales medios pasar plaza de elegantes oradores de salon; pero no son tales los ejemplos de María, que avanzaba en la virtud con la meditacion y el silencio. Tal vez, al ser injuriados, vilipendiados y malditos, quisierais tambien injuriar, vilipendiar y maldecir en desahogo de justo resentimiento y de mal reprimida cólera; pero no son tales los ejemplos de Jesús, que no quebrantó el silencio, á pesar de ser injuriado, vilipendiado y maldito. Una vez San Pedro Mártir, acusado de acciones torpes, fué encarcelado, condenado á riguroso ayuno y á una vida miserable. Entre las estrecheces y los sufrimientos de la cárcel, no se rebeló contra la injusticia de los hombres, no se quejó de la propia suerte, ni declaró su inocencia; sinó que, fijos sus ojos en un Cruci-

(1) COLLOSS. IV, 6.

fijo, exclamó: ¿Señor, qué mal he hecho para ser tratado de esta suerte? É inclinándose el Crucificado hácia él, mostrándole, con benigna sonrisa, sus llagas y su sangre, respondió: Pedro, ¿qué mal hice yo para ser tratado así?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

DISCURSO XX.

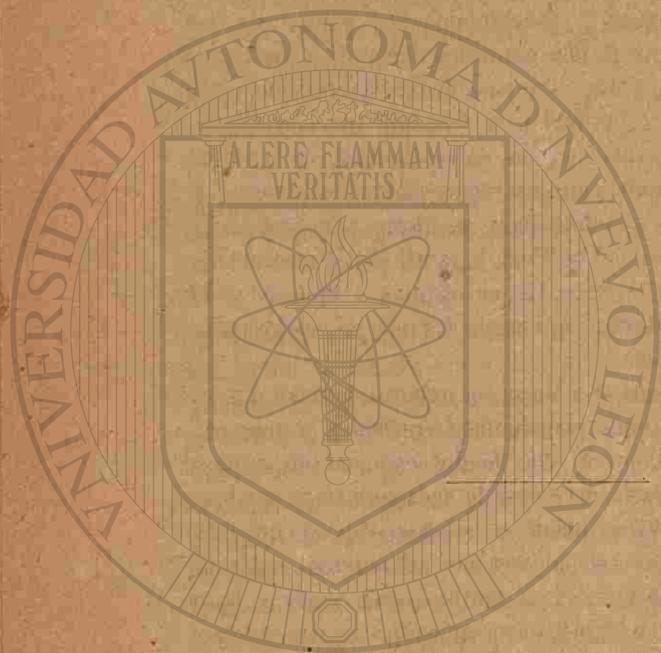
SABIDURÍA.

*Melior est sapientia cunctis pretiosissimis.
Vale más la sabiduría que todas las joyas
preciosísimas. (Prov. VIII, 11).*

Cuando el Espíritu Paráclito, la bondad infinita del Sumo Dios, descendió sobre los Apóstoles, juntamente con los demás dones, infundióles el dón de la Sabiduría. Llenos de este dón aquellos primeros propagadores del Evangelio, al salir de la oscuridad del Cenáculo, hablaron diversas y extrañas lenguas, de suerte, que la muchedumbre que frecuentaba Jerusalén, se llenó de inusitado estupor. Después, corriendo como corderos rodeados de lobos voraces, faltos de todo, ignorantes y sin armas, afrontando intrépidos el orgullo de los Césares, la soberbia de los filósofos, la lujuria de los licenciosos, el fausto de los ricos, y los vicios de todos; abatidas las aras de los ídolos, plantearon la Cruz, reina del universo, en medio del mundo. Entónces se verificaron los magníficos vaticinios, en los cuales se decía: que ríos de copiosas bendiciones inundarían la tierra árida, y rayos de una nueva luz dispararían las antiguas tinieblas, y pueblos innumerables se acogerían bajo los tabernáculos de Sion. Y en verdad, entónces se formó la Iglesia, que predica y enseña, amonesta y corrige, absuelve y perdona, santifica y salva; entónces los creyentes recibieron las fuerzas necesarias para sostener, seguros de la victoria, las duras luchas contra el siglo, contra Satanás y la carne.

Esta sabiduría, que infundida á los Apóstoles en el día de Pentecostés, les preparó para prodigiosas conquistas, comunicada ya á María en su misma concepcion, se le comunicó superabundantemente en el instante en que concibió el Verbo, descendido en Ella para vestirse de carne humana. Y Ella correspondió á la sabiduría con tanto amor, y con tan grande fidelidad, que la que era un dón

fijo, exclamó: ¿Señor, qué mal he hecho para ser tratado de esta suerte? É inclinándose el Crucificado hácia él, mostrándole, con benigna sonrisa, sus llagas y su sangre, respondió: Pedro, ¿qué mal hice yo para ser tratado así?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

DISCURSO XX.

SABIDURÍA.

*Melior est sapientia cunctis pretiosissimis.
Vale más la sabiduría que todas las joyas
preciosísimas. (Prov. VIII, 11).*

Cuando el Espíritu Paráclito, la bondad infinita del Sumo Dios, descendió sobre los Apóstoles, juntamente con los demás dones, infundióles el dón de la Sabiduría. Llenos de este dón aquellos primeros propagadores del Evangelio, al salir de la oscuridad del Cenáculo, hablaron diversas y extrañas lenguas, de suerte, que la muchedumbre que frecuentaba Jerusalén, se llenó de inusitado estupor. Después, corriendo como corderos rodeados de lobos voraces, faltos de todo, ignorantes y sin armas, afrontando intrépidos el orgullo de los Césares, la soberbia de los filósofos, la lujuria de los licenciosos, el fausto de los ricos, y los vicios de todos; abatidas las aras de los ídolos, plantearon la Cruz, reina del universo, en medio del mundo. Entónces se verificaron los magníficos vaticinios, en los cuales se decía: que ríos de copiosas bendiciones inundarían la tierra árida, y rayos de una nueva luz dispararían las antiguas tinieblas, y pueblos innumerables se acogerían bajo los tabernáculos de Sion. Y en verdad, entónces se formó la Iglesia, que predica y enseña, amonesta y corrige, absuelve y perdona, santifica y salva; entónces los creyentes recibieron las fuerzas necesarias para sostener, seguros de la victoria, las duras luchas contra el siglo, contra Satanás y la carne.

Esta sabiduría, que infundida á los Apóstoles en el día de Pentecostés, les preparó para prodigiosas conquistas, comunicada ya á María en su misma concepcion, se le comunicó superabundantemente en el instante en que concibió el Verbo, descendido en Ella para vestirse de carne humana. Y Ella correspondió á la sabiduría con tanto amor, y con tan grande fidelidad, que la que era un dón

del Espíritu Santo, vino á ser una de sus propias virtudes. Conviene que la meditemos con toda atencion para enervorizar mejor nuestros corazones, para imitarla, y amar la verdadera sabiduría. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Puesto que no todas las cosas revisten la misma importancia, no cabe duda de que, no pudiéndose atender á todas por la limitada capacidad de nuestra naturaleza, es preciso dar preferencia á aquellas que se nos ofrecen como más necesarias y más útiles. Ahora bien; las cosas más útiles y necesarias al hombre son las que se refieren á la salvacion del alma, á la vida eterna; las cuales, por el uso á que sirven y por el fin á que tienden, son, entre todas, las más útiles y necesarias; y que una vez sabidas y practicadas, constituyen la verdadera sabiduría. Por consiguiente, la verdadera sabiduría no consiste en conocer los movimientos de los astros, el organismo de los animales, los fenómenos de la naturaleza, los acontecimientos más notables de los pueblos, los fastos más memorables de la historia, y las hazañas de los más célebres conquistadores. La verdadera sabiduría no consiste en conocer el secreto de aumentar los propios intereses, de hacer productivo el comercio, de alcanzar los mejores empleos, ni de amontonar en las arcas el oro y la plata. No; no consiste en todo eso la verdadera sabiduría, sinó en conocer á Dios y sus perfecciones, á Jesucristo y su doctrina, el camino que conduce á la salvacion, y los medios indispensables para ser admitidos en el Paraíso al fin de nuestra peregrinacion.

Para la verdadera sabiduría no basta conocer las cosas expresadas de una manera fría, árida y seca, con la sola inteligencia, sin poner por obra cuanto nos pide y cuanto nos enseña. También los ímptos, los réprobos y los demonios, con la sola inteligencia, conocen dichas cosas; mas no por esto son seguidores de la verdadera sabiduría. Por consiguiente, es necesario conocerlas y gustarlas, gustarlas y sentirlas, sentirlas y amarlas, amarlas y cumplirlas. Conocido Dios y sus perfecciones, es necesario amarle sobre todas las cosas, servirle con obsequiosa fidelidad y cumplir sus preceptos con solícita obediencia. Conocido Jesucristo y cuanto padeció por nosotros, y cuanto nos enseñó en su Evangelio, es necesario consagrarle nuestro corazon, dedicarle nuestro culto y adoptar sus máximas como reglas de nuestra conducta. Conocido el verdadero precio de los bienes del mundo, es necesario no estimarlos más de lo que merecen, no sacrificar por ellos los intereses del alma, ni perder la

eternidad beatífica; conocida la deformidad del pecado, es preciso evitarlo; es necesario alejar los peligros de ciertas ocasiones, aborrecer la falsedad de ciertas máximas, y practicar la belleza de las virtudes.

Eso sentado, ¿qué diremos de tantos hombres, que, encanecidos, de edad muy avanzada, cuando deberían ser maestros y doctores, por lo ménos de su propia familia, no saben casi nada de la ciencia de Dios, del alma y de la religion, cuyos rudimentos esencialísimos ignoran (1)? ¿Qué concepto puede formarse de aquellos, que, consumados en los conocimientos astronómicos, físicos, químicos y matemáticos, tratando de puerilidad, de fábula y de supersticion la sublime ciencia de Jesucristo, de su fé y de su moral, ni siquiera aprendieron en qué consiste? ¿Qué opinion formaremos de aquellos, que, sabiendo el Símbolo de la fé y el Decálogo de la moral, obran en sentido contrario á la moral y á la fé, y queriendo correcta y ajustada la vida agena, no corrigen ni ajustan la suya propia? ¡Ah! diremos que su sabiduría es una sabiduría terrena, una sabiduría sensual, una sabiduría orgullosa, y una sabiduría satánica; pero nunca diremos, ni podremos decir, que sea esa la verdadera sabiduría.

Otros fueron los sentimientos de los Santos. Ellos desearon, pidieron y alcanzaron aquella sabiduría, que es dón del Espíritu Santo; y así como esta sabiduría se opone á la necedad que tiene las cosas viles, como son las terrenas, por cosas grandísimas; y las grandísimas, cuales son las divinas, como si fueran viles, del mismo modo, haciendo la debida estima de todas, despreciaron las cosas transitorias y apreciaron, como debían, las eternas. Se sabe de ellos, que irradiada su frente de luz celestial, resistieron á los delirios de las pasiones, rechazaron los violentos asaltos de los enemigos, y cumplieron la voluntad del Señor, observando los preceptos que el eterno Ordenador de la naturaleza y de la gracia imprimió en lo más íntimo del corazon de los hombres; de ellos leemos, que cifrando el saber, no en la múltiple variedad de las doctrinas y en la orgullosa elevacion del entendimiento, sinó en la santa humildad del espíritu y en el recto cumplimiento de las doctrinas, pusieron todo cuidado en conocerse á sí mismos y á Dios; y absteniéndose del mal y practicando el bien, observaron religiosamente los deberes del propio estado con la be-

(1) HEBR. V, 12.
TOMO V.

nificencia en las riquezas, con la paciencia en la pobreza, con la moderacion en la próspera fortuna, con la resignacion en los dolores, y con la fraternidad hácia todos.

No quiero, empero, ocuparme ahora de la sabiduría de los Santos, sinó hablaros de la sabiduría de María. Sin detenerme, pues, por más tiempo en hablar de aquellos, que en premio de la cultivada sabiduría, merecedores de inmarcesible corona, fueron remunerados con gloria inmortal, reclamo vuestra atencion para con la Santísima Virgen. No tendré necesidad de mucha erudicion ni de muchas palabras en esta parte del discurso, puesto que la piedad católica, en cualquier parte de la tierra donde penetra un rayo de fé y no es desconocido el nombre de Jesucristo, saluda á María en las Letanias lauretanas con el título de: Sede de la Sabiduría.

Y María es, verdaderamente, la Sede de la Sabiduría; porque, si la Sabiduría eterna, que fué engendada en el seno del Altísimo ántes que toda criatura (1), la Sabiduría que derrama la ciencia como la luz, y cuyos pensamientos son más vastos que el mar, y más profundos que el abismo (2); la Sabiduría que se extiende de uno á otro confin, y todo lo dispone con suavidad (3), es el Hijo del eterno Padre, el Verbo adorable, la palabra interior, increada, substancial de Dios; María preparó en su seno para esta Sabiduría, que quiso encarnarse, un trono inmensamente más magnífico que el trono de Salomon. En efecto; Ella fué la augusta mansion del divino Hijo; el excelso tabernáculo donde Dios se complació en reposar; el incomparable santuario del Monarca del Universo. Por consiguiente, habiendo concebido por obra del Espíritu Santo, en medio de las admiraciones de los ángeles, á Aquel que es origen y fuente de la Sabiduría, puede y debe llamarse con toda razon: Sede de la Sabiduría. Y como á tal la reconocieron indudablemente los piadosos intérpretes, que creyeron referirse á María las imágenes con que nos la representaron los profetas, Isaias, con el trono sobre el cual se sentaría un juez amante de la justicia (4); Jeremías, con el trono de la gloria del Altísimo, establecido, desde el principio, lugar de nuestra santificacion (5); Ezequiel, con el trono de zafir, sobre el cual había una figura como de

- (1) ECCL. XXIV, 5.
 (2) ECCL. XXIV, 39.
 (3) SAP. VIII, 1.
 (4) ISAÍAS XVI, 5.
 (5) JER. XXVII, 12.

hombre (1); y Daniel, con un trono, sobre el cual los jóvenes Hebreos admiraban sentado al Señor de los siglos (2).

Ahora figuraos de cuanta sabiduría estuvo llena la Santísima Virgen. Consultando los Libros sagrados, hallo: que Dios concedió á Moisés mucha sabiduría al llamarle á particulares coloquios sobre el Oreb y el Sinai (3); á David, cuando elevada su mente á vuelos proféticos, le manifestó cosas misteriosas y oscurísimas (4); á Salomon, cuando por perspicacia de entendimiento, por grandeza de talento y profundidad de doctrina, le hizo el más sábio de los mortales (5); y á San Pablo, cuando arrebatado al tercer Cielo le abrió el espíritu á misterios inefables que no puede explicar humana lengua (6). Ahora bien; ¿cuánta mayor sabiduría no debió de infundir en María, á la cual se unió más íntimamente que con Moisés, David, Salomon y San Pablo? ¡Ah! ¿quién me prestará voces y palabras convenientes para alabar; ¿quién sentimiento en el corazon para sentir dignamente una tal y tanta sabiduría? ¡Qué elevacion! qué luz! qué resplandores de inteligencia! qué arrobamientos de embriagadora beatitud! Los Cielos la miran maravillados, los ángeles y los arcángeles la admiran reverentes, y solo Dios conoce su excelsa sublimidad.

Nosotros vemos brillar un rayo de ella en las cumbres de Hebrón, en casa de Zacarías. Allá, en aquellas venturosas cimas, entre aquellas dichosas paredes, María prorumpió en el cántico del *Magnificat*; y este cántico, en el cual los mismos incrédulos no pueden dejar de admirar belleza de conceptos, elevacion de sentimientos, énfasis de expresiones y variedad de imágenes, es el resultado de una sabiduría puramente celestial, que nada tiene de terrena.

A la sabiduría especulativa es necesario unir la práctica; á la sabiduría de la fé, la sabiduría de las obras, y á la sabiduría del entendimiento, la sabiduría del corazon. En verdad, que de nada servirán los más vastos conocimientos, si el hombre no supiera regirse ni gobernarse por si mismo. Sería, por el contrario, la mayor necesidad reconocerse uno rico en talento y pobre en virtudes. El poeta latino Horacio demostraba, que la soberbia, la avaricia, la incontinencia y los demás vicios, son enfermedades y delirios del entendi-

- (1) EZECH. I, 26.
 (2) DAN. III, 54.
 (3) EXOD. III, 2.
 (4) PSALM. L, 8.
 (5) III REG. X, 23.
 (6) II COR. XII.

miento, que se curan solamente con una buena dosis de eléboro de Anticira (1); y el mismo Salomon, cuya doctrina fué tan maravillosa, cuando se contaminó de pecados en su edad senil, tuvo que confesarse falto de la sabiduría humana y del sentido comun (2). Por consiguiente, posean los hombres penetracion profunda, sean prácticos en la metafísica, y sagaces en dialéctica; conozcan varias lenguas, interpreten códigos raros; sepan por sus investigaciones y profundísimos estudios cuanto es propio del campo de la literatura y de la ciencia; si no practican el bien, nada entienden de la verdadera sabiduría.

Mirad ahora á María. Considerad con cuanta prudencia se porta en todas las acciones de su vida; cuan parca y reservada se muestra en sus discursos; cuan humilde y modesta en el trato; cuan candorosa y recogida en su porte exterior. Se ve claramente, que está penetrada de la nulidad de las cosas terrenas y absorta en la meditacion de las verdades más sublimes, y que busca solamente agradar á Dios. ¿Qué entendimiento estuvo jamás tan penetrado del santo temor, que es constantemente solícito en pesar las cosas, aún las más insignificantes y más pequeñas? ¿Qué corazón estuvo jamás tan eminentemente dotado de aquella tierna piedad, que une el alma á Dios con un sacrificio sin límites? Su retiro en el Templo, su entera consagracion al Señor, sus palabras al Arcángel en el misterio de la Anunciacion, y su vida oscura en Nazareth, la presentan adornada de dones preciosísimos. En Ella está el consejo, que la dirige en las circunstancias más difíciles; el entendimiento, que la hace penetrar en los panoramas más deliciosos de la gracia; la fortaleza, que la hace triunfar de las mayores pruebas; la contemplacion, que la eleva al Cielo; el amor, con el cual solo obra, vive y respira por Dios. Humilde, hasta reunir todas las grandezas comunicables y posibles á la omnipotencia divina, sin que la conmueva ni un instantáneo movimiento de complacencia; pura, hasta el punto de ser un prodigio de cándida inocencia, sin que la distraiga de su amor á la pureza ni la misma idea de la divina maternidad; santa, hasta lograr que el deseado de los collados eternos, nacido de los estáticos suspiros y de los ardientes transportes de esta esposa de los Cantares, descienda en su corazón de la sublimidad de la gloria. Una vida semejante está ciertamente mo-

(1) HORAT. Sat. III.

(2) PROV. XXX, 2.

delada en la verdadera sabiduría, y, por consiguiente, queda probado con toda evidencia, que tanto por la fé, como por las obras, debe reconocerse en María la Sede de la Sabiduría.

Interroguemos ahora, hermanos míos, el testimonio de nuestra conciencia, para conocer si se halla en nosotros la sabiduría de los Santos, la sabiduría de María, la sabiduría que Jesucristo nos trajo del Cielo. Suele creerse, que la suprema felicidad consiste en poseer riquezas, y el vivir en medio de los placeres; suele pensarse, que es inevitable el pecado y una cosa impracticable la virtud; suele considerarse la mortificacion como buena solamente para los hombres de Igesia, y la castidad como imposible, atendidas las enfermedades inherentes á la naturaleza humana. Estas máximas se oponen abiertamente á las máximas del Evangelio, á las reglas de la sana moral, y á la doctrina del Crucificado; y, por consiguiente, aquellos que las siguen, no siguen las huellas de los Santos, la sabiduría de María, la sabiduría que Jesucristo nos trajo del Cielo; en una palabra, no siguen la verdadera sabiduría.

Tampoco siguen la verdadera sabiduría aquellos, que no se guían por el Catecismo, que no asisten á los sermones ú á otras prácticas religiosas, con las cuales se difunde y se arraiga la divina palabra. Se llaman cristianos, y, sin embargo, no conocen las verdades fundamentales del cristianismo, ignoran sus principios, desconocen su valor; y si algunos de ellos los aprendieron en sus más tiernos años, se han quedado como quien dice en el alfabeto de cuanto se refiere á la religion, que aseguran profesar. Entregados á las ciencias que hinchán, á la bella literatura y á las artes que deleitan, llegan á la vejez sin saber quién es Dios, qué es el alma, ni la vida futura, ni lo que debe practicarse para evitar la terrible, y alcanzar la bienaventurada. ¿Y luego podrá el Señor mirar con buenos ojos á aquellos que le desconocen? ¿Podrá dejar de lanzar los rayos de su justicia contra éstos, á quienes causan asco y fastidio sus misericordias?

San Jerónimo, en una de sus cartas, refiere de sí mismo, que sentía un placer inmenso en leer y estudiar las oraciones de Ciceron; pero le sucedió, que, arrebatado en espíritu ante el tribunal de Dios, vió al sumo Juez, el cual le preguntó, quién era y qué profesion ejercía. San Jerónimo le contestó: soy cristiano por gracia vuestra. Mientes, le replicó Jesucristo, puesto que eres ciceroniano, mas no cristiano. Y en el mismo instante una mano invisible descargó sobre sus espaldas tal tempestad de pesados golpes, que le molió los huesos (1). No

(1) S. Hier. epist. 22 ad Eustoch.

obstante, San Jerónimo no ignoraba la doctrina religiosa, ántes, al contrario, defendió la causa de la Iglesia, aterró la heregia, revisó el texto de la Biblia, corrigió los errores que se habian introducido en las diferentes versiones, hizo vida cenobítica en medio de los tumultos de Roma, dictó reglas seguras para los sacerdotes y las madres de familia, fundó un asilo protector para los descendientes de los Paulo Emilios, y de los Escipiones; y retirado cerca de la gruta de Belén, desde el fondo de su soledad, llenó el mundo de la fama de su nombre. ¿Qué será, pues, de aquellos, que distan mucho de conocer, como San Jerónimo, las materias religiosas, y quieren ignorarlas del todo?

Es verdad que no se repiten en nuestros días los golpes inferidos á San Jerónimo; pero recibimos otros señales más terribles de la cólera divina. Vemos que repetidos azotes caen sobre nuestras ciudades, que la esterilidad destruye las cosechas de nuestros campos, pueblos armados contra pueblos, y la Europa diezmada por enfermedades epidémicas, muertes repentinas, reveses de fortuna y aterradoras calamidades. Apresurémonos, hermanos míos, por alejar tanta desgracia, y aplacar al Señor, por invocar sus gracias; y como que la verdadera sabiduría nos conducirá á todo esto, apresurémonos á alcanzarla. Pidámosla al Espíritu Santo, de quien es dón la verdadera sabiduría; interpongamos la mediacion de la Santísima Virgen, que es Sede de la Sabiduría verdadera, y con ella aprenderemos á conocer la grandeza de Dios, los misterios de su amor y la historia de sus beneficios; la miseria de nuestra mezquindad, los peligros que nos rodean y los enemigos que nos asedian; la ciencia que enseña lo que más nos importa saber, la ciencia que es necesaria á todos, la ciencia sin la cual sería inútil otra cualquiera.

DISCURSO XXI.

GRATITUD.

In omnibus gratias agite.
Dad gracias por todo. (I. TESSAL. V, 18).

No cabe duda; el vicio más comun entre los hombres es la ingratitud. Cierto, que son muchos los apetitos desordenados, las inclinaciones perversas, las inmoderadas destemplanzas de actos y de conducta, las rebeliones de la soberbia, de la gula y de la lujuria, por cuyo medio el vicioso se asemeja al bruto, si no es todavía peor. Pero, estos vicios, que con frecuencia chocan unos contra otros, como mar alborotado por contrarios vientos, no reinan en todos los hombres, y hallan dominio breve y contrariado en los ánimos, siempre vacilantes entre la pasión que alienta y la pasión que empieza. Mas, la ingratitud para con el supremo Bienhechor, que nos colmó con providencial generosidad de innumerables gracias, es un pecado tan generalizado hoy, que lo observamos dominando en todas las clases, sin excepcion de edad, de sexo y de condicion. Y del mismo modo que el agradecimiento, hijo de la humildad, forma en el Cielo las delicias de los Angeles y de los Santos, la ingratitud, hija del orgullo y de la presuncion, es el vicio dominante entre los hijos de los hombres.

Esta observacion, harto triste para todo buen católico, nos servirá de punto de partida para tratar de la gratitud de la Santísima Virgen, precisamente, porque nacida de la tierra y elevada al Cielo con los pensamientos y los afectos, vivió de amor santo y de fiel agradecimiento. Toda la vida de Maria revela el ejercicio de esta virtud, en Nazareth, en Belén, en Egipto y en Jerusalén. El *Magnificat* es una bella manifestacion de gratos sentimientos; y nosotros, considerando solamente su primer versículo, quedaremos evidentemente convencidos de esta verdad. Por cuyo motivo, en vista del deber que tenemos

obstante, San Jerónimo no ignoraba la doctrina religiosa, ántes, al contrario, defendió la causa de la Iglesia, aterró la heregia, revisó el texto de la Biblia, corrigió los errores que se habían introducido en las diferentes versiones, hizo vida cenobítica en medio de los tumultos de Roma, dictó reglas seguras para los sacerdotes y las madres de familia, fundó un asilo protector para los descendientes de los Paulo Emilios, y de los Escipiones; y retirado cerca de la gruta de Belén, desde el fondo de su soledad, llenó el mundo de la fama de su nombre. ¿Qué será, pues, de aquellos, que distan mucho de conocer, como San Jerónimo, las materias religiosas, y quieren ignorarlas del todo?

Es verdad que no se repiten en nuestros días los golpes inferidos á San Jerónimo; pero recibimos otros señales más terribles de la cólera divina. Vemos que repetidos azotes caen sobre nuestras ciudades, que la esterilidad destruye las cosechas de nuestros campos, pueblos armados contra pueblos, y la Europa diezmada por enfermedades epidémicas, muertes repentinas, reveses de fortuna y aterradoras calamidades. Apresurémonos, hermanos míos, por alejar tanta desgracia, y aplacar al Señor, por invocar sus gracias; y como que la verdadera sabiduría nos conducirá á todo esto, apresurémonos á alcanzarla. Pidámosla al Espíritu Santo, de quien es dón la verdadera sabiduría; interpongamos la mediación de la Santísima Virgen, que es Sede de la Sabiduría verdadera, y con ella aprenderemos á conocer la grandeza de Dios, los misterios de su amor y la historia de sus beneficios; la miseria de nuestra mezquindad, los peligros que nos rodean y los enemigos que nos asedian; la ciencia que enseña lo que más nos importa saber, la ciencia que es necesaria á todos, la ciencia sin la cual sería inútil otra cualquiera.

DISCURSO XXI.

GRATITUD.

In omnibus gratias agite.
Dad gracias por todo. (I. TESSAL. V, 18).

No cabe duda; el vicio más comun entre los hombres es la ingratitud. Cierto, que son muchos los apetitos desordenados, las inclinaciones perversas, las inmoderadas destemplanzas de actos y de conducta, las rebeliones de la soberbia, de la gula y de la lujuria, por cuyo medio el vicioso se asemeja al bruto, si no es todavía peor. Pero, estos vicios, que con frecuencia chocan unos contra otros, como mar alborotado por contrarios vientos, no reinan en todos los hombres, y hallan dominio breve y contrariado en los ánimos, siempre vacilantes entre la pasión que alienta y la pasión que empieza. Mas, la ingratitud para con el supremo Bienhechor, que nos colmó con providencial generosidad de innumerables gracias, es un pecado tan generalizado hoy, que lo observamos dominando en todas las clases, sin excepcion de edad, de sexo y de condicion. Y del mismo modo que el agradecimiento, hijo de la humildad, forma en el Cielo las delicias de los Angeles y de los Santos, la ingratitud, hija del orgullo y de la presuncion, es el vicio dominante entre los hijos de los hombres.

Esta observacion, harto triste para todo buen católico, nos servirá de punto de partida para tratar de la gratitud de la Santísima Virgen, precisamente, porque nacida de la tierra y elevada al Cielo con los pensamientos y los afectos, vivió de amor santo y de fiel agradecimiento. Toda la vida de Maria revela el ejercicio de esta virtud, en Nazareth, en Belén, en Egipto y en Jerusalén. El *Magnificat* es una bella manifestacion de gratos sentimientos; y nosotros, considerando solamente su primer versículo, quedaremos evidentemente convencidos de esta verdad. Por cuyo motivo, en vista del deber que tenemos

de dar gracias á Dios por sus beneficios, me he propuesto exponeros en parte, y á grandes rasgos, esta agradecida efusion del alma de María; á fin de que, atendidos, por un lado, sus méritos, y por otro nuestras obligaciones, detestemos y huyamos de aquella culpable ingratitud, que, cual gusano roedor, destruye la fuerza de las virtudes, y, como viento abrasador, anonada todo principio religioso. Saludémosla ántes con el Arcángel: A. M.

El Apóstol San Pablo, obligado por la persecucion que los Hebreos suscitaron contra él á retirarse de Tesalónica, donde por algun tiempo había predicado con mucho fruto el Evangelio, escribió dos epístolas á los Tesalonicenses para confirmarles en el amor de la verdad, é instruirles sobre varios puntos de doctrina y de moral. En la primera de estas epístolas, entre otras instrucciones de vida cristiana, les dice: dad gracias á Dios por todo. Parafraseando sus palabras, yo os digo: que es preciso en todas las cosas tributar gracias á Dios.

Es preciso dar gracias. Nada hay más natural y justo que el agradecimiento para con los bienhechores. Cualquier ánimo agradecido siente, naturalmente, la deuda de la gratitud para con aquellos que le han asistido en los momentos difíciles de su vida, aliviado en las angustias, consolado en las aflicciones, instruido en la ignorancia y aconsejado en las incertidumbres. Si no puede recompensarles oportunamente con obras, les presta actos exteriores de reverencia; si no puede retribuirles con iguales beneficios, reconoce y elogia los favores recibidos. Hasta de algunas fieras se dice, que se interesan á su modo por aquellos hombres de quienes han recibido algun beneficio; se ha hablado de leones agradecidos con los soldados, que sacaron las espinas de sus garras; se ha visto al perro, puesto como custodio y guardian al lado del hombre, desvivirse por prestar al amo sus servicios, espirando de dolor y de hambre sobre la tumba en que le sepultaron; y es necesario despojarse de la naturaleza humana y rebajarse hasta los mismos animales irracionales, para creerse libre de la obligación del agradecimiento para con los hombres generosos que nos favorecieron. Por lo tanto, no hay oficio más justo, más conveniente, más necesario; ningun sentimiento es más noble, ningun ofrecimiento es más perfecto, que aquel que nos llama á dar con ánimo agradecido, y del mejor modo posible, acciones de gracias por los beneficios recibidos.

Es preciso dar gracias á Dios. Todo dón excelente, dice el Es-

piritu Santo, y todo bien perfecto nos viene de lo alto y descende del Padre de las luces (1). Aquellos por cuyo medio nos llegan auxilios, socorros y providencias grandes ó pequeñas, no son sinó canales de las divinas gracias; aquellos que nos asisten, nos defienden y protegen en desastrosas ocasiones, son solo instrumentos de la divina Providencia. Dios inspira el pensamiento en ellos; Dios mueve en ellos la voluntad; Dios les suministra los medios para que nos socorran; y ellos nos favorecen precisamente, porque Dios quiere que sean nuestros bienhechores. Hé ahí porque en toda ocasion, en toda nuestra próspera suerte, y en toda dichosa fortuna que llegue á nosotros, por cualquier conducto, debemos levantar los ojos al Cielo, dirigir los afectos al supremo dispensador de las miséricordias, y enternecer el corazon en presencia de Aquel, que dispuso primitiva y principalmente para nosotros aquellas utilidades, aquellas fortunas, aquella suerte.

En fin, debemos dar gracias á Dios por todo cuanto nos acontece, pues, no hay cosa alguna que no proceda de Él, puesto que el Universo es como una inmensa cadena de innumerables anillos, cuyo anillo primordial y soberano está en manos de Dios. Así, pues, si en todas las cosas resplandecen los divinos beneficios, no cabe duda que en todas las cosas se debe reconocer y adorar la omnipotencia, la bondad, y la sabiduría del celestial Bienhechor. ¿Y cuán preciosos no son estos beneficios? ¿Por qué medios nos vimos colmados de tantas gracias? ¿De qué suerte..? ¡Ah! descienda de los Cielos un rayo de viva luz, y disipadas las terrenas tinieblas, que nos ofuscan los ojos, veremos cuantos dones nos concedió Dios en el órden de la naturaleza y en el órden de la gracia, que son dignos de afectuoso agradecimiento.

Por lo que mira á los dones naturales, sobrepuja á todos el habernos dado la vida; pero, todavía lo es más el conservárnosla. Dios nos conservó piadosamente el sér, librándonos de muchos males de que está rodeado nuestro cuerpo mortal. Dios nos dió cuanto disfrutamos en el trato de los amigos, en el interés de la familia, en el favor de las personas conocidas, y en la recuperacion de la salud despues de graves enfermedades. En una palabra: Dios, con frecuentes, asiduas y repetidas solicitudes, sin ningun mérito por parte nuestra, y con frecuencia haciéndonos indignos de ellas, nos ha concedido.

(1) Jac. I, 17.

sucesivamente la salud, la robustez, las riquezas y los alimentos, unas veces pocos, y otras espléndidos.

Por lo que se refiere al orden de la gracia, ¿quién podría contarlos todos? ¿Quién sería capaz de narrar su peso, número y medida? Por un lado, inspiraciones saludables para conocer el bien; por otro, consuelos dulcísimos para perseverar en la virtud; y en todas partes luces y gracias que nos previnieron á toda hora, nos acompañaron en todos los pasos, y nos mantuvieron rectos en toda práctica de buenas obras. A fin de que, faltos de luz, no nos extraviásemos, se nos indicaron direcciones seguras; para que no nos perdiésemos, faltos de fuerzas, se nos proporcionaron robustos apoyos; y á fin de que no cayéramos, privados de auxilios en el abatimiento del ánimo, se nos concedieron consoladoras asistencias.

Mas, ¡ah! hasta por las mismas adversidades debemos dar gracias á Dios. Desagrada, ciertamente, ser calumniados, ofendidos, castigados injustamente; derribados por tierra, abismados en el fondo de toda amargura, y vivir en la soledad, á semejanza del pelcano, y del pájaro doliéndose en los tejados; no nos olvidemos, empero, que los males que nos afligen, sirven para moderar á la vez la alegría, y el dolor; para corregir el placer sensual, y las molestias exteriores; y para reprimir las interiores rebeliones. Las calenturas nos impiden que abusemos de la salud; las humillaciones nos preservan del abuso del poder; las miserias, del abuso de las riquezas; y con frecuencia, angustiados y azotados por las tribulaciones, recobramos la reflexion perdida cuando estábamos ébrios de orgullosa felicidad. Puesto que nadie puede considerarse limpio de toda culpa ni inmaculado ante el supremo Juez, las adversidades nos abren el camino para pagar las deudas contraídas con la divina justicia durante la presente vida, para no tener que pagarlas con el rigor del fuego en la otra.

Con lo hasta aquí expuesto, fácil os será, hermanos míos, aquilatar, en cierta manera, el agradecimiento de la Virgen Nazarena, que fué la más agradecida de todas las criaturas. Tres son principalmente los grados que forman el carácter esencial de aquella virtud que se llama agradecimiento, esto es, reconocer el debido beneficio, dar gracias al dador por el beneficio recibido, y retribuir por este beneficio, segun las propias facultades, á aquel que por su misericordia se sirvió concedérnoslo. Conviene, en primer lugar, agradecer el beneficio recibido; por cuyo motivo los bienaventurados en la pátria celestial deponen sus coronas ante el trono del Cordero, á quien atribuyen las victorias que alcanzaron sobre sus enemigos. Conviene

dar gracias al dador por los beneficios recibidos; por cuya razon, segun está escrito en el Apocalipsis, los venerables ancianos repetían con voz sonora, que solo á Dios se debe el honor, la gloria y la accion de gracias por los siglos de los siglos (1). Conviene retribuir, segun las propias facultades, al que concedió los beneficios que se recibieron; y por consiguiente, no pudiendo retribuir al Señor sinó con las buenas obras, no es digna la alabanza, como se dice en el Eclesiástico, en boca del pecador (2). Este triple grado de gratitud resplandece en el cántico del *Magnificat*, ya que con su himno, María reconoce los beneficios que ha recibido de Dios, dá gracias á Dios por los beneficios de que la colmára, y le retribuye por estos mismos beneficios.

María dá gracias á Dios por los beneficios de que la colmára. Elevada por Dios á la dignidad de Madre suya, le glorifica cual no lo ha hecho jamás criatura alguna, pues, no dice: *Mi alma ha glorificado al Señor*, refiriéndose al pasado su accion de gracias; ni dice tampoco: *Mi alma glorificará al Señor*, refiriéndose á lo futuro, sinó: *Mi alma le glorifica: Magnificat anima mea Dominum*; dándonos así á entender claramente, que la alabanza y la accion de gracias á Dios es continua en sus lábios y en su corazon.

María retribuye á Dios por los beneficios recibidos de su mano. Ella empieza diciendo: *Magnificat*. Dios es glorificado cuando se adoran ó se predicen sus grandezas, ó bien se le atribuye cuanto de prodigioso ha sucedido. Hé ahí lo que hace María. Ella quiere decir: Se me alaba y ensalza, porque soy bendita entre las mujeres; porque soy bienaventurada por haber tenido fé; porque soy Madre de Dios; mas yo alabo, bendigo, adoro y enzalzo al Señor, dispensador generosísimo de todos estos beneficios. A Él es debida toda gloria, pues que ha obrado todos estos milagros; á Él se le debe toda bendicion, por haber abierto á favor del género humano los tesoros de sus gracias; á Él se debe todo honor, porque cuanto poseo, de Él lo he recibido.

A la palabra *magnificat* añade: *anima mea*. No como aquellos, que alaban á Dios con los lábios y no con el corazon; no como aquellos, que, elevando los pensamientos á Dios, dividen el corazon entre los negocios y los placeres del mundo; no como aquellos, que alabando á Dios, están siempre en pecado, ó con las consecuencias del pecado;

(1) APOC. V, 13.

(2) ECCL. XV, 9.

María alaba á Dios, no solo con el alma, sinó con todas las fuerzas del alma; no solamente con todas las fuerzas del alma, sinó que tambien con todas las fuerzas de un alma inocente.

No llama á Dios Padre suyo, no le llama Hijo, ni tampoco su Esposo, para expresar con el mayor grado posible su gratitud. El pertenecer á Dios con vínculos tan estrechos es una gloria; y Ella, que no quiere ninguna gloria para sí, y que la refiere toda á Dios, llamándole Señor, no se le presenta como Hija, ni como Madre, ni como Esposa, sinó como sierva. Y observad, además, que le llama Señor en un sentido absoluto, sin restriccion alguna, reconociéndole dueño de todas las cosas, no por fortuna, como los reyes de la tierra, sinó por naturaleza, como á Rey del Cielo. ¿Cuántos misterios no se encierran en estas pocas palabras? ¿Cuán grato afecto no está comprendido en ellas? No; un himno semejante no subió nunca de la tierra al Cielo; jamás se ha dirigido á Dios con tanto amor semejante accion de gracias. Por esto no me sorprende, que varones doctísimos hayan dado varios títulos al *Magnificat* para indicar sus preciosidades. Estos le llamaron cántico de la Virgen, poema triunfal, epitalamio virgíneo; aquellos, concepto insigne, himno memorable, alabanza excelentísima; otros, llamáronle encomio sublime, compendio de las divinas grandezas, profesion de católicos sentimientos, doctrina evangélica, catecismo de los perfectos. Como quiera que sea de estos títulos, que son ciertamente bellos, y que han merecido la aprobacion del pueblo cristiano, creo poder añadir todavía otro, y considerando lo expuesto en el discurso de hoy, y decir: que el *Magnificat* es el himno de la gratitud de María.

Si todo beneficio recibido reclama nuestro agradecimiento, permitidme, amados hermanos, preguntar: ¿qué gratitud demostramos á Dios por tantos dones como nos ha concedido? ¡Ah! nosotros, que acostumbramos corresponder con hechos ó con palabras, á aquellos que nos prestan algun servicio, nos libran de alguna angustia, ó nos sacan de algun apuro; nosotros, digo, nos mostramos indiferentes para con Dios, que es el primero y supremo bienhechor. Vá el sol hácia el Ocaso, y llega el nuevo día, sin que nos háyamos ocupado ni un solo instante en dar gracias á Dios por habernos conservado la vida. Transcurren semanas y meses sin dirigir un solo pensamiento á Dios, que derrama sobre nosotros innumerables gracias. Pasan años enteros sin dedicar un solo pensamiento á la bondad de aquel Dios, que nos libró de tantos peligros, nos socorrió en tantas angustias, nos dió tan saludables inspiraciones, y nos vino al encuen-

tro con sus misericordias. Nos sentamos en espléndidas mesas, se descansa largamente, se lleva una vida agitada, sin acordarnos de Dios, semejantes á aquellos brutos, que miran solamente las bellotas esparcidas por el suelo, sin preocuparse para nada del pastor que las sacudió de la encina.

No niego que á fin de año, y al principio de año, muchos acuden á los templos; no niego que, unidos á los ministros del Santuario, entonen el himno de accion de gracias, miéntras que las armonías del órgano y las sagradas campanas que agitan el aire, entonan con júbilo alabanzas á Dios. Pero, no basta con dar estériles acciones de gracias á Dios con solo los lábios; la gratitud ha de manifestarse con el afecto del corazon y con las obras. Para dar gracias á Dios con el afecto del corazon, importa conservar profundamente grabados en el ánimo y en el afecto, y presentes á la memoria sus beneficios; para darle gracias con las obras importa, hacerle manifiestas protestas de obsequio y de servidumbre con el buen uso de sus dones y atribuir solamente á Él la gloria. Faltan en este punto aún aquellos que, algunas veces, congregados en el templo unidos á los demás, entonan el *Te Deum*, puesto que, ó discurren inconsideradamente y con frialdad sobre los divinos beneficios, ó llegan hasta quebrantar sus preceptos, en cuya observacion consiste la prueba más cierta del amor para con Dios. Y lo que es peor todavía, se cambia frecuentemente el beneficio en ofensa, empleando en ella los dones recibidos contra el dador. Con la culpa ofendemos á Dios, y para ofenderle empleamos los bienes mismos que Él nos dispensó. Dios nos dió la vista, y nosotros nos servimos de los ojos para las inmodestias; Dios nos concedió la lengua, y nos valemos de la misma para conversaciones indecorosas; Dios nos puso un corazon en el interior del pecho, y le empleamos en afectos desordenados; Dios nos concedió igualmente el entendimiento, y lo empleamos en pensamientos, en planes, en proyectos llenos de soberbia, de lascivia y de malicia. Os desafío, carísimos hermanos, á que encontreis entre todas las perfidias y todas las ingratitudes conocidas una ingratitud más grande que ésta, y una perfidia mayor.

¡Ea, pues, hermanos míos! aborrezcamos de hoy en adelante la ingratitud, y mostrémonos agradecidos á los constantes beneficios que recibimos de Dios. La ingratitud cierra, y el agradecimiento abre, el camino á nuevas gracias, ya que Dios cierra la mano con las almas ingratas, y la abre á las agradecidas. Imitemos á María, ofreciendo santos obsequios á nuestro soberano Bienhechor; y no creamos

cumplir con este deber asistiendo tan solo en alguna ocasion á las reuniones cristianas, prorumpiendo en himnos de accion de gracias á Dios. Bendigamos al Señor con los lábios, pero bendigámosle muchísimo más con las obras; bendigámosle como le bendijo María, con toda el alma. Suban nuestras deprecaciones como oloroso incienso ante el trono de la eterna santidad, y suban allí acompañadas de nuestros deseos de huir constantemente del mal y obrar constantemente el bien. Vayan nuestras acciones de gracias acompañadas de sinceras promesas de vivir penitentes del pasado y vigilantes en lo futuro; añádanse las buenas obras á las buenas palabras, y habremos dado verdaderamente gracias á la infinita misericordia que nos quiere salvos.

DISCURSO XXII.

GOZO.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

MI ESPIRITU ESTÁ TRASPASADO DE GOZO EN EL DIOS SALVADOR MIO. (Luc. I, 47).

Si pudiera juzgarse por las apariencias, no tendría reparo en aceptar la opinion de aquellos, que consideran la vida cristiana como triste y melancólica. Y en verdad; el que mira tan solo en los santos su exterior, no ve en su rostro sinó palidez y duelo, contémplos siempre rodeados de humillaciones y sufrimientos. De ahí, que los senaces del siglo, al pintar la santidad con el rostro demacrado, llorosos los ojos, inclinada la cabeza cubierta de ceniza, y ceñidos de cilicios, ningun afecto sientan por ella; de ahí que busquen los placeres, y crean poder encontrar la verdadera alegría en blando lecho, opípara mesa, continuos pasatiempos y abundantes riquezas.

Sin embargo, se equivocan. No puede reinar verdadera alegría sin paz, y la paz es el privilegio de solo los justos, los cuales, gustando la paz de los hijos de Dios, sienten aquella embriaguez celestial, que no ofusca el entendimiento, sinó que le alumbra; no oprime la razon, sinó que la corrobora; no corrompe el corazon, sinó que lo purifica, y permanece imperturbable aún en medio de todas las amarguras de las vicisitudes humanas, y está segura aún en medio de todos los reveses de fortuna. En efecto, el que en vez de juzgar por las apariencias, penetre en el corazon de los fieles observantes de la ley evangélica, se convencerá de que experimentan los saludables efectos de un gozo que no tuvo Salomon, por más que nadase en la abundancia, estuviere sentado en el trono más espléndido, y fuese el más sábio de los monarcas.

cumplir con este deber asistiendo tan solo en alguna ocasion á las reuniones cristianas, prorumpiendo en himnos de accion de gracias á Dios. Bendigamos al Señor con los lábios, pero bendigámosle muchísimo más con las obras; bendigámosle como le bendijo María, con toda el alma. Suban nuestras deprecaciones como oloroso incienso ante el trono de la eterna santidad, y suban allí acompañadas de nuestros deseos de huir constantemente del mal y obrar constantemente el bien. Vayan nuestras acciones de gracias acompañadas de sinceras promesas de vivir penitentes del pasado y vigilantes en lo futuro; añádanse las buenas obras á las buenas palabras, y habremos dado verdaderamente gracias á la infinita misericordia que nos quiere salvos.

DISCURSO XXII.

GOZO.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

MI ESPIRITU ESTÁ TRASPASADO DE GOZO EN EL DIOS SALVADOR MIO. (Luc. I, 47).

Si pudiera juzgarse por las apariencias, no tendría reparo en aceptar la opinion de aquellos, que consideran la vida cristiana como triste y melancólica. Y en verdad; el que mira tan solo en los santos su exterior, no ve en su rostro sinó palidez y duelo, contémplos siempre rodeados de humillaciones y sufrimientos. De ahí, que los senaces del siglo, al pintar la santidad con el rostro demacrado, llorosos los ojos, inclinada la cabeza cubierta de ceniza, y ceñidos de cilicios, ningun afecto sientan por ella; de ahí que busquen los placeres, y crean poder encontrar la verdadera alegría en blando lecho, opípara mesa, continuos pasatiempos y abundantes riquezas.

Sin embargo, se equivocan. No puede reinar verdadera alegría sin paz, y la paz es el privilegio de solo los justos, los cuales, gustando la paz de los hijos de Dios, sienten aquella embriaguez celestial, que no ofusca el entendimiento, sinó que le alumbra; no oprime la razon, sinó que la corrobora; no corrompe el corazon, sinó que lo purifica, y permanece imperturbable aún en medio de todas las amarguras de las vicisitudes humanas, y está segura aún en medio de todos los reveses de fortuna. En efecto, el que en vez de juzgar por las apariencias, penetre en el corazon de los fieles observantes de la ley evangélica, se convencerá de que experimentan los saludables efectos de un gozo que no tuvo Salomon, por más que nadase en la abundancia, estuviere sentado en el trono más espléndido, y fuese el más sábio de los monarcas.

Un ejemplo manifiesto de esta verdad nos lo ofrece la Santísima Virgen. Nacida de humilde condicion, hija del más despreciado de los pueblos, esposa de un carpintero, y viviendo siempre en la oscuridad, María, rebotando de gozo, exclama: *Mi espíritu está trasportado de gozo en Dios salvador mio*. De donde yo saco el argumento del discurso de hoy, con el propósito de demostrar, que no pudiendo el verdadero gozo dimanar del mundo, solo dimana de Dios. Ansiosos por vivir siempre alegres, y persuadidos de que para lograr esta dicha, es preciso, más bien que apetecer los gozos derivados de mala raíz, amar los que derivan de origen purísimo, abrigo la seguridad de que siguiendo las huellas de María, nos enamoraremos del gozo que dimana de Dios, renunciando firmemente al que procede del mundo. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen: A. M.

No puede consolarnos, verdaderamente, un gozo falso que carezca de sólidos fundamentos, y que se desvanezca con el transcurso del tiempo, como acaece con el gozo que viene del mundo, puesto que es falso, inconstante y de breve duracion.

Es falso el gozo que procede del mundo. ¿Qué es el mundo? Es un enemigo más peligroso cuando nos lisonjea, que cuando nos maltrata; enemigo del cual se ha de desconfiar con mayor motivo, cuando nos brinda á anhelarlo, que cuando nos obliga á despreciarlo; es un lugar lleno de asechanzas y de escollos, donde todo son desórdenes y funesto veneno; donde reina mucha malicia y poca sabiduria; donde todo es seductor y peligroso; donde no existe más que la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (1). ¿Y será posible recibir, hallar verdadero gozo en este mundo, si á cada paso nos sentimos empujados por la seduccion? Verdad es, que sus adoradores rien, se chancean, y se divierten; pero lo es tambien, que estas risas no penetran en el corazon; que tales chanzas no recrean el espíritu; y que semejantes diversiones ocultan el duelo interior con un exterior de júbilo. En una palabra: el gozo que procede del mundo, más bien que gozo del corazon, lo es de los sentidos; y el gozo de los sentidos, ó no es tal, ó es falso.

El gozo del mundo es inconstante. Aún en la suposicion, de que el mundo fuese capaz de consolar con algun gozo verdadero, siempre resultaría que nada tendría de duradero. Regocijábese Sedecias sen-

(1) JOAN. II, 16.

tado en un trono, y poco despues gemía encerrado en una cárcel; embriagado de placer se encontraba Baltasar, regocijándose en espléndido festin, y pocas horas más tarde moría bañado en sangre; lo propio hacia Jezabel, en medio de sus pompas, y al cabo de poco tiempo perecía en medio de ignominias y de insultos. Y sin necesidad de recurrir á edades remotas, y á antiguos hechos; ¿no hemos visto y vemos todos los días pasar á muchos por extrañas y funestas vicisitudes, de la alegría al dolor, de los honores á los oprobios, y de la abundancia á la miseria?

Además, el gozo que dimana del mundo es de breve duracion. Aún cuando no fuese falso é inconstante, resultaría siempre de corta duracion; á lo más, podría extenderse por todo el tiempo de la vida presente, que es muy breve. Así como los muchos lustros del apostolado de un Juan, del episcopado de un Policarpo, y de la soledad de un Romualdo, se redujeron á nada en la hora de su muerte, tambien quedan reducidos á nada, al llegar la muerte, los años que ha gozado un príncipe en medio de las grandezas reales, un guerrero en los campos de batalla, un literato entre los laureles de sus estudios, y una mujer mundana en medio de los aplausos de sus adula-dores. Al contrario; el gozo que viene de Dios es sincero. Dios es belleza infinita, infinito poder, infinita sabiduria, infinita bondad, que no puede engañarse ni engañarnos, ni hallar obstáculos para cumplir las promesas de su misericordia. De su trono descenden todas las gracias; en sus manos están todos los corazones de los hombres; de sus amorosas entrañas manan perennes raudales de aguas refrigerantes, con que apagan su sed y se restablecen todos los atribulados. ¿Cómo no será, pues, sincero el gozo que procede de Dios, que siendo sumo bien, puede llenarnos de la alegría más inefable? ¿Cómo no será sincero, si el hombre, convencido de que no le sucederá nada que no sea ordenado por Dios para su propio bien, queda contento, sean cuales fueren los acontecimientos? Tan sincero es ese gozo, que cualquier otro lo encuentra insípido, y afliccion cualquiera otra alegría.

El gozo que procede de Dios es constante. Dios no es más bueno un día que otro, ni más poderoso en una estacion que en otra. Sus ojos nunca se fatigan, sus manos jamás se abrevian, siempre es inmensamente rico en sus gracias y generoso en sus beneficios. Él mira á los piadosos con más ternura que una madre afectuosísima al amado fruto de sus entrañas; y absteniéndose éstos de ofenderle, y adorando su voluntad, viven en la seguridad de que serán incesante-

mente asistidos y amados por Él con un amor más fervoroso y ardiente que todo otro amor cualquiera: los justos, que observan sus mandamientos y veneran su nombre, están ciertos de que viven bajo la sombra de su continua y constante protección. No niego que también los fieles á Dios están sujetos, á la par que los demás hombres, á molestias y á dolores; sin embargo, estos dolores y estas molestias no pueden nunca trascender al alma. Se sienten custodiados por el hombre valiente y bien armado del Evangelio, que arroja lejos de sí toda agresión enemiga. Alumbrados por la fé, y fortalecidos por la gracia, no pierden la serenidad de la paz en medio del bramido de las tempestades. Las angustias son para ellos como las nubes que velan el sol, pues, así como las nubes no ofuscan el sol, por más que así lo parezca á nuestra vista, tampoco las angustias les privan del verdadero gozo, por más que á nosotros nos parezca lo contrario.

El gozo que procede de Dios es eterno. No tiene límites que lo cierren, ni términos que lo destruyan, ni acaba con la muerte. En el lecho mismo del dolor, en la hora postrera de la agonía, radiante su frente con los rayos de la predestinación, el hombre de bien y virtuoso repite las palabras del Salmo: Dios es mi firme apoyo, mi asilo, mi salvación y mi gozo (1). Su gozo, lejos de acabar, crece de la misma suerte que crece en el jornalero al cobrar el salario de su trabajo; en el piloto, cuando llegado al término del viaje está para entrar en el puerto; y en el peregrino, cuando despues de un largo viaje está próximo á ver de nuevo el suelo natal. Si le asalta algun temor, asido del áncora de la Esperanza, que hace hallar anticipadamente el Cielo en la tierra, y la calma en la borrasca (2), dice al Señor: He cumplido lo que me mandaste; dame ahora lo que me prometiste. Verificadas estas promesas, rejuvenecido y como si fuese ya un sér celestial, con plumas de águila (3), investido y compenetrado por el Bien sumo, exclama con la esposa de los Cantares: He encontrado al que adora mi alma; asile y no le soltaré; ya no sufrirá el menor cambio esta suma felicidad mia (4).

¿Cuál de estos dos gozos quereis escoger, hermanos míos, el del mundo, que es falso, inconstante y de corta duración, ó el de Dios, que es sincero, constante y eterno? Sería preciso haber perdido el juicio para posponer el segundo al primero, pues, equivaldría á des-

(1) PSLM. XVII, 3.

(2) HEBR. VI, 19.

(3) ISAÍAS, XL, 31.

(4) CANT. III, 4.

echar lo mejor, y escojer lo peor. Procuremos, pues, el gozo que procede de Dios: á esta preferencia nos incita precisamente la Santísima Virgen con su ejemplo. María goza; pero goza en Dios.

El espíritu de María está trasportado de gozo. Si el profeta Zacarías, vaticinando el nacimiento del Rey justo y salvador por entre las tenebrosas sombras del porvenir, invitaba á que se regocijase en gran manera la hija de Sion, y saltára de júbilo la hija de Jerusalén (1); si se alegró Abrahán, vislumbrando con profética mirada en lo futuro el día del Señor, día de consuelos y de gracias, de misericordias y de paz (2); ¿cuánto más no debía regocijarse María, que llevaba en sus entrañas á Aquel, á quien vaticinaron de lejos por medio de imágenes, símbolos y figuras, Zacarías y Abrahán?

Se está contento, cuando se encuentra un tesoro que satisface todas las esperanzas y todos los deseos. Ahora bien; tesoro preciosísimo es la gracia santificante, en la cual consisten la nobleza y grandeza verdaderas, la prenda más segura de la amistad de Dios, y el dón más espléndido de su generosidad. Un tesoro tal halló María (3); de manera, que, apenas concebida, recibió más gracia de la que estuviera adornada la más pura criatura llegada al término de sus días. Enriquecida con este tesoro, que la convierte en Paraíso, incomparablemente más delicioso y bello que aquel donde Dios colocára á Adán, siéntese trasportada de gozo.

Se salta de júbilo cuando el enemigo es derribado con gloriosa victoria. Pues bien; enemigo terrible es el demonio, que, habiendo despojado fraudulentamente al hombre de los dones divinos, y privádole de la inmortalidad, le había precipitado en las oscuras regiones de la culpa y de la muerte. A este enemigo vió María gemir aplastado debajo sus piés. Contenta por un triunfo tanto más glorioso cuanto que se trataba de un adversario invencible para todos los demás, María se regocija.

Se está alegre, cuando se tiene un hijo ilustre y venerado. La gloria del hijo trasciende á la madre, el lustre de la madre aumenta segun que el hijo crezca en honor y en grandeza, y la madre goza á proporcion del honor y de la grandeza del hijo. Ahora bien; bajo este concepto, María es madre de un Hijo, que no tiene necesidad de diadema que ciña sus sienes, ni de púrpura que cubra su cuerpo, siendo el monarca omnipotente del Universo; es madre de un Hijo

(1) ZACH. IX, 9.

(2) JOAN. VIII, 56.

(3) LUC. I, 30.

cuya soberanía será reconocida y proclamada por cuanto hay en el mundo de más grande, de más noble, de más poderoso, y de cuya corona los más fieros enemigos no podrán arrancar la más insignificante de sus piedras preciosas. Ella lo conoce, y rebosando de la excelencia de este hijo, se alegra.

Además, María no se contenta con decir que se regocija, añade: que se regocija en Dios. Examinemos una por una sus bellas palabras. María *se regocijó*, no *se regocija*, tiempo presente, ni *se regocijará*, tiempo venidero; sino *se regocijó*, para indicar claramente, haberse regocijado desde el primer instante de su sér y en todos los instantes de su vida, sin que este gozo cesase un solo momento. María afirma, que está trasportado de gozo *su espíritu*, con lo cual significa, que su gozo no es alegría de sentidos, siempre vana y falaz, sino alegría de corazón, que lleva consigo aquella serenidad en el entendimiento, aquella calma en la voluntad, aquel reposo interior, y aquella dulzura de sentimiento que sazona la prosperidad y templala allicción. María dice: se regocijó mi espíritu en Dios *Salvador*; lo cual quiere significar, que si debemos regocijarnos en Dios *criador*, el cual, habiendo sacado las cosas de la nada, hace brillar el sol sobre nuestras cabezas, disuelve las nubes en saludables lluvias, fecundiza las entrañas de la tierra, domina las olas del mar, manda á la misma muerte que deponga su levantada guadaña; muchísimo más debemos nosotros gozarnos en Dios *Salvador*, que por su infinita caridad, muertos en pecado, nos arrancó del poder de las tinieblas y de las garras infernales, nos regeneró á la gracia, admitiéndonos de nuevo en el ósculo de su amor. Finalmente; María dice: mi espíritu se regocijó en Dios *Salvador mio*; lo cual denota el milagro, en virtud del cual Ella sola, con privilegio especialísimo entre todos los descendientes de Adán, no fué contaminada por un solo momento de la culpa original.

Sacad de ahí, hermanos míos, los motivos por los cuales María se regocijara tanto en Dios *Salvador*. Hija de la gracia, el gozo de María, obra de Dios Padre, que la había escogido por Hija, de Dios Hijo, que la había elegido por Madre, y de Dios Espíritu Santo, que la había tomado por Esposa, aumentado inmensamente al cumplirse en Ella los designios de las celestiales misericordias y subido al máximo grado, cuando, hecha tabernáculo del Altísimo, encerraba en sí la expectación de los siglos, se derramaba como armonía suavísima de Paraíso. Hija del amor, la alegría de María, puesto que el amor vive, crece y goza en la union del sér amante y del objeto

amado, cuando el Hijo de Dios, que es su amor, se hizo Hijo suyo y puso en el fondo de sus entrañas el origen de la salvación, lleva consigo tanta plenitud de suavidad, que no puede compararse ni remotamente con cuanto de delicioso y de suave han visto los ojos, escuchado los oídos ó deseado los corazones. Por cuyo motivo, el águila que hiende las nubes, el ciervo que corre á la fuente, el peso que se dirige hácia el centro, la llama que se eleva, y la luz que esparce el sol, no nos ofrecen más que imágenes oscuras y sin color de los arrobamientos con que el alma de la Virgen, elevándose con amor hácia el amor, cantaba: *Mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio*. Canta, oh María, canta, porque tu canto al cabo de cuatro mil años de duelo y de desventuras, recuerda el himno entonado al Criador durante los cortos instantes de la inocencia. Canta, oh María, canta, puesto que tu canto repetido en todas las partes del globo, muestra al Universo cual y cuanto fué tu gozo en Dios.

Siguiendo el ejemplo de María, procuremos, hermanos míos, alegrarnos con el espíritu, alegrarnos en Dios. Es esta igualmente una virtud, que saca el gozo de lo que es bueno y virtuoso, evitando lo que es torpe ó indecoroso.

Regocijarse.—No se pretende que nos neguemos á las expansiones de alegría, ni se nos manda que vivamos en perpétua melancolía. Nada de eso, muy al contrario; quiere el Señor que estén alegres aquellos que le rinden culto (1), pues, el Espíritu Santo dice: que la alegría mantiene la edad florida (2). Mas como no todo gozo es recto, ni toda alegría es santa, hé ahí porque se nos exhorta á no tomar veneno por remedio. Hay un gozo de origen pestilente, una alegría procedente de manantial enturbiado; de semejante gozo debemos huir, procurándonos únicamente el que deriva de un origen puro, de una manantial de agua cristalina y saludable. Hé ahí lo que llena el corazón de verdaderos gozos; hé ahí en que consiste la verdadera alegría.

Regocijarse con el espíritu.—Constando el hombre de alma y cuerpo, no debemos alegrarnos por lo que agrada al cuerpo, sino por lo que conviene á la salud del alma. Regocijarse por lo que agrada al cuerpo, es regocijarse á la manera de los pecadores, que piensan solamente en coronarse de rosas ántes que se marchiten; regocijarse por lo que conviene á la salud del alma, es alegrarse á la manera de los justos, que atienden á lo que es un verdadero bien para ellos. Divertirse en

(1) II CORINT. IX, 7.

(2) PROV. XVII, 22.

los juegos, en los paseos, en los teatros; alegrarse entre gente de buen humor, en espléndidos festines y en agradables pasatiempos; gozar porque se posee un espléndido tren, gloriosos títulos y honores ilustres; es gozarse en los sentidos y en la parte animal. Pero, divertirse con piadosos consejos, alegrarse en las santas inspiraciones, regocijarse de los buenos pensamientos, de los buenos afectos y de las buenas obras, es gozarse en la parte noble, en la parte superior.

Regocijarse en Dios.—El gozo nacido de las lisonjas y de las seducciones mundanas es inútil, falaz y peligroso; inútil, pues no tiene más que las apariencias del gozo; falaz, puesto que carece de medios para penetrar en los arcanos del corazón; y peligroso, por lo mismo que no sabe preservarnos de las caídas. El gozo que procede de Dios convierte el llanto en risa, el dolor en alegría; mira al mundo como una cárcel, y al Cielo como su casa; no se detiene en las presentes cosas variables de suyo, sino que aspira á las venideras, que serán eternas.

Por consiguiente, para regocijarnos en provecho nuestro, para alegrarnos de suerte que esté satisfecho el corazón, y para recrearnos en lo que nunca podrá engañarnos, es preciso regocijarse en Aquel de quien desciende toda felicidad, toda prosperidad, toda cosa alegre; es preciso regocijarse en Dios.

Así, pues, para imitar á María alegrémonos, hermanos carísimos, en Dios, que lo sabe todo, que todo lo ve, todo lo tiene presente, y cuenta nuestras lágrimas, numera nuestros afanes, no olvida nuestras aflicciones, para darnos en la otra vida una compensación de honor y de gloria proporcionada á las amarguras sufridas en este valle de lágrimas. Alegrémonos en Jesucristo, que nos redimió de la esclavitud del pecado, libró de la tiranía del demonio, y nos constituyó de víctimas del Infierno en herederos del Paraíso; y que, sincero, constante y generoso, no nos abandonará, ni aún en aquellos momentos en que nos veremos abandonados de todos. Regocijémonos en el testimonio de la buena conciencia, puesto que la conciencia recta es como un banquete continuo (1); es un placer superior á otro cualquiera (2); es como una gracia, con la cual el justo no teme, ni pierde la paz y tranquilidad de corazón, cualesquiera que sean las vicisitudes por que pase (3). Regocijémonos así, puesto que buscando y amando el gozo verdadero, imitaremos á María.

(1) Prov. XV, 15.

(2) Eccl. XXX, 16.

(3) Prov. XXVIII, 1.

DISCURSO XXIII.

VIDA OSCURA.

Quia respexit humilitatem ancillae suae, beatam me dicent omnes generationes.

Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, me llamarán bienaventurada todas las generaciones. (Luc. I, 48).

En los antiguos tiempos todo anunciaba las glorias de María. Las anunciaban las promesas hechas á los Patriarcas, las maravillosas figuras del pueblo Hebreo, los vaticinios de los Profetas, y cuanto servía de preparación para la venida de Jesucristo. Hablaba de Ella la aurora mensajera del Sol de justicia, el lirio nacido entre espinas, la florida vara de Jesé, de la cual había de nacer como una flor el deseado Mesías. A Ella se refería el Arca de la alianza, que llevaba en su seno la esperanza y la salvación del mundo; el Zarzal ardiente, que se abrasaba de un fuego divino sin consumirse; la Torre de David, de la cual colgaban innumerables escudos; el vellon de Gedeon, sobre el cual caía el celestial rocío, mientras que todas las demás cosas se secaban por los ardores del verano. Era bella como la luna, radiante como el sol, terrible como ejército en batalla, pura como paloma de blancas plumas, cerrada como huerto abierto tan solo para el Esposo de los Cantares. Las ilustres heroínas, cuyos nombres registran los sagrados libros, tuvieron algo que representaba á la Virgen Nazarena. Eva, en el estado de inocencia, esposa y virgen; Sara, cuya esterilidad se hizo fecunda con un milagro; Rebeca, que con la bendición de Isaac antepuso Jacob á Esaú; la hermosa Raquel, la prudente Débora, la magnánima Esther, y la fatídica Ana; aparecieron como imágenes de María.

Sin embargo, al venir al mundo María, no brilló ninguna de estas glorias. Hija de padres humildes, crecida en una casa pobre, y des-

los juegos, en los paseos, en los teatros; alegrarse entre gente de buen humor, en espléndidos festines y en agradables pasatiempos; gozar porque se posee un espléndido tren, gloriosos títulos y honores ilustres; es gozarse en los sentidos y en la parte animal. Pero, divertirse con piadosos consejos, alegrarse en las santas inspiraciones, regocijarse de los buenos pensamientos, de los buenos afectos y de las buenas obras, es gozarse en la parte noble, en la parte superior.

Regocijarse en Dios.—El gozo nacido de las lisonjas y de las seducciones mundanas es inútil, falaz y peligroso; inútil, pues no tiene más que las apariencias del gozo; falaz, puesto que carece de medios para penetrar en los arcanos del corazón; y peligroso, por lo mismo que no sabe preservarnos de las caídas. El gozo que procede de Dios convierte el llanto en risa, el dolor en alegría; mira al mundo como una cárcel, y al Cielo como su casa; no se detiene en las presentes cosas variables de suyo, sino que aspira á las venideras, que serán eternas.

Por consiguiente, para regocijarnos en provecho nuestro, para alegrarnos de suerte que esté satisfecho el corazón, y para recrearnos en lo que nunca podrá engañarnos, es preciso regocijarse en Aquel de quien desciende toda felicidad, toda prosperidad, toda cosa alegre; es preciso regocijarse en Dios.

Así, pues, para imitar á María alegrémonos, hermanos carísimos, en Dios, que lo sabe todo, que todo lo ve, todo lo tiene presente, y cuenta nuestras lágrimas, numera nuestros afanes, no olvida nuestras aflicciones, para darnos en la otra vida una compensación de honor y de gloria proporcionada á las amarguras sufridas en este valle de lágrimas. Alegrémonos en Jesucristo, que nos redimió de la esclavitud del pecado, libró de la tiranía del demonio, y nos constituyó de víctimas del Infierno en herederos del Paraíso; y que, sincero, constante y generoso, no nos abandonará, ni aún en aquellos momentos en que nos veremos abandonados de todos. Regocijémonos en el testimonio de la buena conciencia, puesto que la conciencia recta es como un banquete continuo (1); es un placer superior á otro cualquiera (2); es como una gracia, con la cual el justo no teme, ni pierde la paz y tranquilidad de corazón, cualesquiera que sean las vicisitudes por que pase (3). Regocijémonos así, puesto que buscando y amando el gozo verdadero, imitemos á María.

(1) Prov. XV, 15.

(2) Eccl. XXX, 16.

(3) Prov. XXVIII, 1.

DISCURSO XXIII.

VIDA OSCURA.

Quia respexit humilitatem ancillae suae, beatam me dicent omnes generationes.

Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, me llamarán bienaventurada todas las generaciones. (Luc. I, 48).

En los antiguos tiempos todo anunciaba las glorias de María. Las anunciaban las promesas hechas á los Patriarcas, las maravillosas figuras del pueblo Hebreo, los vaticinios de los Profetas, y cuanto servía de preparación para la venida de Jesucristo. Hablaba de Ella la aurora mensajera del Sol de justicia, el lirio nacido entre espinas, la florida vara de Jesé, de la cual había de nacer como una flor el deseado Mesías. A Ella se refería el Arca de la alianza, que llevaba en su seno la esperanza y la salvación del mundo; el Zarzal ardiente, que se abrasaba de un fuego divino sin consumirse; la Torre de David, de la cual colgaban innumerables escudos; el vellon de Gedeon, sobre el cual caía el celestial rocío, mientras que todas las demás cosas se secaban por los ardores del verano. Era bella como la luna, radiante como el sol, terrible como ejército en batalla, pura como paloma de blancas plumas, cerrada como huerto abierto tan solo para el Esposo de los Cantares. Las ilustres heroínas, cuyos nombres registran los sagrados libros, tuvieron algo que representaba á la Virgen Nazarena. Eva, en el estado de inocencia, esposa y virgen; Sara, cuya esterilidad se hizo fecunda con un milagro; Rebeca, que con la bendición de Isaac antepuso Jacob á Esaú; la hermosa Raquel, la prudente Débora, la magnánima Esther, y la fatídica Ana; aparecieron como imágenes de María.

Sin embargo, al venir al mundo María, no brilló ninguna de estas glorias. Hija de padres humildes, crecida en una casa pobre, y des-

posada con un pobre carpintero, parecía una mujer cualquiera, ó más bien, la última de las mujeres. Ella misma quiso mantenerse alejada de los aplausos de las gentes; y cuando en un divino arrobamiento vió que le pasaban los siglos por delante saludándola Reina del Universo, de sus mismas proclamadas magnificencias atribuyó todo el mérito á Dios, que se había dignado fijar los ojos en la bajeza de su esclava. Este amor á la vida oscura, este deseo de ocultarse, esta virtud que cubre con túpido velo las demás virtudes, y que fué tan singular en la Virgen, merece ser atentamente considerada, confiando que resultará en honor suyo y en provecho vuestro. Saludémosla ántes con el Arcángel: A. M.

Evitar los aplausos, gozarse en una vida humilde, olvidar el propio mérito, atenuar la propia estimación, disgustarse de los honores, y vivir como la violeta que se oculta bajo la yerba para no ser descubierta, y para no exponerse al peligro de ser profanada por la fragancia suavísima que despide; hé aquí en que consiste el amor de la vida oscura. El hombre debe amar esta virtud, que es una consecuencia necesaria de sus miserias; ella es sumamente agradable á Dios. Explicadas estas dos proposiciones, se verá, que el amor á la vida oscura debe sernos sumamente agradable.

El amor á la vida oscura es en el hombre una consecuencia necesaria de sus miserias. Se ha dicho, que nada hay más provechoso para el hombre que un claro conocimiento de sí mismo. Y en efecto; el claro conocimiento de sí mismo salva al hombre del pernicioso engaño en que le mantienen los sentidos, pues le dá á conocer su propia bajeza. Entónces ve que su cuerpo, aunque formado con las propias manos de Dios, es frágil arcilla, polvo y barro; ve que su alma, aunque salida de un soplo de Dios, mientras está unida al cuerpo, se encuentra cual prisionera encerrada en una cárcel entre las pasiones que la dominan y los vicios que la afean. Dado este conocimiento; ¿dónde alimentaría aquel apetito desordenado de la propia excelencia, que le embriaga de una excesiva opinion de sí mismo?

El amor á una vida oscura es grato á los ojos de Dios. El divino Maestro, para enseñarnos cuánto es de su agrado la vida oscura, dice: Aprended de mí, no á fabricar los cielos y adornarlos de estrellas, no á llamar del Oriente á la aurora y vestirla de luz, ni á cubrir de varios colores la tierra y garantirla de las inconstantes olas del mar; sinó á ser humildes, á buscar la gloria, no en el fausto, en la

opulencia, en la pompa de las grandezas terrenas, ni en los aplausos de los mundanos honores, sinó en aquellas acciones que, ocultas á los ojos de los hombres, son conocidas del Cielo, justísimo apreciador de los méritos adquiridos (1).

No cabe duda, pues, que el amor á la vida oscura es en el hombre una consecuencia necesaria de sus miserias y una virtud muy acepta á Dios; y, por lo mismo, nosotros debemos aspirar á ella. ¿Cómo no quererla entrañablemente, si donde quiera se fije la mirada, no hallamos nada que valga verdaderamente la pena de subirnos al pedestal, y darnos á gustar los tributados inciensos? ¿Cómo no amarla, si nos hace amigos de Dios, y nos pone en condicion de merecer sus gracias, y de experimentar sus beneficios? ¡Ah! ya que ninguna gloria puede sacarse de la ahumada memoria de los antepasados, no pudiendo llamarse nuestro lo que existía ántes que nosotros; de los ilustres méritos de nuestros mayores, no traspasando á los descendientes los fastos de los bisabuelos; ni de los conocimientos adquiridos, puesto que por mucho que se supiere, comparado con lo que faltaría saber, resultarían insignificantes; ni del poder, puesto que el más grande poder solo tiene de real ura incómoda representación; ni de los cofres reboando de oro, porque el dinero no es de ningun provecho si no se usa, y si se usa, con el mismo uso se consume; y puesto que Dios se complace en aquellos que, amando la propia fama, no son solícitos de cuidarla estudiosamente, no se complacen ni se envanecen de ella, y, sin despreciar á nadie, se desprecian á sí mismos; no hay duda que una vida conducida con tales reglas, debe sernos muy cara.

Tal fué precisamente la vida de María. Ella se nos presenta en el Evangelio rodeada y como envuelta en una profunda oscuridad. Cierta que resplandece en los misterios de la Anunciación, de la Visitación, del Nacimiento y de la Purificación; pero, este mismo esplendor no tarda en desaparecer enteramente. Jesús su Hijo la trata como á inferior, no solo á los apóstoles, sinó como á las mismas mujeres de que se habla en las páginas evangélicas. Dice del Bautista, que es el mayor de los profetas; llama bienaventurado á Pedro, sobre el cual edificará su Iglesia; celebra la fé del Centurion, encomia á la Cananea, alaba á la hermana de Marta, levanta á Magdalena pecadora, conversa con la Samaritana, defiende á la Adúltera,

(1) MATTH. XI, 29.

adivina el óbolo de la Vida, y se compadece de la madre que llora en Naim por su difunto hijo. Mientras que todos cuantos se le acercan participan de su benevolencia, disfrutan de las dulzuras de su bondad, y reciben parte de sus gracias, una sola persona parece excluida de estas gloriosas comunicaciones, y esta persona es María.

El Hijo de Dios se hizo hombre únicamente para la salvacion de los hombres. Yo, dice, he venido para conducir de nuevo al redil las ovejas extraviadas (1); he venido para salvar lo que se había perdido (2); los pecadores son, y no los justos, á quienes he venido yo á llamar (3). Por eso tomó un nombre que significa Salvador, se figuró en el Padre que acoge con júbilo al Hijo pródigo, se representó en el Pastor que, dejadas las noventa y nueve ovejas, corre detrás de la centésima que se ha extraviado; por eso, cuando se trata de proponer á alguien como cabeza de su entero rebaño, escoge á Pedro, que le ha sido infiel; cuando se trata de escribir el Evangelio, escoge á Mateo, que había sido publicano; cuando del ministerio de la predicacion escoge á Pablo, que había sido su perseguidor; y queriendo admitir alguno en el Cielo, hace de un malhechor el primero de los predestinados. Siendo así; ¿cómo podía ménos de dejar á su Madre en la oscuridad? Si hubiese sido pecadora como los demás, si como los demás hubiese estado enferma, esclava y prisionera, Él, que como Salvador venía á salvar á los perdidos, Él, que como Médico venía á sanar á los enfermos, y como Redentor á redimir á los cautivos, la hubiera mirado con otra atencion. Pero María no estaba perdida ni enferma, ni era cautiva como los demás hombres, y, por lo tanto, no debía ser mirada como los demás hombres, sinó más bien debía ser puesta en olvido, ya que el olvido se trueca para Ella en gloria.

María amaba vivir en la oscuridad. Figurada en los Libros sagrados como huerto cercado de espesas espinas, ó como un arroyo situado entre los senos del monte, y escondido en los rincones del valle, tuvo siempre la soledad como bella salvaguardia de la inocencia, y el retiro como sólida defensa de la santidad de las costumbres. Reconociendo á Dios como á su delicia y á su bien, solo anhelaba gozar de sus inefables comunicaciones; desposada con José, á quien consideraba como un sostén y custodio, solo deseaba cumplir los

(1) MATTH. XV, 24.

(2) MATTH. XVIII, 11.

(3) MATTH. IX, 13.

propios deberes con toda solícita diligencia. Lirio purísimo, nunca hizo ostentacion de sus eminentes dotes; violeta ruborosa, nunca pasó el tiempo en inútiles conversaciones, ni en peligrosas reuniones, ni en vanas concurrencias. Por muy segura que pudiera estar de sí misma, y confiar en la constancia de sus propósitos, en la nobleza de sus afectos, y en la invencible firmeza de sus virtudes, amaba vivir en el silencio de su humilde celda, sin ningun aparato exterior, sin ningun indicio que manifestase su grandeza.

Como madre no contenta de seguir envolviendo en humide oscuridad las propias glorias, procura, además, no ostentarse grande en las glorias del Hijo. Por esto, María, Madre de un Hijo que tiene por vestido la luz, está sentado sobre Querubines, vuela en alas de los vientos, y á cuya presencia dobla toda rodilla el Cielo, la tierra y el Infierno, nada saca en provecho suyo de las glorias de su Hijo, á lo ménos á los ojos de los hombres. Elevada del polvo sobre todas las virtudes de las altas esferas, ensalzada sobre todos los hombres, y exaltada sobre todas las mujeres, vive y desea vivir en la oscuridad. Cuando Jesús en la cumbre del Tábor con el portento de la Transfiguracion, descubriendo un rayo de la magestad divina, oculta bajo el velo de la naturaleza humana, irradia de tanta belleza, que Pedro, no cabiendo en sí de gozo por la hermosura del paisaje que contempla, no quisiera moverse de aquel monte y de aquella magnífica vision, no se ve á María. Cuando Jesús se pasea sobre las olas, manda á los vientos, calma las tempestades, detiene el curso de los elementos, deroga las leyes de las enfermedades, y se hace obedecer hasta de la misma muerte, de tal modo, que los circunstantes no comprenden como tiene un poder tan ilimitado, María no está á su lado. Cuando Jesús enseña la celestial y jamás oida doctrina, de suerte, que toda la ciudad se conmueve, sus moradores abandonan las casas y cierran las tiendas para correr á orillas del mar, ó alrededor del monte donde suele predicar, María no está presente en aquel concurso, que miraba ansioso y prestaba atento oído en aquellos arrobamientos; en aquellos éxtasis, ni en aquella admiracion, que, glorificando al Hijo, hubiera glorificado tambien á la Madre. Si se la quiere ver, hermanos míos, es preciso volver los ojos á los tiempos, en que se amontonan las nubes, crecen las sombras, se multiplican las tinieblas, y se hace más pavorosa la oscuridad, ó sea, cuando Jesús nace pobre en un pesebre, huye perseguido á Egipto, y muere como un malhechor en la cumbre del Calvario.

La escena, empero, varía. La luz sucede á las tinieblas, el esplen-

dor á la oscuridad. Fijos los ojos en el porvenir, María descubre que todas las generaciones la llamarán bienaventurada. Los Concilios Euménicos, los Padres de la Iglesia, los Doctores Eclesiásticos, los Pontífices, los Obispos del Orbe católico, y todos los pueblos que recibirán la fé, jamás cesarán de celebrar sus alabanzas. Principes y vasallos, sacerdotes y seglares, ricos y pobres, niños y ancianos, los hombres del saber y de la poesia, de la elocuencia y de las artes, se convertirán en panegiristas de sus grandezas y en adoradores de sus glorias. En toda ciudad habrá un templo dedicado á su nombre; en todo templo un altar consagrado á su culto; en todos los rincones más ocultos, en las cúspides de los montes más inaccesibles, en los valles más profundos, en las orillas de los lagos y de los ríos, y en lo más recóndito de los bosques, una capillita decorada con su imagen. Y esto no en una que otra parte, sinó en todas, en Italia y España, en Polonia y Rusia, en Alemania y Francia, en Bohemia y Hungría, en Baviera y Austria, en Inglaterra é Irlanda, en Bélgica y Grecia, en Asia, en Africa, en Oceania, en todos los siglos de la Iglesia, en todas las naciones del mundo, entre los Griegos y los Latinos, entre los Etopes y los Armenios, y entre las naciones más apartadas por inclinaciones y costumbres.

¿Qué hace María en medio de tal previsto concierto de aclamaciones? No sale de la oscuridad de su vida, se reconcentra en sí misma para indagar lo que podría ser más despreciable, y encontrando que lo más despreciable sería el ser llamada á servir, á esto se atiene no viendo en Ella otro mérito que el de su bajeza: *Quia respexit humilitatem ancillae suae; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Con cuyas palabras dá á entender, que la razon de sus alabanzas se debe toda á Dios, ya que se dignó fijar los ojos en la bajeza de su esclava. No veo en mí más que miserias y pobreza; pero Él es inmensamente misericordioso, y solo por esto ha querido que fuese elevada su sierva á extraordinaria altura, haciendo que todas las generaciones la proclamen bienaventurada. Aquí nuestros pensamientos se confunden, y nuestra mente se pierde en la consideracion de este amor inexplicable por la oscuridad. ¡Qué! María sabe que todos los hombres celebrarán su nombre en todos los siglos, y se oculta hasta llamarse esclava. María conoce que será amada de suerte, que ni el egoismo, la discordia, la corrupcion, ni la barbarie podrán arrancarle el dominio de los corazones, y se esconde hasta manifestarse en la más abyecta divisa. María ve que todos los pueblos salvajes le rendirán culto, que en todos los idiomas de que se sirven los

hombres su nombre será venerado, que será reconocida Reina en todos los países, aún en los más bárbaros, y se humilla como la última de las esclavas.

No obstante, esta misma oscuridad de que se rodea María, redundando en gloria suya. Existe una gloria más grande que la misma gloria, y consiste en saberse anonadar entre los aplausos y los homenajes. Hay una grandeza superior á toda grandeza, la grandeza de ocultarse por deseo de vivir en la oscuridad de cualquiera grandeza. Hé aquí cual fué la verdadera sublimidad de María. Ella quiere ser tanto más ignorada, cuanto más está colocada en la mayor eminencia; tanto más se envuelve en la oscuridad, cuanto más será ensalzada en todas partes con unánimes elogios. Cuando confiesa que todas las generaciones la llamarán bienaventurada, confiesa, igualmente, que esta glorificacion no le corresponde por su mérito, sinó solo porque Dios, complaciéndose en Ella, ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava.

¿Cuánta diferencia no existe entre la conducta de María y la nuestra? María, soberana de todas las criaturas, pasa la vida oculta á las miradas del mundo, y nosotros corremos en pús de las diversiones y los espectáculos del siglo. María es tan amante de la soledad, que vive una vida ignorada y solitaria, y nosotros creemos que es un enojo el suave yugo de la familia, y una melancolía la dulce paz del propio hogar. María, como el águila anida en las quebradas peñas, en lugares inaccesibles, vive solitaria entre las paredes domésticas, y nosotros consideramos perdido todo el tiempo que nos es preciso pasar en el hogar doméstico.

No obstante, el retiro convendría para nuestra vocacion é interés. Convendría para nuestra vocacion, puesto que el mundo es para nosotros un lugar de destierro, y no conviene para abandonarnos á los pasajeros deleites de hoy, olvidarnos de la pátria y de la eterna felicidad. Convendría para nuestro interés, puesto que el mundo es para nosotros un lugar infestado, y no conviene mostrarnos ociosos é indiferentes en medio del contagio, si queremos conservar robusta la salud. Y mientras que oímos resonar continuamente en los oídos el lamentable gríto de que en el mundo todo es vanidad y afliccion de espíritu, mientras que vemos sin cesar la ruina de tantos que, entregados á las locuras del mundo, pierden lo que es en bien del alma y del cuerpo; ¿querremos nosotros vivir en medio de los placeres y de las pompas de este mundo?

No fueron estas las promesas que hicimos el día que fuimos rege-

nerados con las saludables aguas del Bautismo. Entonces, para ingresar en la Iglesia, para ser inscritos en la filiación de Dios y hechos participantes de la heredad del Paraíso, pronunciamos una absoluta renuncia del mundo, de sus pompas, de sus vanidades y seducciones. Así pues, olvidarse de esta promesa, quebrantar este pacto, y violar esta obligación, es lo mismo que declararse indignos del nombre de cristianos, que perder el título de la adopción divina, y hacerse incapaces de la beatitud celestial.

Resolvamos, pues, atraídos por el generoso ejemplo de María, amar la oscuridad. Llamados á excelsos destinos, hagamos todo lo posible para no mancharnos con el barro de las bajezas mundanas; y destinados á gozar de los bienes eternos, empleemos toda santa industria para no envilecernos con las fealdades terrenas. Si mantenemos algún lazo pernicioso, ó simplemente inútil, cortémoslo con prontitud, sin aguardar á que venga á cortarlo la muerte en la hora postrera; si vemos que otros, como débiles barquillas, zozobran en medio del mundo azotados por las olas de las pasiones, pongámonos á salvo en tiempo oportuno, sin exponernos á perecer entre las inminentes ruinas; si nos alaban á nuestra presencia, más bien que complacernos en ello por vanidad, acudamos para reprimir el menor sentimiento de orgullo á la consideración de la propia nada. Imitemos á María, para ser con María eternamente dichosos.

DISCURSO XXIV.

RELIGION.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.

Ha hecho en mi cosas grandes aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo. (Luc. I, 49).

Dios es omnipotente, y todo el Universo es una solemne manifestación de su omnipotencia; Dios es santo, y el himno que se entona incesantemente en el Cielo llama tres veces santo al Señor Dios de los ejércitos. Hablando de la omnipotencia, el real Profeta, arrobado en éxtasis de admiración, exclamaba: Los Cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (1); hablando de la santidad, añadía: Tú no puedes sufrir que more junto á Ti el maligno, ni que los injustos permanezcan en tu presencia (2), siendo necesario para morar en tu tabernáculo hallarse libre de toda mancha (3). Infiérese de ahí, que Dios es el Criador, el monarca, el dueño absoluto de todas las cosas; el Sér por excelencia y el más perfecto de todos los seres; y, por consiguiente, si el siervo está obligado á respetar y honrar al señor, el súbdito al príncipe, y el hijo al padre, es evidente que el hombre debe respetar y honrar á Dios. De donde dimana el sentimiento religioso; y es la virtud de la Religión la que nos lleva á tributar á Dios el culto debido.

Esta virtud, que forma una parte esencial de la justicia, y ocupa el primer lugar entre las morales, amada de todos los santos, necesaria para todos los cristianos, é indispensable para todas las criaturas racionales, fué admirable en María; como lo demostró durante todos los días de su vida, y en particular el día en que, entonado el

(1) Psl. XVIII, 2.

(2) Psl. V, 6.

(3) Psl. XIV I, 2.

nerados con las saludables aguas del Bautismo. Entonces, para ingresar en la Iglesia, para ser inscritos en la filiación de Dios y hechos participantes de la heredad del Paraíso, pronunciamos una absoluta renuncia del mundo, de sus pompas, de sus vanidades y seducciones. Así pues, olvidarse de esta promesa, quebrantar este pacto, y violar esta obligación, es lo mismo que declararse indignos del nombre de cristianos, que perder el título de la adopción divina, y hacerse incapaces de la beatitud celestial.

Resolvamos, pues, atraídos por el generoso ejemplo de María, amar la oscuridad. Llamados á excelsos destinos, hagamos todo lo posible para no mancharnos con el barro de las bajezas mundanas; y destinados á gozar de los bienes eternos, empleemos toda santa industria para no envilecernos con las fealdades terrenas. Si mantenemos algún lazo pernicioso, ó simplemente inútil, cortémoslo con prontitud, sin aguardar á que venga á cortarlo la muerte en la hora postrera; si vemos que otros, como débiles barquillas, zozobran en medio del mundo azotados por las olas de las pasiones, pongámonos á salvo en tiempo oportuno, sin exponernos á perecer entre las inminentes ruinas; si nos alaban á nuestra presencia, más bien que complacernos en ello por vanidad, acudamos para reprimir el menor sentimiento de orgullo á la consideración de la propia nada. Imitemos á María, para ser con María eternamente dichosos.

DISCURSO XXIV.

RELIGION.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.

Ha hecho en mi cosas grandes aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo. (Luc. I, 49).

Dios es omnipotente, y todo el Universo es una solemne manifestación de su omnipotencia; Dios es santo, y el himno que se entona incesantemente en el Cielo llama tres veces santo al Señor Dios de los ejércitos. Hablando de la omnipotencia, el real Profeta, arrobado en éxtasis de admiración, exclamaba: Los Cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (1); hablando de la santidad, añadía: Tú no puedes sufrir que more junto á Ti el maligno, ni que los injustos permanezcan en tu presencia (2), siendo necesario para morar en tu tabernáculo hallarse libre de toda mancha (3). Infiérese de ahí, que Dios es el Criador, el monarca, el dueño absoluto de todas las cosas; el Sér por excelencia y el más perfecto de todos los seres; y, por consiguiente, si el siervo está obligado á respetar y honrar al señor, el súbdito al príncipe, y el hijo al padre, es evidente que el hombre debe respetar y honrar á Dios. De donde dimana el sentimiento religioso; y es la virtud de la Religión la que nos lleva á tributar á Dios el culto debido.

Esta virtud, que forma una parte esencial de la justicia, y ocupa el primer lugar entre las morales, amada de todos los santos, necesaria para todos los cristianos, é indispensable para todas las criaturas racionales, fué admirable en María; como lo demostró durante todos los días de su vida, y en particular el día en que, entonado el

(1) Psl. XVIII, 2.

(2) Psl. V, 6.

(3) Psl. XIV I, 2.

Magnificat, prorumpió en estas palabras: Ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*. Por lo tanto, debiendo hoy hablar de esta virtud, después de haberos demostrado de cuanta importancia sea para nosotros, os haré ver cuan eminente fué en la Santísima Virgen. Saludémosla antes con el Arcángel: A. M.

Que se deba un culto á Dios se desprende del unánime consentimiento de todas las naciones. Las memorias, las tradiciones, y las ceremonias religiosas constituyen la primera página de toda la historia; los altares, las oraciones y los sacrificios se encuentran en todos los pueblos. En todas las edades se ha visto á las gentes prosternarse devotas en presencia del Señor de los Cielos; en todo tiempo los afligidos le pidieron mercedes, los consolados le dieron gracias, los enfermos le suplicaron la salud; unos con lágrimas de júbilo, otros con lágrimas de dolor; y todos, con varia expresion de sentimientos, le manifestaron los votos del alma necesitada. El culto sagrado ha sido, ó dejado de ser, más ó ménos puro; ha podido tomar varias formas, según la cultura y las vicisitudes de los siglos; ha podido, en vez del Artífice, venerar las obras, y creer al fuego, al aire, á los astros, al sol y á la luna númenes del Universo; pero ha existido siempre, y nunca se ha extinguido.

La virtud de la Religión es aquella que nos dirige en esta sublime comunicacion con la divinidad, declarándonos cuál y cuánto deba ser nuestro culto, ordenado y dispuesto para tener el principio en el entendimiento, el cumplimiento en el corazón, y la manifestacion en las obras. Todos los hombres convienen también en este punto.

Esta virtud implica sus actos interiores y exteriores; y, por lo mismo, nos sirve de regla para el culto interno y el externo. Pertenecen al culto interno, los sentimientos de fé, de admiracion, de respeto, de gratitud, de confianza, de amor y de sumision á Dios, venerado como el Sér de todas las perfecciones; y al culto externo, los signos visibles, como las genuflexiones, las inclinaciones, las oraciones y las oblacones, con cuyos actos manifestamos los afectos del corazón. Ambos cultos, pues, son necesarios para cumplir lo que prescribe la virtud de la Religión.

Es necesario el culto interno. Un culto que careciese de verdad y de bondad, un culto en el cual no tomase parte nuestro espíritu, un culto de meras apariencias, no podría agradar á aquel Dios que es sumo y verdadero bien. La encarnada Sabiduría amenazaba á los

Escribas y á los Fariseos, que rezando largas oraciones, descuidaban lo que más importaba en la ley: la misericordia y la justicia. Por consiguiente, el verdadero culto consiste en la limpieza de corazón, y en todo aquello que tiende á la santificacion del alma, ó sea, el culto interno.

Es necesario el culto externo. Este es indispensable al hombre, ya se considere en sí solo, ya juntamente con sus semejantes. Considerado en sí solo, el hombre, formado por Dios de alma y cuerpo, para rendirle un entero tributo de sí mismo, debe honrarle con el alma y el cuerpo, y, por lo mismo, no solo con los afectos internos, sino que también con las demostraciones externas. Considerado en union con sus semejantes, el hombre debe edificar con los buenos ejemplos á aquellos con quienes vive, y no podría edificarles si todo su culto se redujese á obsequios internos, conocidos solamente de Dios, sin manifestarlo con actos externos. Tan cierto es esto, que excluido el culto externo, desaparece el interno, en lo cual convienen los mismos impíos. Saben éstos muy bien, que reducir la Religión á un culto meramente espiritual es confinarla en los reinos de la luna; y persuadidos de ello, cuando se entregaron á la obra de extirpar la Religión de los pueblos, empezaron por mofarse de la liturgia cristiana, demoler los templos, derribar las cruces, despojar los altares y destruir lo que pertenecía al culto externo.

Las personas piadosas no dejaron nunca de practicar ambos cultos. Dejando aparte á Abel, que al principio mismo del mundo, adorándole con el corazón, ofrecía á Dios en holocausto los más escogidos corderos de su rebaño; á Abraham, Isaac y Jacob, que, acordándose de los beneficios recibidos del Señor, levantando aras y ofreciendo sacrificios, se mostraban agradecidos; basta recordar los sentimientos y las palabras del rey Profeta. Venerando éste con el espíritu la omnipotencia, la bondad, la misericordia y la providencia del Altísimo, con la cítara en las manos, y cantando con viveza de imágenes y sublimidad de conceptos, alababa á Dios é imploraba sus gracias. Le bendecía por haber edificado y hecho ilustre á Jerusalén, figura de la Iglesia (1); invitaba á los pueblos para darle gracias, por haberlos inscrito en la sociedad de los Santos (2); le suplicaba que le defendiese de los enemigos, así como le defendió de la conspiracion

(1) PSALM. XLVII, 1.

(2) PSALM. XLVI, 1.

de los iníquos (1); le hacía sin reserva el ofrecimiento de sí mismo y de todas sus cosas (2). No eran estas solamente palabras: á las palabras unía los sentimientos del corazón. Con el corazón cantaba gloria á Dios (3); con el corazón se regocijaba en Dios (4); con el corazón hablaba á Dios (5); con el corazón esperaba en Dios (6); y con el corazón se alegraba en Dios (7). Así, pues, uniendo el culto externo al interno confesaba, que su corazón y sus huesos gozaban en el Señor (8).

Y ahora es fácil comprender en que consista la virtud de la Religión. Es una virtud que nos arranca de la ignorancia y del error, ilumina la mente, mueve la voluntad y dicta aquel culto que solo es digno de Dios. Es una virtud, que nos eleva del polvo terreno al conocimiento de Aquel que nos crió y redimió, que nos favorece, nos asiste y nos consuela con su infinita misericordia. Es una virtud, que nos insinúa la devoción para inducirnos á cumplir pronto y con mucha alegría cuanto se refiere al servicio divino: la oración, para reconocer á Dios como autor de todos los bienes, tributándole el homenaje y la reverencia que su bondad exige; la adoración, para confesar con prostraciones, con genuflexiones y con diversos actos de respeto el sumo dominio de Dios sobre nosotros; el ofrecimiento, para dedicar alguna parte de los bienes recibidos de la divina liberalidad, para ornamento de los templos y sostenimiento de los ministros del santuario; el voto, el sacrificio, y todo cuanto vá dirigido á honrar á Dios con los actos del espíritu y con las obras del cuerpo, con los cultos interior y exterior.

Esta virtud fué perfecta en María, de suerte, que varios santos Padres, entre otras alabanzas con las cuales la festejaron, dieron en llamarla modelo de piedad, tipo de religión. En efecto, María se nos presenta eminentemente ilustre en la virtud de la Religión con relación al tiempo, á las obras y al modo con que la practicó.

Con relación al tiempo.—En las entrañas de su madre, preservada de la culpa original, rica de inocencia y de santidad, íntimamente

- (1) PSALM. LXIII, 1.
- (2) PSALM. LXI, 1.
- (3) PSALM. IX, 1.
- (4) PSALM. XII, 6.
- (5) PSALM. XXVI, 8.
- (6) PSALM. XXVII, 7.
- (7) PSALM. XXXII, 21.
- (8) PSALM. LXXXIII, 2.

unida á Aquel, que tanto la privilegiara sobre todas las hijas de Eva, se dirigió á Dios con suspiros enteramente dignos de su gloria. En el Templo, mientras ardía sobre el altar el sacrificio, al sonido de las trompetas sacerdotales, inclinada la cabeza y cubierta con blanco velo, pedía á Dios, como todo Israel, el Cristo tantas veces prometido y tan lento en venir. En la casa de Nazareth, sus votos, muy diferentes de los terrenos, resonaban como cánticos suavísimos de Paraíso. En Belén, dividía los pensamientos entre el ofrecer el incienso á su Dios y la leche á su Hijo, servirle con la frente humillada en el polvo, y prodigarle todos los cuidados de una tierna madre.

Con relación á las obras.—Todas las obras de María están selladas con la virtud de la Religión. En todos sus actos no tiene otra mira que agradar al Señor; y para esto se encierra, primeramente, en el Templo, y más adelante se desposa con José; primero vive alejada de las fiestas del mundo, y despues asiste á unas bodas en Caná de Galilea. Dijo Esther, que en solo Dios había colocado su gozo y su felicidad (1); dijo David, que la alabanza á Dios era continua en sus labios (2); dijo San Pablo, que no era él quien vivía, sino que Cristo vivía en él (3); pero ¿quién podría explicar cuán vivo fuese el ardor de la oración de María, cuán admirable su extático silencio, cuán reiteradas sus aspiraciones, cuánta la santidad de sus pensamientos, la inocencia de sus deseos, la pureza de sus afectos, su sacrificio, tan generoso, tan magnánimo y absoluto para la gloria del Criador?

Con relación al modo.—La virtud de la Religión puede llamarse un efecto del amor. Quien ama sinceramente á Dios, se emplea en agradarle en todas las cosas, se esmera en manifestarle los propios afectos con actos de alabanzas y de oraciones, siente una necesidad de tratar con Él, procura conocer su voluntad, y una vez conocida, emplea la más diligente solicitud en cumplirla. Para saber con esta regla cuán fervorosa fuese la virtud de la Religión en María, sería preciso conocer el ardor de su corazón en amar á Dios. ¿Y cómo saber esto, si María es llamada por los Santos hoguera de amor divino? ¿Si el Esposo de los Cantares la compara á una lámpara de fuego y de llamas? (4)

- (1) ESTHER. XIV, 18.
- (2) PSLM. XXXIII, 1.
- (3) GAL. II, 20.
- (4) CANT. VIII, 6.

Y María conservó siempre unido el culto interno con el externo. Con el culto interno, elevaba el espíritu al infalible escudriñador de los corazones, al Juez justo de todas las aspiraciones, y al supremo remunerador de todas las acciones; con el externo, fiel observante de la ley de sus padres, iba regularmente todos los años á Jerusalén por la solemnidad de la Pascua. Con el culto interno, dirigíase á Aquel, que es sumo y soberano origen de todas las perfecciones, y juntamente con la oblacion de su alma, le ofrecía los quehaceres diarios peculiares á su condicion; con el externo, mostraba saber cuán dulcísimo era, más bien que vivir bajo los soberbios techos del mundo, morar en los tabernáculos del Señor y sentarse en los átrios del Altísimo. Con el culto interno, privada de todos los goces del lujo y de todas las dulzuras de las comodidades, está próxima á Jesús, viéndole á todas horas, estudiando sus inclinaciones, ofreciéndosele como primicia de la sagrada cosecha que había venido á recoger entre los descendientes de Adán; con el externo, habiéndole seguido religiosamente á país extraño y á la pátria de sus mayores, le sigue igualmente en la vida pública, escuchando confundida entre las turbas y profundamente atenta á sus lecciones, como el primero y el más dócil de los discípulos. En suma, consideradla, hermanos míos, desde el momento en que hija de la bendicion, de la gracia, y del milagro, apareció en medio de los hombres hasta el momento en que, todavía pobre, humilde y bella, abandonada la vida mortal, voló á la gloriosa inmortalidad, y vereis que mantuvo constantemente unidos el culto interno con el externo.

Este culto manifiesta precisamente en su himno, cuando en sus transportes de gozo y de triunfo, dijo: Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*. Con cuyas palabras reconoce la grandeza y la santidad de Dios, siente la obligacion de darle gracias por todo cuanto de estupendo ha obrado en Ella, le ofrece enteramente las alabanzas que todas las generaciones la dirigen; y puesto que eleva admirables acentos de congratulacion, de reconocimiento, y de homenaje, está claro que glorificándole con el corazon, le glorifica con la lengua. ¿Y qué más se requiere para las obras de los cultos interno y externo? ¿Qué más se exige para la virtud de la Religion?

María reconoce la grandeza de Dios, porque reconoce su omnipotencia. Y esta omnipotencia no es aquella, mediante la cual con una palabra sacó de la nada las cosas que ántes no existían; es más bien

una omnipotencia, que se descubre con hechos más maravillosos que la misma creacion, hechos compendiados en la maternidad divina, ya que al llegar una criatura á ser Madre y verdadera Madre de Dios, venciendo una infinita distancia, y encerrando en sus entrañas á Aquel, que no pueden contener la tierra, el Océano, ni la inmensidad de los Cielos, es el mayor de los portentos; un portento, que ninguna inteligencia humana ni angélica puede concebir; un portento, en que queda exhausta la suprema omnipotencia.

María reconoce la santidad de Dios, al recordar otro prodigio verificado en Ella, el prodigio de su inmaculada concepcion. Tambien este fué un prodigio, porque si todos quedamos manchados por nuestro viciado origen ántes de nacer á la vida, era un prodigio del brazo omnipotente de Dios preservar á su amada Madre de aquel aire mefítico, que infecta toda flor de inocencia en su primera florecencia. Y si lo consideramos bien, este prodigio indica la relacion que existe entre éste y la santidad de Aquel para cuyo triunfo se ordenaba. ¿De qué suerte apareciera santo el nombre de Dios, si, humanándose, hubiese tomado la sangre y la carne de una madre manchada con la culpa original? ¿Entonces no hubiera participado, en cierto modo, de la afrenta, que siempre hubiera quedado en aquella sangre y en aquella carne por haber sido infectas de la corrupcion original?

Y aquí se ve, que la Virgen no desconoce las gracias y las grandes cosas que el Señor obrara en Ella; se manifiesta tambien, que, confesando las propias grandezas, se olvida enteramente de sí misma, declarando que es deudora de cuanto tiene y de lo que le vale las aclamaciones de los hombres y de los ángeles, no á sus virtudes ni méritos, sino al poder y á la santidad de Dios. Cierto que se alaba, pero se alaba como la esclava del Señor; que se alegra, pero se alegra porque el Señor ha puesto los ojos en su bajeza; que goza, pero goza solamente porque el Señor ha querido manifestar en Ella su poder y su misericordia. En sus palabras se encierra la adoracion, la accion de gracias, la sumision, el obsequio, el amor; el sentimiento de un corazon devoto, la gratitud de un alma reconocida, la alegría de un espíritu fiel, y la revelacion de una inteligencia, que conoce á quien son debidos todo honor y toda gloria; en fin, en sus palabras se encierra todo cuanto se refiere á la virtud de la Religion.

¿Cuántos hay entre nosotros que sigan el ejemplo de María? En verdad, que no es posible ver la virtud de la Religion en aquellos, que sin motivo y por pura negligencia, olvidan las oraciones de mañana

y tarde; ni en aquellos, que se impacientan por hallarse en los templos, y como si les traspasaran agudas espinas, siempre encuentran tarde la hora de salir; así como tampoco en aquellos, que emplean largo tiempo para pulir su persona y agradar á las criaturas, y ninguno para limpiar su alma y agradar al Criador. No es posible notar la virtud de la Religion, quando se piensa rarisimas veces en Dios, no se quiere escuchar su divina palabra, no se frecuentan los sacramentos, ó se cumple su voluntad solamente quando está de acuerdo con la nuestra; así como tampoco puede verse, quando nada se hace para oponerse á los propios caprichos, para resistir á las malas inclinaciones del corazon, para arrepentirse de los pecados y vivir en la observancia de los divinos preceptos.

No obstante, Dios ha obrado tambien para nosotros grandes prodigios y empleado á favor nuestro su omnipotencia. Si ha verificado tantos milagros en Maria, los ha obrado para nuestra salvacion; si ha mostrado por Maria su brazo omnipotente en los prodigios de la immaculada concepcion y de la maternidad divina, lo ha hecho para redimirnos del pecado y del demonio. ¿No es grande lo que obra en el Bautismo, limpiándonos de la mancha contraída por la culpa de nuestro primer padre Adán? ¿No es grande lo que obra en la Confirmacion, que nos infunde el espíritu de sabiduria y de entendimiento, de consejo y de fortaleza, de ciencia, de piedad y del santo temor? ¿No es grande lo que obra en nosotros, quando nos perdona los pecados con inmensa bondad, y con un milagro inmensamente más luminoso que aquel con el cual sanó los leprosos, los paralíticos y los cojos, nos convierte de vasos de ira y de iniquidad en vasos de gracia y de honor?

¿Dónde se encuentra entre nosotros quien diga con Maria: Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo? ¿Dónde está aquel que, aunque profiera estas palabras con los labios, las sienta en el corazon? ¿Quién es el que practica la virtud de la Religion? ¡Ay! amados hermanos, si no la tenemos, hagamos lo posible para alcanzarla. Apresurémonos á vivir en el tiempo pensando en la eternidad, á meditar sobre lo que ha de salvarnos y ser nuestra gloria; frecuentemos los Sacramentos con las debidas disposiciones, ardamos en santo amor por Maria, pues, entonces veremos florecer en el árido suelo de nuestros corazones aquellas flores espirituales, que pueden hacernos caros á Dios, alcanzarnos las celestiales gracias para la vida presente y el reino de la gloria en la futura.

DISCURSO XXV.

SEMEJANZA DE MARÍA CON JESÚS.

Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.

Ejemplo os he dado, para que lo que yo he hecho, lo hagais vosotros tambien.
(JOANN. XIII 15).

Quando la Virgen en su himno exclamó: La misericordia de Dios se derrama de generacion en generacion, entendió hablar de Jesucristo. Esta fué la grande misericordia que, inaugurada en el Paraiso terrenal, pasó de una á otra generacion, segun se revela claramente por la historia de la nacion hebrea. Anunciada á los Patriarcas en Abrahán, en Isaac, en Jacob, constituidos jefes de una descendencia tan numerosa como las arenas del mar y las estrellas del cielo, en la cual debían ser benditos todos los pueblos; vaticinada por los Profetas, que, de vez en cuando, aparecían para fortalecer los ánimos en las desventuras, recordando los consuelos prometidos; simbolizada en los ritos, en las figuras, en las leyes y en las ceremonias de un pueblo depositario de las tradiciones antiguas; se verificó tanta misericordia en el día faustísimo, en que se verificó la encarnacion del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen Nazarena. Misericordia, que, mostrada entonces en todo su esplendor, se mostrará de igual suerte hasta la consumacion de los siglos, puesto que hasta el fin de los siglos se experimentarán sus benéficos efectos. Cuyas cosas viéndolas Maria con su luminosa mirada, tenia fundado motivo para exclamar: que la misericordia de Dios se derrama de generacion en generacion: *Misericordia ejus a progenie in progenies.*

Maria añade, que esta misericordia será saludable para aquellos que la veneren y la respeten con amor filial. Ahora bien; el mejor modo de respetar y venerar á Jesucristo consiste, en imitarle, en

y tarde; ni en aquellos, que se impacientan por hallarse en los templos, y como si les traspasaran agudas espinas, siempre encuentran tarde la hora de salir; así como tampoco en aquellos, que emplean largo tiempo para pulir su persona y agradar á las criaturas, y ninguno para limpiar su alma y agradar al Criador. No es posible notar la virtud de la Religion, quando se piensa rarisimas veces en Dios, no se quiere escuchar su divina palabra, no se frecuentan los sacramentos, ó se cumple su voluntad solamente quando está de acuerdo con la nuestra; así como tampoco puede verse, quando nada se hace para oponerse á los propios caprichos, para resistir á las malas inclinaciones del corazon, para arrepentirse de los pecados y vivir en la observancia de los divinos preceptos.

No obstante, Dios ha obrado tambien para nosotros grandes prodigios y empleado á favor nuestro su omnipotencia. Si ha verificado tantos milagros en Maria, los ha obrado para nuestra salvacion; si ha mostrado por Maria su brazo omnipotente en los prodigios de la immaculada concepcion y de la maternidad divina, lo ha hecho para redimirnos del pecado y del demonio. ¿No es grande lo que obra en el Bautismo, limpiándonos de la mancha contraída por la culpa de nuestro primer padre Adán? ¿No es grande lo que obra en la Confirmacion, que nos infunde el espíritu de sabiduria y de entendimiento, de consejo y de fortaleza, de ciencia, de piedad y del santo temor? ¿No es grande lo que obra en nosotros, quando nos perdona los pecados con inmensa bondad, y con un milagro inmensamente más luminoso que aquel con el cual sanó los leprosos, los paralíticos y los cojos, nos convierte de vasos de ira y de iniquidad en vasos de gracia y de honor?

¿Dónde se encuentra entre nosotros quien diga con Maria: Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo? ¿Dónde está aquel que, aunque profiera estas palabras con los labios, las sienta en el corazon? ¿Quién es el que practica la virtud de la Religion? ¡Ay! amados hermanos, si no la tenemos, hagamos lo posible para alcanzarla. Apresurémonos á vivir en el tiempo pensando en la eternidad, á meditar sobre lo que ha de salvarnos y ser nuestra gloria; frecuentemos los Sacramentos con las debidas disposiciones, ardamos en santo amor por Maria, pues, entónces veremos florecer en el árido suelo de nuestros corazones aquellas flores espirituales, que pueden hacernos caros á Dios, alcanzarnos las celestiales gracias para la vida presente y el reino de la gloria en la futura.

DISCURSO XXV.

SEMEJANZA DE MARÍA CON JESÚS.

Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.

Ejemplo os he dado, para que lo que yo he hecho, lo hagais vosotros tambien.
(JOANN. XIII 15).

Quando la Virgen en su himno exclamó: La misericordia de Dios se derrama de generacion en generacion, entendió hablar de Jesucristo. Esta fué la grande misericordia que, inaugurada en el Paraiso terrenal, pasó de una á otra generacion, segun se revela claramente por la historia de la nacion hebrea. Anunciada á los Patriarcas en Abrahán, en Isaac, en Jacob, constituidos jefes de una descendencia tan numerosa como las arenas del mar y las estrellas del cielo, en la cual debían ser benditos todos los pueblos; vaticinada por los Profetas, que, de vez en cuando, aparecían para fortalecer los ánimos en las desventuras, recordando los consuelos prometidos; simbolizada en los ritos, en las figuras, en las leyes y en las ceremonias de un pueblo depositario de las tradiciones antiguas; se verificó tanta misericordia en el día faustísimo, en que se verificó la encarnacion del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen Nazarena. Misericordia, que, mostrada entónces en todo su esplendor, se mostrará de igual suerte hasta la consumacion de los siglos, puesto que hasta el fin de los siglos se experimentarán sus benéficos efectos. Cuyas cosas viéndolas Maria con su luminosa mirada, tenia fundado motivo para exclamar: que la misericordia de Dios se derrama de generacion en generacion: *Misericordia ejus a progenie in progenies.*

Maria añade, que esta misericordia será saludable para aquellos que la veneren y la respeten con amor filial. Ahora bien; el mejor modo de respetar y venerar á Jesucristo consiste, en imitarle, en

parecersele, en ser un retrato fidelísimo de Él, porque no cabe duda, que se venera al padre cuando sus hijos se someten á sus enseñanzas, y se respeta al maestro cuando sus discípulos practican sus lecciones. Y en verdad, que los Santos que han conseguido brillante gloria en el Cielo, no recorrieron otra senda que esta, puesto que todos procuraron, hasta donde les fué posible, asemejarse al Hijo de Dios. Sin embargo, de entre todos los Santos aquella que aspiró con mayor celo y estudio más continuo á la gloriosa adquisicion de tan inestimable tesoro, fué Maria. Así pues, es un deber de mi sagrado ministerio haceros ver hoy, que al conformarse Ella con los pensamientos, con los afectos y con las obras de Jesús, se elevó á un grado tal de grandeza, que las fuerzas humanas no podrían medirla, no obstante, de que siempre deba sernos grato seguirla en todos sus pasos hasta donde alcancen nuestras fuerzas, harto débiles sin duda, atendida la enfermedad de nuestra miserable condicion. Lo vereis despues de saludarla con el angel: A. M.

Sucedé á veces, que los hijos se parecen á los padres en las facciones del rostro y en las inclinaciones del ánimo; del propio modo los cristianos han de parecerse en los pensamientos, afectos y obras á su padre Jesús. Esto inculcaba el apóstol San Pablo á los Corintios, cuando les decía: que habiendo llevado en otro tiempo la imágen del hombre terreno, debían afanarse por llevar la imágen del hombre celestial (1); á los Gálatas, cuando les aseguraba, que les daba nuevamente á luz hasta que Jesucristo se hubiese formado en ellos (2); y á los de Éfeso, al exhortarlos á vestirse del hombre nuevo, criado segun Dios en la justicia y en la santidad (3). Lo propio inculcaba Jesús con aquellas memorables palabras: Ejemplo es heredado, para que lo que yo he hecho, lo hagais vosotros tambien (4).

Pues bien; alcanzar esta perfeccion, uniformarse con este original, y llegar á este fin, fué el deseo vivo y constante de la Santísima Virgen. Y lo logró de suerte, que sus pensamientos, sus afectos y sus obras resultaron como copias de los pensamientos, de los afectos y de las obras de Jesucristo. Los pensamientos de Jesucristo, con relacion á Dios, fueron: que Dios es el Sér por excelencia, infinitamente

(1) I. COR. XV, 49.

(2) GAL. I, IV, 19.

(3) EPHE. IV, 24.

(4) JOAN, XIII, 15.

poderoso, infinitamente sábio, infinitamente bueno, y el solo digno de las adoraciones de los hombres; y á fin de demostrárselo de un modo luminosísimo, se humilló á su presencia, descendió hasta tomar forma de siervo, se ofreció víctima á si mismo para glorificarle, y le entregó la propia voluntad, dispuesto á morir cuando niño, si así lo hubiese ordenado, bajo los puñales de Herodes, como murió en el Calvario. Sus pensamientos con relacion al hombre fueron: que el hombre es la criatura más preciosa entre todas las visibles; de suerte, que para salvarle, descendido del Cielo á la tierra, se sometió á ser encerrado en las entrañas de una doncella, á nacer en un pesebre, á ser envuelto en pobres pañales, á mendigar el alimento de los pechos maternos, á sufrir todas las miserias, á sentir todas las necesidades, á soportar todas las privaciones, y á ser traspasado por acerbísimos dolores. Sus pensamientos relativos á las cosas criadas fueron: que éstas deben considerarse como escala para llegar al Criador, sin tributarlas, empero, el homenaje ni el afecto del corazón; y rehusando las comodidades, los honores, las riquezas, y lo que nosotros hubiéramos creído convenir á sudignidad, se entregó á los extremos opuestos; cubrió, para corregir en nosotros el falaz juicio de los sentidos, su grandeza intrínseca con su abyeccion exterior. Finalmente, sus pensamientos en orden al pecado fueron: que el pecado es un mal gravísimo, un mal espantoso, el único mal que pueda existir, y un mal capaz de hacer al alma tan deforme, que no hay fealdad que se le parezca; y lo mostró con sudores de sangre, con agonías tremendas, con ignominiosas salivas, con los azotes, con las espinas, con los clavos y con la cruz.

Pues bien; estos pensamientos de Jesús fueron tambien los pensamientos de Maria. Por lo que mira á Dios, le renovó todos los días de su vida con sumo fervor el ofrecimiento de todo su sér, que le hiciera ya desde el primer instante de su concepcion; con profundo reconocimiento le dió acciones de gracias por haberla colmado de tantos beneficios, y extendido sobre Ella su misericordiosa diestra; con humilde sinceridad se juzgó indigna de las mercedes que le concedió, y de los dones con que la enriqueció; y le suplicó con afectuosa confianza, que le conservára siempre su amor, que la tuviera siempre bajo su proteccion; se sacrificó por su gloria y cumplió constantemente su voluntad. Con relacion al hombre desea su salvacion; y si en la oscuridad de su retiro derrama amargas lágrimas, no las derrama por verse privada del trono de sus padres, sinó por la obcecacion del pueblo, que con culpas continuas ofende á Dios, atrayendo

sobre su cabeza los más tremendos castigos; si suspira, no es porque desee, hija de David, ver reproducida la gloria de sus antepasados, sino para que, nacido el Libertador que debe salvar al mundo, sea bendito el humano linaje perdido. Con relacion á las cosas criadas, aunque descendiente de régia estirpe, corriendo por sus venas sangre de príncipes y de héroes, no dirige ni por un solo instante sus miradas sobre las doradas paredes de los regios alcázares, sobre las púrpuras de Tiro y de Sidon, de los salones de los ricos, sobre las magnificencias que rodean á los poderosos de la tierra, pues nada ambiciona de las cosas del mundo, nada anhela de las comodidades del siglo, y nada quiere de lisonjas y de honores, contenta de estar en la soledad y satisfecha de vivir en el silencio. Por lo que mira al pecado, deseando ver abatido su reinado, dió su consentimiento á la obra de la Redención, condescendió en la Pasión y en la muerte de su Hijo, quiso que la víctima, lo mismo que el cordero debajo de la cuchilla del sacrificador, no despegase los labios para quejarse; é imitadora perfecta de la infinita Caridad del corazón adorable de Jesús, ofreció á la divina justicia el propio sacrificio, juntamente con el sacrificio del Redentor.

A los pensamientos de la mente deben añadirse los afectos del corazón. En efecto; no basta que se recen oraciones, que se visiten altares, que se haga limosna, que se lean libros devotos, ni que se asista á los sacrificios con el debido respeto, si el corazón se consume de envidia, ó permanece cerrado á las inspiraciones divinas, alimenta amores profanos, ó adora ídolos de barro. Debe arrancarse del corazón toda semilla de viciosas tendencias, de peligrosas inclinaciones, de mundanos hábitos, ó, para decirlo de una vez, unirse á los pensamientos de la mente los afectos del corazón, conformándolos con los afectos y con los pensamientos de Jesucristo.

Los afectos de Jesucristo se reducen á éstos: amarás al Señor tu Dios con toda tu alma; amarás al prójimo como á ti mismo por amor de Dios. Los ejemplos que ofreció al linaje humano durante toda su vida, fueron obras y aplicación de las expresadas palabras. Él amó á Dios su Padre, haciendo de sus actos un continuo acto de amor hacia Él, predicando sus grandezas, inculcando sus mandamientos, celebrando su nombre, obedeciéndole hasta la muerte y muerte de cruz. Él amó á los hombres, compadeciéndose de sus errores, perdonando sus pecados, haciéndose de rico, pobre por amor de los mismos; de glorioso, atribulado; de poderoso, niño; y de inmortal, mortal. Porque ama á Dios, se le presenta delante en actitud de reo, aplaca su jus-

ticia, desarma su cólera, implora sus gracias, anuncia sus glorias y le procura hijos que le adoren en espíritu y verdad; porque ama á los hombres se obliga á satisfacer por sus pecados, les concede la gracia de resistir al demonio, les salva del miserable abismo en que se habian precipitado, y les dirige al Cielo por sendas fáciles y llanas.

Los afectos de Maria fueron semejantes á los afectos de Jesús. También Maria amó á Dios y al prójimo. Amó á Dios de todo corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas, sin reserva de tiempo y de lugar, sin que el espíritu estuviese ocupado en los objetos terrenos, sin que los sentidos la distrajesen, y sin que el hábito la entibiase; le amó en todas partes, le amó siempre, y le amó con ardores que no han experimentado las almas más santas. Amó al prójimo, y le amó con caridad perfecta, rogando en el Templo por la salvación de los hombres, dando su consentimiento al misterio de la Encarnación por la redención del mundo, sacrificando en las bodas de Caná su humildad en provecho de los demás, con hacer valer sobre el Hijo sus derechos maternales, y sometiéndose á penas acerbísimas para ayudar al infeliz género humano de un modo tan generoso, que los Padres han repetido de Ella las palabras dirigidas á Judith: Tú no has temido exponer tu vida por tu pueblo, viendo las angustias y la tribulación de tu gente (1). Entrambos amores, el amor á Dios, y al prójimo, penetraron y abarcaron de tal suerte á Maria, que era todo amor, como todo amor era Jesús.

A los pensamientos de la mente y á los afectos del corazón es preciso añadir también las obras. Para darnos una regla acerca de este punto, Jesucristo se nos ofrece como ejemplo de todos: ejemplo de los superiores y de los inferiores; de aquéllos, derramando siempre el bien; y de éstos, viviendo sumiso á Maria y á José. Ejemplo de los niños y de los jóvenes: de los primeros, yendo desde sus más tiernos años al templo de Jerusalén, y de los últimos, pasando los días en la obediencia y en el trabajo. Ejemplo de los adultos y de los hombres: de los adultos, rogando continuamente y afanándose por cumplir la voluntad de Dios; y de los que han llegado á hombres, no buscando descanso ni reposo, teniendo que realizar una grande obra, la salvación del mundo. Ejemplo de los deberes para con Dios, pues, arrojó del Templo con santa indignación á sus profanadores, predicó la doctrina religiosa, enmendó las costumbres, corrigió las ideas y jamás

(1) JUDITH. XXX, 25.

su Padre había tenido un adorador más perfecto. Ejemplo de las obligaciones del hombre para con el prójimo, ya que con caridad excesiva y ardiente mantuvo afectuosos coloquios con los discípulos, explicó á la turba parábolas instructivas, dió saludables consejos á los que habían recibido grandes favores, socorrió á los afligidos, y rogó por sus enemigos. Ejemplo de los deberes del hombre para consigo mismo, puesto que la humildad, la pureza, la mortificación y la pobreza, opuestas respectivamente á la soberbia, á la sensualidad, á la molicie y á la avaricia, fueron las virtudes que resplandecieron en Él, y que debieran brillar en nosotros. Fué el modelo de los príncipes para que defiendan á sus súbditos, protejan á los oprimidos, tomen el cuidado de los pequeños, y se sirvan del poder para destruir el reinado del demonio y establecer el reinado de Dios; de los padres, para que amen á sus hijos con un amor santo, les conserven en la vida espiritual, y les inclinen á despreciar las riquezas pasajeras del mundo y á desear las eternas riquezas del Cielo; de los perseguidos, para que lleven pacientemente la cruz á imitación suya, que la llevó con paciencia, por más que fuese calumniado en su doctrina, blasfemado en sus milagros, y correspondido con ingratitudes en sus beneficios. En fin, modelo de todos los estados en que el hombre pueda hallarse, puesto que Él es el *Hombre*, el *Hombre* que se nos ofrece bajo cualquier respecto y se manifiesta bajo cualquier condicion.

Lo propio puede decirse de María. La Iglesia, entre otros títulos que suele tributarla, la invoca bajo la imágen de un espejo, en el cual se refleja admirablemente el esplendor de la Magestad divina. Y siendo verdad, que el Verbo divino es la imágen y el esplendor de la gloria del Padre, María retrata en sí con la mayor fidelidad las perfecciones adorables del Verbo Encarnado, puesto que se le asemeja más que ninguna otra criatura inteligente. Todos los hombres pueden ver en este espejo lo que debe enmendarse ó corregirse en su persona. María fué niña, y era ingénuo en el hablar, moderada en su sonrisa, pudorosa su frente; de modo, que llegó á ser por su docilidad, obediencia y respeto el consuelo y júbilo de sus padres. María fué jóven, y no procuró con seductoras palabras y con graciosas lisonjas atraerse las miradas y las simpatías de cuantas personas la trataban, conservándose inmaculada en aquella edad, en la cual exponen muchas su inocencia á inevitable naufragio por falta de vigilancia. María fué esposa, y vivió en dulcísima armonía con su esposo, sin que salieran nunca de su boca, palabras ásperas, ni frases de resentimiento, ni deseos inútiles ó exigencias inmoderadas, aborre-

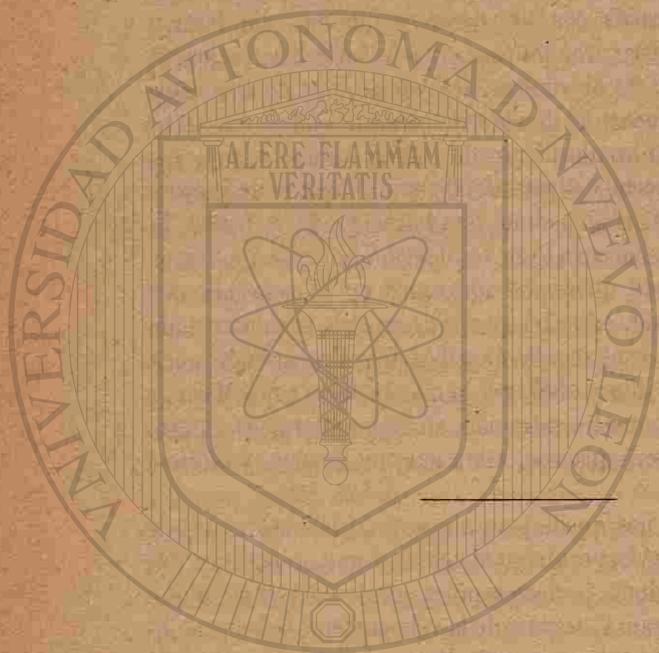
ciendo la ociosidad y haciendo preceder la oracion al trabajo. María se vió atribulada, y sufrió las privaciones de la miseria, los horrores del hambre, la intensidad del frio y las persecuciones de los hombres con la mayor resignacion, y sin que de su apesadumbrado corazon se escapase el menor lamento.

Dirigiéndome ahora á vosotros, hermanos carísimos, puedo asegurares, que si os uniformais con los ejemplos que nos dió Jesús, y copió María, podreis estar tranquilos acerca de vuestra salvacion. ¿Y de qué podríais temer? No de vuestra inteligencia, que no será engañada por falsas máximas; no de vuestro corazon, que nunca saldrá de los justos límites en los afectos; no de vuestra voluntad, que carecerá de irresistibles incentivos para doblegarse al mal; ni de vuestras pasiones, que al asaltaros no podrán levantar erguida la frente. No hay motivo de temer, sinó cuando en vez de conformarnos á los ejemplos de Jesús y de María, queremos apoyarnos en la soberbia más bien que en la humildad, en la ira en vez de hacerlo en la masedumbre, en los placeres y no en la mortificación. Procuremos, pues, atender á lo que Jesús dijo y obró, y á lo que de Jesús copió María, y ningún riesgo correrá nuestra salvacion, sinó que estaremos seguros de que nuestra vida será piadosa, santa nuestra muerte, y gloriosa nuestra resurreccion.

El único medio que nos queda para alcanzar tal felicidad, consiste en no perder nunca de vista el divino ejemplar, como no permitió que lo perdiera María. No dudo, hermanos míos, que deseais ser admitidos á la eterna bienaventuranza, despues de la vida presente, y Dios me libre de privaros de este dulce consuelo. Pero, para que lo que ha de ser una fé consoladora, no sea una vana lisonja, me veo obligado á repetirlos una vez más, que para ser semejantes á Jesucristo en el premio, es preciso asemejarsele en la virtud; y para participar de su gloria en el Cielo, es preciso parecersele en la tierra. Esto es lo que hizo María, sentada ahora en un trono como Reina de los Angeles y de los Santos, y lo propio aguarda de nosotros para tomar parte en su felicidad.

Meditemos, pues, atentamente lo que practicaron Jesús y María. A la luz de sus ejemplos conoceremos que manchas afean nuestro corazon, que suerte de inclinaciones impiden que nuestra alma sea cara á Dios, cuales palabras hemos de evitar en nuestras conversaciones, como debemos santificar nuestros afectos, y reformar nuestra conducta. Si tenemos necesidad de fortalecernos en la fé, hallaremos en los ejemplos de Jesús y María lo que vivifica la fé, alienta la cari-

dad y reanima el fervor. Por consiguiente, amados hermanos, sean estos ejemplos nuestro espejo, nuestra regla, nuestra guía, y de esta suerte experimentaremos también nosotros los benéficos efectos de aquella misericordia, que se derrama sobre cuantos la veneran con amor filial.



DISCURSO XXVI.

ALABANZAS DIVINAS.

Laudem dicite Deo nostro.

Alabad á nuestro Dios. (Aroc. XIX, 5).

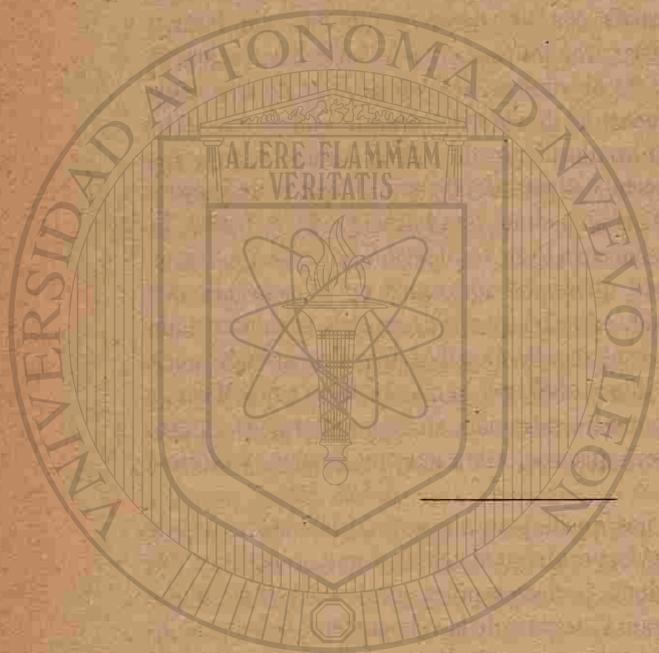
En todas partes resuenan las alabanzas á Dios. Los ángeles las cantan, y criados en medio de inmensos resplandores, asistiendo en innumerables filas, y sirviendo obsequiosos delante del Antiguo de los días, sentado en magestuoso trono, contemplan sus bellezas, adoran sus perfecciones, y entonan á coros el himno que oyeron Isaías (1) y Juan (2) en sus extáticos arrobamientos. Cantan las alabanzas de Dios la aurora, cuando viste de púrpura los campos del espacio; el sol, cuando sale coronado de radiantes rayos; la luna, cuando aleja las tinieblas de la noche; las estrellas, cuando brillan en el altísimo pabellon suspendido sobre nuestra cabeza; el mar, cuando está tranquilo y cuando se levanta en tempestad; los montes y los prados, los ríos y los torrentes, el excelso cedro del Libano, y el humilde hisopo del valle. Cantan las alabanzas de Dios los animales irracionales, la innumerable familia de los peces, el reino inmenso de los pájaros, la inmensa multitud de bipedos, de insectos, de reptiles y de cuadrúpedos. Cantan también las alabanzas de Dios los hombres, y al cantarlas se diferencian de las aves del cielo y de los animales de la tierra en que éstos no han modulado nunca una oracion, ni han construido un altar, al paso que los hombres han practicado la religion, aun en el estado de barbárie, en todos los puntos del globo.

Entre estas voces se distingue una que es la más armónica, la más

(1) Isaías. VI, 3.

(2) Aroc. IV, 8.

dad y reanima el fervor. Por consiguiente, amados hermanos, sean estos ejemplos nuestro espejo, nuestra regla, nuestra guía, y de esta suerte experimentaremos también nosotros los benéficos efectos de aquella misericordia, que se derrama sobre cuantos la veneran con amor filial.



DISCURSO XXVI.

ALABANZAS DIVINAS.

Laudem dicite Deo nostro.

Alabad á nuestro Dios. (Aroc. XIX, 5).

En todas partes resuenan las alabanzas á Dios. Los ángeles las cantan, y criados en medio de inmensos resplandores, asistiendo en innumerables filas, y sirviendo obsequiosos delante del Antiguo de los días, sentado en magestuoso trono, contemplan sus bellezas, adoran sus perfecciones, y entonan á coros el himno que oyeron Isaías (1) y Juan (2) en sus extáticos arrobamientos. Cantan las alabanzas de Dios la aurora, cuando viste de púrpura los campos del espacio; el sol, cuando sale coronado de radiantes rayos; la luna, cuando aleja las tinieblas de la noche; las estrellas, cuando brillan en el altísimo pabellon suspendido sobre nuestra cabeza; el mar, cuando está tranquilo y cuando se levanta en tempestad; los montes y los prados, los ríos y los torrentes, el excelso cedro del Libano, y el humilde hisopo del valle. Cantan las alabanzas de Dios los animales irracionales, la innumerable familia de los peces, el reino inmenso de los pájaros, la inmensa multitud de bipedos, de insectos, de reptiles y de cuadrúpedos. Cantan también las alabanzas de Dios los hombres, y al cantarlas se diferencian de las aves del cielo y de los animales de la tierra en que éstos no han modulado nunca una oracion, ni han construido un altar, al paso que los hombres han practicado la religion, aun en el estado de barbárie, en todos los puntos del globo.

Entre estas voces se distingue una que es la más armónica, la más

(1) Isaías. VI, 3.

(2) Aroc. IV, 8.

inmaculada y santa: la voz de María. La Virgen no puede dejar de alabar á Dios, y le alaba con tanta admiración, con tal reconocimiento, con tanto afecto, con tanta poesía, y con tales transportes sublimes, que nunca Dios ha sido tan dignamente alabado. En la sexta estrofa del *Magnificat*, prosiguiendo en la magnífica epopeya de las divinas grandezas, dice: El Señor hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazón de los soberbios. Meditemos un poco, hermanos míos, estas sublimes palabras, veamos que maravillas se verifican bajo la mirada profética de María; ellas nos inducirán á enamorarnos también nosotros de las divinas alabanzas. ¡Quiera Dios, que cantando, á imitación de María, sus glorias en la tierra, podamos cantarlas eternamente en el Cielo! Pidamos esta gracia por la intercesión de la misma Virgen: A. M.

María, al hablar del poder de Dios, no se refiere á aquel poder con el cual cumplió el milagro de la creación, puesto que emplea las palabras: *su brazo*; palabras que indican un poder mayor, si cabe, que la misma omnipotencia. Dios no tuvo necesidad de servirse de su brazo, ni cuando creó la luz; y bien que como la primogénita entre todas las criaturas visibles, fuese el principio de toda belleza y el principal ornamento de todas las cosas, la llamó para que brillase por su sola indicación (1). Y cuando creó los cielos, por encantadores que sean por el brillo de los astros, y el azulado firmamento, que parece sembrado de diamantes, no empleó más que sus dedos (2). Al formar el cuerpo del hombre, tan admirable en la hermosura de su rostro, en la armonía de las perfecciones, en la magestad del aspecto, y en los miembros colocados convenientemente y á propósito para sus funciones respectivas, solo se sirvió de sus manos (3). Y en la creación del alma, por más que dotada de razón y rica de inteligencia, pudiese elevarse hasta Él, y ocuparse de sus soberanas bellezas, solo empleó su soplo (4). Es evidente, pues, que María, hablando de un poder, para el cual no se sirvió de sus palabras, ni de sus dedos, ni de sus manos, ni de su soplo, sino de su brazo, habla de un poder superior á aquel, mediante el cual creó la luz, los cielos, el cuerpo y el alma del hombre.

(1) GEN. I. 3.

(2) PSALM. VIII, 4.

(3) JOB. X, 8.

(4) GEN. II, 7.

Y así como no habla del poder manifestado en el milagro de la creación, tampoco lo hace del poder con que obró otros milagros delante de las naciones, ya que tampoco en estos empleó Dios todo el vigor de su brazo. Sin duda se mostró poderoso cuando, abiertas las cataratas de los cielos y los torrentes del grande abismo, destruyó hombres y animales en horrible confusión de tempestuosos remolinos; pero, para aquel tremendo castigo no se sirvió de su brazo, sino que empleó las aguas. Se mostró poderoso cuando con globos de humo, torrentes de llamas é inundaciones de fuego arrasó á Sodoma y á las demás ciudades de la inmunda Pentápolis; pero, para aquel castigo no se valió de su brazo, sino del fuego. Se mostró poderoso cuando, sueltas las olas del Eritreo en furias de deshechas tormentas y de aterradores bramidos, sumergió en ellas al pertinaz ejército de Faraon; pero, en aquel hecho memorable no se sirvió de su brazo, sino del mar. Se mostró poderoso cuando para confundir el orgullo de Senaquerib cubrió los campos de cadáveres, pasados al filo de la espada en una noche los generales y los soldados, que sostenían un riguroso sitio contra Jerusalén; pero, para aquella mortaldad no empleó su brazo, sino que se valió de un ángel. Por eso, al decir María, que Dios hizo alarde de poder, no por medio de las aguas, del fuego, del mar ni de los ángeles, sino de su brazo, refiérese á un poder, no solo mayor que el que manifestó en el milagro de la creación, si que también que el manifestado con los demás milagros delante de las naciones.

Con frecuencia en las Sagradas Escrituras, las palabras *brazo de Dios* significan el Verbo Encarnado. En este sentido celebra María el poder del brazo divino. Con la mirada penetrante de la fé y del amor observa las maravillas del mundo de la gracia, ignoradas de la orgullosa razón, y entre estas maravillas contempla la Encarnación del Verbo como la mayor de todas. Ve al Criador del Universo encerrado en sus entrañas; ve hecho Hijo suyo al Hijo de Dios; ve al Rey de los monarcas confundido en las pompas de las humillaciones y de los padecimientos; pero, al mismo tiempo, observa que, aparecido en medio de la Judea, santifica sus collados con la predicación, ilustra sus riberas con prodigios, é inunda el país de curaciones. Iluminada por celestiales resplandores, penetra hasta en los últimos secretos del misterio de la Redención del mundo, nacen en su corazón infinidad de afectos, y en el transporte de la admiración, de la gratitud y del gozo, no puede ménos de celebrar la obra más luminosa de la omnipotencia divina.

He dicho: *la obra más luminosa de la omnipotencia divina*, puesto que precisamente ésta es su obra maestra. En verdad, no es de maravillar, que los cielos publiquen la gloria del Señor y el firmamento anuncie la grandeza de las obras de sus manos, conociéndose las cosas invisibles por medio de las visibles, y haciendo las criaturas la corte al Criador; pero, que Dios, purísimo, se vistiese de carne, y encerrase su inmensidad en estrechos límites; que reuniese juntamente la gloria y la miseria, la fortaleza y la debilidad, la eternidad y el tiempo, la bienaventuranza y los padecimientos; hé ahí lo que no pudo prever, ni aún remotamente, ninguno de los filósofos antiguos, y que sin la luz de la fé no se podría comprender de ningún modo. Este es el milagro totalmente nuevo, vaticinado por Jeremías (1); milagro estupendísimo, milagro muy superior á lo que puede concebir la razón humana; milagro ante el cual la creación es como nada, pues, al paso que la creación del mundo se dice que fué un juguete del dedo de Dios, la Encarnación es llamada por excelencia la obra del Señor. En efecto; Dios pudo criar otros mil mundos, quedando su omnipotencia como si nada hubiese criado; pero, después de la Encarnación, Dios no podía pasar más adelante, puesto que la infinidad de sus actos y la grandeza de su omnipotencia se consumó toda en la Encarnación. Por eso María, empleando el lenguaje de los Libros sagrados, y sabiendo que cuando en ellos se trata de una grande obra se dice: que Dios ha puesto su dedo; que cuando se trata de una obra más grande se afirma: que Dios ha empleado su mano; y que cuando de una obra grandísima, y de la mayor de todas, se dice: que ha empleado su brazo; se sirve de esta última expresión para significar el prodigio de los prodigios verificado en la Encarnación del Verbo.

De otro modo celebra María la omnipotencia de Dios manifestada en la Encarnación, y consiste, en la consideración de que su Hijo se ha hecho hombre. El hombre había pecado, y el pecado injuria la magestad divina, irrita su justicia, ofende su bondad, desprecia su grandeza, deshonor su santidad, conculca sus divinos preceptos, y vilipendia sus perfecciones divinas; por consiguiente, bajo el punto de vista de la ofensa á Dios es una maldad infinita, una infinita ingratitude, y un mal verdaderamente infinito. Sin embargo; Dios, que odia al impio y á su impiedad, ya que con ser santísimo quiere que el hombre sea como Él santo, y se le asemeje, puesto que fué criado

(1) JEREM. XXXI, 22.

á su imagen; Dios, que siendo por sí mismo dichoso y felicísimo, no necesita de nosotros, criaturas miserables; Dios, á quien el hombre corresponde tan mal, no solo está pronto á usar de clemencia, sino que desciende á tal grado de dignación, que defiende su causa, paga sus deudas, satisface por sus pecados, y en vez de vengador, como debería de esperarse, se convierte en su Salvador. Este prodigio, que es el mayor de una caridad inmensa, y que corazón alguno hubiera podido esperar, se ofrece á la consideración de María. Así, pues, se goza; y como si dirigiese la palabra á todos los pueblos y á todas las generaciones, para saber si tuvieron jamás noticia de tan asombrosa benignidad, segura de que ningún pueblo ni generación la recibieron, reconoce en ello el brazo de la omnipotencia divina.

Y se alegra con tanto mayor motivo, cuanto con tan estupendo prodigio ve borrado el pecado, y el hombre elevado á una gracia infinitamente superior á la que tuviera anteriormente. Con mucha razón, pues, el Apóstol, atónito á la consideración de tan generosa benignidad, pudo afirmar, que la gracia abundó sobremanera donde abundó el delito; porque, si el pecado había sido enorme, la redención fué copiosa; si profunda había sido la caída, sublime fué la rehabilitación; si se secó el árbol de la vida en el Paraíso terrenal, floreció más lozano en el místico campo de la Iglesia; si fueron grandes los dones de naturaleza, mayores fueron los privilegios de la gracia; y si la dignidad del hombre apareció luminosa en la creación, se ostenta más brillante en la obra del rescate.

Pero, la mente de María penetraba incomparablemente mejor que el Apóstol en las maravillas de Dios. Por consiguiente, si el Apóstol, contemplando la elevación de la naturaleza humana, subida á una increíble altura por efecto de la omnipotente misericordia del Señor, se sentía arrobado en tales éxtasis deliciosísimos; ¿quién podría imaginar en qué éxtasis quedara arrobada María? ¿Quién podría medir el entusiasmo con que entonaba: *Hizo alarde del poder de su brazo?*

A estas palabras María añadió estotras: *Deshizo las miras del corazón de los soberbios*, en atención á que le pasan por delante los triunfos del Verbo encarnado. Examinemos á vista de pájaro la magnífica epopeya que se desarrolló hace dos mil años en los montes de Hebrón bajo la profética mirada de María, y nos veremos obligados por nuestra parte á repetir con la Reina de los Profetas: *Deshizo las miras del corazón de los soberbios*.

Los primeros que se rebelan contra Cristo son los Judíos. Antes de nacer, no quieren recibirle en medio de ellos; y apenas nacido, le

persiguen de muerte. Por odio, por envidia y por conjurada ambición de espíritus soberbios, le acusan con malas artes, le calumnian, le maldicen, le abofetean, le azotan; y le conducen á un fin tan trágico é ignominioso, que entrega su espíritu en un infame madero como un público malhechor. No obstante, cambia la escena: un tremendo castigo, precedido de rayos, cae sobre su cabeza; sus casas caen bajo los golpes del ariete romano; es incendiado su Templo; su país es anegado en sangre; sus sacerdotes, sus mujeres y sus hijos son muertos al filo de la espada de ejércitos enemigos, y hasta son reducidas á pavesas las ruínas de sus pasadas grandezas. Ahora los Judíos, arrojados del pátrio suelo de Palestina, sin sacrificio y sin altar, no pueden reunirse en un punto concéntrico de union, incapaces de borrar de su frente la torpe mancha del cometido delito. El poder del brazo divino les ha derribado, al paso que triunfa aquel Jesús á quien, embriagados de loco delirio, dieron muerte cruel.

Los paganos suceden á los Judíos. Aquellos que viven encenagados en la podredumbre de todos los vicios, no pueden gustar de la doctrina de Cristo, que prescribe la humildad, la modestia, la justicia, la mortificación y la penitencia. Ébrios de cólera, se levantan para acabar con los cristianos; corren á los anfiteatros para verles despedazados entre las garras de las hienas y de los leones; aplauden con estrépito cuando les miran abrasarse en medio de colosales hogueras; y aullan de contento cuando son ahogadas tiernas virgenes entre las espirales de serpientes que las devoran. Ellos creen vencer por medio de horrendas y crueles carnicerías; pero el paganismo pasa. Acaban los espectáculos sangrientos, no se habla ya de Júpiter Capitolino; y los Nerones, los Tiberios, los Claudios, los Calígulas y los Caracallas se dispersan bajo el poder del brazo de Dios.

A los paganos suceden los hereges. Hombres perversos y corrompidos, audaces y soberbios, impugnan los dogmas y la moral de Cristo. No es cosa fácil expresar las varias fases de la nueva guerra, puesto que son tantas, cuantas fueron las diversas circunstancias de los tiempos en el transcurso de los siglos. Los orgullosos imaginan hallarse próximos á cantar victoria; pero esta victoria se desvanece: bajo el poder del brazo de Dios desaparecen las herejías y los herejes.

Los bárbaros suceden á los herejes. Del Norte de Europa y de Asia, como torrente devastador, que, traspasadas las barreras se adelanta triunfante é invencible, los Hunos, los Godos y los Longobardos se precipitan sobre el Occidente. Se apoderan de las más be-

llas provincias, destruyen los edificios, matan á sus moradores; muy presto las florecientes ciudades se convierten en montones de cenizas y de ruinas. ¿Que será de Cristo y de su religion? ¡Cosa admirable! Los bárbaros truecan las lanzas por arados para labrar los campos, las mazas en instrumentos para los diferentes oficios y artes, y las cohortes guerreras se convierten en piadosas cofradías, que ayudan á los Religiosos en levantar templos al Señor. Jesús triunfa con el poder del brazo de Dios.

A los bárbaros sucede la falsa ciencia. Los enemigos de Jesucristo cavan las entrañas de la tierra, escudriñan todo resto de monumento antiguo, interrogan á la Geología, á la Arqueología y á la Astronomía, para que pronuncien una palabra contra Aquel que es el Padre de la verdad. Sobrados de presuncion, suponen haber logrado el objeto á cualquier nuevo descubrimiento. Mas es cuestion solo de tiempo. Los verdaderos sábios se congregan, examinan los argumentos aducidos, descubren sus falsedades, conocen su nulidad, hacen patentes los errores ocultos bajo bellas formas, muestran que la Geología, la Arqueología y la Astronomía deponen á favor de la enseñanza católica, y ofrecen una prueba evidente para concluir, que quien estudia poco con doctrina adquirida en un día puede ser ateo, pero, que el que estudia mucho con doctrina meditada profundamente, cree, al fin, por conviccion. Jesús triunfa con el poder del brazo de Dios.

A la falsa ciencia suceden las revoluciones. Se sirven del martillo para destruir el madero de la Redencion, son despojados los altares, las Basílicas se convierten en cuarteles, ó en inmundos establos, se transforman en cátedras de pestilencia las cátedras del Evangelio, y se colocan impúdicas mujeres sobre el trono de Cristo. Los pretendidos espíritus fuertes pronuncian impías arengas contra los más augustos misterios; los periodistas derraman en cada página hiel y veneno contra lo más santo y sagrado; y se oyen blasfemias más terribles que las que oyó el Calvario. Pero las olas de la iniquidad son como las olas del Océano, que, llegadas al límite señalado por la mano divina, no pasan más allá. Los grandes malvados, que arrastran á los obcecados á frenéticas revoluciones, no escapan á los golpes de la celestial venganza; individuos de toda clase entran en el gremio de la Iglesia, y las regiones remotas extienden los brazos al Cristianismo. Jesús triunfa con el poder del brazo de Dios.

Estos son, hermanos míos, los sorprendentes espectáculos que se agrupan bajo la extática mirada de María. Ve que surcan el mar mi-

llares de embarcaciones, se taladran los montes, se cortan istmos, se unen continentes, se viaja con ferrocarril, se enlaza toda la redondez del globo con hilos telegráficos, y que todo sirve para los triunfos de Jesús; que á Jesús cede la razon rebelde, la fuerza brutal, la corrupcion de los corazones, el amor carnal, la guerra del hierro, de los sarcasmos, de las blasfemias, del cinismo, de la mentira, de la calumnia, de la envidia, de la audacia y de la disolucion: por eso abre sus lábios y dice: *Dios hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios.*

Las expresadas palabras de María deben consolarnos en la tremenda prueba por la cual atraviesan hoy todas las naciones. Ciertamente, es inmenso el número de los que hoy afligen la religion de Jesucristo, poderosos los enemigos, y formidables los medios de que disponen para herir. ¿Mas, qué importa? ¿Creeríamos, acaso, que la maldad de los hombres pueda borrar los planes de la Providencia, ó que Jesucristo pueda ser vencido por el diablo? No, mil veces no; cualesquiera que sean los sucesos, el último resultado será siempre el mismo de hace diez y nueve siglos, ó sea: la victoria de Cristo y de su Religion.

Por lo tanto, entonemos, á imitacion de la Santísima Virgen, las alabanzas divinas. Si nuestros contrarios, ofuscados por el brillo de prosperidades momentáneas, se rien de nosotros, y nos califican de supersticiosos, dejémosles decir, consolándonos con recordar las épocas hechas famosas en las historias, en las cuales se han verificado maravillosamente las promesas del Señor. Así, pues, tengamos fé, la cual nos animará, aún en medio de las más espesas tinieblas, á esperar la luz de mejores días, de los cuales es precursora, aunque en lontananza, la naciente aurora. Acaso será preciso pasar todavía algunos años, tal vez deberán desarrollarse una larga série de sucesos; pero, tarde ó temprano, la Religion de Jesucristo cantará como María: *Dios hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios.*

DISCURSO XXVII.

JUSTICIA Y MISERICORDIA DE DIOS.

Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.
Derribó del sôlio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. (Luc. I, 52.)

Luego que Moisés hubo pasado á pié enjuto el Mar Rojo acompañado de su pueblo, y hubo llegado con toda seguridad á la opuesta orilla, al ver sumergidos en aquellas aguas á los pertinaces perseguidores del pueblo Hebreo, dijo: Entonemos un himno al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, precipitando en el mar al caballo y al caballero. Como valiente campeon ha precipitado en las olas los carros de Faraon, á su ejército, y á sus conductores: todos quedan sepultados en los abismos, y se han hundido como una piedra hasta lo más profundo. El enemigo habia dicho: Iré trás ellos, y los alcanzaré; desenvainaré mi espada, y los matará mi mano: repartiré los despojos, y mi venganza quedará satisfecha. Empero el Señor sopló su espíritu, y el mar los anegó: hundiéronse como plomo en aguas impetuosas.

Un espectáculo semejante se presenta á la vista de María, con la diferencia, de que Moisés habla de los castigos impuestos tan solo á los de Egipto, y de los premios concedidos solo á los hijos de Israel, y la Virgen se refiere á los rayos descargados sobre todos los orgullosos que se sirven del poder para ofender á Dios, y de las gracias concedidas á todas las personas piadosas, que, conociendo su miseria, resignadas y pacientes, someten su voluntad á la divina. Así, pues, reuniendo en pocas palabras, tanto el castigo de los primeros, como la glorificacion de los segundos, dice: Dios derribó del sôlio á los poderosos y ensalzó á los humildes: *Deposuit potentes de sede, et exaltavit*

llares de embarcaciones, se taladran los montes, se cortan istmos, se unen continentes, se viaja con ferrocarril, se enlaza toda la redondez del globo con hilos telegráficos, y que todo sirve para los triunfos de Jesús; que á Jesús cede la razon rebelde, la fuerza brutal, la corrupcion de los corazones, el amor carnal, la guerra del hierro, de los sarcasmos, de las blasfemias, del cinismo, de la mentira, de la calumnia, de la envidia, de la audacia y de la disolucion: por eso abre sus lábios y dice: *Dios hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios.*

Las expresadas palabras de María deben consolarnos en la tremenda prueba por la cual atraviesan hoy todas las naciones. Ciertamente, es inmenso el número de los que hoy afligen la religion de Jesucristo, poderosos los enemigos, y formidables los medios de que disponen para herir. ¿Mas, qué importa? ¿Creeríamos, acaso, que la maldad de los hombres pueda borrar los planes de la Providencia, ó que Jesucristo pueda ser vencido por el diablo? No, mil veces no; cualesquiera que sean los sucesos, el último resultado será siempre el mismo de hace diez y nueve siglos, ó sea: la victoria de Cristo y de su Religion.

Por lo tanto, entonemos, á imitacion de la Santísima Virgen, las alabanzas divinas. Si nuestros contrarios, ofuscados por el brillo de prosperidades momentáneas, se rien de nosotros, y nos califican de supersticiosos, dejémosles decir, consolándonos con recordar las épocas hechas famosas en las historias, en las cuales se han verificado maravillosamente las promesas del Señor. Así, pues, tengamos fé, la cual nos animará, aún en medio de las más espesas tinieblas, á esperar la luz de mejores días, de los cuales es precursora, aunque en lontananza, la naciente aurora. Acaso será preciso pasar todavía algunos años, tal vez deberán desarrollarse una larga série de sucesos; pero, tarde ó temprano, la Religion de Jesucristo cantará como María: *Dios hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios.*

DISCURSO XXVII.

JUSTICIA Y MISERICORDIA DE DIOS.

Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.
Derribó del sôlio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. (Luc. I, 52.)

Luego que Moisés hubo pasado á pié enjuto el Mar Rojo acompañado de su pueblo, y hubo llegado con toda seguridad á la opuesta orilla, al ver sumergidos en aquellas aguas á los pertinaces perseguidores del pueblo Hebreo, dijo: Entonemos un himno al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, precipitando en el mar al caballo y al caballero. Como valiente campeon ha precipitado en las olas los carros de Faraon, á su ejército, y á sus conductores: todos quedan sepultados en los abismos, y se han hundido como una piedra hasta lo más profundo. El enemigo habia dicho: Iré trás ellos, y los alcanzaré; desenvainaré mi espada, y los matará mi mano: repartiré los despojos, y mi venganza quedará satisfecha. Empero el Señor sopló su espíritu, y el mar los anegó: hundiéronse como plomo en aguas impetuosas.

Un espectáculo semejante se presenta á la vista de María, con la diferencia, de que Moisés habla de los castigos impuestos tan solo á los de Egipto, y de los premios concedidos solo á los hijos de Israel, y la Virgen se refiere á los rayos descargados sobre todos los orgullosos que se sirven del poder para ofender á Dios, y de las gracias concedidas á todas las personas piadosas, que, conociendo su miseria, resignadas y pacientes, someten su voluntad á la divina. Así, pues, reuniendo en pocas palabras, tanto el castigo de los primeros, como la glorificacion de los segundos, dice: Dios derribó del sôlio á los poderosos y ensalzó á los humildes: *Deposuit potentes de sede, et exaltavit*

humiles. Ciertamente, comparadas con este arranque de la Virgen, nada son las más magníficas imágenes de los poetas y la expresión más elocuente de los oradores. Nadie ha podido reunir de tal suerte extremos tan opuestos entre sí; nadie ha sabido exponer con tanta brevedad y precisión la profunda caída de los soberbios y la sublime glorificación de los humildes. Meditemos un poco, hermanos míos, esta estrofa del *Magnificat*; y admirando la virtud con la cual María canta la justicia y la misericordia del Altísimo, supliquémosla que nos infunda un temor que nos arrepienta y salve: A. M.

No hay asunto de que traten con tanta frecuencia y energía las Escrituras, como de la justicia divina sobre los impíos. La pintan en el acto que sale por sus ojos un diluvio de fuego, y la rodea un Océano de llamas; la representan en los momentos en que la tierra se estremece á su vista hasta en sus cimientos. Unas veces la comparan á quien no hace caso de las lágrimas ni escucha los lamentos de los naufragos, que en deshecha tempestad levantan la voz para lograr socorro (1); otras al pastor, que sácia y engorda al buey para conducirlo al matadero (2); cuando á un remolino, que, soplando contra una nave, la abisma en un instante (3). Dicen que no cierra los ojos á las maldades humanas (4), y que con la espada desenvainada disipa todas las miras de los impíos, abismándoles en un piélago de desastres (5); que acumula sobre su cabeza todas las maldiciones, de suerte, que oyendo los pueblos un caso tal, tiemblan de espanto (6). Lo que dicen no se limita á solas palabras, puesto que á las palabras añaden las amenazas; y á las palabras y á las amenazas siguen ejemplos de terribles castigos.

Varias son, pues, las causas, por las cuales la justicia divina derriba del sόlio á los poderosos, que, soberbios, usan del poder para erguir la frente con altivo atrevimiento contra el Cielo. Una de estas causas es la desenfrenada licencia de costumbres, que infecta de escándalos y vituperios los países, turba la paz de las familias, siembra el vicio en el hogar doméstico, desarraiga los gérmenes de la

- (1) PROV. I, 27.
 (2) JER. LI, 40.
 (3) ECCL. XVI, 21.
 (4) JOB. IX, 28.
 (5) ISAÍAS, XLII, 14.
 (6) DUNT. XXVIII, 15.

fecundidad y marchita la flor de la salud (1). Otra causa es la soberbia, que, pagada de sí misma para saciar á toda costa los propios apetitos, se rebela á toda sujeción, y se sustrae al soberano imperio de la divinidad (2). La causa tercera es el olvido de Dios, pues, gozando del sόlio y del cetro, de la corona y de la púrpora, no dan gracias al Señor por los beneficios recibidos (3). La cuarta es la injusticia, que quebranta los más santos preceptos de equidad, condena con severo ademán y castiga con irrespetuosa rusticidad, sin escuchar las defensas de los infelices sentenciados y condenados (4). La quinta causa, por no hablar de las demás, es, la crueldad con que tratan al prójimo, como si no tuviese impresa sobre su alma la luz divina, ni se encerrase en su pecho un corazón que siente y ama, cuando la misericordia y la verdad deberían ser el apoyo del reino (5).

Por estos y otros motivos, la divina justicia derramó su ira en varias ocasiones, y lanzó sus rayos contra los impíos poderosos, derribándolos de sus tronos, despojándolos de sus grandezas, y castigándolos con los más tremendos azotes. Antiocho profanó el Templo, robó los tesoros del Santuario, mató á sacerdotes indefensos y á vírgenes humilladas, y juró guerra contra la nación santa; pero le alcanza la divina justicia, y entre agudos dolores en las entrañas y crueles amarguras de espíritu, acaba sus pésimos días con una muerte la más terrible. Baltasar, ébrio de vino, con los vasos sagrados y otros instrumentos de uso sagrado, come manjares profanos y bebe inmundos licores á despecho del Altísimo; pero le alcanza la divina justicia, y en aquella misma noche es asesinado por los suyos á traición. Holofernes tiene tan estrechamente sitiada la ciudad de Betulia, que los magnates del reino están á punto de parlamentar para la entrega de la plaza, y se alegra de la fácil victoria: faltan solamente pocas horas para que entre vencedor en la ciudad sometida; pero la divina justicia descarga el golpe sobre él: una mujer le corta la cabeza, y horriblemente desfigurado su rostro, y rendido por el sueño y la crápula, le precipita en los abismos con feroz rugido. Senaquerib, habiendo llegado cerca de los muros de Jerusalén con ochenta y cinco mil soldados, saqueado y destruido las cosechas, combatido y devastado el país, insulta la confianza que la ciudad sitiada pone en el

- (1) SAP. V, 24.
 (2) ECCL. X, 17.
 (3) REG. XV, 23.
 (4) ECCL. X, 8.
 (5) PROV. XX, 28.

Señor; pero la divina justicia se le muestra espantosa; y habiendo un ángel, en la noche, pasado al hilo de la espada á todo su ejército, sintiendo reinar el más profundo silencio en las mudas trincheras, viendo correr por todas partes torrentes de azufre, encontrando á sus guerreros, ó carbonizados ó bañados en su sangre, erizados sus cabellos, con atónita mirada y fuera de sí por el horror, se confesó vencido.

Estos hechos prueban evidentemente, que las amenazas intimadas á los poderosos soberbios se han realizado no pocas veces, y que Dios usó de su justicia para castigarles. Despoja el Señor á los reyes de su cingulo y ciñe sus costados con una cuerda, decía Job (1); hace desaparecer al príncipe como á una ampollita de aire, aseguraba Oseas (2); seca las raíces de las naciones orgullosas, destruye sus campos y los arruina desde sus fundamentos (3). Murió Saul, como se lee en el primer libro de los Paralipómenos, á causa de sus iniquidades, porque no guardó y quebrantó los mandamientos del Señor (4). Dios dijo á Salomon, como se lee en el tercer libro de los Reyes: porque cometistes tal pecado, no guardaste mi pacto, ni las órdenes que te di, rasgaré y dividiré tu reino y lo daré á uno de tus siervos (5). Te echarán de entre los hombres, anunció Daniel á Nabucodonosor, y habitarás con las bestias y fieras: heno comerás como el buey (6); lo cual se cumplió en ese monarca soberbio, hasta el punto de crecerle los cabellos como si fuesen alas de una águila, y las uñas como las de las aves de rapiña (7). ¿No bastan esos ejemplos para ver, que Dios castiga á los atrevidos que abusan del poder para ultrajar su ley? ¿No es este un motivo suficiente para concluir, que el brazo de la cólera divina pesa sobre los impíos, que, resistiendo con pertinacia á su voluntad, se abandonan á los vicios, prefiriendo la criatura al Criador?

No vayais á creer, hermanos míos, por haberos hablado hasta aquí de los tiempos antiguos, que no se han repetido igualmente en los nuestros aquellos terribles ejemplos de la justicia divina. Por no tomarme el inhumano placer de reseñar las presentes calamidades,

(1) JOB. XII, 18.

(2) OSE. X, 7.

(3) ECCL. X, 18.

(4) I PAR. X, 13.

(5) III. REG. XI, 11.

(6) DAN. IV, 22.

(7) Id. ib. 30.

os recordaré tan solo de aquel gigante, que, precipitado de la cumbre de las pirámides, despues de haber hecho rodar á sus piés tantas coronas, quería ceñir en la propia frente la tiara de los Pontífices. Cargado de gloriosos laureles conquistados en los campos de batalla, subido al trono imperial por poder de dominio superior á todos, afortunado en las empresas de sus águilas imperiales, sojuzgada la tierra á sus indicaciones, aquel gigante cayó ignominiosamente, dejando cubierto de inmensa rapiña el suelo de la derrota.

Sin embargo, las expresadas palabras de María no se refieren tan solo al mundo visible, sinó tambien al mundo de los espíritus. Los Angeles, llenos de toda la natural beatitud que convenia á ellos, criaturas nobilísimas, debían además gozar de la beatitud sobrenatural, y la hubiesen gozado, correspondiendo voluntariamente á la gracia recibida. Lo mismo para ellos que para nosotros, el reino de la gloria debía ser fruto de mérito y de victoria; pero muchísimos se rebelaron contra la establecida condicion fundamental. Lucifér, el más bello de los ángeles, se rebeló; orgullosos por la excelencia de su naturaleza, muchos ángeles le siguieron en la misma malvada apostasia. El castigo no se hizo esperar por largo tiempo, puesto que Lucifér y los suyos, apénas hubieron enarbolado el estandarte de la rebelion, fueron precipitados en la horrenda profundidad de las cavernas infernales, desde lo alto de los tronos que les estaban preparados en el Cielo. Por consiguiente, la Virgen inmaculada pinta con esta sublime expresion la caída de Lucifér, el castigo de los espíritus cómplices de su rebelion, y la profundidad del abismo en que fueron precipitados aquellos que hubieran podido asistir al sόlio del Altísimo: *Derribó del sόlio á los poderosos*; del mismo modo que con estas palabras pintó el fin desgraciado de los soberbios de la tierra.

No acaba aquí todo. Si la voz de María celebra la justicia, celebra igualmente la misericordia del Señor. En el mismo versículo del *Magnificat*, donde dice con sublime expresion, que Dios en su justicia derribó del sόlio á los poderosos, añade, que ensalzó á los humildes. Así, pues, permitidme, hermanos míos, que os diga algo sobre la humillacion de los soberbios, puesta en parangon, en el himno de la Virgen, con la glorificacion de los humildes.

Los libros de las sagradas Escrituras, que hablan con frecuencia de los soberbios humillados, hablan igualmente de los humildes ensalzados. Jesucristo repite en su Evangelio esta máxima fundamental de su religion; que el orgullo conduce á la humillacion, y la humi-

lacion al ensalzamiento (1); de lo cual ofrece un solemne ejemplo en la parábola del Fariseo y del Publicano.

Las historias sagradas nos lo confirman con hechos luminosísimos. José, hijo de Jacob, reducido á prision con motivo de una calumnia, se humilla en presencia de Dios, y resucita á la vida y á la gloria, habiendo sido propuesto para el supremo mando de Egipto. David, contra el cual se adelantó Goliath, sin otras armas que algunas piedras y una honda, se humilla; y derribado de improviso aquel monstruo, que con solo su nombre espantaba á las más aguerridas huestes de los Israelitas, alcanza tal triunfo sobre él, que saliendo á su encuentro con timbales y salterios las bellas hijas de Sion y danzando de alegría, cantan: Saul ha vencido á mil enemigos, y David á diez mil.

Cierto, que no siempre se verifica esto en la peregrinacion de nuestro destierro; por el contrario, los humildes de corazon suelen ser más afligidos y perseguidos que los demás hombres; pero esto sucede tan solo, porque Dios se ha reservado el pleno triunfo de su justicia y de su misericordia en la otra vida. No quiero tratar aquí de los honores que, despues de la muerte, Dios suele otorgar á los verdaderos humildes de corazon, juntamente con las bendiciones de los hombres y la admiracion de la tierra. Sé muy bien, que se descubriría á mi vista un campo vastísimo, si dedicase el discurso de hoy á reseñar las fiestas que se celebran acá abajo en honor de los bienaventurados, que, vencedores del mundo, del demonio y de la carne, triunfan ahora eternamente con Dios en el Cielo. Esta gloria, aunque bella y carísima, nada es comparada con aquella de que gozan allá arriba los humildes de corazon admitidos en la morada del Altísimo. Si; allá arriba participan de una gloria pura, y que no pueden ofuscarla las cruces, los dolores y las tristezas á que estuvieron sometidos en su vida mortal. En la mansion bienaventurada disfrutan de una gloria permanente, puesto que el Cielo, donde moran, no es nunca oscurecido por la menor nubecilla; reina allí una primavera que nunca llega al ardor del estío, un sol que jamás vá al ocaso, galas que nunca se destruyen, riquezas que jamás menguan, delicias sin fin, y cetros no expuestos al azar de la inconstante fortuna. Gozan sus moradores de una gloria verdadera, sin mezcla de imperfecciones propias de los regocijos más fastuosos del mundo. A esta gloria fueron ensalzados un Isidro labrador, un Ampelio artesano, un Martín

(1) Luc. XVIII, 14.

que había sido sastre, un Guido comerciante y un Benito José Labre que era un mendigo y pordiosero. Esto sentado, ¿quién podrá dudar de lo que dijo María, esto es, que Dios ensalza á los humildes?

María, viendo todas estas cosas con su extática mirada, llena su alma de santo júbilo por la ejecucion de la justicia y misericordia divinas, canta: que Dios derribó de sus sólios á los poderosos y ensalzó á los humildes. Ve que Dios escogerá las cosas más inútiles para confundir á los sábios, las cosas más débiles para vencer á los esforzados, y las más innobles y despreciables para destruir á aquellas otras que el mundo considera como las más célebres y más nobles; ve que de nada servirá á Satanás ni á sus secuaces, emplear todos los medios y toda su astucia, para arrastrar á la extraviada y miserable descendencia de Adán hácia las tinieblas del Paganismo, hácia los errores de la heregía, y hácia la corrupcion de las pasiones más ruines; ve que no obstante las guerras de exterminio y de sangre que se suscitarán, guerras de seducciones y de cismas, guerras de persecuciones y de apostasías, la Iglesia, protegida por Dios, será siempre la misma, permanecerá siempre firme y gloriosa; y con frases de admiracion y de gozo celebra la ejecutada justicia del Señor sobre los soberbios y las cumplidas misericordias para con los humildes.

Y ahora, carísimos hermanos míos, si me preguntais, qué provecho debemos sacar de la expuesta doctrina, contestaré: que de ellas hemos de inferir dos cosas de muchísima importancia. La primera es, que María nos invita á cantar en su compañía las justicias y las misericordias del Señor; la segunda, que nos exhorta á evitar la soberbia y á querer la humildad, para no caer bajo el rigor de aquella justicia, y experimentar todas las gracias de la misericordia. De ambas cosas tenemos necesidad; de la primera, para ser fieles á Dios; y de la segunda, para obtener sus beneficios. ¿Dónde encontrar entre nosotros aquellos que escuchan las exhortaciones y siguen los ejemplos de María sobre el particular?

El orgullo, que fué el pecado de Lucifer, es tambien el pecado de la mayor parte de los hombres. En nuestros desgraciados días, son muchos los que, por orgullo, no quieren creer en la divinidad de Jesucristo, no quieren someterse á la infalibilidad de la Iglesia, ni adorar más Dios que á sí mismos; osan erigirse en tribunal para juzgar con el corto alcance de su razon las obras del Señor; y miéntras que todos los ingenios verdaderamente grandes fueron religiosos, intentan crear una ciencia y una literatura directamente opuestas á la Religion.

Pero ¿qué pueden estos esfuerzos sacrilegos contra Aquel, de quien celebrara sus glorias la Santísima Virgen? ¿Qué valen estos altivos conatos contra Aquel, que derriba á los soberbios y ensalza á los humildes? La fé y la experiencia nos aseguran, que en vano el hombre soberbio se levanta contra Dios, el cual derrama la copa de su ira cuando la medida de los pecados está llena. Los soberbios del mundo tendrán tambien un día que repetir aquellas palabras de un profeta: Por haber violado los divinos preceptos, por esto la maldicion divina ha devorado la tierra (1). Miserables gusanillos; ¿podrían reirse en su audacia, cuando el primero y el más noble de los espíritus celestiales fué sepultado por razon de su audacia en los eternos suplicios?

Procuremos, pues, hermanos míos, imitar á María en la humildad, mediante cuya virtud se alcanza la verdadera grandeza, recordando que solo los humildes ocuparán los sáculos que perdieron los ángeles rebeldes. Cantemos tambien nosotros los triunfos de la divina justicia, adorando sus consejos; y evitando los pensamientos y las obras de los poderosos soberbios, celebremos los triunfos de las divinas misericordias, venerando sus ternuras, y haciendo todos los esfuerzos posibles de entendimiento y de corazon para merecerlos. Y al mismo tiempo, admirando á María, sublime en la gloria á que llegó, merced á su humildad y á la baja consideracion que tuvo siempre de sí misma, procuremos poseer esta virtud cuanto nos sea posible, para que un día podamos tener parte en sus grandezas.

(1) ISAÍAS XXIV, 5.

DISCURSO XXVIII.

AMOR Á LA POBREZA.

Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes.

Colmó de bienes á los hambrientos; y á los ricos los despidió sin nada. (Luc. I, 53).

Al querer la Virgen Santísima celebrar el poder divino, lo ve brillar con deslumbrante esplendor cuando humilla la soberbia de los sábios, y abate la osadía de los grandes; y cuando castiga la altanería de los ricos, reduciéndoles á la pobreza. Elevada en extáticas contemplaciones, habla en su himno de los tres modos, con los cuales suele manifestarse el brazo omnipotente de Dios. Dice: que deshace las miras del corazon de los soberbios; y estas palabras se refieren al primer modo, con el cual el Señor muestra que, á su presencia, la orgullosa sabiduría de los hombres es como polvo. Añade: que derriba del sáculo á los poderosos, refiriéndose al segundo modo empleado por el Señor para mostrar, que ante Él de nada sirve la altanería de los potentados del mundo; y concluye diciendo: que á los ricos los despidió sin nada; y aquí habla del tercer modo empleado para demostrar, que á su presencia no tienen ningun valor las riquezas de los opulentos orgullosos. Mas, así como Dios une siempre la misericordia á la justicia, tambien la Virgen, al mismo tiempo que habla de la justicia con la cual humilla á los soberbios, abate á los poderosos y empobrece á los ricos, lo hace, igualmente, de la misericordia con que ensalza á los humildes, glorifica á los pequeños, y enriquece á los pobres que se conforman con su voluntad y observan su santa ley. Ya que en discursos precedentes nos hemos ocupado de la justicia y de la misericordia con relacion á los soberbios y á los humildes, á los poderosos y á los pequeños, voy á hablar ahora de

Pero ¿qué pueden estos esfuerzos sacrilegos contra Aquel, de quien celebrara sus glorias la Santísima Virgen? ¿Qué valen estos altivos conatos contra Aquel, que derriba á los soberbios y ensalza á los humildes? La fé y la experiencia nos aseguran, que en vano el hombre soberbio se levanta contra Dios, el cual derrama la copa de su ira cuando la medida de los pecados está llena. Los soberbios del mundo tendrán tambien un día que repetir aquellas palabras de un profeta: Por haber violado los divinos preceptos, por esto la maldición divina ha devorado la tierra (1). Miserables gusanillos; ¿podrían reirse en su audacia, cuando el primero y el más noble de los espíritus celestiales fué sepultado por razon de su audacia en los eternos suplicios?

Procuremos, pues, hermanos míos, imitar á María en la humildad, mediante cuya virtud se alcanza la verdadera grandeza, recordando que solo los humildes ocuparán los sáculos que perdieron los ángeles rebeldes. Cantemos tambien nosotros los triunfos de la divina justicia, adorando sus consejos; y evitando los pensamientos y las obras de los poderosos soberbios, celebremos los triunfos de las divinas misericordias, venerando sus ternuras, y haciendo todos los esfuerzos posibles de entendimiento y de corazon para merecerlos. Y al mismo tiempo, admirando á María, sublime en la gloria á que llegó, merced á su humildad y á la baja consideracion que tuvo siempre de sí misma, procuremos poseer esta virtud cuanto nos sea posible, para que un día podamos tener parte en sus grandezas.

(1) ISAÍAS XXIV, 5.

DISCURSO XXVIII.

AMOR Á LA POBREZA.

Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes.

Colmó de bienes á los hambrientos; y á los ricos los despidió sin nada. (Luc. I, 53).

Al querer la Virgen Santísima celebrar el poder divino, lo ve brillar con deslumbrante esplendor cuando humilla la soberbia de los sábios, y abate la osadía de los grandes; y cuando castiga la altanería de los ricos, reduciéndoles á la pobreza. Elevada en extáticas contemplaciones, habla en su himno de los tres modos, con los cuales suele manifestarse el brazo omnipotente de Dios. Dice: que deshace las miras del corazon de los soberbios; y estas palabras se refieren al primer modo, con el cual el Señor muestra que, á su presencia, la orgullosa sabiduría de los hombres es como polvo. Añade: que derriba del sáculo á los poderosos, refiriéndose al segundo modo empleado por el Señor para mostrar, que ante Él de nada sirve la altanería de los potentados del mundo; y concluye diciendo: que á los ricos los despidió sin nada; y aquí habla del tercer modo empleado para demostrar, que á su presencia no tienen ningun valor las riquezas de los opulentos orgullosos. Mas, así como Dios une siempre la misericordia á la justicia, tambien la Virgen, al mismo tiempo que habla de la justicia con la cual humilla á los soberbios, abate á los poderosos y empobrece á los ricos, lo hace, igualmente, de la misericordia con que ensalza á los humildes, glorifica á los pequeños, y enriquece á los pobres que se conforman con su voluntad y observan su santa ley. Ya que en discursos precedentes nos hemos ocupado de la justicia y de la misericordia con relacion á los soberbios y á los humildes, á los poderosos y á los pequeños, voy á hablar ahora de

la propia justicia y de la propia misericordia por lo que mira á los pobres y á los ricos.

Para eso no será preciso que descienda á examinar por partes, las máximas anticristianas que se profesan en el mundo con relacion á la riqueza y á la pobreza. Un exámen semejante exigiría un discurso demasiado extenso. Así, pues, paréceme, que recordando la bienaventuranza prometida por Jesucristo á los pobres de espíritu, y el ejemplo de Marta, que fué pobre y amó la pobreza, cualquier hombre juicioso deducirá la inevitable consecuencia que intento insinuar en vosotros, esto es, que á los deseos de riquezas debe anteponerse el amor á la pobreza impuesta por Jesucristo y practicada por María. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Las llagas sociales de nuestros días son, principalmente, el naturalismo y el utilitarismo. Se ha querido con el primero, quitar del cristianismo cuanto pase de los límites de lo natural; y con el segundo se ha procurado, ir detrás de lo que, segun las ideas modernas, es el propio interés. Todo lo que no está de acuerdo con estos nuevos principios se toma por exageración de ascetismo, por prácticas de misticismo, y por extravío hiperbólico de inteligencias de cortos alcances. La perfeccion humana, y mucho ménos la cristiana, no consiste en eso; Jesucristo ha llamado bienaventurados, no á los que guardan en los cofres abundantes caudales, sinó á los pobres.

Esta verdad nos la demuestra la experiencia diaria. ¿Quién ignora, que las riquezas se alcanzan con fatigas, se poseen con temor, y se pierden con dolor? Refiera el avaro, las privaciones á que se condena, para que no disminuya el dinero encerrado en la triple arca de hierro. Diga el negociante, las incomodidades, los enojos, los viajes y las disputas que debe sostener en detrimento de su paz y de su salud, para amontonar dinero. Cuente el hacendado, cuantas veces tiene que temer las caprichosas catástrofes de la fortuna, los trastornos sociales, la traicion, el robo, las ruínas y los incendios. De estas y otras parecidas angustias se encuentran ciertamente libres los pobres.

No obstante; el divino Maestro no dijo solamente: bienaventurados los pobres, sinó los pobres de espíritu; y por lo mismo, no se refería á todos los pobres, sinó á los piadosos, que, favorecidos con riquezas, viven con el corazon desprendido de los bienes terrenos; ó á aquellos, que nacidos en la pobreza, viven resignados, sin murmuraciones ni impacencias. Por consiguiente, sus palabras se refieren á aquellos,

que por amor á la virtud no se afanan en procurarse la superabundancia de bienes terrenos y de dinero, que desgraciadamente es de ellos el instrumento universal; sinó que más bien temen esta superabundancia conociendo sus peligros, previendo sus seducciones, y no ignorando la enorme deformidad que guarda con la doctrina del Evangelio. Y si por condicion de estado son opulentos, se mantienen alejados de sus riquezas con la voluntad; y una de dos, ó se despojan prontamente de ellas, ó se aplican á servirse de las mismas para los fines por los cuales recibieron de la Providencia un dón tan peligroso. En cuanto á aquellos á quienes nada falta de lo necesario, y aún de lo superfluo, y están siempre cavilando como adquirirán mayores riquezas, y que se creen pobres á pesar de ser ricos, claro está que no ván incluidos en la prometida bienaventuranza.

Tampoco el reino de los Cielos será de aquellos, que, ó por reve-ses de fortuna, ó por no poderse ganar el sustento de un modo conveniente, comen el pan diario pidiendo limosna y visten andrajos, siempre y cuando no consideren su pobreza como una virtud. La pobreza, considerada en si misma, es de suyo desagradable: con todo, ella es laudable en cuanto libra de aquellas cosas que sirven de obstáculo al hombre para atender á los intereses espirituales ó del alma; por lo tanto, segun la mayor ó menor medida, con la cual, por medio de la pobreza, se ve libre de los expresados obstáculos, se mide su mayor ó menor bondad.

Pobre de espíritu fué Marta. Como quiera que se considere la pobreza de espíritu, ya sea con relacion al ánimo desprendido de los bienes terrenos, ya con relacion al espíritu resignado en la falta de riquezas y en la privacion de las cosas necesarias á la vida, Ella se nos ofrece incomparable en ambos casos. Solo indicaré algunos hechos, dejando para vosotros, hermanos míos, el juzgar si es ó no verdad lo que os digo.

María fué incomparable, considerada la pobreza de espíritu con respecto al corazon desprendido de los bienes terrenos. Aunque descendiente de ilustres antepasados, jamás se quejó por las perdidas grandezas, ni se lamentó, por las desvanecidas magnificencias terrenas. Nadie mejor que Ella supo, que es una locura buscar la felicidad en una region de lágrimas, de destierro y de muerte; nadie mejor que Ella conoció, que solo á Dios, bien infinito, toca llenar la infinita capacidad del corazon humano y saciarlo. Por lo tanto, absorta en Dios, nada quiso de los bienes mundanos, nada de los honores ni de los placeres, nada de las condiciones elevadas, del propio

modo que no desdeñó el ser esposa de un carpintero, el cual vivía con el trabajo de sus manos. Con heroica abdicación de todo lo terreno, amó lo que el mundo tenía por más despreciable; amó lo que el mundo aborrecía en más alto grado; y considerándose muerta á este mundo para vivir solamente en Dios juntamente con Jesucristo, á Él elevó de continuo sus miradas, rogándole que la librase de las lisonjas del siglo.

María fué incomparable por lo que mira al espíritu resignado en la falta de riquezas. Pobre la contemplamos al llegar al pesebre, donde debe nacer el esperado Mesías, puesto que recorriendo las calles de la ciudad y llamando tímidamente á todas las puertas, por estar falta de dinero no encuentra ningun Belemita que la quiera albergar por amor de Dios. Pobre la vemos en su Presentación al Templo para cumplir con la ley de la Purificación, puesto que ofreció para rescate de su Hijo lo que se exigía de los más pobrecitos. Pobre se nos ofrece en su huida á Egipto, ya que léjos de la patria y en medio de un pueblo que rechazaba desdeñosamente á los extranjeros, tenía que trabajar aún gran parte de las noches para subvenir al escaso é insuficiente salario de su esposo; y más bien que lamentarse, considerando transitoria la figura del mundo y pasajeros sus bienes, sufría con ánimo resignado las varias tribulaciones que lleva consigo la pobreza, amontonando nuevos méritos con la paciencia. Había puesto su confianza en Dios; y aunque falta de las cosas necesarias á la vida, permanecía como palma de Cades, que no cae á pesar de la furia de huracanados vientos; como el monte de Sion, que no se desmorona no obstante los fuertes vendabales y las deshechas tormentas.

Esta fué precisamente la doctrina de Jesucristo. Cuarenta siglos habían transcurrido, desde que los desengañados hijos de Adán, desviviéndose por amontonar dinero, extender poderes y dilatar dominios, creían que su felicidad se basaba en tales bienes. En seguida del advenimiento del divino Maestro, y emprendida por Él la obra benéfica de instruir en persona á los hombres, proclamó, acerca de este importantísimo asunto, una teoría enteramente nueva, con enseñanza absolutamente opuesta á todas las ideas del mundo, y á todos los principios de la sabiduría del siglo. Indicó en una parábola el fin de los avaros, que ponen su corazón en las riquezas (1). Declaró, que

(1) Luc. XVI, 22.

sería más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos (1). Dijo, que la perfección consistía en vender todo cuanto se posea, distribuirlo entre los indigentes, y seguir sus huellas (2). No es necesario repetir las fórmulas de toda suerte, y las conmovedoras figuras con que en todas sus pláticas se declara protector de los desgraciados. Basta recordar, que llamó bienaventurados á los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (3). De esta suerte mostraba, cuan indigno era de sus imitadores el amor desordenado á las riquezas y á los demás bienes terrenos; con tales modos predicaba la ciencia de la mortificación y de la cruz.

Y Él, que hubiera podido limitarse á imponernos la pobreza de corazón con la autoridad del precepto, quiso inculcárnosla con el ejemplo. Dos eran sus ministerios, el de Redentor y el de Reformador; y si para redimir á los hombres podía sentarse en el trono de un Salomón, porque una sola de sus lágrimas hubiese sido de un precio exorbitante para la redención de mil mundos, para reformarlos, debía vivir en medio de las tribulaciones y de las angustias; debía ser mortificado, para enseñar con su ejemplo la penitencia á los hombres; debía ser pobre, para insinuar con su ejemplo la pobreza en nuestro ánimo; y debía encontrarse privado de la más insignificante comodidad, para confundir con su ejemplo nuestra avaricia, la cual arrastra á vituperables excesos.

Después de las enseñanzas y del ejemplo de Jesucristo, la pobreza, que era mirada ántes con desprecio y con sentimiento de reprobación, contó innumerables prosélitos. En los primeros tiempos, cuando la persecución enfurecía contra los discípulos del Crucificado, aquellos buenos fieles oían tranquilos el decreto de la confiscación de sus bienes, y con ojos indiferentes contemplaban su rapiña, y solamente deseaban adquirir los tesoros divinos. En tiempos posteriores, cuando los cristianos no eran ya proscritos por profesar la verdadera fé, se apresuraron á despojarse voluntariamente de sus riquezas. Entónces nobles y plebeyos, vírgenes y matronas respetabilísimas, distribuyeron á los pobres sus cuantiosos tesoros, habitaron en las grutas y en las cuevas, y libres de todo impedimento terreno, pensaron solo en Dios. En tiempos más próximos, San Luís lava los piés á los mendi-

(1) MATTH. XIX, 24.

(2) MATTH. XIX, 21.

(3) MATTH. V, 3.

gos; Isabel de Ungría besa las llagas de los leprosos; el Serafin de Asís y enteras muchedumbres, con la cabeza raída, descalzos los piés, visten un toseco sayal, ciñen sus costados con áspera cuerda, y renunciadas las comodidades del hogar doméstico, pasan la vida en el desprecio del mundo, en la mortificación de la carne y en la abnegación de la propia voluntad.

De éstos y de los demás hombres que les han seguido, hasta en el cuidado de las familias, y en medio del estrépito de las ciudades, habla María cuando dice, que Dios les ha colmado de bienes. Aquí el corazón debe dar lugar al gozo, porque, no se dice que Dios les consolará, sino que les ha consolado; no que les colmará de beneficios, sino que les ha colmado ya de sus dones; no que ellos poseerán todos los bienes, sino que los poseen ya. Y en verdad, que poseen todos los bienes poseyendo el Reino de la gracia, que es inmensamente superior al reino de la naturaleza.

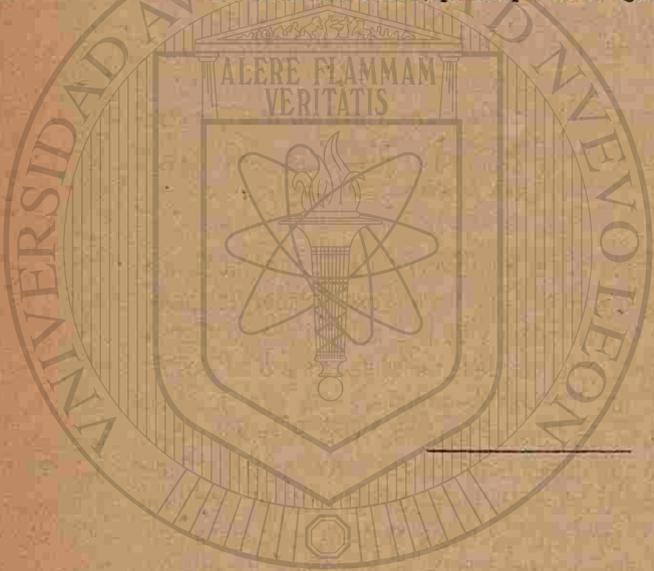
De lo considerado hasta aquí se desprende fácilmente el sentido de las últimas palabras del versículo del *Magnificat*, sobre el cual versan nuestras reflexiones: á los ricos Dios les despidió sin nada. Cierto, que no es necesaria mucha perspicacia para comprender, que debe usarse una conducta diferente para con aquellos, que se encuentran en condición de ánimo opuesta á los pobres de espíritu; y así como éstos son enriquecidos, sus contrarios viven despojados de todo bien verdadero. Desde el momento que hacen consistir la verdadera riqueza en la posesión de los bienes miserables y caducos de esta tierra; desde el instante que ni siquiera prestan atención á la doctrina, ni mucho ménos imitan los ejemplos de Jesucristo y de su Santísima Madre, María, por un capricho insensato se privan de los gozos del alma, de los placeres del espíritu, y se privan de las verdaderas riquezas, de los verdaderos bienes. Seducidos por los halagos del mundo, embriagados con las pompas de la tierra, codiciosos de satisfacerse á sí mismos para gozar de alegría y contento, conocen al fin, que es una miserable ilusión la suya; y por más que se hayan abandonado á ella, con todo, no la prestan toda la fé, puesto que sienten un vacío, ó para expresarme mejor, su nada. De ahí, el que envidien en su corazón las puras y santas riquezas de los pobres de espíritu, y de aquellos que peregrinan acá en la tierra mirando incesantemente al Cielo; y también por su propia confesión, tácita ó expresa, se verifican plenamente las palabras de María, esto es: que Dios colmó de bienes á los pobres, y á los ricos les despidió sin nada: *Esurientes implevit bonis, divites dimisit inanes.*

De lo expuesto en este discurso, no saquén motivo de espanto aquellos fieles, en cuyas manos la Providencia ha colocado riquezas en mayor ó menor abundancia. Lo que Dios manda no es la privación de bienes materiales, sino la pobreza de espíritu; y, por consiguiente, aún las personas más acaudaladas pueden ser pobres siempre y cuando su corazón no esté demasiado apegado á las riquezas, no las malgasten en lujo y vanidades, y distribuyan, según su posición, el producto de ellas á los pobrecitos. Las riquezas no son reprobables en sí mismas; pero, pasan á serlo si se emplean mal. Así, pues, los ricos, con todas sus riquezas pueden ser pobres de espíritu, si reconocen como recibidos de la liberalidad divina los bienes que poseen, y están dispuestos y prontos á usar de ellos según la voluntad de Dios; cuanto más grandes son á los ojos de los hombres por la abundancia de sus riquezas, tanto más han de humillarse en la presencia del Señor. No se les ordena que renuncien los bienes temporales que poseen, sino que los empleen santamente en obras de piedad y de beneficencia; no se les manda que sean pobres, como los mendigos y los pordioseros, sino que sean pobres de espíritu. Con esta pobreza adquirirán méritos para la bienaventuranza prometida á los pobres evangélicos y despreciadores de las vanidades del mundo, serán los hijos predilectos de Jesucristo.

En cuanto á vosotros, pobrecitos, que apenas teneis con que cubrir vuestros macerados miembros, mirad el ejemplo de Jesús y consolaos. No cabe duda que en su venida al mundo, el Hijo de Dios podía rodearse de pompas, sentarse en un trono y vivir en palacios. Si en vez de esta condición, que es la condición de los ricos, quiso escoger la miseria, que es vuestra condición, debeis consideraros en mejor situación que los ricos. Consolaos, puesto que llevais la divisa de Jesucristo; pero, procurad sufrir, á imitación suya, con paciencia vuestras necesidades, no envidieis los bienes ajenos; resignaos á la voluntad divina, huid del vicio, amad la virtud, y sed en realidad pobres de espíritu del mismo modo que estais faltos de bienes, siendo únicamente esta la pobreza digna de la prometida bienaventuranza. (R)

Hé ahí, hermanos míos, descubierto el secreto admirable para ser felices en los días del destierro y felicísimos en la eternidad. Si la vida presenté, pobre ó rica, causa siempre disgustos y melancolía, todo gozo y consuelo debe aguardarse de los bienes celestiales. Esto nos dice Jesús, esto nos repite María; é imitando á Jesús y á María se encuentra indefectiblemente aquella felicidad que el mundo no dá ni podrá dar jamás á sus adoradores. Por lo tanto, desengañados

del mundo y de sus vanidades, acerquémonos á Jesús por medio de María, con corazón verdaderamente contrito y resuelto á vivir según las reglas de la fé católica, y de esta suerte disfrutaremos de una alegría que no es posible hallar en la tierra, de aquella paz que no procede de las riquezas terrenas, de aquel júbilo de espíritu muy superior á todo deleite mundano, y juntamente con todo esto, la esperanza de poder, pasados los breves instantes de nuestra vida, habiendo participado de la humildad y de los padecimientos de nuestro Salvador acá en la tierra, participar de su gloria en la vida futura.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

DISCURSO XXIX.

RECUERDO DE LA MISERICORDIA DIVINA.

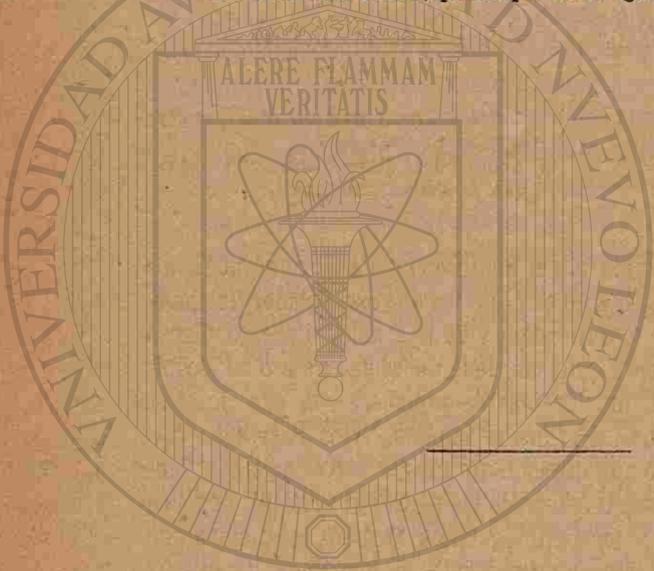
Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiae suae.

Acordándose de su misericordia acogió á Israel su siervo. (Luc. I, 54).

De todos los homenajes que el hombre rinde á Dios, el más santo, el más grato y el más acepto es el de los afectos. Criador del Cielo y de la tierra, autor de la naturaleza y de la gracia, supremo dispensador de todos los bienes, Dios no tiene necesidad de oro ni de piedras preciosas, puesto que las piedras preciosas y el oro son á sus ojos como arena y barro. Él mismo condenó á los Escribas y á los Fariseos, que, al paso que ofrecían algunos tributos, andaban llenos de impurezas. No obstante, siempre podemos rendirle un homenaje puro como el aire, é incorruptible como el Océano, que, siendo absolutamente nuestro, se dá y no se vende, el homenaje de nuestros afectos. Este homenaje, con preferencia á toda otra cosa, quiere el infalible escudriñador de los corazones; este homenaje nos hace tomar parte en la comunión de los Santos, y elevar con confianza, conocedores de la humana flaqueza, nuestras súplicas al trono del Altísimo.

Es precisamente el homenaje de los propios afectos el que la Virgen ofrece á Dios en el cántico del *Magnificat*. Hemos visto hasta ahora, de que modo dirigió á Dios sus pensamientos, ensalzando sus grandezas, y tributando á su gloria todo honor y toda alabanza; de que modo le dirigió sus afectos, confesando las gracias recibidas, y el gozo que la embriagaba deliciosamente con suavísima dulzura á causa de las gracias recibidas; y en fin, como le dirigió su voluntad, admirando los prodigios que el Todopoderoso había obrado para la humillación de los soberbios y la glorificación de los humildes. Ahora

del mundo y de sus vanidades, acerquémonos á Jesús por medio de María, con corazón verdaderamente contrito y resuelto á vivir según las reglas de la fé católica, y de esta suerte disfrutaremos de una alegría que no es posible hallar en la tierra, de aquella paz que no procede de las riquezas terrenas, de aquel júbilo de espíritu muy superior á todo deleite mundano, y juntamente con todo esto, la esperanza de poder, pasados los breves instantes de nuestra vida, habiendo participado de la humildad y de los padecimientos de nuestro Salvador acá en la tierra, participar de su gloria en la vida futura.



DISCURSO XXIX.

RECUERDO DE LA MISERICORDIA DIVINA.

Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordie suae.

Acordándose de su misericordia acogió á Israel su siervo. (Luc. I, 54).

De todos los homenajes que el hombre rinde á Dios, el más santo, el más grato y el más acepto es el de los afectos. Criador del Cielo y de la tierra, autor de la naturaleza y de la gracia, supremo dispensador de todos los bienes, Dios no tiene necesidad de oro ni de piedras preciosas, puesto que las piedras preciosas y el oro son á sus ojos como arena y barro. Él mismo condenó á los Escribas y á los Fariseos, que, al paso que ofrecían algunos tributos, andaban llenos de impurezas. No obstante, siempre podemos rendirle un homenaje puro como el aire, é incorruptible como el Océano, que, siendo absolutamente nuestro, se dá y no se vende, el homenaje de nuestros afectos. Este homenaje, con preferencia á toda otra cosa, quiere el infalible escudriñador de los corazones; este homenaje nos hace tomar parte en la comunión de los Santos, y elevar con confianza, conocedores de la humana flaqueza, nuestras súplicas al trono del Altísimo.

Es precisamente el homenaje de los propios afectos el que la Virgen ofrece á Dios en el cántico del *Magnificat*. Hemos visto hasta ahora, de que modo dirigió á Dios sus pensamientos, ensalzando sus grandezas, y tributando á su gloria todo honor y toda alabanza; de que modo le dirigió sus afectos, confesando las gracias recibidas, y el gozo que la embriagaba deliciosamente con suavísima dulzura á causa de las gracias recibidas; y en fin, como le dirigió su voluntad, admirando los prodigios que el Todopoderoso había obrado para la humillación de los soberbios y la glorificación de los humildes. Ahora

le ofrece tambien su memoria, recordando y celebrando sus beneficios, con los cuales, recordando su misericordia, acogió á Israel, su siervo: *Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiae suae.* ¿Y qué es esto sinó prestar á Dios los homenajes que exige? ¿Qué es ofrecerle el entendimiento, el corazon, la voluntad y hasta la memoria, sinó tributarle el homenaje de los propios afectos? Entremos, pues, en la consideracion de este versículo del himno de María, hablemos un poco de su memoria, tan llena de la divina misericordia, y hagamos que sus palabras nos sirvan de estímulo para recordar tambien nosotros la divina misericordia, con el fin de colocarnos en la condicion de experimentar su benéfico patrocinio. Pidamos ántes la gracia diciendo: A. M.

Suelen los hombres en los males más graves de la vida, elevar al Cielo sus ojos anegados en lágrimas, y extender suplicantes sus manos á Dios. Cuando impetuosas avenidas de los ríos amenazan sumergir los campos y las casas, ó la tierra parece desgajarse en sus fundamentos á causa de los terremotos, ó terribles enfermedades, rechazando todos los remedios del arte curativo, conducen en pocas horas al sepulcro á la ancianidad y á la juventud; nada tiene de extraño que acudan al Altísimo, le supliquen y pidan ser socorridos en aquellas angustias.

Mas, si es verdad que los hombres recurren á Dios en el día de las tribulaciones, no lo es ménos que desaparecidas las desgracias, y cesado el mal, no se acuerdan más de Él, dando pronto al olvido el recibido beneficio. Por un lado, los falsos sábios del siglo, atribuyéndolo todo á causas naturales, no reconocen que hay en el Cielo una mano omnipotente y próspera, que guarda en su poder los secretos de los sucesos más insignificantes; por otro, aquellos que viven en una continua necesidad de disipaciones y de vicios, los cuales, al ser terriblemente azotados, oyeron la voz del espíritu y de la conciencia, vuelven á los profanos placeres de que se habían apartado, y vuelven á erguir la misma frente ya humillada en el polvo, para insultar con nuevos pecados al Señor misericordioso, que les libró de inminentes desventuras. Si causan indignacion los hombres que olvidan los beneficios recibidos de otros hombres, colmando á veces de insultos á los generosos bienhechores; ¿no causarán indignacion aquellos, que olvidan los beneficios recibidos de Dios, correspondiendo á sus gracias con ofensas? La sociedad debería rechazarles del mismo modo que el mar arroja los cadáveres que infestan sus

olas; los lazaretos debieran abrirse para recibir á este nuevo género de apestados! Sin embargo, esta ingratitude, que tanto indigna á cuantos la conocen, es harto comun; y muchísimas personas hacen lo que muchísimas otras censuran.

Este olvido no tiene lugar en María. Ella abre los labios para cantar á Dios un cántico nuevo. Abarca con una mirada las maravillas de la gracia verificadas en sí misma; se cree en el deber de celebrar la misericordia infinita derramada sobre el humano linaje; en el entusiasmo de su éxtasis proclama las magnificencias del Altísimo, é invita á las generaciones presentes y futuras á reconocer su bondad. Llena de admiracion y de gratitud, no pierde un solo instante el recuerdo de los beneficios celestiales; y con un lenguaje exhuberante de melodía más que angélica, recordando sus sublimes magnificencias, exclama: *Dios, acordándose de su misericordia acogió á Israel su siervo.*

Pero ¿á qué beneficio se refiere de un modo particular la Santísima Virgen? ¿Qué gracia particular recuerda? ¿Qué significa el nombre de Israel, de qué habla? ¿En qué sentido deben interpretarse sus palabras? María se referia, preferentemente, al beneficio de la Encarnacion del Verbo. Todas las demás misericordias que recuerda en su himno son como preparativos, más ó ménos solemnes, de esta grande misericordia. Si habla de la misericordia con que Dios no cesa de consolar á la humanidad pecadora y desventurada; si señala la misericordia con que Dios arruina con el poder de su brazo el reino de la iniquidad, fundado por Lucifér sobre la tierra; si canta la misericordia con que Dios, destruidos los ídolos que figuraban el imperio de Satanás y los vicios que formaban su culto, se prepara para llamar al género humano á nueva vida de gracia y de amor, saciando el hambre que le devoraba por espacio de cuatro mil años; quiere llegar á esta conclusion: que el Verbo se hizo hombre para salvar al hombre. Hé ahí porque, con oratoria y poética gradacion, pasando de los beneficios menores á los mayores, y preparando los ánimos para contemplar los máximos, exclama: *Dios acogió á Israel su siervo.*

Se dice que por Israel se entiende aquí la nacion hebrea. Y en verdad, que la historia de este pueblo es la historia de la misericordia de Dios hácia él, escogido, especialmente, para su pueblo, y amado de un modo singular entre todos los pueblos de la tierra. Después, queriendo obrar el prodigio de la Encarnacion en medio del humano linaje, de este pueblo hizo su pueblo, concediéndole aquella bendicion de incomprendible bondad, tantas veces prometida y suspi-

rada tan ardientemente. Si es gloria suma de una nacion cualquiera, el contar como ciudadanos y como hijos, varones ilustres; ¿qué nacion hubo jamás tan grande, que pueda vanagloriarse de haber llevado en su seno un Hombre-Dios? ¿Qué gloria no es para la nacion hebrea, el haber dado los padres al Rey inmortal de los siglos, al Príncipe supremo del Universo? Hé ahí porque María, hija de la misma nacion, dice con acentos de puro patriotismo: *acogió á Israel su siervo*.

Pero la nacion hebrea no supo apreciar su gloria, se hizo indigna del recibido honor, ni quiso reconocer al Hijo de Dios, que se dignó nacer entre sus hijos; pues, por más que algunos le reconociesen, es siempre verdad, que la tierra de Judá le rechazó. Por consiguiente, es preciso creer que la Virgen, aún refiriéndose á la nacion hebrea, se refería también á las demás naciones.

Se dice, que en el himno de María por Israel se entienden los Gentiles. En efecto, debía ser el Salvador, no de un solo pueblo, sino de todos los hombres. Todos debían estar instruidos en su doctrina, todos iluminados con sus ejemplos, todos consolados con sus ternuras y redimidos con su sangre. A consecuencia de cuyas generosísimas gracias, más bien que limitar sus beneficios á solos los Judíos, debían extenderse á los Gentiles. No es, pues, de maravillar si algunos han creído, que al decir la Virgen: *Dios acogió á Israel*, entendió referirse á los Gentiles, más bien que á los Judíos.

Además; es necesario no olvidar, que existía grandísima diferencia entre los Gentiles y los Judíos. Los Gentiles eran pueblos que no conocían á Dios; al paso que los Judíos le conocían, adoraban y glorificaban, y los únicos que tenían una fé explícita en el futuro Mediador. Aquéllos, perdidos en los intereses temporales, y no conociendo otra felicidad que la que se proporcionaban con orgías de abominables pasiones, no conocían la miseria de su condicion, ni pedían ser redimidos; éstos, con continuas oraciones y con incesantes lágrimas, suplicaban por la venida de Aquel, de quien se esperaba la bendición y la salud. Los primeros eran tales, que no contaban entre ellos ni uno solo que ofreciese á los ojos del Señor la práctica de alguna verdadera virtud; los segundos, aunque habían degenerado muchísimo de su primitiva probidad, no obstante, tenían entre ellos verdaderas almas fieles. Ciertó, que María no ignoraba esta diferencia; y así como no puede decirse que con la voz Israel, de que se sirvió en su himno, quisiera referirse tan solo á los Judíos, con exclusion de los Gentiles, tampoco puede decirse que se refiriese únicamente á los Gentiles con exclusion de los Judíos.

Se ha dicho, finalmente, que por Israel se entiende la naturaleza humana que tomó el Verbo. Esta opinion de San Buenaventura, Alberto Magno y otros doctísimos y piadosos intérpretes del himno de María, parece que deba preferirse á todas las referidas, puesto que el infinitivo *suscipere*, segun el valor de la palabra, es lo mismo que *sursum capere*, ó sea, descender, para elevar á alguna persona, ó alguna cosa de estado inferior, á otro de superior. Así, pues, ya que el Verbo se dignó tomar la naturaleza humana, haciéndose hombre, expiando nuestros pecados, satisfaciendo nuestras deudas, elevándola con inmensa bondad y con infinita misericordia hasta Dios, puede afirmarse con toda razon, que *suscipit*, ó sea del estado inferior, cual era el de su degradacion, la elevó á otro superior por medio del augusto misterio de la Encarnacion.

Esta es, hermanos míos, la mayor gloria para nosotros. El pecado nos había convertido en objetos de oprobio en presencia del Cielo y de la tierra; nosotros habíamos perdido toda espléndida virtud, ofuscados por las lóbregas tinieblas de la ignorancia y de los opacos vapores elevados del fondo de la concupiscencia; nosotros, que degradados, confusos y envilecidos, gemíamos, hechos presa de gravísimos males; nos elevamos á una insuperable grandeza. Nuestra naturaleza, que tomó Jesucristo, está asociada y unida por medio de una persona divina, con la divina naturaleza, no ya de una manera accidental, ni con un vínculo temporáneo, segun suele suceder entre amigos, sino de un modo indisoluble, con un eterno vínculo. ¿Puede imaginarse mayor gloria que esta? ¿qué dignidad hay más grande?

Está claro, pues, que María, diciendo: *Acogió á Israel su siervo*, entiende referirse al cumplimiento de las divinas misericordias para con Israel y para con todas las naciones de la tierra; cumplimiento que consistía en la Encarnacion del Verbo descendido á tomar la naturaleza humana para verificar su redencion. Ciertó, que todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, directa ó indirectamente, no tratan de otra cosa más que de la venida del prometido Salvador. Una vez aparecido el piadoso Reparador de la humana dicha, debían aparecer juntamente con Él nuevos Cielos y tierra nueva. Aquel Dios, que se hacía llamar el Dios de los ejércitos y de las venganzas, y había dictado sus mandamientos en medio del zarzal ardiente, de los relámpagos y del estruendo de los truenos, debía tomar nuestra humilde naturaleza para dictar leyes de perdon y de amor. La miserable humanidad, luego de haber alcanzado días de alegría y de paz, pasados los cuatro mil años de duelo, no había ya de regar con

lágrimas las orillas del Nilo, ni las riberas del Eufrates, donde llorara tanto por su perdida libertad y decoro de sus grandezas. Los lobos y las ovejas habian de jugar amorosamente en los prados de tierna hierba; el áspid y la serpiente no debian ya arrojar venenos, de suerte, que los niños pudieran cogerlos con sus manos sin recibir daño alguno. Estas eran las alegorias, con las cuales los Profetas de Judá significaban los saludables efectos de las divinas misericordias, las cuales tuvieron cumplimiento cuando el Verbo tomó la naturaleza humana. Todo esto se ha verificado; y viendo la Santísima Virgen realizado plenamente lo que los Profetas habian vaticinado, lo que simbolizaran los Patriarcas, y lo que deseáran las naciones, exclama: Dios acogió á Israel su siervo: *Suscepit Israel puerum suum.*

María tomó mucha parte en este cambio. No pretendo, al comentar la obra estupenda é inefable de la Redencion, que se atribuya á la Virgen el honor y gloria de ella. La Encarnacion fué obra enteramente de Dios, y no puede reconocerse realizada por los méritos de ninguna criatura, puesto que sobrepuja infinitamente los méritos y las virtudes de toda inteligencia creada. Mas, no por eso dejó María de tomar parte en ella, porque el Verbo se desposó en su seno con la naturaleza humana, de Ella tomó carne mortal; de suerte, que son carne y sangre suya la carne y la sangre del Verbo humanado. Tomó parte en ella, porque su Hijo, que lo era de Dios, quiso asociarla benignamente á Él, haciéndola participante de su virtud, y en su virtud constituyéndola auxilio de la humanidad que debe ser redimida. Tomó parte en ella, porque en la hipótesis del cumplimiento del dogma de la Encarnacion con la maternidad de una Virgen, podia ser escogida para esta dignidad tan solo aquella, cuyas virtudes y méritos sobrepujasen los méritos y las virtudes de todos los ángeles y de todos los santos, como efectivamente los sobrepujaba María. Si María no puede vanagloriarse de la Encarnacion del Verbo como de mérito propio, siempre le corresponde la gloria de haber obrado á favor del género humano; de tal manera, que Dios, recordando finalmente sus promesas, por medio de la Encarnacion del Verbo le acogiese nuevamente como hijo de adopcion.

Sin embargo, nada dice de sí misma, á pesar de haber tomado tanta parte en una obra, mediante la cual el género humano fué de nuevo acogido en Dios. Al igual que en todo el *Magnificat*, en el versículo que acabamos de comentar, María se oculta, se olvida de sí misma, y no encontramos una sola palabra que pueda referirse á gloria suya. Lo que Ella ensalza divinamente, lo que la llena el co-

razon de alegría y le regocija el espíritu de un modo sobrenatural; lo que le impulsa á invitar á las naciones acabadas de salir de la desolacion y benditas en el ósculo del Señor, es la misericordia divina. Esta misericordia recuerda, esta misericordia desea que se recuerde, y procura que las generaciones de los hombres no la olviden.

Ahora yo busco entre los hombres á las almas piadosas, que, imitando á María, recuerden la divina misericordia, y no las encuentren. Hallo que algunos, maledados por la seduccion de los placeres mundanos, sin pensar que la tierra que pisan es un vasto sepulcro, corren tras los gozos materiales, por más que pierdan en ellos la elevacion de la fe, la dignidad de la conciencia, y lo que hay de más noble y sagrado. Veo que otros, atentos á las riquezas y á los honores del mundo, sin reflexionar que estos honores y estas riquezas, aún cuando les acompañasen siempre, acabarían por fenecer debajo de la losa sepulcral, malgastan en ellos los días, los meses, los años y la vida entera, pensando en todo, ménos en sí mismos, y en los intereses del alma. Pero no encuentro quienes se acuerden de la divina misericordia, de la cual debe venirnos todo bien en el tiempo y en la eternidad, ni quienes tomen aliento para variar de conducta, y hacer buenos y santos propósitos de virtud cristiana.

Me olvidaba, hermanos míos, de que es á vosotros á quienes dirija mis palabras. Por más que muchísimos pueblos cristianos no se acuerden de la divina misericordia, quiero creer que vosotros la recordais. Al veros aquí en el templo con tanta frecuencia, tan atentos á la divina palabra, y tan devotos de la Santísima Virgen, me persuado que sois del número de fieles que se acuerdan de los beneficios recibidos. Permitidme, pues, que os dé la última exhortacion para recomendaros á conservar siempre este recuerdo, á hacer que quede impreso en vuestra mente, durante todos los días de vuestra vida, y á que sea ferviente en vuestro corazón. Este es el medio para abriros la puerta á nuevas mercedes, este es el modo para recibir nuevas gracias de la divina misericordia. El leproso que, curado de su horrosa enfermedad, se acercó agradecido á Jesús, que le habia sanado, alcanzó plena salvacion, volviéndose colmado de bendiciones (1); y vosotros, que con el recuerdo de la divina misericordia os mostraréis agradecidos por los beneficios alcanzados, os haréis dignos de otros favores hasta obtener el mayor, reservado á los escogidos en el Alcázar de la bienaventuranza eterna.

(1) Luc. XVII, 19.

DISCURSO XXX.

RECUERDO DE LA FIDELIDAD DE DIOS Á SUS PROMESAS.

Sicut locutus est ad patres nostros.

Según la promesa que hizo á nuestros padres. (Luc. 1, 55).

Toca á su fin el himno que entonó María en las cumbres del Hebrón. Este himno, nunca oído anteriormente, y ante el cual desaparecen los más bellos de Moisés, de David, de Débora, de Judith y de Ezequías; este cántico, que conmovió los Cielos con inusitada admiración, é hizo callar de estupor á las mismas arpas de los ángeles; este cántico, lleno de bellezas poéticas, de sublimes conceptos y de extáticas contemplaciones, que la Iglesia y los pueblos repiten todavía varias veces al día por espacio de diez y nueve siglos, toca á su fin. Antes de concluirlo, la Virgen pronuncia las palabras del tema, el último versículo, é inmediatamente vuelve al silencio que siempre guardó y amó con tanta ternura. Después de haber abierto los labios para decir, que su alma glorificaba al Señor, añadiendo, que se gozaba con el espíritu en Aquel, que, anticipadamente y por singular privilegio, la había aplicado los méritos de la redención, y que sería un día Salvador suyo, y de todos los hombres en general; después de haber dicho, que el Señor, cuya misericordia se derrama de generación en generación, obró grandes cosas en Ella, y la elevó, por haber puesto los ojos en la bajeza de su esclava, á tal altura, que todas las generaciones la llamarán bienaventurada; después de haber celebrado en el Altísimo el poder que confunde á los soberbios y derriba del sόlo á los poderosos, la bondad que ensalza á los humildes y colma de bienes á los pobres, y la dignacion infinita con la cual ha acogido á Israel su siervo y con Israel á todo el género humano; ¿qué otra cosa más podía decir? ¿qué más podía cantar? Ella, her-

manos míos, fija la mirada en las promesas de Dios, y alegre por su cumplimiento, exclama: Dios cumplió su misericordia para con el género humano, así como lo había prometido á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia por los siglos de los siglos.

Consideremos, pues, á María en el acto de contemplar un plan, que, por una parte, se remonta á nuestros primeros padres, y por otra, se extiende á todas las generaciones venideras, y veremos que colocada entre ambas épocas de la humanidad, la domina con su elevación profética, tocando, por decirlo así, los dos extremos de los tiempos, alentándola y aproximándola al glorioso misterio del cual nos vino la salud, y aprenderemos de Ella á mantener siempre vivo en nosotros el recuerdo de la fidelidad, con que Dios cumplió las promesas hechas para nuestro bien. Saludémosla ántes con el Arcángel: A. M.

Las promesas de Dios con relacion á un futuro Salvador empiezan desde los primeros albores del mundo. El hombre, colmado de bienes y de gloria, gozaba en el paraíso terrenal de todas las delicias que podían contribuir á la felicidad de una criatura racional. Engañóle, sin embargo, el seductor infernal, no supo resistir á la tentación, cayó; y, privado de su inocencia, perdidos en un instante para sí y sus descendientes los privilegios que le hicieron feliz, apareció manchado con el pecado. Dios se compadeció de él, le procuró superabundantemente los medios para adquirir de nuevo los bienes, de los cuales había sido despojado por culpa suya, y obtener otros mayores. Cual tierno padre, socorrió al hijo extraviado; y con una misteriosa predicción, en el instante mismo que le condenaba al destierro, al trabajo y á la muerte, en castigo de su loca desobediencia, levantó su ánimo abatido. Esta predicción misteriosa, al hablar de una Mujer, cuyo linaje aplastaría la cabeza á la serpiente infernal, anunciaba al hombre, que el pecado de que había sido víctima, sería un día borrado (1).

Una segunda promesa fué hecha á Abrahán, á quien dijo Dios: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y vén al lugar que te mostraré. Yo te lo daré á tí y á tu posteridad para siempre, y te haré jefe de una nación grande. Multiplicaré tu linaje como las estrellas del firmamento, como las arenas del mar y de la tierra. Te

(1) GEN. III, 15.

bendeciré, y en tí y en tu descendencia serán benditas todas las naciones (1). Esta magnífica promesa no podía referirse á los pueblos de la Caldea, donde moraba Abrahán ántes del mandato del Señor, ni á los de Canaán, donde se trasladó por orden de Dios, sinó que se refería á todos los pueblos de la tierra. Tampoco podía referirse á las personas que vivían en aquel entónces, porque en aquellos días el mundo apenas empezaba á ser poblado, al paso que se habla de numeroso linaje como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Se refiere, por consiguiente, á una bendición, por la cual todas las naciones habían de ser santificadas; y por lo tanto, mira al futuro Salvador, precisamente porque solo en el Salvador podían y debían ser santificadas todas las generaciones pasadas, presentes y futuras.

Una tercera promesa fué hecha á Isaac. Cuando Isaac deliberaba sobre si se alejaría de la tierra de Canaán, donde reinaba una hambre espantosa, apareciósele Dios, y le dijo: No bajes á Egipto; mas estate quieto en el país que yo te diré. Y vive y vé al lugar que te indicaré, y anda en él como peregrino; yo estaré contigo, y te daré mi bendición: por cuanto á tí y á tu descendencia he de dar todas estas regiones, y en uno de tus descendientes serán benditas todas las naciones de la tierra (2). También en esta preciosísima promesa se trata de una bendición, por la cual todos los pueblos serían regenerados, y por lo mismo, se trata de Aquel que, á fin de que fuesen regenerados, debía reparar el daño causado; se trata del Salvador.

Otras promesas semejantes fueron hechas á Jacob, á Moisés y á David; y María ve que todas estas promesas se han verificado ya, ó están próximas á cumplirse. Aquel, que es el suspirado y la expectación, la salud y la bendición de todos los pueblos, y al cual correrán las gentes en tropel, de suerte, que la conversión de los gentiles vendrá á constituir el signo, por el cual deberá ser principalmente reconocido; Aquel, que destruirá el imperio del pecado, aniquilará la idolatría y abatirá el reinado del demonio, que había extendido su dominio sobre todos los países de la tierra; Aquel, que fué prometido á Adán, á Abrahán y á Isaac, reposa en sus entrañas virginales. La inspirada Virgen se regocija por el gozo de este prodigioso acontecimiento; y transmitiéndose en sus labios los afectos que arden en su corazón, por ver cumplidas las promesas que Dios hiciera de edad en edad á favor del desventurado humano linaje, el cual había perdido

(1) GEN. XXII, 17.
(2) GEN. XXVI, 4.

sus antiguas grandezas, con palabras de un entusiasmo, que nadie ha podido ni podrá sentir jamás, exclama: «Dios usó de misericordia segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia por los siglos de los siglos.»

María, no solo ve cumplidas las promesas, si que también las profecías acerca del Salvador. David dice, que las naciones le adorarán (1); que los reyes de Tarsis, de la Arabia y de Saba le ofrecerán presentes, trayéndole sus dones (2); que el pueblo judío le rechazará, dejando de ser la nación predilecta, y que los gentiles ocuparán su lugar (3). Isaías asegura, que nacerá de Madre Virgen (4), y llevará en sus hombros el instrumento de su poder (5); que enseñará la justicia á los pueblos y convencerá á las muchedumbres, de suerte, que éstas, arrojados los ídolos y los simulacros de oro y de plata, amarán al Señor (6). Sabemos por Ezequiel, que el Mesías será pastor, pero pastor único, que salvará al propio rebaño y le reunirá en un mismo redil (7); por Daniel, que han sido fijadas setenta y dos semanas sobre la ciudad santa, á fin de que sea quitada la prevaricación, tenga fin el pecado, sea borrada la iniquidad, aparezca la justicia sempiterna, tenga cumplimiento la vision, y reciba la nación al Santo de los Santos (8). Joel nos hace saber, que en los últimos tiempos, el Señor derramará su espíritu sobre todos los hombres, profetizarán sus hijos y sus hijas, sus ancianos tendrán sueños, y visiones la juventud; y que también el Espíritu del Señor se derramará en aquellos días sobre los siervos y las siervas (9). Segun Oseas, se apiadará de la nación llamada: *No más misericordia*, y será pueblo suyo el que no lo era (10); Miqueas asegura, que nacerá en Belén de Judá (11); y Malaquías, que le precederá un Precursor (12).

María ve que estas profecías se han cumplido, ó están próximas á cumplirse. El fin á que todas ellas tendían, era el Salvador; la ben-

(1) PSALM. LXXX, 9.
(2) PSALM. LXXI, 10.
(3) PSALM. XVII, 44, 45.
(4) ISAÍAS VII, 14.
(5) ISAÍAS IX, 6.
(6) ISAÍAS II, 3.
(7) EZEQUIEL, XXXIV, 23.
(8) DAN. IX, 24.
(9) JOEL II, 28.
(10) OSEAS II, 24.
(11) MIQUEAS V, 2.
(12) MALAQUÍAS III, 1.

dicion de que hablaban, y con la cual debían ser benditas todas las generaciones de los hombres, era la bendición, que, naciendo en la tierra, llevaría consigo el Hijo de Dios encarnado para la salvación universal. Y se ha encarnado el Hijo de Dios á quien pronosticáran tantos oráculos; y ha venido el Salvador que predijeron tantos vaticinios. María, considerando cumplidas las profecías, y admirando la fidelidad del Señor en realizar lo que había prometido, tiene razón de exclamar: *Dios usó de misericordia según la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia por los siglos de los siglos.*

Con las promesas y con las profecías María descubre cumplidas también las figuras. El Mesías está representado en su nacimiento, en su vida, en su muerte, en su resurrección y en sus triunfos por varios personajes, por varias ceremonias, por varios símbolos, por varios sacrificios, y por varios acontecimientos. Hablaron de Él los más ilustres personajes aparecidos en medio del mundo en el transcurso de cuarenta siglos; de Él, las víctimas que eran sacrificadas de vez en cuando, y la inmolación del cordero en el templo de Jerusalén. Si quereis saber quien es el Salvador, atended: es como Adán, el padre de los hombres; como Abel, el justo por excelencia; como Noé, el restaurador del mundo; como Abrahán, el padre de los creyentes, el objeto eterno de las complacencias de Dios. Si quereis saber lo que hace el Salvador, Isaac os dice: que es ofrecido en sacrificio por mano de su propio padre; Jacob, que trabaja largos años para obtener una esposa digna de Él; José, que es entregado por sus hermanos, vendido á unos mercaderes, y condenado por un delito de que se halla inocente. Si quereis saber cuales son las obras del Salvador, hallareis en Melquisedec, que, sin predecesor ni sucesor, ofrece el pan y el vino; en Jonás, que predica la penitencia á un pueblo obstinado, y que después de haber sido encerrado por espacio de tres días en el vientre de un pez, sale de él lleno de vida; en Salomón, que dotado de una sabiduría maravillosa edifica un Templo incomparable á la gloria del Altísimo. Si deseais conocer los triunfos del Salvador, miradlos en Gedeón, quien vence á los enemigos con un número insignificante de guerreros, y con los medios más débiles; en Sansón, que lucha valeroso é intrépido contra una nación entera; en David, que á pesar de la desigualdad de fuerzas, derriba á un gigante formidable hasta entónces invencible. ¿Y acaso no representan al Salvador, Moisés, que libra del cautiverio á Israel, y Josué que lo introduce en una tierra de bendición? ¿Por ventura no representan al

Salvador la serpiente de bronce, que con su presencia sana las heridas causadas por venenosas serpientes; la sangre del Cordero pascual, que preserva al pueblo de ser pasado al filo de la espada por el Angel exterminador; el Maná, que con ser manjar llovido prodigiosamente del cielo, alimenta á la nación errante; y los sacrificios que se ofrecen para adorar, para dar gracias, para pedir y expiar? Estas figuras se ofrecen á los ojos de María. Ella siente que empezaron á verificarse en el instante de la Encarnación del Hijo de Dios. Por esto, poseída de un júbilo que no podemos comprender, y gozando de la suerte imperecedera de la humanidad redimida, dice: *Dios usó de misericordia según la promesa hecha á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia que debía durar por los siglos de los siglos.*

Entre las promesas, las profecías y las figuras que se referían al Salvador, algunas se referían también á su divina Madre. Las Escrituras están llenas de numerosas profecías, figuras y símbolos relativos á la augusta Madre de Dios. David dice: *La principal gloria de la hija del rey está en lo interior* (1);—Ella está sentada como reina á la diestra de Dios (2);—Las vírgenes seguirán sus huellas y rodearán al rey de la gloria (3). Por Salomón Ella nos dice: Desde la eternidad tengo yo el principado (4);—todavía no existían los abismos, y yo estaba ya concebida (5);—yo soy la Madre del bello amor (6); yo me alcé como el plátano en las plazas junto al agua (7), y extendí mis ramas como el terebinto (8), y me he arraigado en medio de mis escogidos (9). Isaías añade: Saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor (10).—¡Oh cielos! derramad vuestro rocío, lluevan las nubes al Justo, ábrase la tierra y brote al Salvador (11).—Una virgen concebirá y parirá un hijo, el cual se llamará Emanuel, ó Dios con nosotros (12). María es el transparente cristal, á cuyo través Ezequiel ve al Señor, el oro escogido por Dios para

(1) PSALM. XLIV, 14.

(2) PSALM. XLIV, 10.

(3) PSALM. XLIV, 15.

(4) PROV. VIII, 23.

(5) PROV. VIII, 24.

(6) ECCL. XXIV, 24.

(7) ECCL. XXIV, 49.

(8) ECCL. XXIV, 22.

(9) ECCL. XXIV, 13.

(10) ISAÍAS XI, 1.

(11) ISAÍAS XLV, 8.

(12) ISAÍAS VII, 14.

adornar interior y exteriormente el Arca de la alianza. María es bella como la luna, magestuosa como la aurora, y resplandeciente como el sol; fragante como la rosa de Jericó, fúlgida como el naranjo, dulce como la granada, y pura como el lirio entre espinas. María está simbolizada en Raquel, madre del justo; en Jael, vencedora de Sisara; en Débora, destructora de sus enemigos; en Judith, gloria de su nación; y en Esther, que enamora el corazón del más poderoso de los reyes.

Esto se ha cumplido también. María ha venido. Se cumplen en Ella aquellos símbolos tan consoladores, aquellas imágenes tan maravillosas, aquellas figuras tan poéticas, y aquellas predicciones tan magníficas que abundan en los sagrados libros. Ciertamente, que nada de esto dice María; pero sin duda por razón de su humildad, y por la ley del silencio que se había impuesto sobre todo lo que la concernía. Empero, por más que lo calle, nosotros lo vemos cumplido; y, por consiguiente, al paso que María admira la fidelidad, con la cual Dios ha querido realizadas las promesas, las profecías y las figuras respecto del Salvador, nosotros, admirando la fidelidad con la cual quiso, igualmente, realizadas las promesas, las profecías y las figuras relativas á Ella, uniendo nuestra voz á la suya, podemos decir con toda razón: *Que usó de misericordia según la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y á toda su descendencia por los siglos de los siglos.*

Por lo poco que he manifestado en el discurso de hoy, es fácil comprender con cuanta razón el real Profeta asegurase, que Dios es fiel en todas sus palabras y santo en todas sus obras (1). Mas, si Dios es fiel con nosotros en sus promesas, nosotros, al contrario, le somos infieles á Él. En tiempo de una calamidad cualquiera, acudiendo á Dios para alcanzar los oportunos auxilios, le prometemos no impacientarnos en adelante; y pasada la calamidad, volvemos á las impacencias de antes, y á veces peores. Cuando nos acercamos al tribunal de la penitencia, confesando nuestros pecados, arrepentidos delante de Dios, le pedimos perdón, acostumbramos prometerle cambiar de conducta en lo futuro; y luego, no cambiamos de vida, ó el cambio no es duradero. ¡Cuánta, pues, no debería ser nuestra confusión, de cuanta vergüenza no deberíamos cubrirnos, comparando la fidelidad de Dios con la infidelidad nuestra?

¡Ah! abramos, por fin, los ojos, y reconozcamos el gravísimo mal

(1) PSLM. LXIV, 13.

que nos causamos á nosotros mismos con nuestras promesas no cumplidas. No cabe duda, que seríamos muy diversos de lo que somos: mucho más humildes, más mansos y más fervorosos, si fuéramos lo que hemos prometido ser tantas veces. Prometemos mortificarnos, y buscamos las comodidades; prometemos amar ardentemente á Dios, y somos tibios; prometemos obediencia y sumisión, y estamos hinchados de orgullo y de soberbia. Por consiguiente, ahora que es tiempo todavía de atender formalmente á nuestros intereses, confesemos, que hasta aquí nos hemos contentado con solo dar promesas á Dios; apresurándonos, por lo tanto, á demostrarle con las obras la voluntad de servirle. No faltemos otra vez á nuestros propósitos, no prometamos sin que se cumpla luego lo prometido; que los respetos humanos, la repugnancia de los sentidos, las habladurías del mundo, los sufrimientos, las dificultades y las contradicciones, no nos hagan olvidar de nuestros buenos propósitos. Portémonos para con Dios del mismo modo que Dios se porta para con nosotros; é imitando á María, en alabar la fidelidad con la cual Él cumple las promesas hechas, hagamos todo lo posible para serle devotamente fieles.

DISCURSO XXXI.

CONSTANCIA.

Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae.

Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida. (Aroc. II, 10).

La constancia obra portentos, y produce varones ilustres en sabiduría y santidad. La constancia, no debilitada por la multiplicidad de los trabajos, ni por los años, edificó, asentando piedra sobre piedra, aquellos magníficos templos cuyas agujas se pierden en las más elevadas nubes. Fué la constancia la que, movida por el ávido é incansable deseo de saber, entregada á la investigacion de la verdad, añadiendo invencion á invencion, elevó las ciencias hasta lograr que se viajase contra viento y marea, y se midiese la distancia de las estrellas. Fué la constancia la que, sabiendo que el Reino de los Cielos es una torre á cuya cumbre es preciso subir asiéndose de ásperas piedras, colocándonos al lado de los varones piadosos, los mantuvo firmes para que no se detuvieran, hasta lograr el descanso en los tálamos de la inmortal beatitud. Las acciones pasajeras, los hechos momentáneos, las obras que pasan y fenecen, no han producido nunca cosa alguna que fuese verdaderamente grande; y sin la constancia, aquellos tiempos no se nos ofrecerian tan magníficos, ni las ciencias tan adelantadas, ni aquellos varones piadosos hubieran podido entrar en el Alcázar del Paraíso.

Esta constancia fué tambien la virtud de María, con la cual coronó todas sus demás virtudes. Dadas algunas explicaciones acerca de la constancia, y de la necesidad en que nos veremos siempre de unirla á nuestras buenas obras, nuestra alma, al considerarla en María, no podrá ménos de quedar arrobada en profundísima admiracion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La constancia es una virtud, que, concebido un propósito concienzuda y prudentemente, no se arredra por oposiciones ni obstáculos. Ella aleja el temor causado por las dificultades, que amenazan acabar con nuestra obediencia á las prescripciones de la razon y de la fé, y no se rinde nunca por la fatiga, ni se espanta por los peligros, ni se deja seducir por la adulacion, ó corromper por los placeres. No ser como caña agitada por el viento, que se doblega al menor soplo; perseverar hasta el fin en una obra buena empezada; sufrir con valor las cosas desagradables; no retroceder ante las dificultades; resistir los riesgos que se presenten, y hacer todos los esfuerzos para conseguir el fin propuesto, á pesar del mundo, de la carne y de los asaltos de las pasiones; hé ahí en que consiste la constancia.

Historias antiguas y modernas refieren de muchos personajes, que se mantuvieron constantes, no obstante de haber tenido que luchar con repetidas contradicciones. Noé porfia más de cien años en la construccion del Arca, á pesar de las mofas de sus contemporáneos; Abrahán persevera en el servicio del Señor, nõ obstante las pruebas á que está sometido; José, tentado en todos sentidos por una mujer infiel, no cede á la seductora tentacion; Job muéstrase resignado en la inmensa tribulacion que le angustia; Tobias permanece piadoso en las varias congojas que le oprimen; el anciano Eleazar permanece justo en la feroz persecucion con que se quiere quitarle la vida. En cuanto á las historias más recientes: Juan de Dios prosigue impertérrito su camino, desafiando las befas y silvidos de la plebe; y Pedro de Alcántara no se cansa y permanece firme en el género de vida que ha abrazado, y, al parecer, superior á las fuerzas humanas. Por lo que mira á nuestros días, sabemos que permanecen firmes en sus propósitos algunos jóvenes, á pesar de las burlas y hasta amenazas de sus compatriotas; y algunas doncellas, aunque sean calificadas por compañeras suyas de fanáticas; y otras personas de diferentes condiciones y edades, que por todo el oro del mundo no faltarían á sus deberes religiosos, y otras que, erguida la frente, profesan las máximas cristianas en las mismas tertulias, donde está de moda blasfemar de ellas.

Tambien nosotros, hermanos míos, debemos practicar esta virtud y considerarla como indispensable; porque, la constancia en las obras buenas es absolutamente necesaria para conseguir la salvacion eterna. Quien no persevera en el bien emprendido, es como aquel que, corriendo sobre la arena, cae rendido de fatiga, aún ántes de

llegar al punto designado, y pierde el premio concedido á la victoria. Sin embargo, pocos son, muy pocos, los cristianos que comprendan la necesidad de cultivar la virtud de la constancia. Los hay, que en ciertos días del año más señalados por piadosos recuerdos, practican ciertos actos especiales de devoción, los cuales, ayudándonos á crucificar en nosotros el cuerpo del pecado, conducen los ánimos extraviados con las vanidades del mundo, á la meditacion de nuestros altos destinos; hay otros que, levantados de súbito, como si despertasen de profundo letargo, reconocida la propia indignidad, temerosos del supremo Juez, ejecutor inflexible de su ley, se abrazan á la penitencia, y prometen tambien con profundos suspiros abandonar el mundo de los sentidos, para elevarse al mundo de los espíritus, y desprenderse de las criaturas para unirse al Criador. Yo quisiera admirarles; veo, empero, que una vez arrepentidos y satisfechas las saludables obras de penitencia, pasados algunos días, vuelven á vivir como ántes, solo pensando en lo presente, y olvidándose de lo futuro.

No se diga, que esta inconstancia sea efecto de la debilidad humana. El Apóstol de las naciones, entristecido una vez por tremenda tentacion, temiendo de la propia flaqueza, rogó al Señor que le librase de los asaltos de Satanás; mas el Señor le contestó: Te basta mi gracia. Si fuese posible, hermanos míos, penetrar en los abismos con una mirada, y examinar una por una las almas condenadas á los eternos suplicios, os convenceriais, de que ninguna se ha perdido por la sola debilidad; ó si os fuese concedido, por especial privilegio, subir hasta los tronos inmortales del Cielo, y examinar uno por uno á los Santos, que gozan y gozarán eternamente en aquella inmortal bienaventuranza, veriais, que se salvaron, no porque dejasen de ser débiles, sino porque procuraron que su debilidad fuese corroborada por la gracia de Jesucristo. No es la debilidad causa de la inconstancia por lo que mira á los intereses del alma; sino que la verdadera causa está, en que no se impetra de lo alto aquella virtud que convierte en fuertes á los débiles, aquel socorro que nos alcanza dominio sobre nosotros mismos, y aquel patrocinio que nos protege con sólido escudo contra las más indómitas pasiones.

Si quisiera confirmar estas palabras con algun ejemplo, podría aducir tantos, que no sabría por cual empezar. Miranos, me dicen multitud de individuos de toda edad, condicion y sexo, que con invencible constancia, combatida por reveses y tentaciones, no cedieron y abordaron á seguro puerto, no obstante las deshechas y continuas

borrascas. Pero los paso en silencio, porque se me ofrece delante un ejemplo más ilustre é inmensamente más bello: el ejemplo de María.

¿Cuánta no fué la constancia de María? Entregada del todo y sin reserva á Dios, apenas tuvo el uso de razon, no se arrepintió ni un solo instante de su ofrecimiento; abrasada desde su más tierna edad en el amor divino, ardió cada día más y con mayor perfeccion en este amor. El vicio le pareció siempre horrible y asqueroso, la virtud siempre amable y sorprendente, y Dios siempre santo y adorable. Nada logró distraerla de la meditacion de los intereses celestiales, por más que su vida fuese sencilla y ordinaria; y aunque dedicada á los quehaceres domésticos, nada la distraía de su bendita costumbre de la oracion. Su fé ardentísima y sin la más lijera perplejidad, no desfalleció nunca, ni aún cuando llegó á faltar á todos los demás hombres. Su gratitud por los beneficios recibidos del Señor, que en Ella fué suprema, no terminó con el cántico del *Magnificat*, ántes aumentó con los años. Su profunda humildad, en vez de languidecer por la Maternidad divina, creció de suerte, que cuanto más se veía ensalzada, tanto más se complacia en anonadarse. Si se resignó en su adolescencia, al verse huérfana de padres, más sorprendente fué su resignacion cuando, subido su Hijo al Cielo, vióse privada de lo que constituía todo su amor, sin esperanza de volver á verle hasta que abandonase este valle de miserias. Si el Arcángel la sorprendió absorta en santo recogimiento, cuando fué á anunciarla la dignidad á que el Altísimo la invitaba, tambien en santo recogimiento la encontramos absorta cuando se retira en el Cenáculo, donde se reúnen los Apóstoles para prepararse á recibir los dones del Espíritu Santo. Si mostróse llena de celo cuando dió á adorar el Niño Jesús á los Pastores y á los Magos en el pesebre de Belén, llena de celo la vemos cuando la naciente Iglesia era un foco de doctrina, una escuela de la más profunda sabiduría, enseñando á los Apóstoles con cuales armas debían combatir al paganismo, derribar los simulacros de los ídolos, y hacer que la fé saliera de la lucha victoriosa y triunfante.

Su constancia fué todavía más admirable en las angustias y los dolores de muerte que la atribularon por todas partes. ¿De cuántos modos la afliccion no se cebó en María? ¿De qué suerte no se vió desolada? Las dudas de José con motivo de un misterio, que la humildad y la prudencia no le permitian revelar; la peregrinacion hácia Belén, por tantos conceptos penosa; la pobreza de un establo, único asilo para acoger al humanado Señor de los Cielos; el vaticinio de Simeon sobre el ódio injusto de los hombres contra Jesús, y sobre la

espada que debía atravesar su materno corazón, podían debilitar su constancia. Podían hacerla vacilar la precipitada huida á Egipto con las angustias y las privaciones del destierro, la pérdida de su Hijo por espacio de tres días pasada la Pascua, las fatigas humillantes á que en el oscuro taller de Nazareth veía sometido al Rey de los ángeles, las asechanzas, las calumnias, las traiciones y las persecuciones de obstinados enemigos contra su generoso Bienhechor. Sin embargo, nada la hizo vacilar. Tranquila y serena en medio de todas las pruebas, resignada y paciente en medio de todas las angustias, reverente y obsequiosa á la voluntad divina, no se debilitó su constancia entre tantos desconuelos. Ni aún cuando, profundamente conmovida, vió los innumerables martirios que despedazaban á su Hijo, y que Jesús, próximo á exhalar el espíritu, le dirigía la palabra para encargarla, que á nosotros, autores de la muerte de su Hijo, nos mirase como hijos, dió señales de impaciencia, ni profirió la menor queja, sinó que permaneció imperturbable en su heroica constancia.

De esta constancia hablan muchos de los símbolos, con los cuales fué figurada la Virgen en la antigua alianza. María es un nuevo Edén, donde no penetró la serpiente infernal, como en el antiguo; es huerto cerrado, donde no se respira el hálito de corrupción; es fuente sellada, cuyas aguas no se encrespan por aires ménos puros; es muro inexpugnable, que no se derrumba por cualquier golpe; es rosa sin espinas; es ejército puesto en orden de batalla, que resiste al ímpetu de las aguerridas falanjes enemigas; es aquella que representada por Moisés en el zarzal ardiente, por Aaron en la vara y en la flor, y por Gedeon en el vellon y en el rocío, fué también representada por Salomon en la mujer fuerte; y llamarla fuerte, es lo mismo que llamarla constante.

¡Cuán bellas son estos símbolos! ¡Cuánto se recrea la mente examinando estos signos, con los cuales el Señor se complació en representarnos á su augusta Madre! Ellos nos dicen, que la Biblia, este libro inmortal descendido del Cielo á la tierra, anuncia las alabanzas de María, y nos indican una constancia singular, heroica, admirable. Dios, con estos signos, nos dió á conocer á María; por consiguiente, el mismo Dios nos dá testimonio de la constancia de María.

Llegado al final de los discursos en los cuales me ha sido grato, hermanos míos, ocuparme en las virtudes de María, mi misión ha terminado. Me direis, tal vez, que no os he presentado ideas nuevas

ni peregrinas; ya lo sé, y nunca he pretendido poder ni saberlas expresar. Conociendo bien mis débiles fuerzas, y bien persuadido de que no poseo aquella profunda humildad, que es la vida de la predicación católica, y que, unida con el verdadero conocimiento de las cosas celestiales, obró tan estupendos prodigios por el ministerio de los Apóstoles, de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, sabía también, que eran menester otras dotes de sabiduría y de elocuencia para tratar dignamente esa materia. Sin embargo, abrigo la firme confianza, de que la consideración de las virtudes de la Virgen no dejará de producir saludables efectos en vuestro entendimiento y en vuestro corazón. No es posible fijar con toda atención la mirada en lo que es propio de María, sin quedar arrobados en dulce conmoción, y sentir un gozo misterioso del Paraíso.

Antes de bajar de esta cátedra sagrada, me creo obligado á congratularme con vosotros. En un siglo, en el cual el orgullo domina las inteligencias, la sensualidad impera en los corazones, la corrupción se ha introducido en todas las clases sociales; en una edad, en la cual un rugido salido de los antros infernales, resonando por toda la tierra, renueva las cruentas escenas de aquellos días, en que, predicado por los Apóstoles, el Dios crucificado era objeto de escándalo para los Judíos y de necedad para los Gentiles; en un tiempo, en el cual el culto tributado á la Virgen de las Virgenes es considerado por muchos como una invención del entusiasmo, como una creación ideal de la poesía, y como un ciego transporte de ánimos alucinados; habiendo tenido la dichosa ocasión de veros con frecuencia al pié de los altares de María, dedicándole vuestro culto y profesándole vuestra devoción, no he podido ménos de experimentar inefable consuelo en medio de tantas tristezas. Obrando de esta suerte, habeis practicado una devoción agradable á Dios, que eligió á María por Madre; consagrada por la Iglesia, que venera á María como á su especialísima protectora; y que fué la devoción de todos los grandes apologistas del Cristianismo, de los príncipes y de los súbditos, de los nobles y de los plebeyos, de los ricos y de los pobres, de los sábios y de los ignorantes, y de cuanto hay en el mundo de más elevado y noble. Siendo así, no puedo ménos que anunciaros felicísimos augurios. Sí; augurios felicísimos os anuncio, profundamente convencido, de que brillarán para vosotros claras y serenas las auroras, y se deslizarán propicios los días sobre vuestro horizonte. María será vuestra Abogada, vuestra Bienhechora y vuestra Madre. Ella os ayudará en las angustias, os librárá de los peligros, os fortalecerá contra las

tentaciones, os pondrá en gracia del Señor, y os cobijará bajo el manto de su magnánima proteccion.

Acordaos, empero, de que la devocion verdadera consiste en la imitacion. Incapaces nosotros de comprender plenamente las grandes verdades de la religion, la importancia de la salvacion, la preciosidad del alma, y la excelencia de las obras que conducen á la gloria en la vida futura, imitemos á Maria; contemplemos este ejemplar perfectísimo, si queremos saber con que sencillez hemos de andar, con que fidelidad hemos de practicar lo que se nos ha mandado, y con que afecto y constancia hemos de permanecer firmes en el cumplimiento de nuestros deberes. Los padres gustan de verse retratados en sus hijos; y Maria, nuestra Madre, desea que imitemos su inviolable fidelidad en emplear los medios de que Ella misma se sirvió para llegar á la perfeccion. Ella nos dice: Imitadme, como yo he imitado á Jesucristo. No niego, que jamás podremos llegar á una perfecta semejanza con Ella; pero, así como los pintores, afanándose por imitar á los grandes maestros, si bien en sus cuadros no llegan á imitarles perfectamente, siempre toman del genio de aquéllos algo que no es comun; tambien nosotros, proponiéndonos imitar las virtudes de la Virgen, por más que no nos sea posible llegar á igualarlas, alcanzaremos algo superior á nuestra debilidad.

Con estas disposiciones, oh Maria, recurrimos á Ti, y de Ti imploramos el milagro de nuestra santificacion en la tierra y de nuestra glorificacion en el Cielo. Estamos seguros de que, levantados por tu gracia y fortalecidos por tu proteccion, surcaremos el proceloso mar de la vida, sin temor de que las olas de las tentaciones nos impidan abordar con toda felicidad en las orillas de la santa ciudad de Dios. Tú eres nuestro apoyo, nuestra esperanza, nuestro auxilio y nuestro consuelo: ayúdanos, pues, á triunfar de Satanás, del mismo modo que tú lo hicistes, ya que de esta suerte, evitando las asechanzas del cruel adversario, podremos entonar alegremente el himno de la victoria. Haz, que siguiendo tus huellas é invocando tu Nombre, se nos conceda subir, despues de la peregrinacion de este destierro, á los eternos gozos del Paraíso.

FIN.

ÍNDICE.

	PAG.
Discursos	
I.—Introduccion.	2
» II.—Fé	8
» III.—Fé unida á las obras.	17
» IV.—Esperanza.	26
» V.—Amor á Dios.	35
» VI.—Amor al prójimo.	43
» VII.—Obediencia.	51
» VIII.—Paciencia.	59
» IX.—Humildad.	68
» X.—Celo.	77
» XI.—Justicia.	84
» XII.—Bondad.	92
» XIII.—Misericordia.	101
» XIV.—Beneficencia.	110
» XV.—Generosidad.	119
» XVI.—Virginidad.	127
» XVII.—Virginidad y Fecundidad.	135
» XVIII.—Modestia.	143
» XIX.—Silencio.	151
» XX.—Sabiduria.	159
» XXI.—Gratitud.	167
» XXII.—Gozo.	175

tentaciones, os pondrá en gracia del Señor, y os cobijará bajo el manto de su magnánima proteccion.

Acordaos, empero, de que la devocion verdadera consiste en la imitacion. Incapaces nosotros de comprender plenamente las grandes verdades de la religion, la importancia de la salvacion, la preciosidad del alma, y la excelencia de las obras que conducen á la gloria en la vida futura, imitemos á Maria; contemplemos este ejemplar perfectísimo, si queremos saber con que sencillez hemos de andar, con que fidelidad hemos de practicar lo que se nos ha mandado, y con que afecto y constancia hemos de permanecer firmes en el cumplimiento de nuestros deberes. Los padres gustan de verse retratados en sus hijos; y Maria, nuestra Madre, desea que imitemos su inviolable fidelidad en emplear los medios de que Ella misma se sirvió para llegar á la perfeccion. Ella nos dice: Imitadme, como yo he imitado á Jesucristo. No niego, que jamás podremos llegar á una perfecta semejanza con Ella; pero, así como los pintores, afanándose por imitar á los grandes maestros, si bien en sus cuadros no llegan á imitarles perfectamente, siempre toman del genio de aquéllos algo que no es comun; tambien nosotros, proponiéndonos imitar las virtudes de la Virgen, por más que no nos sea posible llegar á igualarlas, alcanzaremos algo superior á nuestra debilidad.

Con estas disposiciones, oh Maria, recurrimos á Ti, y de Ti imploramos el milagro de nuestra santificacion en la tierra y de nuestra glorificacion en el Cielo. Estamos seguros de que, levantados por tu gracia y fortalecidos por tu proteccion, surcaremos el proceloso mar de la vida, sin temor de que las olas de las tentaciones nos impidan abordar con toda felicidad en las orillas de la santa ciudad de Dios. Tú eres nuestro apoyo, nuestra esperanza, nuestro auxilio y nuestro consuelo: ayúdanos, pues, á triunfar de Satanás, del mismo modo que tú lo hicistes, ya que de esta suerte, evitando las asechanzas del cruel adversario, podremos entonar alegremente el himno de la victoria. Haz, que siguiendo tus huellas é invocando tu Nombre, se nos conceda subir, despues de la peregrinacion de este destierro, á los eternos gozos del Paraíso.

FIN.

ÍNDICE.

	PAG.
Discursos	
I.—Introduccion.	2
» II.—Fé	8
» III.—Fé unida á las obras.	17
» IV.—Esperanza.	26
» V.—Amor á Dios.	35
» VI.—Amor al prójimo.	43
» VII.—Obediencia.	51
» VIII.—Paciencia.	59
» IX.—Humildad.	68
» X.—Celo.	77
» XI.—Justicia.	84
» XII.—Bondad.	92
» XIII.—Misericordia.	101
» XIV.—Beneficencia.	110
» XV.—Generosidad.	119
» XVI.—Virginidad.	127
» XVII.—Virginidad y Fecundidad.	135
» XVIII.—Modestia.	143
» XIX.—Silencio.	151
» XX.—Sabiduria.	159
» XXI.—Gratitud.	167
» XXII.—Gozo.	175

		PÁG.
Discursos	XXIII.—Vida oscura.	183
»	XXIV.—Religion.. . . .	191
»	XXV.—Semejanza de María con Jesús.. . . .	200
»	XXVI.—Alabanzas divinas.	207
»	XXVII.—Justicia y misericordia de Dios.. . . .	215
»	XXVIII.—Amor á la pobreza.	223
»	XXIV.—Memoria de la divina Misericordia.	231
»	XXX.—Memoria de la fidelidad de Dios en sus promesas.	238
»	XXXI.—Constancia.. . . .	246

FIN DEL INDICE.

TESORO DE ORATORIA SAGRADA,

Ó SEA

BIBLIOTECA SELECTA DE PREDICADORES;

POR

El P. RAMON BULDÚ, Provincial Franciscano.

1.ª PARTE.—DICCIONARIO APOSTÓLICO MORAL.—Comprende 705 sermones completos y dispuestos de manera que con ayuda de los TÍTULOS, PLANES, DIVISIONES, PASAJES y FIGURAS de la Sagrada Escritura, y SENTENCIAS de los Santos Padres, debidamente todo ordenado en el *Índice general de materias*, pueden componerse miles de discursos para Adviento, Cuaresma, etc., formado en su conjunto un *Thesaurus Biblicus* y un *Flos Sanctorum* completísimo.

Doce tomos en 4.ª mayor, 180 rs. en rústica y 240 rs. en pasta.

Puede adquirirse esta obra por el sistema de suscripción perpétua; esto es, puede el suscriptor recibir semanal ó mensualmente, el tomo ó tomos que desee, mediante el compromiso por escrito de tomar toda la obra en el plazo convenido, y el pago adelantado del tomo siguiente al que reciba, á 15 rs. vn. en rústica y 20 rs. vn. en pasta.

AÑO PASTORAL completo, dividido en dos tratados, á saber:

I. PLÁTICAS SOBRE LOS SANTOS EVANGELIOS para todas las DOMINICAS del año.

II. PLÁTICAS CATEQUÍSTICAS sobre las cuatro partes de la DOCTRINA CRISTIANA.

Para cada DOMINICA ó festividad del año, hay TRES PLÁTICAS diferentes, que si bien idénticas todas en el fondo, tiene por objeto cada una de ellas satisfacer las necesidades y capacidad de distinto auditorio.

En cuanto al tratado segundo, esto es, sobre las cuatro partes de la Doctrina Cristiana, se examinan y desenvuelven los puntos siguientes: 1.º Lo que debemos creer; 2.º Lo que debemos obrar; 3.º Lo que debemos recibir; 4.º Lo que debemos pedir.

Esta obra, además, es muy á propósito para leer y meditar.

Consta el primer tratado, titulado PLÁTICAS SOBRE LOS EVANGELIOS, de tres tomos en 4.º menor, á 40 reales en rústica y 54 rs. encuadernado en pasta.

Consta el segundo tratado, titulado: PLÁTICAS CATEQUÍSTICAS, de 4 tomos en 4.º menor, á 52 rs. en rústica y 72 rs. en pasta.

El precio de ambos tratados juntamente es el de 90 rs. en rústica, y 126 en pasta.

EL HOMBRE APOSTÓLICO instruido para el confesionario, ó sea: práctica é instruccion de confesores: obra escrita en latin y traducida al castellano (con aprobacion del Ordinario) por D. Raimundo Miguel, profesor de latinidad y humanidades en Búrgos: en ella se comprenden los principios de la teología moral dispuesta por el mismo Santo, de la cual es el Hombre apostólico un compendio. Esta obra dedicada á Benedicto XIV, fué aprobada por este Papa.

Tres tomos en 8.º mayor: A 30 rs. en rústica y 40 en pasta, y 34 rs. encuadernados los tres tomos en uno.

TEOLOGÍA MORAL EN CUADROS. ó sea: Estudio ordenado y metódico de todas las cuestiones y doctrinas teológico-morales; obra redactada según el plan del Padre Goritia, adicionada por el abate Martín, y completada en vista de todas las obras de Teología moral publicadas hasta el día, y adoptadas por los Seminarios Conciliares; por una Sociedad de Eclesiásticos, revisada por el Dr. D. José Morgades y Gili, Pbro. Examínese un cuadro cualquiera de los comprendidos en las páginas de esta obra, y se adquirirá el convencimiento de la suma utilidad de la *Teología moral en cuadros*.

Un tomo en 4.º mayor: A 24 rs. en rústica, y 30 rs. en pasta.

OBRAS DEL P. DEBREYNE.

EL SACERDOTE Y EL MÉDICO ante la sociedad, por J. C. Debreyne, doctor en medicina de la facultad de París, profesor particular de medicina práctica, sacerdote y religioso de la Gran Trapa (Orna), obra puesta en castellano por D. J. V. y P. y por D. M. P. y R. ¿Qué pudiera decirse en abono de la obra que no lo diga su título y el nombre del autor?

Un tomo en 4.º mayor á 8 rs. vn. en rústica y 13 en pasta.

COMPENDIO DE LA FISIOLÓGIA HUMANA para servir de introducción á los estudios de la filosofía y de la teología moral, seguido de un breve tratado de Higiene práctica, obra destinada especialmente al clero y á los seminarios, por J. C. Debreyne, etc., traducción del Dr. D. P. P. y J. C.

Un tomo en 4.º á 14 rs. vn. en rústica y 19 en pasta.

ENSAYO SOBRE LA TEOLOGÍA MORAL, considerada en sus relaciones con la fisiología y la medicina, obra destinada especialmente al clero, por J. C. Debreyne, doctor en medicina, etc., traducción del doctor D. P. y D. J. C. Debreyne en todos sus escritos, y en este particularmente, al propio tiempo que echa mano de las ciencias naturales, refuta con la más severa crítica las opiniones heterodoxas ó contrarias al sentir de la Iglesia. Al tratar de la embriología sagrada, materia tan grave y difícil, el autor difunde luces y conocimientos nuevos, que apoyados en hechos ciertos, no podrán menos de llamar la atención del celoso sacerdote y del médico verdaderamente católico. No es menos interesante su tratado de la monomanía homicida y suicida.

Un tomo en 4.º á 12 rs. vellon en rústica y 17 en pasta.

MECCHIALOGÍA, tratado de los pecados contra el sexto y noveno mandamientos del Decálogo, y de todas las cuestiones matrimoniales que con ellos se rozan directa ó indirectamente, seguido de un compendio de embriología sagrada, obra puesta á la altura de las ciencias fisiológicas naturales, médicas y de la legislación moderna, por J. C. Debreyne, doctor en medicina, etc., traducida de la última edición considerablemente aumentada.

Un tomo en 4.º á 12 rs. vellon en rústica y 17 en pasta.

DEL SUICIDIO considerado bajo los puntos de vista filosófico, moral y médico, seguido de algunas reflexiones sobre el DUELO, por J. C. Debreyne, doctor en medicina y religioso de la Trapa, etc. Esta obra será utilísima, no solo á los señores eclesiásticos, sino también á los médicos, á los magistrados, á los letrados y aun á toda clase de personas.

Un tomo en 4.º á 8 rs. vn. en rústica y 13 rs. vn. en pasta.

